

\$ 20.000

# EL PÉNDULO 4

Cordwainer Smith - Alfred Bester - James Tiptree, Jr.  
Pablo Capanna - Jack Vance - John Sladek - Aníbal Vinelli



# INDICE

## Cuentos

- 17 **Alfred Bester** Esto o nada  
49 **James Tiptree, Jr.** El hombre que volvió  
67 **Claudio Ferrari** Según lo convenido  
71 **Jack Vance** El secreto  
77 **David R. Bunch** Día de penitencia en Moderan  
87 **Cordwainer Smith** Bajo la Vieja Tierra

## Artículos

- 27 **John Saldek** Los nuevos apócrifos  
62 **Claudio Ferrari** La ciencia ficción italiana  
83 **Pablo Capanna** La muerte del Señor Sto Odin

## Historieta

- 116 **Bilal-Christin** Progreso

## Secciones

- 4 Crónicas terrestres  
128 Correo  
130 En próximos números

## Tapa de Raúl Fortín



CARLOS NINE



KIKE SANZOL



FATI



SMITH



BESTER



BUNCH



GRONDONA WHITE

## Este número

El 6 de agosto se cumplieron quince años de la muerte de Paul M. A. Linebarger, autor de una treintena de asombrosos relatos de ficción especulativa bajo el seudónimo de "Cordwainer Smith", que guardó celosamente hasta el final de su vida. Linebarger, especialista en guerra psicológica y profesor de política asiática en la Johns Hopkins University de Washington, escribía ficción ante todo cuando estaba enfermo (cosa que ocurría a menudo y lo llevó a la muerte a los cincuenta y tres años) y no podía dedicarse a sus varias actividades académicas. En 1965 escribió el último relato, "Bajo la Vieja Tierra", especie de inventario de sus preocupaciones ante el poder y los cambios históricos, y tal vez un anuncio de su propio fin. Hoy lo presentamos a los lectores de habla castellana junto con un breve estudio de Pablo Capanna.

"James Tiptree, Jr." es otro seudónimo, también celosamente guardado durante casi una década. Después de obtener los premios máximos otorgados por los colegas y por los aficionados (el Nebula y el Hugo,

respectivamente) por varios cuentos, "Tiptree", que según Theodore Sturgeon era el único creador masculino comparable en talento con las escritoras que enriquecieron el género en años recientes, resultó no ser ninguna excepción: es el seudónimo de la psicóloga experimental norteamericana Alice Bradley Sheldon (n. 1915), que también había logrado fama y premios como "Racoona Sheldon". En este número publicamos uno de sus relatos más característicos y famosos.

Alfred Bester (Nueva York, 1913), autor de sólo cuatro novelas y un puñado de cuentos, es a la vez uno de los verdaderos clásicos de la ciencia ficción y uno de sus más radicales e inteligentes renovadores. "Esto o nada", publicado originalmente en 1952, tiene la frescura de los mejores relatos experimentales del último año que pasó o del primero que vendrá.

Jack Vance (San Francisco, 1920) es justamente famoso como creador de extraños y fascinantes futuros, pero "El secreto" es algo que tarde o temprano han conocido los hombres de todas las épocas.

Claudio Ferrari (Milán, 1948) es periodista y redactor publicitario. En el mes de agosto hizo una breve visita a Buenos Aires, donde había residido algunos años y trabajado como Jefe de Redacción del *Corriere degli italiani*. "Según lo convenido" es una muestra de su talento. El artículo sobre la cf italiana que lo precede, fue escrito especialmente para *El Péndulo*.

David R. Bunch es un cartógrafo civil de la Fuerza Aérea norteamericana, autor de *Moderan*, colección de relatos (a la que pertenece el que ofrecemos hoy) sobre un impresionante futuro donde el metal ha venido a la carne.

John Sladek continúa arremetiendo con sus *Nuevos apócrifos*, contra los sembradores de la sinrazón: esta vez visitamos la Atlántida, Mu, Stonehenge, y perseguimos al yeti y al monstruo de Loch Ness.

Nos despedimos de *Progreso*, la espléndida historieta escrita por Pierre Christin y dibujada por Enki Bilal. Y Aníbal Vinelli y Elvio Gandolfo nos acercan, como siempre, noticias de nuevos mundos de imágenes y de palabras.

# crónicas terrestres



**POLVO DE ESTRELLAS**  
Elvio E. Gandolfo

## New Worlds o la distancia entre elaboración y producto terminado

A partir de 1964, Michael Moorcock se hizo cargo de la revista inglesa **New Worlds**, dirigida anteriormente por E. J. Carnell. En poco tiempo la transformó en la principal plataforma de lanzamiento de la ciencia ficción o la literatura más experimental de esos años. Entre las numerosas reformas que le hizo a la revista original se contaron la de pasar a tamaño grande, y la de utilizar imaginativamente la tipografía, las ilustraciones y los blancos.

Al hojear las páginas bien impresas y diagramadas de un número cualquiera de **New Worlds** editado entre 1967 y 1970, cuesta imaginar el trasfondo de esfuerzos y angustias que estaban detrás de esos textos e ilustraciones donde aparecía a veces una actitud

burlonamente caballeresca, **dandy**, en el mejor estilo de los dinámicos años 60. Charles Platt, mano derecha de Moorcock en la empresa, se encargó hace poco de detallar esos hechos como preámbulo a una entrevista de Moorcock. Como se verá, editar una revista de vanguardia en Inglaterra no se diferencia demasiado de editar una revista literaria en Argentina:

‘Detrás de la actuación carismática de Moorcock, él se sentía cansado y desesperado. Disfrutaba de las recompensas obvias de ser una figura central en un movi-

miento literario; parecía gustarle el papel de ‘me-sías’ y la atención pública. Pero la revista le costó cantidades horribles de dinero, tiempo, y energía, y exacerbó las refriegas domésticas. En 1967 compró el título de la revista y se convirtió en editor además de director, a pesar de su carencia total de organización y habilidad empresarial. La vida se transformó rápidamente en una pesadilla de manuscritos perdidos, fechas de cierre erráticas, y cuentas impagas. No pasó mucho tiempo sin que hubiera tres cuentas bancarias separadas, cada una de ellas

abierta porque el movimiento financiero de la anterior se había enredado hasta tal punto que nadie podía desentrañarlo. A algunos colaboradores se les pagaba dos veces, a otros nunca, y había una firma cada vez que se nos cortaba el crédito en la anterior. No era nada extraordinario encontrar al staff de la revista tirado en el piso con las luces apagadas, fingiendo que no estábamos, mientras un acreedor hacía sonar el timbre y llamaba esperanzado por el buzón de la puerta delantera... sin resultados.

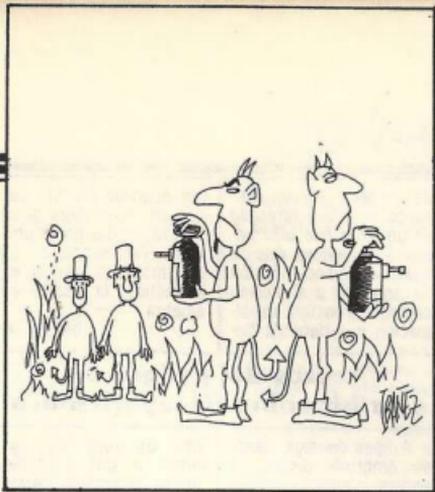
‘Las ‘oficinas’ de la revista estaban en una propiedad londinense horriblemente decrepita, cuyo techo con goteras y los mimientos mojados creaban un clima como de húmeda caverna alpina. Era el tipo de edificio donde el empapelado cae de las paredes dejando al descubierto ricas plantaciones de musgos exóticos. El capital operante —por así llamarlo— provenía en parte de una subvención para literatura de 200 libras esterlinas concedida por el Arts Council of Great Britain, y en parte de los derechos de autor ganados con apresuradas novelas fantásticas que el propio Moorcock escribía con el espíritu hundido en el disgusto y la desesperación.’

A esos inconvenientes internos, se unía la feroz resistencia de los lectores tradicionales al nuevo tono aportado por **New**



**Worlds:** según Platt éstos se reunían en The Globe, un **pub** londinense, a hojear ejemplares amarillentos de viejas revistas y a recordar la supuesta edad de oro del género. Cuando asistían él y Moorcock (tal vez en busca de compañía, o por puro masoquismo, eso no lo aclara), las cosas podían terminar hasta en enfrentamiento físico. Todo acababa cuando el boliche cerraba sus puertas:

“Cuando el **pub** cerraba, a las once, los parroquianos se dispersaban. El grupo de la ‘nueva ola’ se quedaba compartiendo un rencor hosco y triste hacia el resto del mundo de la ciencia ficción por ser tan conservador y poco arriesgado. Segula un desesperado y ebrio viaje de vuelta a casa, durante el cual Moorcock (a quien le gustaba que lo llevaran en auto) miraba las escenas callejeras oscilantes con sereno distanciamiento y cantaba unos pocos compases de su **propia versión de Yellow Submarine**: ‘We all live in a failing magazine, failing magazine, failing magazine...’ (‘Todos vivimos en una revista fracasada, fracasada, fracasada...’) “Y al día siguiente volvimos al mundo de los techos con goteras y las imprentas impagas: la cruzada sin un centavo, desesperada, en favor de una extraña especie del idealismo literario.”



## Opiniones. I

“En mis correrías por el mundo impreso, cuando he solicitado consuelo, esperanza, instrucción pronta o remedio o alivio inmediato para un malestar, dificultad o preocupación de ese momento, he echado de menos la existencia de un libro que equivaliera a una larga, interminable conversación con un amigo inteligente, observador y que estuviera en la plenitud de su vigor intelectual y experiencia.

“Una conversación que no eludiera las repeticiones y la pobreza de estilo ni esquivara la confesión de flaquezas, de miserias y de escepticismos de parte del autor, pero especialmente un libro que tuviera la peculiaridad de ser interminable.

“El joven, el hombre que acude a un libro porque sufre y ansía ser alentado, o instruido en recursos pronto y sencillos para aminorar males, o busca que le sean recordadas o formuladas algunas ideas e impresiones de la vida aptas para robustecerlo en sus decisiones y en su resig-

nación, el hombre que sufre, dispone de muy pocas energías para una lectura intensa, ordenada y penetrante.

“Si el autor clasifica sus ideas en un orden estricto, si no repite sus afirmaciones y las enuncia de diferentes maneras, sino que desarrolla su exposición como una demostración geométrica en que la menor distracción obliga a reconstituir todo el pensamiento, nosotros dejamos el libro en la primera página y esperamos un momento de plena energía intelectual para volver a él, lo que ocurre muy pocas veces al año y aun en todo el curso de nuestra preocupada y frágil carrera.

“Debe saber el lector que ni Kant, ni Spencer, ni Coleridge, ni persona alguna han sido individuos en quienes el poder de atención y meditación pudiera prodigarse. El trabajo misceláneo de la vida real en ellos como en todos deja muy pocas energías a emplearse en intentos y continuados esfuerzos de atención y, además, en ellos como en todos, la vida tiene largos periodos durante los cuales se sufre por fatiga de existencia, por ‘vida

enferma’, periodos que duran años y en los que casi se eclipsa el vigor intelectual o el muscular, en el caso de un atleta. Por eso Napoleón perdió tantas batallas como las ganadas, por eso todos los escritos geniales tienen tantos capítulos y aun obras sencillamente inservibles (lo que no parece porque son destruidas u olvidadas) y por ello se observa constantemente que un Edison o un Mascagni repentinamente se eclipsan y diez o doce años después vuelven a ocupar la atención universal con nuevos intentos u obras.

“Computado, pues, así el término medio de poder atencional de una vida privilegiada quizá puede asegurarse que nadie es capaz, reuniendo en una cifra sola todos los minutos e intervalos de atención continua, de más de una hora de meditación o investigación diaria.”

Macedonio Fernández

## Opiniones. II

“En este momento considero a la ciencia ficción como escapista, pero en un sentido positivo. El modo convencional de darse un respiro respecto a las presiones de la existencia es estrechar nuestro campo, retirarnos hacia adentro, hacia el mundo en miniatura y más controlable del ferrocarril de juguete, el jardín, el loro en su jaula. Los equivalentes literarios son los **western** y la novela policial — en especial la que trata de descubrir quién fue el asesino en una casa campestre — en los que los límites del universo obser-

vado se cierran bien, como cortinas, y las acciones son llevadas a cabo por un elenco de personajes simplificados.

"El escapismo de la ciencia ficción es distinto porque es un escape a la realidad.

"La imagen del mundo que presentan los 'realistas' mundanos es una en la que las invariantes son cosas como las hipotecas, la Asamblea de Sindicatos, el desgaste del motor, el pago del seguro, los problemas de próstata, el domingo, la cantidad de desocupados, los periódicos, la ambición, los abonos para la temporada, los impermeables, Rusia, la gordura, los medidores de gas, los pulgones, y así sucesivamente. Lo que el aficionado a la ciencia ficción comprende es que todas esas cosas son meramente fenómenos locales de naturaleza muy transitoria, y que para ubicarlos en la perspectiva correcta sólo es necesario retroceder unos pocos miles de años luz. En eso reside la excitación que experimenté al descubrir el género, y el alivio que significó enterarme de que sus verdades trascendían la mezquina realidad que tanto comprometía la atención de los demás.

"Todo es cuestión de punto de vista, desde luego. Alguien que se encuentra leyendo las actas de una reunión sindical es probable que se sienta en contacto más estrecho con la realidad que otro que lee —para dar un ejemplo muy básico— un relato acerca de una espionaje con problemas que se ve obligada a aterrizar en una planeta

desconocido. Y sin embargo él está interesado en un fenómeno local pasajero, mientras que el lector de ciencia ficción se proyecta a sí mismo dentro de un tipo de situación que debe de ha-

ber ocurrido muchas veces en incontables galaxias repartidas por el universo. Para expresarlo de otro modo: el informe es aritmética; la ficción es álgebra."

Bob Shaw

### Acerca del peligro de escribir sobre desapariciones

A fines del siglo pasado Ambrose Bierce, el amargo y agudo compilador del **Diccionario del diablo**, escribió un texto entre periodístico y narrativo que bajo el título "Desapariciones misteriosas" narraba tres casos en que un ser humano había desaparecido sin dejar rastros y sin explicación razonable po-

sible. Su propia teoría recurría a una probable cuarta dimensión. Años después, más precisamente entre 1913 y 1914, Bierce se fue a México, con el vago y extravagante proyecto de unirse a las tropas de Pancho Villa. Y desapareció. Sin que mediaran rastros o una explicación razo-

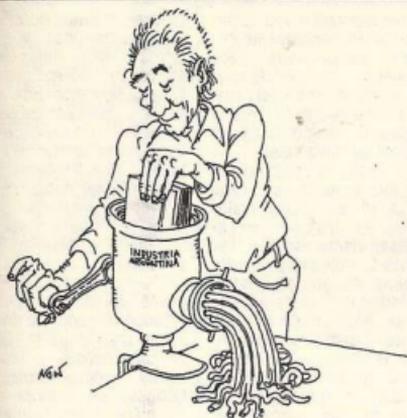
## Tecnología, destrucción y bicicleteadas en el mundo editorial norteamericano

En dos ensayos muy distintos (sobre el mundo editorial de la ciencia ficción y sobre la nueva novela estadounidense respectivamente) Frederik Pohl y Jerome Klinkowitz brindan algunos detalles interesantes sobre costumbres de distribución, almacenamiento y curros varios en el mercado del Norte.

Debido a las fabulosas distancias que separan, por ejemplo, a las dos costas del enorme país, la devolución de ejemplares de revistas no se realiza como tal, es decir como devolución de revistas, cuando aparece un nuevo número. Lo que se devuelven son las tapas. El resto, o sea la revista en sí, se destruye, dada la imposibilidad material de almacenar los millones de ejemplares sobrantes. Esa necesidad de destrucción ha dado origen a toda una rama de la tecnología, destinada como es lógico a hacer polvo o pulpa la mayor cantidad de papel impreso posible en el menor tiempo también posible.

La treta número uno que tal costumbre permite imaginar, para una mayor ganancia, es evidente y relativamente menor: la de vender los ejemplares sin tapas a precio inferior al de los ejemplares entapados. La treta número dos, en cambio, es más compleja y costosa: la de





## Raymond Chandler: A mí que me revisen

Quienes han visto **El sueño eterno**, una policial clásica, dirigida por Howard Hawks en 1946, sobre novela de Raymond Chandler, se han hecho en más de una ocasión una pregunta: ¿Quién mató a Owen Taylor, el chofer? En efecto, la pregunta queda sin resolver en el film.

Según cuenta Leigh Brackett, autora de numerosas novelas de **space opera**, y que firmó el guión nada menos que con William Faulkner, la misma duda se le presentó a ella. Intrigada, consultó a Humphrey Bogart, quien recurrió a Hawks. Este decidió cortar por lo sano y telegrafiar la pregunta a Raymond Chandler. La respuesta fue breve: "Yo no sé".

## Opiniones. III

"Me gusta mucho escribir. Me encanta. Y me gustan mis personajes. Son mis amigos. Cuando termino un libro, entro en un período de postparto: no volver a oírlos hablar nunca, no volver a verlos luchar y esforzarse. Y los he perdido, porque un escritor no relee en realidad su propia obra. Pero después otra gente la leerá.

Por lo general no se reconoce que el autor es alguien solitario. Escribir es una ocupación solitaria. Cuando empezas una novela te aislas por completo de tu familia y tus amigos. Pero hay una paradoja en esto, porque entonces uno crea nuevos compañeros. Di-

ría que escribo porque en el mundo no hay suficientes personajes que me brinden suficiente compañerismo.

"Para mí el gran goce al escribir un libro es mostrar a alguna persona sin importancia, alguna persona común que hace en un momento algo de gran valor, a cambio de lo cual no recibirá nada y que no será cantado en el mundo real. El libro es, de ese modo, la canción acerca de su valor.

"Creo que el escritor se enamora de los personajes y quiere que el lector sepa que existen. Quiere que pasen de ser personas conocidas sólo por él mismo a ser personas conocidas por un amplio grupo de lectores. Ese es mi propósito. Mi propósito es tomar estos personajes, que yo conozco, y presentarlos a otra gente, y hacer que ellos los conozcan, para que puedan decir que ellos también los han conocido y han disfrutado de su compañía.

"Mi motivación básica es que durante mi vida he conocido personas que yo sabía que merecían ser immortalizadas, y hago todo lo que puedo por ello. No puedo garantizarles la inmortalidad, pero puedo garantizarles una audiencia de tal vez 100.000 personas, a 'muchachas que he conocido o compañeros de parranda que he tenido.

"Trato de recordar cómo hablan mis amigos, y qué dicen, y cómo se comportan, y cómo interactúan entre sí, y las bromas que se hacen los unos a los otros, y los juegos que juegan, y así sucesivamente. Quiero que sean ellos mismos y

imprimir y devolver tapas falsas. En esta última trampa estaría implicada, según Pohl, la Mafia, y su aparición, relativamente reciente, ha dado origen, como no podía ser de otra manera, a una compleja tecnología destinada a descubrirla. En cuanto al cálculo de los ejemplares realmente vendidos y demás, suele estar a cargo de Mr. Magoya.

La literatura que encara Klinkowitz es mucho más limitada en cantidad que la de las revistas, ya que se trata de la narrativa experimental estadounidense de las últimas dos décadas (Donald Barthelme, Gilbert Sorrentino, LeRoi Jones y otros). Los problemas aquí son distintos y, por decirlo así, caen dentro de la ley. Ocurre esto: la editorial firma contrato por un libro equis; como se lo supone por anticipado de escasa venta, tanto presente como futura, se hace una tirada reducida y se lo distribuye mal. Pero allí no termina la cues-

ción. Debido a los sempiternos problemas de almacenamiento, poco después de la impresión del libro se decide su destrucción, o sea la destrucción de cientos de ejemplares que ni siquiera han llegado a librerías.

En este caso es agradable enterarse de que un tal Peter Howard, dueño de la librería Serendipity Books, tuvo la visión de comprar prolijamente toda la narrativa editada en los años 60. Cuando gran parte de la misma desapareció del mapa, la colección adquirió el valor equivalente al de una colección de ejemplares raros del siglo XVIII o XIX, y pudo venderla ventajosamente a la Universidad de Iowa Septentrional.

Recomendar o no la compra sistemática de los libros y folletos de poesía editados en Argentina en los últimos quince o veinte años como posibilidad especulativa, cae fuera de los límites de esta sección.

no trato de manipularlos. Lo último que quisiera hacer es poner mis ideas en sus bocas, y hacerlos escupir mi filosofía. Eso es lo último que quisiera hacer. Probablemente sería lo más alejado de la autenticidad que quiero lograr. Así, aunque escriba novelas de ideas, me importa más la persona que se enfrenta con la idea, la idea como una extrapolación en una sociedad ficticia, sobre todo una distopía. Pero las personas propiamente dichas tienen libertad para hablar y actuar y ser como son realmente. Y siempre para ser ellas mismas, nunca para ser meras extensiones de mí mismo.

"La gente cree que el autor quiere ser inmortal, ser recordado por su obra. No. Yo quiero que el señor Tagomi, de El hombre en el castillo, sea recordado para siempre."

Philip K. Dick

## Carroll el tímido contra la apelación americana

Para el reverendo C. L. Dodgson ser (además de lector en matemáticas en Oxford) Lewis Carroll, es decir el autor de Alicia en el país de las maravillas, era una molestia. De carácter tímido y retraído, afectado por un leve tartamudeo que sólo desaparecía cuando narraba cuentos fantásticos a las niñas, se ocupaba sobre todo de elaborar teorías o problemas matemáticos, o de actividades con posibilidades más prácticas, como la de hallar un sustituto para la

cola de pegar, un método de controlar el tráfico de carruajes en Covent Garden, un aparato para tomar notas en la oscuridad o un manubrio para triciclos mejorado (tal es la lista de intereses que detalló W. H. Auden en un ensayo sobre Dodgson).

Sólo pasar la mayor parte del tiempo en su casa, ya que su cargo no le demandaba un trato continuo con estudiantes, y había dado órdenes de que se devolvieran todas las cartas dirigidas a "L. Carroll, Christ Church, Oxford".

La solidez de su oposición a verse arrollado por los inconvenientes de la fama de su alter ego pueden deducirse del relato de una entrevista con un editor norteamericano,

que recurrió a una apelación tan contundente como sospechosa para quebrar su resistencia. La reproducidos tal como la narra el agente literario Paul R. Reynolds en un libro de memorias:

"Bok nos contó cuánto había deseado que Lewis Carroll escribiera historias de niños para el Ladies' Home Journal. Lewis Carroll era el seudónimo de un tal Charles Dodgson, matemático, que había publicado varios tratados de matemáticas. Bok viajó a Oxford, Inglaterra, y visitó a Dodgson, que resultó ser un hombre introvertido, retirado y obstinado. A Dodgson le gustaba simular, negar lo que era obvio. Admitió que escribía libros de matemáticas,

pero negó que escribiera cuentos de niños, y que Lewis Carroll fuera su seudónimo. Afirmó que el honorable señor Bok se había equivocado de persona. Bok nos dijo que le había ofrecido muchísimo dinero, que había hecho todo lo imaginable para convencer a este curioso autor de que publicara sus historias infantiles en el Journal.

"—Finalmente —exclamó Bok alzando la voz y dando tal puñetazo en la mesa del almuerzo que mi copa tembló—, finalmente apelé al profesor Dodgson en nombre de los niños de Norteamérica, pero ni siquiera entonces quiso admitir que era Lewis Carroll, autor de Alicia en el país de las maravillas."



## La república de los sabios



### Libros semi-enterrados: La República de los Sabios

A veces un título determinado está en los estantes, aparece en las librerías de viejo, integra colecciones bien distribuidas y hasta se vende relativamente bien, sin llegar a atraer la atención que merece. Algo de eso ocurre con **La República de los Sabios**, del alemán Arno Schmidt. Publicada por Minotauro en 1973, la novela no recibió mayores comentarios críticos, y es posible conjeturar que su reedición (anunciada en un aviso de próximas novedades de Minotauro en España) obedece al reflejo en ventas que puede haber tenido en otros países: la importancia cada vez mayor que se le concede a Schmidt (recientemente desaparecido) dentro de la mejor literatura alemana contemporánea.

Parte de la falta de atracción del volumen, al menos en su primera edición, proviene de la contratapa, que sintetiza un argumento poco atractivo, repetitivo: mundo postatómico con grupo de sabios aislados, y desiertos habitados por monstruos creados por la radioactividad.

Ocurre que en Schmidt importa ante todo la forma de contar, y su especial personalidad. Se supone que el libro es un informe secreto, traducido por lo tanto a una lengua muerta (el alemán) por uno de los ciento veinticuatro alemanes que quedaron después de la guerra, y que vive en Chubut, Argentina (notable el modo en que nuestro país funciona mitológicamente como santuario para los germanos). El texto está escrito en forma de párrafos breves, encabezados por una especie de subtítulo en bastardilla. A él se agregan las notas al pie del traductor, desopilantes en los frecuentes malentendidos y en su tono general de candorosa pacatería y patriotismo.

En cuanto al estilo de Schmidt/Winer (el periodista que viaja a la República de los Sabios), éste mezcla saludablemente el humor, la flexibilidad expresiva y los comentarios marginales, los chistes menores, los juegos de palabras. A ello se agrega (rasgo poco frecuente en la ciencia ficción) el hecho de que ese arsenal escéptico y entusiasta se aplique con gran franqueza a lo sexual, destacando sus aspectos orgánicos, físicos.

El relato está claramente dividido en dos partes: el viaje por el desierto poblado de centauros, never-nevers (especies de hombres-araña) y "cabezas voladoras" por un lado; y la descripción de la República de los Sabios por otro.

Aunque la primera ocupa apenas la cuarta parte del volumen es la que queda más grabada

en la memoria. Está escrita con un notable vuelo poético, sin abandonar los coloquialismos e interjecciones típicos del personaje, y cuenta con la creación de una figura inolvidable: Thalja, mitad yegua, mitad mujer, cuya imagen se le aparecerá al protagonista en las últimas líneas, también para él lo más importante de su viaje.

La descripción de la República, instalada en una isla flotante, apela más a la ironía inteligente y la sátira desenfadada (estatuas con cabezas intercambiables, poetas que marchan en escudrones hacia la biblioteca o escritores que crean novelas colectivas en el lado oriental), aunque el elemento erótico siga presente, aquí rutinizado dentro del mundo tecnocrático que lo rodea.

Si el aspecto temático y la ironía básicamente escéptica hacia la naturaleza humana hacen pensar en Swift y Voltaire, el estilo jugoso, pirotécnico, directamente cómico por momentos, recuerda en su multiplicidad de recursos tanto el saboroso jockeyano de las palabras como el humor insolente de Gombrowicz.

Ya sea en la primera edición, o en la segunda que se anuncia, **La República de los Sabios** constituye una buena oportunidad de gozar del mundo expresivo de Arno Schmidt. Quienes quieran repetir el encuentro pueden acudir a los títulos dados a conocer en castellano por el grupo de la revista Espiral de Barcelona, de los que se ha distribuido al menos uno en Argentina: **Apuntes de la vida de un fauno**.



## CINE

Anibal M. Vinelli

### Excalibur

"Nenio nos dice —lo que Gildas omite— el nombre del guerrero británico que ganó la suprema victoria de Monte Badon (alrededor del 503 d.C.) y este nombre nos saca de la niebla de la historia vagamente recordada para ponernos a la plena luz del relato legendario. Asoma allí, amplia, incierta, vaga pero chispeante, la figura del rey Arturo y de los Caballeros de la Tabla Redonda. En alguna parte de la isla un gran capitán juntó las fuerzas de la Britania romana y combatió a los invasores bárbaros hasta la muerte. Alrededor de él, de su nombre y de sus hazañas, resplandece todo cuanto puede dar la novela y la poesía. Doce batallas, todas realizadas en teatros imposibles de localizar, con adversarios indetectables, salvo en el hecho de que eran paganos, las describe puntualmente el latín de Nenio. Otras autoridades dicen "no hubo ningún Arturo; no hay, al menos, prueba alguna de tal Arturo". Sólo cuando Godofredo de Monmouth, seiscientos años más tarde ensalza los esplendores del feudalismo y la



aristocracia marcial, se pone en el marco de un círculo glorioso, iluminado por la victoria, a toda esa nobleza, honor, cristiana fe, caballeros con armadura de acero y bellas deslumbradoras. Más tarde esos relatos habrán de ser recontados y embellecidos por el genio de Malory, Spenser y Tennyson y, verdaderos o falsos, se han ganado un sitio inmortal en la memoria de los hombres." (Winston Churchill, **Historia de Inglaterra**).

La cita permite resumir los misterios e ilusiones que encierra la leyenda del rey Arturo, personaje fundamental de **Excalibur**, el film de John Boorman que, cuando saiga **El Pendulo 4**, probablemente se haya estrenado en Buenos Aires: de ahí que la presente, al par que anticipo, sea también nota crítica. Y no de las más fáciles porque, en el te-

ma, ¿cómo eludir las innumerables referencias históricas, míticas, literarias y cinematográficas que se acumulan al cabo de quince siglos? La de Arturo, después de la Biblia, es la historia que más variantes y versiones ha motivado.

Pese a la acumulación, aún no sabemos quién fue y si fue realmente. Para algunos, Arturo habría sido un **Dux Bello- rum**, un jefe de guerra romano, el último jefe romano antes de que Inglaterra cayera en poder de la barbarie y la oscuridad por casi 500 años. Habría vivido en las postrimerias del siglo V y, con armadura, al frente de una fuerza de caballería, se habría (todo es, en la materia, condicional) paseado por Inglaterra derrotando una y otra vez a sus enemigos hasta alguna batalla final en la que murió. La leyenda,



siempre menos implacable que la Historia, prefiriere suponer que el espíritu de Arturo, sus ideales de paz y justicia, no murieron en verdad y que periódicamente reaparecen del brazo con el mito.

Desde el siglo V la leyenda perduró en el canto de los trovadores medievales ingresando a la palabra escrita recién en el siglo XIII a través de **Historia de los reyes de Inglaterra**, de Geoffrey de Monmouth. Pero había otros relatos, particularmente uno, la **Vulgata**, ciclo de cinco etapas que serviría de base al definitivo recopilador, el Thomas Malory de **La Muerte D'Arthur** (1485), síntesis a partir de la cual se generaría la obra literaria inspirando las novelas de Walter Scott y los poemas de Tennyson, la formidable sátira antimonárquica, antiromántica y antipapal de Mark Twain

(**Un yanqui en la corte del rey Arturo**) y, ya más contemporánea, **The Once and Future King**, de T. H. White, fuente de una comedia musical y de una película (**Camelot**, 1967). Y están, asimismo, las pinturas y dibujos de A. Hughes, E. Burne Jones y Aubrey Beardsley tanto como las historietas de Harold Foster (**El Príncipe Valiente**, también película en 1954). En cine, sólo en la etapa sonora, la lista es inmensa, y a manera de ejemplo mencionaremos la módica sátira de **Un yanqui en la corte del rey Arturo** (1949) con Bing Crosby y Sir Cedric Hardwicke como un Arturo friolento y la salvaje burla del grupo británico Monty Python (**Los caballeros de la Mesa Cuadrada** 1974), las hollywoodenses **Los Caballeros de la Mesa Redonda** (1953) con Robert Taylor, Ava Gardner y Mel

Ferrer como el **menage-a-trois** de Lancelot-Guenevere-Arturo y **Lancelot and Guenevere** (1963) con el impávido Cornel Wilde y las poéticas versiones de Robert Bresson (**Lancelot du Lac**, 1974) y Eric Rohmer (**Perceval**, 1978).

**Excalibur** pretende (y aunque magnífica no lo logrará) ser la versión total y definitiva del mito. Comienza con el apogeo y caída del rey Uther Pendragon y termina con la muerte de su hijo, Arturo: entre uno y otra, éste es el relato:

En los bosques que rodean al castillo Tintagel, al final de una larga y sangrienta guerra, Uther le ruega al mago Merlin que lo haga capaz de seducir a Igrayne, esposa de su nuevo aliado —y reciente enemigo— el duque de Cornwall. Merlin consiente (transformando a Arturo en una réplica de Uther) pero demanda que "lo que resulte de tu lujuria será mío". Arturo es concebido esa noche.

Dieciocho años después, los nobles de un reino sin rey compiten en el campo de lidia por el derecho de liberar la espada encantada **Excalibur** ("Quienquiera extraiga esta espada de esta piedra es rey de Inglaterra por derecho de nacimiento.") de la piedra en la que fue incrustada a la muerte de Uther. Fracasan pero, accidentalmente, el joven escudero Arturo (que ignora su parentesco con Uther), desprende el arma de su cuna de granito.

Proclamado rey, el joven se dedica a unificar el país con Merlin como consejero. Victoria tras

victoria, Arturo corteja a la hermosa Guenevere y se casa con ella en un luminoso claro del bosque. Forma la cofradía de la Tabla Redonda cuyos ideales caballescicos de verdad, coraje y pureza de corazón están personificados en el leal (y tremendo guerrero) Lancelot. El castillo de Camelot se levanta guarnecido de torres reflejando el sol en los campos tranquilos.

Pero la Edad de Oro concluye. La hermandad de la Tabla Redonda cae en la borrachera y el despilfarro y Lancelot, acusado de ser el amante de la reina Guenevere, defiende su honor en combate mortal. Pero cuando ella viene a él a limpiarle las heridas en el bosque, la calumnia se hace verdad.

Merlín es incapaz de ayudar. Ha llevado a la reina-hechicera Morgana (media hermana del rey y su enemiga) a las cuevas debajo de Camelot, que son las vueltas de un dragón enroscado. Allí la desafia a mirar al dragón a los ojos pero es Merlín quien sucumbe bajo la nigromancia de Morgana quedando prisionero en una niebla que congela todo a su alrededor. Morgana está libre para usar la magia de Merlín en propio beneficio. Hace el amor con Arturo (bajo la apariencia de Guenevere) y da a luz un hijo, Mordred, que será criado con un solo propósito: asesinar a su padre y reclamar el trono.

Como lo profetizó Merlín, sólo una gran hazaña podrá eliminar la desolación y restaurar la gloria de Camelot. Los Caballeros de la Tabla Redonda son enviados en

busca del Grial sagrado, la copa-símbolo del sufrimiento de Jesucristo. Morgana conspira y espera.

Uno por uno los nobles fracasan. Engañados por ilusiones y hechicerías, son brutalmente asesinados, hasta que finalmente sólo queda el puro Perceval para resolver el misterio del Grial y cumplir la búsqueda.

La fuerza de Arturo está ahora restaurada. Cabalgará al campo de batalla a obedecer el desafío de su hijo bastardo.

Mordred, mientras Merlín escapa de su prisión subterránea y, una vez más, conjura los poderes invisibles. Aunque Arturo es mortalmente herido, **Excalibur**, la espada sagrada del reino, sobrevivirá. Así como la leyenda.

Lo maravilloso de **Excalibur**, la película, junto con la espléndida fotografía, el vestuario y la formidable actuación de un grupo de actores ingleses liderados por Nicol Williamson (**El factor humano**) como Merlín, es la concepción integral de John Boorman, su direc-



tor, quien ha rescatado un sentido de verosimilitud para la leyenda: el rey y su corte son casi bárbaros, apenas un poco menos que aquéllos a quienes enfrentan. Por lo demás, como en las tragedias griegas, aquí abundan la sangre y el crimen, el honor y el deshonra, la magia y el incesto y una persistente melancolía que, citando la frase de Jung, bucea en lo más profundo de nuestro inconciente.

De ahí que **Excalibur** habrá que verse viviéndolo-

la como una alucinación, como el regreso a un pasado no tan remoto, como un sueño maravilloso y renovado. Y, también, como una prueba del talento y la devoción de Boorman. **Excalibur** tuvo un presupuesto de sólo 10 millones de dólares, cuatro veces menos, por ejemplo, que **Apocalypse Now** o la frustrada **Heaven's Gate**. Pero cada dólar está gastado e invertido como corresponde: el aspecto del film, la solidez de su relato, son impecables.



#### FICHA TECNICA

Rey Arturo .....	NIGEL TERRY
Merlin .....	NICOL WILLIAMSON
Lancelot .....	NICHOLAS CLAY
Morgana .....	HELEN MIRREN
Guenevere .....	CHERI LUNGI
Perceval .....	PAUL GEOFFREY
Mordred .....	ROBERT ADDIE
Uther .....	GABRIEL BYRNE
Uryens .....	KEITH BUCKLEY
Igrayne .....	KATRINE BOORMAN
Gawain .....	LIAM NEESON
Cornwall .....	CORIN REDGRAVE

Producción y dirección ..... JOHN BOORMAN  
 Guión (sobre **La Muerte D'Arthur**, de Thomas Malory) .....

BOORMAN y  
 ROSPO PALLENBERG

Música (compuesta y dirigida) ..... TREVOR JONES  
 Fotografía ..... ALEX THOMSON  
 Armaduras ..... TERRY ENGLISH  
 Vestuario ..... BOB RINGWOOD  
 Orion/Warner Bros., 1981; duración original: 140 minutos.

#### El hechicero **John Boorman**

Con **Excalibur**, John Boorman (Inglaterra, 1933) satisfizo una ambición de toda la vida: llevar a la pantalla el mito de Arturo. Aquello que sus films anteriores pudieron sólo sugerir —alusiones, homenajes— se hace concreto en lo que el realizador considera una forma pura de expresión cinematográfica. Para Boorman, **Excalibur** es la Verdad.

Su fascinación con la leyenda, dice, "llega tan atrás como mi memoria. De niño lei todo lo que cayó en mis manos a partir de **La Muerte D'Arthur**". En la década del sesenta, trabajando para la BBC, empezó a escribir un guión sobre el tema que no completó. En cambio, cuando realizó **The Quarry** para la BBC, llamó a su protagonista "Rey Arturo". "Era, pienso, mi versión moderna de la leyenda."

En 1969 le ofreció a Artistas Unidos una sinopsis de un "Guión de Merlin", motivando del estudio una contrapro-

puesta. **El Señor de los Anillos**, sobre J. R. R. Tolkien de la que tenían los derechos. "Fundamentalmente", admite Boorman, "Gandalf es Merlin y Frodo el joven Arturo, por lo que decidí intentarlo. Era un desafío inmenso porque no había solamente que encontrar el camino a través de una serie de libros inacabables, sino también resolver problemas técnicos de efectos especiales. Tolkien, con quien me escribía, me dijo que se sentía aliviado porque yo no encaraba un film de dibujos animados: él desconfiaba de ese intento." (Finalmente sería un dibujo animado realizado por Ralph Bakshi). Colaborando con Rospo Pallenberg, Boorman salió adelante con un guión de tres horas y media que Artistas Unidos estimó como muy costoso. "Quedé amargamente decepcionado, estaba muy metido en la cosa."

En 1975, probó nuevamente, ahora con Warner Bros. Dado que quería hacer un film que "contuviera toda la historia de Arturo, desde su nacimiento hasta su muerte, encontré problemas de



síntesis en el relato". Igualmente, el estudio postergó la idea "porque no había por entonces, un mercado para el proyecto".

En 1979, Boorman recibió una llamada de un directivo de Orion Pictures, Mike Medavoy. "Me preguntó si aún me interesaba el proyecto arturiano. Y comprendí que el enorme éxito de **La guerra de las galaxias** había abierto caminos para los films de fantasía. Por la misma época, Ridley Scott (**Alien**) anunciaba un proyecto titulado **Knight (Caballero)** y Steven Spielberg me contaba que alguna vez filmaría una película sobre Merlin."

"Siempre estuve interesado en la —diríamos— iconografía de la leyenda, especialmente la espada surgiendo del lago. En términos de Carl Jung (que dijo que su estudio del inconciente era la continuación de la obra de Merlin y los magos medievales) las profundidades del lago simbolizan las fuerzas de lo inconciente y la espada es el punto de ruptura de esas fuerzas y de los consiguientes peligros. Inevitablemente, en toda mi obra hay alusiones: en **Point Blank (A quemarropa, 1967)**, Yost es una especie de Merlin, que aparece y desaparece detrás de la figura protagónica de Lee Marvin, a su vez una suerte de Arturo, de caballero andante del bajo fondo. En **Deliverance (La violencia está entre nosotros, 1972)**, el film concluye con la imagen de una mano surgiendo del agua, y en principio de **Zardoz (1974)**, donde se emplean máscaras muy en

línea de las que emplea Mordred en **Excalibur**, aparece una mano, llevando también un arma. Podrá parecer trivial, pero así fue la cosa: esas imágenes fueron para mí mucho más acuciantes que cualquier imperativo moral o presunto mensaje. Después, instintos y actitudes orales se acoplarán y el material adquirirá su forma definitiva. Pero fue la imagen más que su significado lo que me ha venido impulsando hasta **Excalibur**.

"Mi mayor interés siempre provino de Merlin, porque es un arquetipo, un carácter que predomina en la vida tanto como en la literatura. Adivina el futuro y es inteligente, pero al mismo tiempo arrastra algo como falso junto con su alocado sentido del humor. Es un lazo entre el pasado (el mundo mágico) y el naciente mundo del hombre. Lo encontramos en un tiempo en que sus poderes van disminuyendo, incluso distorsionándose porque puede interceder pero nunca hacer algo por sí mismo: sólo guiar y manipular a otros. Jung vio a Merlin como a una erupción del inconciente; era más pero también menos que humano. Era impredecible y había algo casi incompleto en él.

Todo ese caos mágico y humano de Merlin parecería tener sus puntos de contacto con el cine. Sí. Al menos para Boorman. "Un realizador funciona como Merlin en el sentido de que también trata de reorganizar un mundo: después de todo, una película es una reorganización de la realidad."

Boorman insiste con que "la leyenda de Arturo es tanto acerca de la

idea de los dioses como de la venida de la Edad del Hombre, de la racionalidad, de las leyes, del Hombre controlando sus negocios. El precio que paga por este predominio es la pérdida de su armonía con la naturaleza y de su relación con la Magia. Como trato de sugerir en el film, esa magia que se pierde pasa a través de nuestros sueños y se hace nostalgia por lo que extravió el pasado humano. La única manera de recuperarla es a través de alguna obra trascendente y eso es lo que significa la búsqueda del Santo Grial, el deseo de superar lo material y hallar algún vehículo de compensación espiritual. Eso es **Excalibur**."



## LIBROS

**R. A. Lafferty**

**Los saltamundos (Not To Mention Camels)**  
Traducción de Juan Antonio Vasco  
Ediciones Lidiun,  
Buenos Aires, 1980  
222 págs.

R. A. Lafferty ha dado a conocer, en las últimas dos décadas, una obra en la que se destacan la originalidad de las ideas y la capacidad de transmitir las ideas evitando explicaciones lógicas, con gran habilidad para la frase ingeniosa e impactante. En más de un aspecto su



obra continúa la de Robert Sheckley: como en él, se destacan el humor, la creación de situaciones absurdas y al mismo tiempo convincentes, la presentación de ideas filosóficas. Lo que varía es la visión del mundo subyacente, que en Sheckley es escéptica y nihilista, y relacionada con el cristianismo en Lafferty. Ambos son también mejores autores de relatos breves que de novelas.

El título original de la que ahora comentamos, algo así como **Por no mencionar los camellos**, da en su tono extravagante una idea más aproximada del contenido del libro. Un lector desprevenido puede tomar su título en castellano como una promesa de aventuras interplanetarias. Se trata en cambio de un texto de ardua lectura, con poca acción concreta, que transcurre en un universo donde la transmigración de un mundo a otro, la creación de nuevos cultos personales y la extrema dificultad de una muerte definitiva son moneda corriente.

El estilo inconfundible del Lafferty cuentista (que vemos en su excelente recopilación **Noventa abuelas**, por ejemplo) está presente también aquí. Predominan los diálogos, las

explicaciones que dejan en las sombras más de lo que iluminan, o que se contradicen entre sí, un retorcido sentido del humor y una ética difícil de discernir, que trata de presentar la necesidad o la trivialidad de los asesinatos sanguinarios o absurdos, la tortura y el descuartizamiento.

La diferencia con un relato corto es que ese modo de narrar se desgasta rápidamente en la extensión de una novela, sobre todo si, como en este caso, las páginas sólo agregan acumulación, sin progreso en algún plano. Los elementos básicos del mundo descripto están presentados en los dos o tres primeros capítulos. El resto del libro acumula diálogos, una sucesión de personajes que serían el mismo bajo distintas reencarnaciones o nombres, retruécanos que van mellando el filo de su in-

genio, y una aspiración simbólica que no se concreta. Todo ello tiene el carácter bidimensional de una ópera, una obra teatral muy estilizada o una historieta.

Pero se trata aquí de un texto escrito, que apunta en sus pocos momentos de brillantez al buen material paródico (una minuciosa descripción de la excelencia de los productos y subproductos del camello, por ejemplo) o crear una escritura que se refleja sobre sí misma, como en momentos de Borges o en el Joyce de *Finnegan's Wake*. La opacidad del lenguaje, y la confusión que impera en el complejo entretreído subyacente de elementos míticos, religiosos y satíricos, impide sin embargo que el libro llegue a conformar una unidad, y lo lleva a la dificultad rebuscada, poco fructífera.

Eduardo Dolpher



## LA SABIDURIA DE LOS ANTIGUOS

Charles Berlitz

Charles Berlitz  
Mensajes enigmáticos del pasado  
(Mysteries from forgotten worlds)  
Traducción de Ignacio R. Romo  
Bruguera, Barcelona, 1980; 222 págs.

Tan grande y tan próspero es el negocio del **best seller** que los fabricantes de libros y sus escritores se ven obligados a trabajar horas extras para abastecer el mercado, aunque no sabemos por cuánto tiempo más. Porque es cosa sabida que la explotación indiscriminada de los recursos naturales termina con su agotamiento, y el asombro es un recurso, de modo que los mercaderes de lo insólito pueden estar matando la gallina de los huevos de oro.

En efecto, así como las permutaciones de sexo, codicia y violencia que integran la fórmula del **best seller** que se lee en la playa, el avión o la peluquería son limitadas, lo

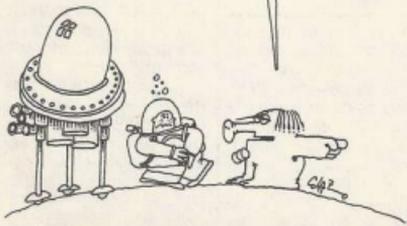
mismo ocurre con los libros del llamado "realismo fantástico". Desde Pauwels y Bergier, poco nuevo se ha inventado, y por lo general se acaba siempre repitiendo los mismos lugares comunes: la Gran Pirámide, la Atlántida, las terrazas de Baalbeck, el "astronauta" de Palenque, la Puerta del Sol de Tiahuanaco, los ovnis, el Triángulo de las Bermudas, etc. Para colmo, los autores comienzan a copiarse unos de otros, y pronto deberán inscribir sus "descubrimientos" en el registro de patentes y marcas.

En cuanto a Berlitz, no es necesario presentarlo. En este libro menor, ofrece un catálogo—casi una enciclopedia—de hechos "inquietantes" ya usados en muchas obras similares, y para explicarlos no nos da una sola tesis sino varias.

Utiliza materiales de Pauwels y Bergier, a quienes cita, pero no hace lo mismo con Von Däniken, por tratarse de una firma competidora. Sumamente hábil, no pone todos los datos en el mismo plano, sino que cada tanto introduce una pista falsa, recordando que no es necesario buscar explicaciones esotéricas cuando la ciencia puede hacerlo mejor; quizás no sea casual que cuando lo hace, casi siempre se trate de teorías pertenecientes a Von Däniken.

Ello no impide que utilice el ejemplo de la batería persa de 1700 años de antigüedad, que ya vimos en *Recuerdos del futuro*; que se extienda en consi-

SIGA DERECHO  
UNOS 25 KILÓMETROS,  
DOBLE A LA IZQUIERDA  
Y ALLÍ, PAGANDO UNAS  
DUNAS, AL FONDO  
ENCONTRARÁ  
EL W.C.



deraciones sobre las "pistas" de Nazca, con cuya visión se cerraba la película, y proceda a reciclar materiales ya bastante conocidos, como las especulaciones numéricas sobre las pirámides egipcias y mayas, la Atlántida y los consabidos mapas del pirata turco Piri Reis, que habrían sido conocidos por Colón e incluirían la Antártida.

De un capítulo a otro, se repiten casos y teorías con cierta insistencia, y con la única finalidad de despertar la intriga sobre hipotéticas civilizaciones hundidas en el mar.

Berlitz también tiene sus preferencias: es un creyente entusiasta de la Atlántida (aunque jamás mencione a la isla de Santorin) pero niega de plano la doctrina simétrica, según la cual en el Pacífico habría otro continente hundido de nombre Mu, lo que no impide que aporte datos sobre ruinas submarinas del Pacífico.

Lo más notable de este libro es que el editor (o el traductor) no parecen estar de acuerdo con el autor, y desde las notas le replican, o aun deslindan responsabilidades. En la pág. 165, el traductor dispara tres notas seguidas contra Berlitz, acusándolo de desconocer la arqueología de España, aunque desde las primeras páginas del libro ya advertía: "El lector se cerciorará de que las soluciones que da el autor a los enigmas de las civilizaciones desaparecidas se apartan de la historia ortodoxa y entran en un plano puramente sub-

jetivo. Por ello, un lector que conozca la historia según las normas tradicionales no estará de acuerdo con lo que Charles Berlitz afirma." (p. 8)

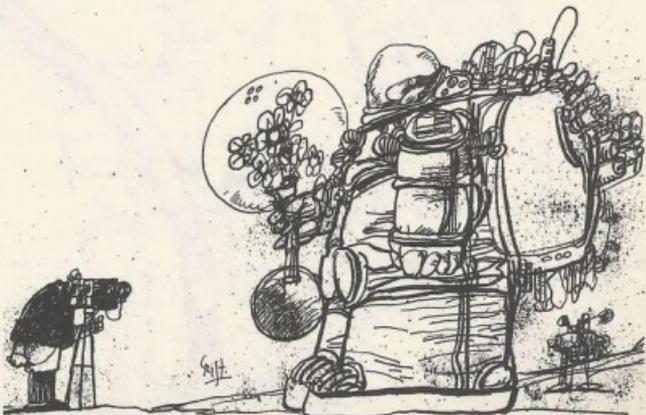
Otra valiosa perla aparece en la página 62. Allí se nos informa que, según una leyenda, la escritura era conocida en Perú en tiempos de los incas, pero fue prohibida "por un rey maya" (!). Evidentemente, todo lo que nos enseñaron en la escuela está equivocado, y este caso de imperialismo a distancia parece confirmarlo...

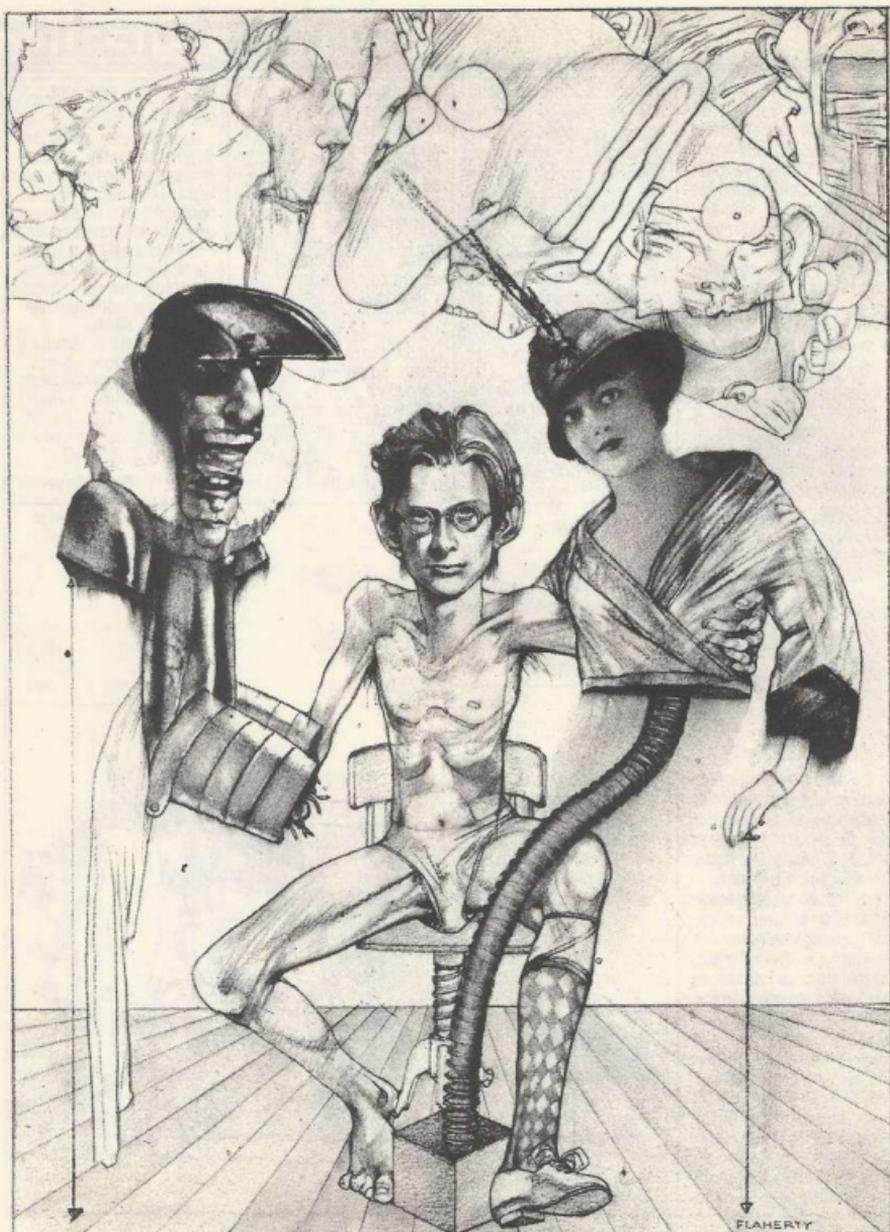
También se dice que los incas utilizaban un misterioso solvente que ablandaba las piedras; Fawcett habría encontrado un jarrón lleno del poderoso líquido, que lamentablemente se perdió (p. 79) como suelen perderse las localizaciones de las ruinas submarinas y demás pruebas de Berlitz. Una duda nos asalta: ¿de qué estaba hecho el jarrón, para que el solvente no lo destruyera? Con alivio, en la página siguiente, nos enteramos de que el eminente explorador y científico Ivan Sanderson también lo pensó, aunque no hace

falta ser tan eminente para darse cuenta...

Una última reflexión. Según nuestras propias investigaciones, la palabra "chanta", a la cual habitualmente se atribuye una etimología genovesa (**chantapuli**) parece corresponder a raíces semejantes que se encuentran en variados idiomas, desde el sánscrito y el francés hasta el yoruba y el comechingón. ¿Significará esto que el chanterío es un fenómeno universal, o que se trata de otra ciencia oculta que nos ha legado la Atlántida?

**Pablo Capanna**





Todo pasado fue,  
y todo futuro será...  
¿mejor?

Alfred Bester

# ESTO O NADA

Ilustró CARLOS NINE

Esta es una advertencia para cómplices como usted, yo y Addyer.

*¿Puede pagar un taza de café, honorable caballero? Soy organismo indigente que está muriendo de hambre*

De día, Addyer era estadístico. Se interesaba en cosas como Tablas Estadísticas, Promedios y Dispersiones, Grupos No Homogéneos y Muestreo Azaroso. De noche, Addyer se zambullía en una elaborada fantasía escapista en dos partes. O bien imaginaba que retrocedía cien años en el tiempo con la *Enciclopedia Británica*, best-sellers, obras exitosas y resultados de carreras o bien imaginaba que avanzaba mil años en el tiempo hasta la Edad Dorada de la perfección.

Uno que otro jueves Addyer alimentaba otras fantasías, como (por un golpe de suerte) verse convertido en el único hombre de la Tierra con un mundo de beldades apasionadas por fecundar, o adquirir el poder de la invisibilidad para asaltar bancos y enderezar entuertos impunemente, o poseer el misterioso poder de obrar milagros.

Hasta aquí usted y yo y Addyer somos idénticos. Lo que nos separa es el hecho de que Addyer fuera estadístico.

*¿Puede pagarme un taza de café, honorable señorita? En nombre de la caridad. Agradecido.*

El lunes Addyer entró precipitadamente en la oficina del jefe, agitando un fajo de papeles.

—Mire esto, señor Grande —escupió Addy-er—. Encontré algo que huele mal. Huele espantosamente mal... Es decir, en el sentido estadístico.

—Demonios —replicó Grande—. Se supone que no debes encontrar nada. Estamos en un paréntesis estadístico hasta que termine la guerra.

—Anduve hojeando el informe del Departamento del Interior. ¿Sabe que nuestra población ha aumentado?

—No después de la bomba atómica —dijo Grande—. Hemos perdido el doble de lo que nuestra tasa de natalidad puede reemplazar. —Señaló la ventana donde se veía el tocón de diez metros del Monumento de Washington.— Allí tienes la confirmación.

—Pero nuestra población aumentó un 3.0915 por ciento. —Addy-er mostró las cifras.— ¿Qué le parece, señor Grande?

—Tiene que haber un error en alguna parte —masculó Grande tras echar una ojeada—. Será mejor que te cerciores.

—Sí, señor —dijo Addy-er escabulléndose de la oficina—. Sabía que le interesaría, señor. Usted es el estadístico ideal, señor.

Se fue.

—Cáspita —dijo Grande, y de nuevo se puso a computar la cantidad de tediosas respiraciones que le quedaban. Era su anestesia personal.

El martes, Addy-er descubrió que no existía correlación entre la proporción mortalidad-natalidad y el incremento demográfico. La guerra multiplicaba la mortalidad y reducía la natalidad; pero la población aumentaba infimamente. Addy-er mostró su hallazgo a Grande, recibió una palmada en la espalda, y se fue a casa a gozar de una nueva fantasía donde despertaba un millón de años en el futuro, descubría la solución del enigma, y decidía quedarse entre montañas niveas y senos niveos, a salvo bajo la égida de una cultura más saludable que la clorotetraciclina.

El miércoles Addy-er solicitó el contómetro y el archivo e hizo un chequeo de prueba con Washington, D.C. Para su consternación descubrió que la población de la ex capital había bajado un 0.0029 por ciento. Era deprimente, y Addy-er volvió a casa para sumirse en un sueño sobre la Edad Dorada de la reina Victo-

ria, donde asombraba y desconcertaba al mundo con su brillante producción novelística, teatral y poética, totalmente plagiada de Shaw, Galsworthy y Wilde.

*¿Puede pagarme café, honorable caballero? Soy menesteroso que necesita caridad.*

El jueves Addy-er intentó otro chequeo, esta vez con la ciudad de Filadelfia. Descubrió que la población de Filadelfia había aumentado un 0.0959 por ciento. Muy alentador. Probó con Little Rock. Incremento del 1.1329 por ciento. Intentó con St. Louis. Incremento del 2.0924 por ciento, y esto pese a la desaparición total del condado de Jefferson a causa de uno de esos errores militares de naturaleza excesiva.

—¡Dios santo! —exclamó Addy-er, temblando de excitación—. Cuanto más me aproximo al centro del país, mayor es el incremento. Pero el centro del país fue el que sufrió los mayores estragos en el ataque relámpago. ¿A qué se debe?

Esa noche hizo viajes de ida y vuelta al pasado y al futuro en medio de la excitación, y estuvo en el trabajo a las siete de la mañana. Solicitó Componentes y Archivos por veinticuatro horas. Siguió su corazonada y realizó un fantástico descubrimiento que transcribió gráficamente según las normas aprobadas. En el mapa de los restos de los Estados Unidos dibujó círculos concéntricos de color ilustrando las áreas de incremento demográfico. Los círculos rojo, naranja, amarillo, verde y azul formaban un blanco perfecto alrededor del condado de Finney, Kansas.

—Señor Grande —exclamó Addy-er inflamado por su pasión estadística—. El condado de Finney tiene que explicar esto.

—Vé allá y consigue esa explicación —replicó Grande, y Addy-er partió.

—Cáspita —murmuró Grande, y se puso a integrar el ritmo de sus pulsaciones con sus parpadeos oculares.

*¿Puede pagarme café, estimada señora? Soy organismo hambriento que requiere nutrición.*

Viajar era complicado en esos tiempos. Addy-er tomó un barco a Charleston (no que-

daban redes ferroviarias en los estados del Atlántico Norte) y una mina errante lo hizo naufragar frente a Hatteras. Flotó diecisiete horas en las aguas heladas, murmurando entre dientes:

—¡Oh, cielos! Si tan sólo hubiera nacido hace cien años.

Aparentemente esta forma de rezar daba buenos resultados. Lo recogió un barreminas de la Marina y fue embarcado a Charleston, donde llegó justo a tiempo para recibir una quemadura de radiación subcrítica a causa de un ataque que afortunadamente dejó intacto el ferrocarril. Le curaron la quemadura de Charleston a Macon (trasbordo), de Birmingham a Memphis (peste bubónica) y a Little Rock (agua contaminada) a Tulsa (cuarentena por lluvia residual) a Kansas City (Transportes O.K. No Se Responsabiliza Por Las Vidas Perdidas A Causa De Actos Bélicos) y a Lyonese, condado de Finney, Kansas.

Y allí estaba el condado de Finney con sus grandes pozos de magma y sus rajaduras y sus estrías radiactivas; granjas enteras ennegrecidas y devastadas; toda la población inepta para el servicio militar. Nubes de hollín y neutralizadores de lluvia residual colgaban sobre el condado de Finney durante el día, dándole un aire de zona industrial en las tardes apacibles. Aureolas de radiación fulguraban de noche, realzadas por las parpadeantes luces rojas de advertencia, transformando el condado en una de esas fotografías nocturnas excesivamente expuestas, borrosas y entrecruzadas por fatales tajos de luz.

Tras una noche insomne en el Lyonesse Hotel, Addyer se dirigió a la Sede del Condado para registrar las actas de nacimiento. Estaba munido con las credenciales adecuadas, pero la Sede del Condado no estaba munida con estadísticas. De nuevo ese excesivo error militar. Había arrasado la Sede.

Un poco fastidiado, Addyer marchó hacia la oficina de la Asociación Médica del Condado. Se proponía realizar una encuesta sobre natalidad con los médicos locales. Había un consultorio y un asistente que había sido enfermero. El asistente informó a Addyer que el condado de Finney había perdido el último doctor cediéndolo al ejército ocho meses atrás. Las comadronas podían ser la respuesta al enigma

de la natalidad pero las comadronas no estaban registradas.

Addyer simplemente tendría que llamar de puerta en puerta, preguntando si alguna dama de la casa practicaba esa antigua profesión.

Aún más irritado, Addyer regresó al Lyonesse Hotel y escribió en un trozo de papel higiénico: TENGO DIFICULTADES CON DATOS. COMUNICARE APENAS HAYA INFORMACION DISPONIBLE. Deslizó el mensaje en una cápsula de aluminio, lo sujetó a la única paloma mensajera que le había quedado, y lo envió a Washington con una plegaria. Luego se sentó ante la ventana para cavilar.

Algo raro le llamó la atención. En la calle de abajo, el ómnibus de Transportes O.K. acababa de llegar de Kansas City. El maltrecho vehículo frenó quejosamente, abrió las puertas con cierta dificultad y dejó salir a un granjero que tenía una sola pierna. Le acababan de vendar la cara quemada. Evidentemente se trataba de un fulano acaudalado que podía costearse un viaje para tratamientos médicos. El ómnibus dobló para iniciar el viaje de regreso a Kansas City y soltó un bocinazo de advertencia. Fue entonces cuando Addyer vio algo raro.

De ninguna parte, literalmente de ninguna parte, surgió una horda de personas. Hormigueaban en callejones, atrás de pilas de escombros; asomaban de las tiendas, colmaban la calle. Todas lucían alegres, saludables, animadas, felices. Reían y charlaban mientras subían al ómnibus. Parecían excursionistas y turistas, y cargaban mochilas, bolsos, cajas de comida e incluso niños. En dos minutos el ómnibus estuvo lleno. Se alejó traqueteando por la carretera, y mientras se perdía de vista Addyer oyó de golpe un canto feliz que reverberaba en las pilas de escombros.

—Demonios —dijo.

Hacia más de dos años que no oía un canto espontáneo. Hacia más de tres años que no veía una sonrisa despreocupada. Se sintió como un hombre ciego para los colores que por primera vez ve la totalidad del espectro. Era perturbador. También era un poco blasfemo.

—¿Esa gente no sabe que estamos en guerra? —se preguntó. Y un poco más tarde—. ¡Lucían tan saludables. ¿Por qué no estaban de uniforme? —Y por último:— Pero ¿quiénes eran?

Esa noche la fantasía de Addyer sufrió una confusión.

*¿Puede usted pagarme un taza de café, amable caballero? Estoy trastornado y débil de hambre.*

A la mañana siguiente Addyer se levantó temprano, alquiló un coche a precio exorbitante, descubrió que no podía comprar gasolina a ningún precio, y por último se decidió por un caballo cojo. Era alérgico a la caspa de caballo y cuando empezó su averiguación casa por casa sufría tormentos de asmático. Estaba abatiendo cuando esa tarde regresó al Lyonesse Hotel. Llegó justo a tiempo para presenciar la partida del ómnibus de Transportes O.K.

De nuevo una horda de personas se alejó por la carretera poceada. Una vez más estalló el canturreo feliz.

—Mil demonios —jadeó Addyer.

Visitó la Oficina Topográfica del Condado en busca de un mapa en gran escala del condado de Finney. Se proponía transcribir la población de comadronas según las normas estadísticas aceptadas. Hubo una pequeña dificultad con el topógrafo, que sufría de sordera, ceguera de un ojo y falta de gafas en el otro. No podía leer las credenciales de Addyer con ninguna facultad ni accesorio. Cuando al fin Addyer se fue con el mapa, masculló para sus adentros:

—Creo que el muy idiota pensó que yo era espía.

—¿Espías? —murmuró más tarde. Y antes de acostarse—: ¡Diantre! Tal vez ésa es la respuesta.

Esa noche fue el agente secreto de Lincoln; previó cada movimiento de Lee, fue más astuto que Jackson, Johnston y Beuregard, frustró los planes de John Wilkes Booth, y fue elegido presidente de los Estados Unidos hacia 1868.

Al día siguiente, el ómnibus de Transportes O.K. se llevó otra carga de gente feliz.

Y el siguiente.

Y el siguiente.

—Cuatrocientos turistas en cinco días —computó Addyer—. El país está saturado de espías.

Empezó a merodear por las calles tratando de investigar a esos alegres viajeros. Era difícil.

cil. Eran elusivos antes de la llegada del ómnibus. Tenían un modo afable de rehusarse a pasar el rato. Los nativos de Lyonesse no sabían nada sobre ellos y no tenían interés. Nadie tenía interés en nada esos días, excepto la penosa supervivencia. Por eso los cantos resultaban obscenos.

Después de siete días de maniobras sigilosas y siete días de recuento, Addyer dio en la tecla.

—Todo concuerda —dijo—. Ochenta personas por día saliendo de Lyonesse. Quinientas por semana. Veinticinco mil por año. Tal vez esa es la respuesta al incremento de población.

Gastó cincuenta y cinco dólares en un telegrama a Grande sin tener la seguridad de que llegaría a destino. El telegrama decía: EUREKA. (LO) HE DESCUBIERTO.

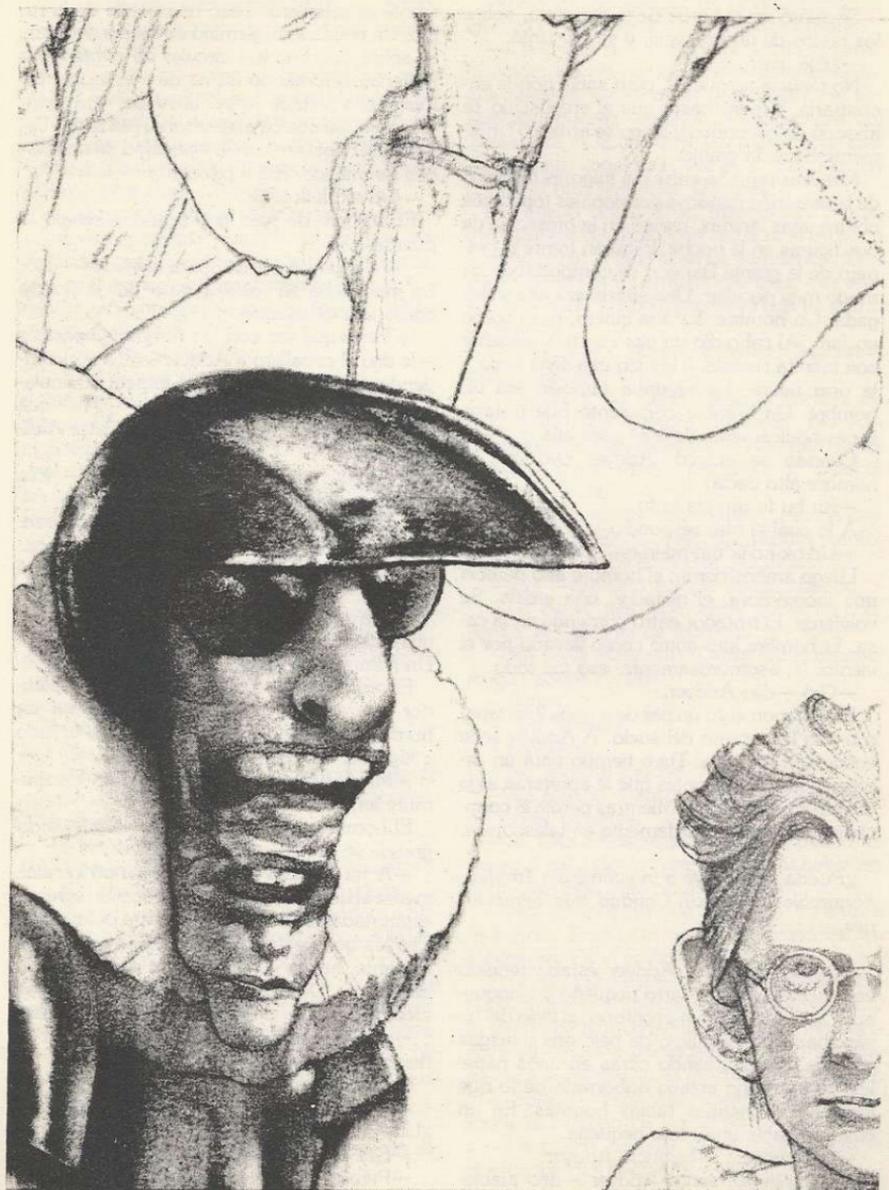
*¿Puede pagarme un solo taza de café, honorable señora? No soy vagabundo deshonesto sino forma de vida marginada.*

Addyer tuvo su oportunidad al día siguiente. El ómnibus llegó como de costumbre. Otra multitud se dispuso a abordarlo, pero esta vez eran demasiadas personas. A tres les negaron el pasaje. Ni se mosquearon. Retrocedieron, agitaron los brazos energicamente cuando partió el ómnibus, gritaron indicaciones para reuniones futuras y luego se volvieron tranquilamente y echaron a andar calle abajo.

Addyer salió del hotel en menos que canta un gallo. Siguió al trio por la calle principal, dobló a la izquierda cuando tomaron la Cuarta Avenida, pasó frente a la escuela en ruinas, la compañía telefónica demolida, pasó frente a los derruidos edificios de la biblioteca, la estación ferroviaria, la iglesia protestante, la iglesia católica, y al fin llegó a los alledaños de Lyonesse y luego a campo abierto.

Allí tuvo que ser más cauteloso. Era difícil seguir a los espías con tantas luces de advertencia iluminando la carretera crepuscular. No era tan suicida como para pensar en ocultarse en los hoyos radiactivos. Se detuvo, acicateado por la indecisión, y sintió alivio cuando los vio apartarse de la carretera poceada y entrar en la vieja granja Baker.

—¡Ajá! —dijo Addyer.



Se sentó en el borde de la carretera, sobre los restos de un proyectil, y se preguntó:

—¿Ajá qué?

No tenía la respuesta, pero sabía dónde encontrarla. Esperó hasta que el crepúsculo se ahondó en oscuridad y luego se arrastró lentamente hacia la granja.

Mientras reptaba entre los fulgores fatídicos de la radiación dándose ocasionales topetazos contra unas lápidas, reparó en la presencia de dos figuras en la noche. Estaban frente al granero de la granja Baker y se comportaban de modo muy peculiar. Una silueta era alta y delgada. Un hombre. Estaba quieto, tieso como un faro. Al cabo dio un paso corto y elegante con infinita cautela, y le hizo una seña lenta a la otra figura. La segunda también era un hombre. Un hombre corpulento que trotaba espasmódicamente de aquí para allá.

Cuando se acercó, Addyer oyó que el hombre alto decía:

—Ru bu fu mu jua lu fu.

A lo cual el otro respondió:

—Ud-nk-kd-ik-md-pd-ld-nk.

Luego ambos rieron; el hombre alto parecía una locomotora, el trotador, una ardilla. Se volvieron. El trotador entró corriendo en la casa. El hombre alto entró como llevado por el viento. Y, asombrosamente, eso fue todo.

—Ojó —dijo Addyer.

En ese momento un par de manos lo atraparon y lo levantaron del suelo. A Addyer se le encogió el corazón. Tuvo tiempo para un espasmo convulsivo antes que le apretaran algo blando contra la cara. Mientras perdía el conocimiento pensó absurdamente en telescopios.

*¿Puede pagar café a indigente sin empleo, honorable caballero? Caridad trae bendiciones.*

Cuando despertó, Addyer estaba tendido en un diván en un cuarto pequeño y blanqueado. Sentado ante un escritorio, al lado del diván, había un caballero de pelo gris y rasgos gruesos, garrapateando cifras en unos papeles. El escritorio estaba atiborrado de lo que parecían intrincadas tablas horarias. En un costado había una radio pequeña.

—E-escuche... —balbució Addyer.

—Un minuto, señor Addyer —dijo afable-

mente el caballero. Tocó una perilla de la radio. Un resplandor germinó en medio del cuarto sobre una bandeja circular de cobre, y se materializó tomando forma de muchacha. La muchacha estaba muy desnuda, era muy atractiva. Se acercó al escritorio, palmeó la cabeza del caballero con la velocidad de un martillo neumático. Rió y parlotéó.

—Ud-nk-ik-ik-lt-nk.

El hombre de pelo gris sonrió y señaló la puerta.

—Vé afuera y camina para calmarte —dijo. La muchacha se volvió y salió por la puerta como una exhalación.

—Tiene que ver con los ritmos temporales —le dijo el caballero a Addyer—. Yo no lo entiendo. Cuando vienen traen ímpetu acumulado. —Siguió garrapateando.— ¿Por qué diablos tuvo que venir a husmear, señor Addyer?

—Ustedes son espías —dijo Addyer—. Ella hablaba en chino.

—No lo crea. Yo diría que era francés. Francés temprano. De mediados del siglo quince.

—¡De mediados del siglo quince! —exclamó Addyer.

—Esa es mi opinión. Uno empieza a adquirir cierto oído para esos ritmos acelerados. Un minuto, por favor.

Encendió de nuevo la radio. Otro resplandor apareció y se solidificó en forma de hombre desnudo. Un hombre grande, velludo y lúgubre.

—Mu fu blu uau jau pu —dijo, con exasperante lentitud.

El hombre de pelo gris señaló la puerta. El grande se fue en cámara lenta.

—A mi manera de ver —continuó cordialmente el hombre de pelo gris, cuando regresan están nadando contra la corriente del tiempo. Eso les quita velocidad. Cuando viajan hacia adelante, nadan en favor de la corriente. Eso los acelera. Desde luego, de un modo u otro el efecto sólo dura unos minutos. Luego pasa.

—¿Qué? —dijo Addyer—. ¿Viajes por el tiempo?

—Sí, claro.

—Esa cosa... —Addyer señaló la radio.— ¿Una máquina del tiempo?

—Esa es la idea. Aproximadamente.

—Pero es demasiado pequeña.

El hombre de pelo gris lanzó una carcajada.

—¿Pero qué es este lugar? ¿Qué función cumple usted?

—Es curioso —dijo el hombre de pelo gris—. Todos especulan sobre el viaje en el tiempo. Cómo se usaría para exploración, arqueología, investigación histórica y social, etcétera. Nadie intuyó nunca cuál sería la verdadera utilización... Terapia.

—¿Terapia? ¿Quiere decir terapia médica?

—Exacto, terapia psicológica para los inadaptados que no responden a otro tratamiento. Los dejamos emigrar. Escapar. Hemos instalado estaciones cada cuarto de siglo. Estaciones como ésta.

—No comprendo.

—Esta es una oficina de inmigración.

—¡Dios mío! —Addyer se incorporó de un salto.— Entonces ustedes son la respuesta al incremento demográfico. ¿Sí? Fue así como lo descubrí. La mortalidad se ha elevado tanto, y la natalidad ha mermado tanto hoy día que esta adición temporal se vuelve significativa. ¿Es así?

—Sí, señor Addyer.

—Miles de ustedes vienen aquí. ¿De dónde?

—Del futuro, por supuesto. El viaje temporal no se desarrolló hasta el C/H 127. O sea... digamos el año 2505, según la cronología de ustedes. No instalamos nuestra cadena de estaciones hasta C/H 189.

—Pero éstos que se movían tan rápido. Usted dijo que venían del pasado.

—Ah, sí. Pero originalmente todos vienen del futuro. Decidieron que habían retrocedido demasiado.

—¿Demasiado?

El hombre de pelo gris cabeceó y reflexionó.

—Es gracioso. Los errores que comete la gente. Se vuelve poco realista cuando lee historia. Pierde contacto con los hechos. Conoció a un fulano que sólo se conformaba con la época isabelina. "Shakespeare", decía. "La reina Isabel. La Gran Armada. Drake y Hawkins y Raleigh. El período más viril de la historia. La Edad Dorada. Es lo que necesito." No hubo modo de disuadirlo, así que lo enviamos. Una lástima.

—¿Por qué? —preguntó Addyer.

—Ah, murió en tres semanas. Bebió un vaso de agua. Típus.

—¿No lo vacunaron? Es decir, cuando el ejército envía hombres a ultramar siempre...

—Claro que sí. Le brindamos toda la inmunización que era posible. Pero las enfermedades también evolucionan y cambian. Se desarrollan nuevas variantes. Desaparecen las viejas. Esa es la causa de las pandemias. Evidentemente nuestras vacunas no servían contra el tífus isabelino. Disculpe...

De nuevo apareció el resplandor. Surgió otro hombre desnudo, que chachareó un poco y luego cruzó la puerta en un santiamén. Casi chocó contra la muchacha desnuda, que asomó la cabeza, sonrió y preguntó con un extraño acento:

—*Le vous prie de me pardonner. Quy estoit cette gentilhomme?*

—Estaba en lo cierto —dijo el hombre de pelo gris—. Es francés medieval. No han hablado así desde Rabelais. —A la muchacha le dijo:— Inglés medio, por favor. El dialecto norteamericano.

—Ah, lo lamento, señor Jelling. Mis conocimientos lingüísticos se despelotan tanto. ¿Despelotan? ¿Es correcto? ¿O dicen...?

—¡Eh! —exclamó Addyer escandalizado.

—Lo dicen, pero sólo entre gente de confianza. No delante de extraños.

—Ah sí, ya recuerdo. ¿Quién era el caballero que acaba de salir?

—Peters.

—¿De Atenas?

—En efecto.

—No le gustó mucho, ¿verdad?

—No mucho. Parece que los peripatéticos no tenían cañerías.

—Sí. Una empieza a extrañar un baño moderno al cabo de un tiempo. ¿Dónde habrá ropa... o en este siglo no usan ropa?

—No, eso es dentro de cien años. Vé a ver a mi esposa. Está en el cuarto de accesorios, en el granero. Es el edificio grande y rojo.

El hombre alto como un faro que Addyer había visto frente al granero se manifestó de pronto detrás de la muchacha. Ahora estaba vestido y se movía a velocidad normal. Miró fijamente a la muchacha, la muchacha lo miró a él.

—¡Splem! —exclamaron ambos. Se abrazaron y se besaron los hombros.

—La piedra costillar de mi pítrea costilla dos corazones corazona —dijo el hombre.

—Descorazone quien no dos corazones —rió la muchacha.

—¿Eh? Entonces también tú corazonaste. Se abrazaron de nuevo y se fueron.

—¿Qué era eso? ¿Idioma del futuro? —preguntó Addy—. ¿Taquigrafía?

—¿Taquigrafía? —exclamó Jelling sorprendido—. ¿No reconoce la retórica? Eso era retórica del siglo treinta, hombre. Allá no hablamos otra cosa. Prótesis, diástole, epérgesis, metábasis, hendiáde... Y todos nacemos escandiendo.

—No tiene por qué ser tan pomposo —murmuró Addy con envidia—. Yo también podría escandir si lo intentara.

—Le resultaría tremendamente incómodo a esta altura de la vida.

—¿Cuál sería la diferencia?

—La diferencia sería enorme —dijo Jelling—, porque usted descubriría que vivir es la suma de las comodidades. Tal vez piense que una cañería no tiene importancia comparada con los antiguos filósofos griegos. Mucha gente piensa así. Pero lo cierto es que ya conocemos la filosofía. Al cabo de un tiempo uno se cansa de ver a los grandes hombres y de escuchar cómo exponen el material que uno ya conoce. Se empieza a extrañar las comodidades y rutinas que uno daba por sentadas.

—Esa actitud es superficial —dijo Addy.

—¿Le parece? Trate de vivir en el pasado a la luz de una vela, sin calefacción central, ni refrigeración, ni comidas enlatadas, ni drogas elementales... O trate de vivir en el futuro con Berganlicks, los Veintidós Mandamientos, los calendarios y las monedas duodecimales, o trate de hablar en verso, planeando y escandiendo cada oración antes de hablar... y pase por un analfabeto despreciable cuando se descuide y hable espontáneamente en su propio idioma.

—Usted exagera —dijo Addy—. Apuesto a que hay épocas en que podría ser muy feliz. Lo he pensado durante años, y...

—¡Ya! —resopló Jelling—. La gran ilusión. Mencione una.

—La Revolución Norteamericana.

—¡Puah! Falta de cuidados sanitarios, de medicinas. Cólera en Filadelfia. Malaria en Nueva York. Falta de anestesia. La pena de muerte para cientos de delitos menores e

infracciones insignificantes. Ninguno de los libros ni la música que usted prefiere. Ninguno de los oficios o profesiones para las cuales lo entrenaron. Pruebe de nuevo.

—La época victoriana.

—¿Cómo están sus dientes y sus ojos? ¿En buen estado? Más vale que sí. No podemos mandarles sus postizos y gafas. ¿Cómo está su ética? ¿En mal estado? Más vale que sí, o de lo contrario se moriría de hambre en esa época salvaje. ¿Qué opina usted de las diferencias de clase? Eran bastante pronunciadas en esos tiempos. ¿Cuál es su religión? Más vale que no sea judío ni católico ni cuáquero ni moraviano ni pertenezca a ninguna otra minoría. ¿Cuáles son sus creencias políticas? Si hoy es reaccionario, las mismas opiniones lo transformarían en un progresista peligroso hace cien años. No creo que fuera feliz.

—Estaría a salvo.

—No a menos que fuera rico. Y no podemos trasladar dinero. Sólo el cuerpo. No, Addy, los pobres morían a la edad promedio de cuarenta años en esos días... exhaustos, desgastados. Sólo sobrevivían los privilegiados y usted no sería uno de los privilegiados.

—¿Pese a mi conocimiento superior?

Jelling cabeceó fatigosamente.

—Sabía que saldrá con eso tarde o temprano. ¿Qué conocimiento superior? ¿Sus brumosos recuerdos de ciencia e invención? No sea imbécil, Addy. Usted disfruta de su tecnología sin tener la más peregrina idea de cómo funciona.

—No tendría que ser un recuerdo brumoso. Podría fabricar algo.

—¿Qué, por ejemplo?

—Ah... digamos la radio. Podría hacer una fortuna inventando la radio.

Jelling sonrió.

—Usted no podría inventar la radio a menos que primero inventara los cien hallazgos técnicos combinados que condujeron a ella. Tendría que crear todo un nuevo mundo industrial. Tendría que descubrir el rectificador de vacío y crear una industria para manufacturarlo; el autodino, el receptor neutrodino no radiante y demás. Tendría que desarrollar la producción de energía eléctrica y la transmisión y la corriente alterna. Tendría que... Pero

¿para qué insistir en lo obvio? ¿Podría usted inventar la combustión interna antes de la aparición del petróleo?

—¡Dios santo! —gruñó Addyer.

—Y otra cosa —continuó secamente Jelling—. He hablado de herramientas tecnológicas, pero el lenguaje también es una herramienta; la herramienta de la comunicación. ¿Alguna vez se dio cuenta de que por mucho que estudiara nunca aprendería cómo se usa realmente un idioma hace siglos? ¿Sabe usted cómo los romanos pronunciaban el latín? ¿Conoce los dialectos griegos? ¿Podría aprender a hablar y pensar en gaélico, flamenco del siglo diecisiete, bajo alemán antiguo? Nunca. Sería un sordomudo.

—Nunca lo pensé de esa manera —dijo lentamente Addyer.

—Los escapistas nunca lo hacen. Sólo buscan un pretexto vago para huir.

—¿Y los libros? Podría memorizar un gran libro y...

—¿Y qué? ¿Retroceder al pasado para anticiparse al verdadero autor? También anticiparía el público. Un libro no es grande hasta que el público está preparado para entenderlo. No es rentable hasta que el público está preparado para comprarlo.

—¿Y si viajara al futuro? —preguntó Addyer.

—Ya se lo he dicho. Es el mismo problema, sólo que a la inversa. ¿Podría un hombre medieval subsistir en el siglo veinte? ¿Podría sobrevivir al tráfico callejero? ¿Conducir autos? ¿Hablar el idioma? ¿Pensar en ese idioma? ¿Adaptarse al ritmo, las ideas y combinaciones que usted da por sentadas? Jamás. ¿Podría alguien del siglo veinticinco adaptarse al siglo treinta? Jamás.

—Pues bien —dijo irritado Addyer—, si el pasado y el futuro son tan incómodos, ¿por qué viajan todas estas personas?

—No viajan —dijo Jelling—. Huyen.

—¿De qué?

—De su propia época.

—¿Por qué?

—No les gusta.

—¿Por qué no?

—¿A usted le gusta la suya? ¿A algún neurótico le gusta su época?

—¿Adónde van?

—A cualquier parte menos donde deben. Siguen buscando la Edad de Oro, ¡Vagabundos! ¡Turistas del tiempo! Nunca satisfechos. Siempre buscando, cambiando... errando a través de los siglos. ¡Ja! La mitad de los mendigos que usted conoce son tal vez vagabundos del tiempo atascados en el siglo equivocado.

—¿Y esa gente que viene aquí... piensa que ésta es una Edad de Oro?

—Así es.

—Están locos —protestó Addyer—. ¿Han visto las ruinas? ¿La radiación? ¿La guerra? ¿La ansiedad? ¿La histeria?

—Claro que sí. Precisamente eso los trae. No me pregunte por qué. Piénselo de este modo: a usted le gusta el período colonial norteamericano, ¿verdad?

—Entre otros.

—Bien, si usted le comentara al señor George Washington por qué le gusta su época, tal vez nombraría todas las cosas que él aborrecía.

—Pero esa comparación no es justa. Esta es la peor época de toda la historia.

Jelling agitó la mano.

—Así le parece a usted. Todos dicen lo mismo en cada generación; pero créame, viva cuando viva y viva como viva siempre hay alguien en otra parte que piensa que usted vive en la Edad de Oro.

—Pues maldita sea mi estampa —dijo Addyer.

Jelling lo miró fijamente un largo instante.

—Lo será —dijo amargamente—. Tengo malas noticias para usted, Addyer. No podemos dejarlo aquí. Usted hablará y causará un revuelo, y nuestro secreto tiene que guardarse. Tendremos que mandarlo a un viaje sin regreso.

—Puedo hablar donde quiera que vaya.

—Pero nadie lo escuchará fuera de su propia época. Lo que diga no tendrá sentido. Usted será un excéntrico, un lunático... un extraño... inofensivo.

—¿Y si regreso?

—No podrá regresar sin una visa, y no le tauraré ninguna visa. No será usted el primero que tenemos que trasladar, si eso le sirve de consuelo. Recuerdo que hubo un japonés...

—¿Entonces me mandará a otra zona del tiempo? ¿Para siempre?

—Exacto. De veras lo siento mucho.  
 —¿Al futuro o al pasado?  
 —La opción es suya. Piénselo mientras se desviste.  
 —No tiene por qué ponerse tan lúgubre —dijo Addyer—. Es una gran aventura. Una aventura apasionante. Es algo con lo que siempre soñé.  
 —Así es. Será maravilloso.  
 —Podría rehusarme —dijo nerviosamente Addyer.  
 Jelling meneó la cabeza.  
 —Simplemente lo drogaríamos y lo trasladaríamos de cualquier modo. Sería preferible que eligiera usted.  
 —Elegiré con sumo placer.  
 —Seguro. Así se habla, Addyer.  
 —Todos dicen que yo nací cien años antes de lo debido.  
 —En general todos dicen lo mismo... a menos que digan que nació cien años después de lo debido.  
 —Algunas personas también dicen eso.  
 —Bien, piénselo. Es una mudanza irreversible. ¿Qué prefiere... el fonético futuro o el poético pasado?  
 Addyer empezó a desvestirse muy despacio, como se desvestía cada noche cuando iniciaba el preludio a su fantasía de costumbre. Pero ahora sus sueños enfrentaban la realización y el momento de la decisión lo aterraba. Estaba un poco abatido y sentía las piernas

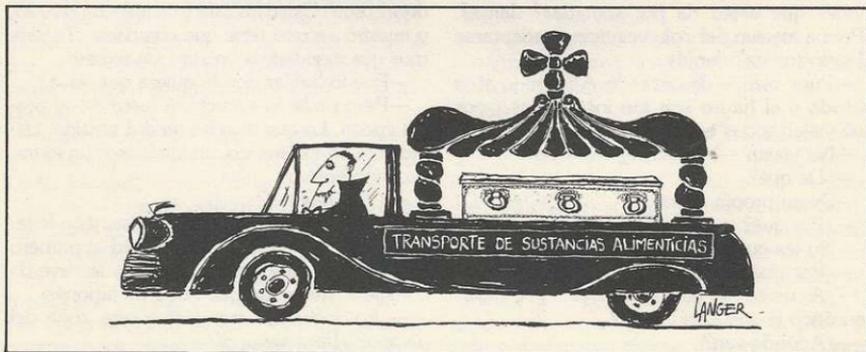
flajas cuando pisó el disco de cobre en el centro del cuarto. Cuando Jelling le preguntó qué había elegido, le respondió con un hilo de voz. Luego, en la aureola de un fulgor incandescente, desapareció para siempre de su tiempo.

¿Adonde fue? Usted lo sabe. Yo lo sé. Addyer lo sabe. Addyer viajó a la tierra de Nuestra amada fantasía. Escapó al refugio que es Nuestro refugio, al tiempo de Nuestros sueños; y enseguida comprendió que en verdad había partido del único tiempo donde podía estar.

A través del panorama de los años todas las épocas parecen seductoras y áureas, menos la nuestra. Añoramos ayer y mañanas, sin comprender nunca que la alternativa es esto o nada: que el día de hoy, amargo o dulce, turbulento o apacible, es el único para nosotros. El traidor no es el tiempo, sino nuestro sueño, y todos somos cómplices de la traición hacia nosotros mismos.

*¿Puede pagar un taza de café, honorable señor? No, señor, no soy organismo mendicante. Soy japonés de paso abandonado en este año misérrimo. ¡Honorable señor! Suplico sagrada caridad. ¿Donará a esta persona desamparada un pasaje al puesto de Lyonesse? Imploro de rodillas me dé una visa. Quiero regresar al año 1945. Quiero estar de nuevo en Hiroshima. Quiero ir a casa.*

Título del original en inglés: *Hobson's Choice*.  
 © 1952 by Mercury Press, Inc. Traducción de C.G.



En esta segunda parte de su lúcido y divertido libro dedicado a demoler las creencias más absurdas de la raza humana, John Sladek visita los perdidos paraísos de la Atlántida y Mu, devela los maravillosos secretos de los antiguos, capaces de construir tanto arcas para todas las especies como pirámides para medir la distancia al sol, y persigue (sin dar con ellas) a dos famosas mascotas perdidas: el yeti y el Monstruo de Loch Ness.

John Sladek

# LOS NUEVOS APOCRIFOS

## Guía de ciencias extrañas y creencias ocultistas

Ilustró ALFREDO GRONDONA WHITE

### Perdidos y hundidos

#### 5: El paraíso sumergido

##### ATLANTIDA

El fondo del océano ejerce sobre algunos de nosotros la misma atracción que el lado oscuro de la Luna, o el planeta X de la galaxia Y: es inaccesible, y por lo tanto está completamente a merced de nuestra imaginación. Por esta razón la Atlántida ha persistido, mientras que muchas otras regiones delectables —Cucaña, El Dorado, Shangri-La— se han evaporado.

Platon introdujo la Atlántida en dos de sus diálogos, el *Timeo* y el *Critias*, usándola

para enfatizar una moraleja: la molición produce terremotos que te hundan la isla. Sus contemporáneos parecieron dudar de que Platón en verdad tuviera algún conocimiento especial de lo ocurrido siglos antes en un lugar real pero lejano. Aristóteles trató la Atlántida como una fábula.

No así pensadores posteriores. La Atlántida fue diversamente identificada con las Américas, las Canarias, el Caribe, Suecia, Sudáfrica e incluso Ceilán. Su ubicación siguió siendo vaga hasta que en el siglo diecinueve Ignatius Donnelly la hundió con firmeza en el Atlántico.

Donnelly era un político de Minnesota, líder del partido populista reformador. Fundó

una comunidad basada en el amor. Escribió un libro sobre catástrofes con cometas, *Ragnarok*, adelantándose en setenta años a Velikovsky. Escribió libros demostrando que Francis Bacon era el verdadero autor de las obras de Shakespeare, valiéndose de las claves espurias que descubrió en ellas. Y escribió el libro más popular de todos los tiempos sobre el continente perdido, *Atlántida*, en 1882. Este libro se ha traducido a muchos idiomas, y hasta 1970 se han publicado regularmente nuevas ediciones.

Es obvio que *Atlántida* impresionó a la mayoría de la gente. El primer ministro William Ewart Gladstone trató de organizar una expedición para buscar esa comar-

ca desaparecida (Donnelly también se hizo famoso como político, pues llegó a congresal de los EE.UU. y a candidato para vicepresidente por el partido populista).

La última edición de *Atlántida*<sup>1</sup> la preparó el jefe del Instituto Hörbiger en Gran Bretaña, Egerton Sykes, quien además manifiesta un profundo interés en escalar el monte Ararat para encontrar el Arca de Noé. En su prefacio, Sykes admite que la Teoría del Mundo de Hielo de Hörbiger ha "caído en desgracia" recientemente, pero lo atribuye a su popularidad entre los nazis, y espera que hacia fin de siglo "se haga justicia" con la teoría.

*Atlántida* explica que los dioses de los griegos, fenicios, hindúes, escandinavos y prácticamente todos los demás eran en verdad reyes, reinas y héroes del viejo continente. Colonizaron Egipto y Perú, fundaron la mayoría de las civilizaciones antiguas de Europa, África y las Américas, introdujeron las edades del bronce y el hierro, inventaron alfabetos para los fenicios y mayas, e inventaron el calendario. Luego una "espantosa convulsión natural" hundió esta cuna de la civilización. Sólo unos pocos escaparon para contarle a otros, quienes nos comunicaron la noticia disfrazada de mitos edénicos y diluvianos.

Para probar su teoría, Donnelly comparó culturas remotas y descubrió correspondencias satisfactorias. Ciertas costumbres como el matrimonio y el divorcio, el embalsamamiento, la cirugía craneal, ciertas creencias en el más allá, ciertas similitudes en astronomía, arquitectura, agricultura y ciertas relaciones lingüísticas parecían surgir en lugares tan distantes como Perú y Egipto, o China y México.

Donnelly tenía mucha erudición y paciencia, pero poca

comprensión. No sólo "leyó" maya usando el alfabeto espurio de Diego de Landa (ver más adelante), sino que obtuvo otras correspondencias malinterpretando el chino. Ya que esto, más lo que Martin Gardner llama "material geológico, arqueológico y legendario cuestionable", constituye su "evidencia" más fuerte, no se puede esperar que los estudiosos serios se sientan interesados por la *Atlántida* de Donnelly.

La atracción que este libro ejerce sobre los bichos raros, por otra parte, ha llevado a la publicación de miles de ensayos sobre la *Atlántida*, cada vez más alejados de cualquier consideración de los hechos, libros como *La Atlántida sumergida restaurada*, de B. Leslie, Rochester, N.Y., 1911, compuesto enteramente por evidencias de médiums espiritistas. También el célebre místico Edgar Cayce obtuvo del éter sus informes sobre el continente sumergido.

El único factor en que concuerdan todos los creyentes en la *Atlántida* es la violencia del hundimiento final. Las explicaciones han incluido volcanes, vapor subterráneo, el colapso de cámaras subterráneas huecas, gases extraños, el cometa de Velikovsky y la luna caída de Hörbiger, la irrupción de nuestra luna actual desde abajo del mar y, recientemente, experimentos nucleares de los atlántidas. Egerton Sykes incluso parece hallar una significación en las aventuras de Simbad el marino, quien desembarcó en una isla y preparó una fogata sólo para descubrir que la isla era una ballena que se sumergió en las profundidades.<sup>2</sup>

La noción de Donnelly de que el continente hundido era la patria original de los arios, o "familia indoeuropea de naciones", despertó desde luego el interés de los pseudocientíficos nazis. En 1922, Karl

George Zschartzsch publicó *Atlantis, die Urheimat der Arien* (Atlántida, la patria original de los arios), demostrando que era una comunidad amante de la naturaleza formada por la raza de los amos y que debía buena parte de su perfección a una dieta vegetariana. Pero una mujer no aria inventó o importó bebidas alcohólicas (Eva y la sidra prohibida) provocando la pérdida de la gracia. Atlántida pronto chocó con la cola de un cometa.\* Sólo tres personas escaparon: un viejo, una niña y una mujer embarazada.

Huyendo del fuego, descubrieron un géiser frío que salpicaba con sus aguas las ramas de un árbol grande. El viejo advirtió que una serpiente y una loba desaparecían entre las raíces del árbol y razonó que había una cueva bajo las raíces. Adentro, la mujer murió y el viejo fue a buscar agua fría: un pequeño meteorito le quemó uno de los ojos; pero la loba amamantó a la niña.<sup>3</sup>

Así la *Atlántida* explicaría una serie de mitos, como el tuerto Odín y Rómulo sin Remo.

Desde luego muchos creyentes en la *Atlántida* desechan ficciones como ésta, aunque sin embargo sostienen que debe haber alguna verdad en la historia principal. Siento la tentación de preguntar *cuál* verdad. ¿La *Atlántida* está sumergida, pero no es un paraíso? ¿Es un paraíso sumergido, pero no habitado por arios? ¿Un paraíso hundido habitado por arios, pero no destruido por un cometa? A cada paso la historia tropieza con una afirmación nueva y absolutamente infundada, hasta que el fabricante de mitos ha apilado un Pelión sobre un Ossa sobre un Olimpo de dispar-

\* Las colas de los cometas, aunque enormes, no contienen suficiente material sólido contra el cual "chocar". El efecto de semejante choque sería tan perceptible como el choque de un avión contra bacterias transportadas por el aire.

tes que se balancean precariamente sobre frágiles evidencias.

Un ejemplo de esas evidencias, es el ánfora con cabeza de búho del doctor Paul Schliemann. Schliemann era nieto del arqueólogo Heinrich Schliemann, el descubridor de Troya. Pero mientras su abuelo era un científico serio, el doctor Paul se zambulló en los titulares con "Cómo descubrí la Atlántida, fuente de toda civilización". Allí describía objetos presuntamente heredados del abuelo, un ánfora con cabeza de búho y algunos documentos.

Adentro del ánfora había monedas cuadradas de una aleación de platino-aluminio-plata y una placa metálica escrita en fenicio: "Acuñadas en el Templo de los Muros Transparentes". Entre [los documentos] descubrió el relato de cómo se había encontrado en Troya una gran ánfora de bronce con la inscripción: DEL REY CRONOS DE ATLANTIDA.<sup>4</sup>

El resto del artículo era evidentemente un refrito de los argumentos de previos atlantólogos y lemuriólogos, con pocos o ningún aporte novedoso. Huelga añadir que el ánfora con cabeza de búho y las monedas cuadradas nunca fueron mostradas a los arqueólogos ni al público.

Los ocultistas no han sido lentos para asimilar las pruebas atlantológicas de esta especie, ni para explorar esa tierra mítica. Teósofos como madame Blavatsky, Annie Besant y W. Scott-Elliott se contaron entre los primeros entusiastas; los siguieron rosacruces como Wishar S. Cerve y el antropósofo Rudolf Steiner, e independientes como Lewis Spence y James Churchward. Fue Churchward quien propagó la verdad revelada sobre Mu.

## LA SAGRADA MU

Quizá el paraíso sumergido original se estaba atestando demasiado, pero por alguna

razón los teósofos decidieron fundar un nuevo, Lemuria, alrededor de 1860. El nombre provenía de una teoría científica entonces en boga. Un geólogo austriaco sugirió que India y Africa estuvieron unidas en un tiempo por un puente continental. Estimó que la conexión se habría roto hacía unos sesenta millones de años y desde luego no dijo nada en absoluto sobre civilizaciones antiguas. La idea del puente continental fue desechada por los geólogos posteriores (la teoría actual sostiene que India se separó del Africa y se desplazó por la deriva de los continentes) pero Lemuria ya había contagiado a los acólitos de madame Blavatsky.

Helena Petrovna Blavatsky sostuvo que Lemuria era la patria de lo que llamaba la tercera Raza Raigal. Las Razas Raigales forman parte del mecanismo teosófico de la evolución. Hay siete Razas Raigales consecutivas en el plan, y cada cual desarrolla siete subrazas (según el patrón de St. Ives) antes de ser eliminada mediante el hundimiento de un continen-

te. La siguiente Raza Raigal surge de una subraza de la predecesora, y así sucesivamente.

La primera Raza Raigal era absolutamente etérea (no entiendo cómo pudo ahogarse); la segunda tenía cuerpos semisustanciales. La tercera, que vivía en Lemuria, estaba formada por gigantes simiescos, hermafroditas, ovíparos, con cuatro brazos y tres ojos. Evolucionaron gradualmente hasta volverse humanos y el descubrimiento de la sexualidad normal causó su pérdida. Lemuria se hundió.

La cuarta Raza Raigal surgió en Atlántida. *La historia de la Atlántida*, de W. Scott-Elliott, 1914, describe las siete subrazas, empezando por los rmoahal, que eran negros y de tres metros de altura, hasta los tlavatli, los toltecas (ocho metros de estatura), los turanianos, los semitas (de quienes derivó la Quinta Raza Raigal), los acadios y los mongoles. La Atlántida se hundió.

La Quinta Raza Raigal, los arios, fueron de Egipto al desierto de Gobi, donde desarrollaron las primeras cin-

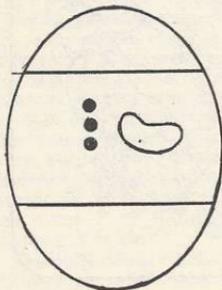


co subrazas: los hindúes, los egipcios, los persas, los celtas y por último los germanos. De acuerdo con Annie Besant, la sexta subraza está naciendo ahora, en California del Sur. De ella derivará la Sexta Raza Raigal, que habitará un nuevo continente que está por surgir del Pacífico.

Con frecuencia se piensa que el nombre "Mu" es un apócope de "Lemuria", pero tiene otra historia. Parece haber empezado<sup>5</sup> con la pseudolingüística de Diego de Landa, uno de los primeros obispos del Yucatán y crítico de la cultura maya por decisión propia.

La primera contribución de Landa a nuestra comprensión de los mayas fue quemar todos los documentos escritos de que pudo echar mano. Su purga fue tan exitosa que sólo nos quedan tres libros mayas: el códice Dresden, que no está intacto, el códice Perezianus, y el códice Tro-Cortesianus. Más tarde, el obispo cambió de parecer. Quizá no era tan malo aprender un poco de maya. Exigió a los nativos el "alfabeto maya".

Como el maya es una lengua pictográfica no tiene alfabeto, pero aparentemente los nativos trataron de satisfacerlo. Para la A, le mostraron *aac* (tortuga), una cabeza de tortuga. Para la B, le mostraron *be* (camino), una imagen de un camino con una huella impresa (figura 5-1).



Naturalmente, el alfabeto de Landa fue inútil. En 1864 el abate Brasseur de Bourbourg trató de usarlo para traducir el códice Troanus (la mitad del códice Tro-Cortesianus) y el resultado fue una farragosa historia sobre una explosión volcánica. Tomó un par de símbolos recurrentes, la M y la U del alfabeto de Landa, como denominación del área de desastre, y nació Mu.

Los de Camp, citando directamente el estudio de Brasseur, dicen que su traducción comienza:

El amo es aquel de la tierra revuelta, el amo de la calabaza, la tierra revuelta de la bestia parda (en el lugar engullido por las mareas); es él, el amo de la tierra revuelta, de la tierra hinchada, más allá de lo mensurable, él el amo [...] de la cuenca de agua.<sup>6</sup>

H. S. Bellamy, en su traducción inglesa de Hörbiger, propone otra versión:

En el sexto año de Kan, en el mes de Sak, el once de Muluk, empezaron los terremotos, de una violencia jamás experimentada hasta entonces. Continuaron sin interrupción hasta el trece de Chuen. La isla de Mu, la tierra de las montañas de lodo [...] encontró su fin por ellos.<sup>7</sup>

El códice Troanus en verdad fue traducido más tarde. Resultó ser un tratado astrológico muy coherente que no habla de terremotos, volcánicos ni Mu.

El paladín más célebre de Mu siempre ha sido James Churchward, un coronel británico retirado que escribió una serie de libros pseudo-eruditos sobre el tema: *El continente perdido de Mu*, *Los hijos de Mu*, *Los símbolos sagrados de Mu*, etc., etc. Lo esencial de esos libros es un conjunto de "tablillas de Naacal" que según Churchward le mostraron en un monasterio oriental. El monasterio estaba ubicado en la India en uno de los libros, pero en otro se mudó al Tibet. Los

creyentes quizá no den importancia a esos detalles (Kolosoimo cita profusamente a Churchward). El coronel tradujo las tablillas para revelar la larga y tediosa verdad sobre Lemuria. Que él tuviera más de setenta años cuando las empezó quizá explique esos devaneos semi-coherentes, ese berenjenal de antievolución, reencarnación, antigraavedad (que Jesús usó para caminar sobre las aguas), geografía irredimible y notas al pie como "4. Documento griego" o "6. Documentos diversos". El frontispicio de *El continente perdido de Mu* es la foto borrosa de un ánfora con talladuras, algunas de las cuales casi pueden distinguirse. Es, afirma el coronel, el ánfora de Schliemann.

Los fraudes pseudoarcaicos últimamente han atraído a los ufólogos a la teosofía. Un trabajo teosófico clave es el *Libro (o Estrofas) de Dyzan*, presuntamente enterrado durante eones bajo un monte del Himalaya en una biblioteca secreta, y luego revelado en trances a madame Blavatsky en 1888. Ella se apresuró a anotar todo en sus seis volúmenes de *La doctrina secreta*.<sup>8</sup> Erich von Däniken ha estado investigando el asunto y ha descubierto aún más evidencias de una visita estelar.<sup>9</sup> Otro ufólogo, Frank Edwards, afirma que Dyzan cuenta cómo los alienígenas llegaron en una nave que circundó la Tierra antes de aterrizar, cómo se instalaron aquí pero encontraron una recepción hostil, y cómo se elevaron en una nave de metal y

mientras estaban a muchas leguas de la ciudad de sus enemigos arrojaron una gran lanza brillante que cabalgaba en un haz de luz. Hendió la ciudad de los enemigos con una gran bola flameante que subió a los cielos. [...] Todos los de la ciudad sufrieron quemaduras atroces.<sup>10</sup>

Samuel Rosenberg investigó esta cita asombrosa. Descubrió, primero, que el Libro de Dyzan no existe fuera de las ediciones de la Sociedad Teosófica; y, segundo, que ninguna de ellas contiene esa escena de guerra nuclear. Alguien le vendió a Edwards una edición fraudulenta.

Von Däniken no corre riesgos; cita la versión Blavatsky, que tiene el más puro estilo ocultista:

La raíz de la vida estaba en cada gota del océano de la inmortalidad, y el océano era luz radiante. [...] Contemplad [...] espacio brillante, hijo del espacio oscuro<sup>11</sup>

y así sucesivamente, hasta los siete hátilos del dragón de la sabiduría. Cuando apareció este tedioso documento, al menos un estudioso pudo demostrar que no era ninguna obra antigua en sánscrito, sino que provenía directamente de la pluma y lecturas de madame B:

Mostró que sus fuentes principales eran la traducción de H.H. Wilson del antiguo texto hindú *Vishnu Purana*, *Vida en el mundo o geología comparada*, de Alexander Winchell, la *Atlántida*, de Donnelly, y otras obras contemporáneas, científicas, pseudocientíficas y ocultistas, plagadas sin escrúpulo y usadas con una torpeza que demostraba un conocimiento superficial de los temas en discusión. La mayoría de las *Estrofas de Dyzan* estaban tomadas del *Himno de la creación* del antiguo *Rig-Veda* sánscrito, como lo demuestra esa obra una comparación entre ambas obras.<sup>12</sup>

## CLARION

Casi tan atractiva como la teoría de que Cristo está esperando el segundo advenimiento en Venus, o la teoría de Godfried Bueren de que el sol es hueco y tiene plantas en su interior,<sup>13</sup> es la idea de un planeta oculto atrás del sol.

Ese planeta es Clarion. Se supone que se desliza en una órbita que se corresponde con la terrestre y lo mantiene continuamente fuera de

nuestra vista. Como los continentes hundidos, o las regiones del interior de la tierra, puede ser poblado imaginativamente con razas perdidas, demonios, gigantes y demás.

Al principio la idea no parece imposible. Aunque la órbita terrestre es una elipse, no un círculo, podría suceder que Clarion estuviera en oposición permanente. Así podría ser fuente de OVNIs, o una Tierra duplicada donde el Destino produce sosias para todos nosotros...

Lamentablemente, la extraña órbita de Clarion sólo sería posible si Clarion y la Tierra fueran los únicos hijos del Sol. Tal como están las cosas, la órbita del planeta oculto sería tan perturbada por la atracción de Venus y Marte que pronto sería visible. Los cómputos realizados por la oficina del Almanaque Náutico del Observatorio Naval de los EE.UU. demostraron que Clarion no podía permanecer oculto más de una treintena de años. Además, Clarion mismo alteraría notablemente la órbita de otros planetas. Por últi-

mo, aunque Clarion tuviera una *masa cero*, la órbita de la Tierra es alterada por otros planetas, y en menos de un siglo dejaría de estar alineada con su gemelo y lo tendría a la vista. El sistema solar sigue obstinado en portarse como si Clarion fuera intangible e invisible, o bien como si no existiera.<sup>14</sup>

## 6: Revelando los secretos de los antiguos

¿Imposible? ¿Ridículo? Casi siempre son aquellas personas que se sienten sujetas absolutamente por leyes de la naturaleza quienes oponen las objeciones más estúpidas.<sup>1</sup>

Es decir, objeciones a la teoría de Erich von Däniken sobre la Gran Pirámide: de que era una cámara de congelación donde los muertos egipcios eran conservados hasta que el astronauta Ra pudiera regresar a revivirlos. ¿De lo contrario para qué embalsamarlos?, pregunta. ¿Para qué enterrar alimentos y enseres con ellos? Sólo puedo oponer la estúpida objeción de que Ra tendría que haber trabajado como un



auténtico dios para revivir una momia a la cual le habían extirpado el cerebro y las vísceras.

El tamaño formidable, la función esquivia y la egipcidad exótica de la Gran Pirámide han tentado a generaciones de pseudocientíficos. Los árabes pensaron que podía ser una biblioteca a prueba de agua para proteger la sabiduría egipcia del Diluvio. Los cristianos primitivos la consideraron uno de los graneros de José, construidos para alimentar al pueblo en los siete años de escasez.

En el siglo diecinueve se supo que era una tumba<sup>2</sup> construida por el rey Khufu (en griego Keops).<sup>3</sup> Esto no impidió a John Taylor escribir en 1859 que era una obra de Noé planificada por Dios.<sup>4</sup> Lo demostró descubriendo en sus dimensiones una serie de verdades matemáticas y correspondencias con la naturaleza que él respaldó con evidencias bíblicas: "Ese día habrá un altar para Jehová en la tierra de Egipto" (*Isaías* 19: 19). Cuesta resistirse a objetar que "Y si me hicieris altar de piedras, no las labres de cantería" (*Exodo* 20: 25).

Cuando Charles Piazzi Smyth tuvo en cuenta la idea de Taylor en 1864, la piramidología se adueñó de la fantasía popular.<sup>5</sup> No sólo Smyth era muy respetable, pues era real astrónomo de Escocia, sino que encontró aún más curiosidades matemáticas en las dimensiones de la Pirámide, como:

1. Dividiendo dos veces la longitud de un lado de la base de la Pirámide,  $b$ , por su altura,  $h$ , obtenemos el valor de  $\pi$  ( $= 3.14159...$ )

2. Multiplicando  $h$  por 1000 millones se obtiene la distancia de la Tierra al Sol.

3. Dividiendo  $b$  por el ancho de una de las piedras exteriores de la Pirámide se obtiene 365, el número aproximado de los días del año.

Smyth también pensaba que el sarcófago de Keops era una

medida de volumen. Muchas de sus cantidades dependían del ancho de una piedra externa. Por ejemplo, derivó una pulgada original, o "Pirámide", dividiendo este ancho por veinticinco. La pulgada Pirámide se usó, decía él, para construir el Arca, y nuestra pulgada descendía de ella. Más tarde resultó que las piedras exteriores de la Pirámide eran todas de anchos diferentes.

La ubicación y orientación de la Pirámide también eran notables, de acuerdo con Smyth. Descubrió que estaba ubicada en el ápice de un triángulo formado por el delta del Nilo y

que hay más tierra a lo largo del meridiano de la Pirámide que en cualquier otro en todo el mundo; que hay más tierra en la latitud de la Pirámide que en cualquier otro [...] que el territorio de la Pirámide en el Bajo Egipto está en el centro de la tierra seca habitable por el hombre en el mundo entero [...]<sup>6</sup>

Richard Proctor, escribiendo en 1896, destacó que aquí hay demasiados datos: dos solos bastarían para determinar absolutamente la ubicación de la Pirámide.

Smyth —y muchos piramidólogos que lo siguieron— se han afanado para producir cálculos que relacionaran las dimensiones de la Pirámide con cantidades naturales como la circunferencia y masa de la Tierra. Estos cálculos dan una ilustrativa lección en pseudomatemática o cómo adecuar la realidad a la teoría predilecta. "Funcionan" a causa de tres tipos de errores:

1. Las dimensiones de la Gran Pirámide eran inciertas cuando Smyth empezó sus cálculos. No sólo la habían mutilado considerablemente (faltaban la cobertura exterior y el coronamiento) desde la construcción, sino que no se tomaron mediciones precisas hasta más avanzado el siglo diecinueve. Las estimaciones de la altura original, por ejemplo, variaban en 13 metros. Los piramidólogos pueden elegir

cualquier valor que cuadre con su teoría.

2. Las cantidades naturales no siempre son fijas. Por ejemplo, la Tierra no está a un número preciso de kilómetros del Sol. Su órbita elíptica hace oscilar la distancia entre unos 135 millones de kilómetros y unos 141 millones de kilómetros, lo cual deja a los piramidólogos un margen de 6 millones de kilómetros para especular.

3. Hacer esos cálculos es un juego sin reglas. Dado el gran número de mediciones obtenibles de la Pirámide (altura, peso, volumen, longitud de la base, superficie de la base, superficie de los dos lados, borde, diagonal de la base, altura inclinada, etc., etc.), y un número casi infinito de cantidades naturales, sólo un retardado podría no encontrar alguna correspondencia. ¿Su altura es significativa? También lo son las alturas de la catedral de San Pablo, en Londres, y la catedral de Ruán. La altura de la torre Eiffel multiplicada por 1.000 millones equivale al "diámetro" de la órbita terrestre. Mi propia altura, multiplicada por un millón, nos da el radio de la Luna.

Uno de los seguidores de Smyth encuentra significativo que la Pirámide tenga cinco ángulos y cinco lados, pues hay cinco libros de Moisés, cinco dígitos en cada extremidad humana, cinco sentidos y demás. Pero el papel donde estoy escribiendo también tiene una significación sagrada en sus cuatro ángulos y cuatro lados (pues se corresponden con el número de extremidades humanas, el número de evangelistas, y el número de puntos cardinales).<sup>7</sup> Esto es simple numerología en el nivel del 13 como número de suerte.

El valor de  $\pi$  parece prácticamente la única cifra que se puede obtener de la Pirámide sin retaceos. De acuer-

do con Martin Gardner, Herodoto afirmó que la Pirámide estaba construida de tal manera que la superficie de cada cara triangular equivalía a la superficie de un cuadrado cuyo lado es la altura. Para tal construcción (bastante fácil de diseñar mediante la geometría o aun mediante los simples)  $2b$  dividido por  $h$  da 3.14459..., que se aproxima bastante a  $\pi$ .<sup>8</sup>

Usando su "pulgada Pirámide", Smyth midió los pasajes internos de la Pirámide, y descubrió que configuran un diagrama completo de la historia mundial, pasada y futura. Sus sinuosidades y ramificaciones registraban la Creación en el 4004 a.C., la vida de Cristo y así hasta el Día del Juicio, que llegaría en 1881 o 1911. Entre los miles de personas que se tragaron esta píldora hubo celebridades como el presidente Garfield (para quien la historia si terminó imprevistamente en 1881) y Charles Taze Russell, fundador de los Testigos de Jehová.

Los seguidores posteriores de Smyth decidieron que la teoría era correcta, (en efecto, la historia se paseaba por esos corredores de piedra) pero que las medidas no. Cristo (alguien dijo en 1913) había venido secretamente a la Tierra en 1874. Más tarde un ingeniero británico llamado David Davidson usó cifras revisadas para tramar un nuevo curso de la historia, que publicó en 1924.<sup>9</sup> Las ideas de Smyth y Davidson todavía están circulando, como veremos.

El fin del mundo hubo que readaptarlo continuamente a causa de su impuntualidad. 1874, 1914, 1920, y 1925 encontraron al mundo exasperantemente intacto. 1926 pasó sin un solo trompetazo angélico, y también mayo de 1928, el 16 de setiembre de 1936 y el 20 de agosto de 1953. Los fieles no han renun-

ciado del todo a sus esperanzas, sin embargo, y aún es posible que una guerra nuclear planetaria les dé la oportunidad de decirnos "nosotros les avisamos"

Ahora la piramidología parece convulsionada por una nueva onda sísmica de ocultismo. Erich von Däniken y Peter Kolosimo están tan ansiosos de fundamentar sus teorías sobre los visitantes del espacio como la pirámide de Keops que a veces captan mal las ideas de Smyth. Kolosimo parece confundir la Gran Pirámide de Keops con su vecina más pequeña, la Pirámide de Kefrén. Von Däniken pregunta:

*¿Es una coincidencia que la superficie de la base de la pirámide dividida por el doble de su altura dé la célebre cifra  $\pi = 3.14159...$ ?<sup>10</sup> (El subrayado es mío.)*

Pagaría el precio de una nueva Esfinge por ver cómo se las ingenia para intentar ese cálculo.

Von Däniken observa que un "meridiano que corre a través de la pirámide divide continentes y océanos en dos mitades exactamente igua-

les"<sup>11</sup> y que la Pirámide se levanta "en el centro de gravedad de los continentes".<sup>12</sup> Kolosimo lo expresa con más dramatismo:

Durante siglos nuestros científicos han estado buscando un meridiano ideal. [...] Pero ahora sabemos que el meridiano de la Gran Pirámide es ideal. ¿Por qué? Primero porque pasa a través de más tierras que ningún otro meridiano y segundo porque si calculamos la superficie de las tierras habitables desde el estrecho de Behring [sic] descubrimos que las divide exactamente en dos.<sup>13</sup>

Ambos autores se regodean incesantemente en esa jergonza, pero lo que aparentemente tratan de repetir son las ideas de Smyth acerca del meridiano de la Pirámide. Afortunadamente para los egipcios este meridiano mágico estaba a pocos kilómetros de su capital de Menfis. Desde luego, pudieron intentar 70 grados al oeste de Greenwich, un meridiano que da la impresión de atravesar más tierras (a juzgar por las apariencias). La división de superficies, sobre la cual Kolosimo escribe con sílabas reverentes, es completamente errónea. Las tierras al oeste



de El Cairo (30 grados este a 170 grados oeste) son más vastas que al este de El Cairo en unos diez millones de kilómetros cuadrados. Se necesitaría una Sudamérica extra para compensar la diferencia.

La afirmación sobre el "centro de gravedad" no tiene ni pies ni cabeza. Quizá se aluda al centro de *superficie* de las formas continentales, según se lo pinte en una u otra clase de mapa. Eligiendo una proyección adecuada, y sumando o restando superficies como Groenlandia, la Antártida y los mares mediterráneos, uno, prácticamente puede ubicar ese punto donde se le antoje.

Kolosimo también afirma que

la distancia entre la Pirámide de Keops y el centro del mundo equivale a su distancia respecto del Polo Norte.<sup>14</sup>

Esto podría ser cierto si la Tierra fuera una esfera perfecta, pero en tal caso lo mismo valdría para cualquier estructura ubicada en la misma latitud (30 grados norte), incluidos los burdeles de Nueva Orleans.

Otro enfoque para dotar de misterio a la Pirámide consiste en declarar que su tamaño y calidad de construcción no estaban al alcance de la tecnología precaria de los egipcios. A fin de cuentas, contiene unos 2.300.000 bloques de piedra, que pesan un promedio de 2½ toneladas cada uno. Había que cortarlos, algunos a cierta distancia, trasladarlos, y subirlos. Von Däniken:

Si los industriosos obreros hubieran alcanzado el extraordinario rendimiento diario de diez bloques apilados uno encima de otro, habrían ensamblado la [...] pirámide en unos 250.000 días = 664 años.<sup>15</sup>

Insiste en que los bloques de piedra debieron ser cortados con láser y transportados con

helicópteros, implementos desde luego suministrados por dioses extraterrestres. En esto disiente con William Kingland, quien opina que las piedras fueron depositadas sobre trozos de papiro donde había inscriptos símbolos mágicos que les posibilitaron volar.<sup>16</sup> Kolosimo cree que la entrada a uno de los pasajes de la Pirámide fue taponada por bloques de granito *desde adentro*.

Esta cháchara tediosa y delirante deriva de una ignorancia total de la arqueología seria. Si alguno de estos piramidólogos se hubiera molestado en leer *Las pirámides de Egipto*, de I. E. S. Edward, o cualquiera de los tantos libros sobre el tema, encontraría cada uno de estos "misterios" explicados al detalle. La Pirámide de Keops no es un fenómeno aislado y desconcertante, sino que forma parte de una larga tradición en la edificación de pirámides. En definitiva existen todavía más de ochenta pirámides genuinas en diversas condiciones, junto con suficientes ejemplos de estructuras sepulcrales más tempranas como para rastrear su evolución. De la primera a la tercera dinastía, los reyes eran sepultados en casas de ladrillo hoy llamadas "mastabas". En la tercera y cuarta dinastías, aparecieron pirámides de piedra "escalonadas", más grandes y más duraderas. En la cuarta dinastía, se las cubrió por primera vez con capas de piedra caliza fina, dando a sus perfiles auténtica forma piramidal.

La Gran Pirámide fue terminada en vida de Keops, quizá en veinte años, por unos miles de albañiles calificados y un numeroso ejército de peones no calificados (quizá cien mil), durante las temporadas en que no estaban sembrando ni cosechando.

Trasladaban bloques de piedra desde una cantera distante en balsas, los arrastraban desde el río sobre cuños, y los colocaban subiéndolos por rampas de tierra. (La mayor parte de la Pirámide se fabricó con piedras de una cantera cercana, y sólo el revestimiento exterior vino de un lugar distante).<sup>17</sup>

Edward señala que una cuadrilla de ocho hombres habría tenido que manipular sólo diez bloques en doce semanas para realizar la faena. También explica que los egipcios pudieron encuadrar la Pirámide en los cuatro puntos cardinales (o mejor dicho, las cuatro direcciones reales) usando nada más que el conocimiento astronómico que obviamente tenían, y sin más aparatos modernos que una vara y una pared de barro. Los tapones de granito de Kolosimo fueron en efecto insertados en la entrada de la tumba desde adentro, pero esto no requiere explicaciones ocultistas. Los obreros que las insertaron se habían preparado (con o sin aprobación oficial) un túnel de escape.

Aún así, la piramidología sigue en la brecha. Von Däniken piensa que la Pirámide pudo no haber sido la tumba de Keops (pese a las claras evidencias de que sí lo fue), sino que debió ser construida como un sitio donde congelar, conservar y revivir a hombres del espacio. Kolosimo piensa que la Pirámide pudo haber contenido la piedra filosofal.<sup>18</sup> Churchward piensa, al igual que los rosacruces, que era un templo para ceremonias secretas, pese a la presencia cercana de un templo mortuario construido al mismo tiempo y perfectamente utilizable. Churchward opina que los adeptos entraban y salían por los sólidos tapones de granito "con la ayuda de un espíritu amigo".

Otros han relacionado la Pirámide con los misterios numerológicos de la Cábala. Otros creen que es una máquina del tiempo o una puerta hacia esa tierra profundamente perdida, la cuarta dimensión. Y aun los hay que "demuestran" por sus dimensiones el paradero actual de

#### LAS TRIBUS PERDIDAS DE ISRAEL

Primero, cómo se perdieron:

A la muerte de Salomón, las diez tribus de Israel se rebelaron contra el nuevo rey, Roboam (I *Reyes* 12). Se alejaron para vivir apartadas de las dos tribus de Judá. Más tarde (II *Reyes* 6) las diez fueron esclavizadas por los asirios. El testamento apócrifo (II *Esdras* 13) dice que más tarde se fueron de Asiria y al cabo de un año y medio se instalaron en una tierra desértica llamada Arsareth. Esto es todo lo que hemos oído hasta el momento.

El descubrimiento de América replanteó la vieja pregunta: ¿era posible que los indios americanos estuvieran hablando hebreo? El obispo Landa aceptó la idea, y también Oliver Cromwell. El libro de Mormón nos dice que los indios son hebreos, aunque no necesariamente de las tribus perdidas.

Otros candidatos han sido los japoneses, los zulúes y los malasios. En 1896 W. S. Crowdy fundó su Iglesia de Dios y los Santos de Cristo



Fig. 6-1 (a). Bajorrelieve maya.

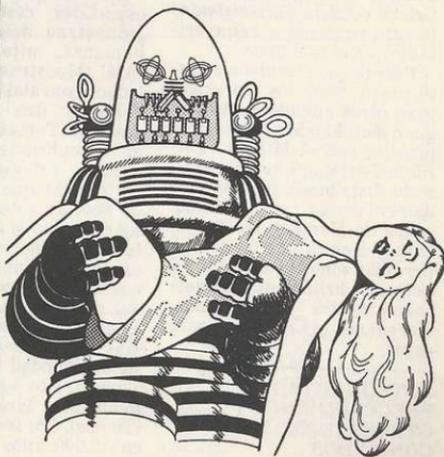


Fig. 6-1 (b). Robot tradicional.

basándose en el dogma de que las tribus perdidas son negras. Pero una secta rival (los Custodios de los Mandamientos, la Iglesia Sagrada del Dios Viviente) dice que los negros son en realidad las tribus de Judá, mientras que los blancos son las diez tribus perdidas.

Por cierto la teoría más persistente es que dos de las tribus perdidas, Efraín y Manasés, son en verdad los anglosajones y los celtas. El movimiento angloisraelita fue popular a fines del siglo dieciocho, y todavía no da muestras de flaquear. La piramidología pareció renovarle las fuerzas. De acuerdo con las mediciones de la Gran Pirámide de David Davidson (a las cuales añadió la duración de los reinados de los reyes egipcios), la "Tribulación Final" de las tribus perdidas de Breaña comenzaría en 1928 y continuaría hasta 1936. Luego tendríamos el "Armagedón" hasta 1953, durante el cual los anglosajones serían probados contra sus muchos enemigos. En 1953 Cristo vendría personalmente para gobernar el reino británico en este mundo.

Parece que Davidson se interpretó bien los horarios, pero otros angloisraelitas siguen marchando hacia su propia cita con el Milenio. *The Plain Truth*, una revista satanada distribuida por los fundamentalistas computarizados de Herbert W. Armstrong, declara que las tribus perdidas son los europeos del norte, los británicos y los norteamericanos anglosajones. Heredarán la tierra un día de éstos.

#### ASTRONAUTAS PRECOLOMBINOS Y OTROS VIEJOS CONOCIDOS

La pseudoarqueología va mucho más allá de la Gran Pirámide y las tribus perdidas

en busca de asombro. Von Däniken empieza con artefactos arqueológicos de Perú, México o la Isla de Pascua y deduce de ellos que lo meramente posible es absolutamente seguro. Del bajo relieve maya de la figura 6-1 (a), pregunta:

¿Pudo la imaginación primitiva haber producido algo tan notablemente similar a un astronauta moderno en su cohete? Esos extraños trazos al pie del dibujo *sólo pueden ser* un bosquejo de las llamas y los gases que salen de la unidad de propulsión.<sup>19</sup>

La bastardilla es mía, el bastardeo es de él. A mí me cuesta no ver esta figura como un robot raptando a una bella muchacha, como en la Fig. 6-1 (b). Pero desde luego yo sé tanto sobre arte y civilización mayas como von Däniken.

Su teoría de las visitas espaciales, y la teoría de Kolosimo sobre la alquimia antigua, se basan en evidencias como éstas. ¿Las pinturas rupestres muestran hombres con extremidades redondeadas, cabezas agrandadas, aureolas circulares, astas? Pues "sólo pueden ser" trajes espaciales, cascos, antenas. ¿Muestran deidades mitad humanas, mitad animales? ¡Ajá! ¿Muestran hombres voladores con alas? Eureka, etc.

Estos dos autores, y Andrew Tomas,<sup>20</sup> saltan de un descubrimiento pasmoso al otro, refugiándose en la certeza de que sus lectores no podrían cotejar todas sus fuentes, aun si ellos las revelarían. En una veta carbonífera de 15 millones de años se encuentra la huella de un pie calzado (Tomas). Cerca de Bagdad se encuentran baterías eléctricas de 2.000 años de antigüedad (von Däniken, Tomas). Los egipcios tenían penicilina hace 4.000 años (Tomas). Los franceses de hace 15.000 años usaban sombreros y zapatos, y sus esposas usaban enaguas (Kolosimo). Los antiguos chinos tenían rayos X y los antiguos

incas hacían operaciones del cerebro (Tomas). Los egipcios hacían paños tan finos que "hoy sólo podrían tejerse en una fábrica especial con gran conocimiento técnico y experiencia" (von Däniken).<sup>21</sup> Requeriría muchísima investigación verificar o refutar todas estas revelaciones, y cuesta ver cómo la mayoría de ellas, aun de ser ciertas, probarían las tesis principales de sus autores.

Damon Knight introduce un ítem similar que si puede cotejarse, a saber, una fotografía de un utensilio de piedra con esta leyenda:

[...] *The New York Times* identificó este tallado en piedra como una "figura equina encontrada entre restos antiguos de Arawak cerca del río Orinoco, Venezuela". Como los caballos aún no habían llegado a América cuando se talló la figura, la conclusión que representa un caballo de mar.<sup>22</sup>

No sé adónde apunta Knight, a menos que crea que lloveron caballos o figuras equinas de alguna isla fortaleza del cielo. Pero parece posible que hubiera caballos cuando se talló el objeto. Como explicó un zoológico en 1955:

es casi seguro que los habitantes primitivos de las Américas (indios) encontraron gran cantidad de caballos en muchas partes de los continentes. Es muy probable, sin embargo, que cuando los hombres blancos llegaron a las Américas, los caballos nativos se hubieran extinguido y los caballos fueran reintroducidos de Europa.<sup>23</sup>

Con esa facilidad que tienen las creencias ocultistas para superponerse, la teoría de las colisiones lunares de Hörbiger ha sido "confirmada" por H. S. Bellamy y P. Allan gracias a las ruinas de Tiahuanaco, Perú.<sup>24</sup> Tras decidir que un arco de piedra ceremonial con bajo relieve ornamentales es un calendario (semejante a un calendario de piedra de México), procedieron a demostrar por qué no se corresponde con los movimientos del Sol y la Luna.

El "calendario" tiene esta disposición:

XXXXXXXX XXXXXXXX  
XXXXXXXX A XXXXXXXX  
XXXXXXXX XXXXXXXX  
BBBBBB BBBBBB

Aquí A es una figura grande y frontal, las B son figuras frontales más pequeñas, y las X son figuras aladas mucho más pequeñas enfrentadas a A. Cada figura está decorada con símbolos diminutos: círculos, óvalos, rectángulos, cabezas de hombres, pájaros, gatos y peces. Bellamy y Allan elaboran la idea de Hörbiger de que la Tierra tuvo otra luna que hacía 447 órbitas por año contando diferentes tipos de símbolos en diferentes partes del diseño, y abriéndose paso hasta la respuesta buscada. Como con este método puede obtenerse cualquier cifra,\* el éxito es rotundo.

Para darse una ayudita, en un momento olvidan arbitrariamente dieciocho de las figuras en X. En otro, obtienen una aproximación a  $\pi$  del número de ángulos rectos en un friso decorativo, pero sólo gracias a una suma incorrecta.

Von Däniken arguye que las figuras del arco representan dioses del espacio. Kolosimo las ve como "naves espaciales usando energía solar". Inevitablemente, varios arqueocultistas han relacionado estas ruinas misteriosas con otras.

## LA ISLA DE PASCUA

Según von Däniken,

Las relaciones entre la Isla de Pascua y Tiahuanaco se nos imponen automáticamente. Allí, como aquí, encontramos gigantes de piedra pertenecientes al mismo estilo.<sup>25</sup>

\* Yo he obtenido tres valores de este "calendario" mediante cálculos similares: el número de días de nuestro año; el número de días de nuestro mes lunar; y 1961, la fecha de publicación del libro de Bellamy y Allan, *El calendario de Tiahuanaco*.

Con lo cual aparentemente quiere decir de rodillas, o con sombreros. Por esas características, podemos relacionar la Isla de Pascua con El Cairo y el Vaticano.

Hay misterios genuinos en esa isla remota, sobre todo en las enormes "cabezas" de piedra (en realidad estatuas enteras con cuerpos achaparrados). ¿Quién las construyó? ¿Cómo se tallaron estos monolitos, que en algunos casos pesan hasta doce toneladas, cómo se transportaron a través de la isla y se erigieron?

La mayoría de los antropólogos piensa que los constructores eran polinesios, aunque Thor Heyerdahl, por su parte, piensa que los escandinavos, después de colonizar Perú, viajaron en una *Kon-Tiki* de madera balsa. Pocas evidencias respaldan esta idea. Por lo que sabemos, los peruanos nunca se hicieron a la mar deliberadamente, mientras que los polinesios navegaban por el Pacífico.

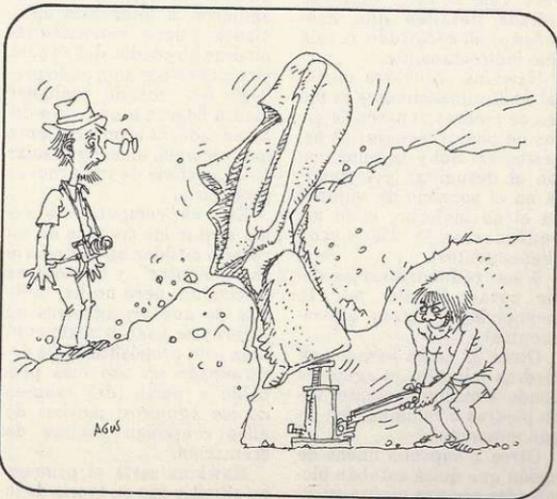
En su primer libro, von Däniken insistía en que simples salvajes no podían haber mo-

vido y levantado esas estatuas sin ayuda de helicópteros.<sup>26</sup> Más tarde, Heyerdahl pidió a seis de los isleños actuales que levantaran una estatua caída, y lo hicieron en dieciocho días. En su segundo libro, von Däniken corrige el rumbo y habla de la roca volcánica increíblemente dura con que se hicieron las estatuas de la Isla de Pascua. Era imposible cortarla con herramientas de piedra (como las que se encontraron en abundancia en la cantera volcánica). No obstante, los de Camp dicen que se eligió este tipo de roca precisamente por su maleabilidad.<sup>27</sup>

En cuanto a por qué se hicieron las estatuas, sólo madame Blavatsky lo sabe con certeza. Son, declara ella, retratos en tamaño natural de una teosófica Raza Raigal.

## ESE STONEHENGE DIGITAL

Cada época tiene su teoría favorita sobre Stonehenge. Inigo Jones vio el círculo de rocas como un templo romano en el estilo toscano; los



ocultistas del siglo pasado, reinventando a los druidas, palparon sus emanaciones celtas; los entusiastas de la Atlántida, Zoroastro y los QVNs lo han tratado a su manera. Nuestra época le ha arrojado su lustre característico con la teoría del doctor Gerald Hawkins: Stonehenge es, por el momento, un observatorio astronómico y una computadora.

Desde luego Hawkins no es un pseudocientífico, pero sus ideas ya han sido usadas como balasto por astrólogos, lemurianos, etc. Su *Stonehenge decodificado*<sup>28</sup> se esfuerza por desacreditar toda conexión entre el ocultismo y sus teorías.

Su primera teoría es que Stonehenge era un observatorio astronómico donde los bretones de hace tres mil años avistaban a lo largo de pares de piedras los acontecimientos celestiales interesantes. Es posible. Tendré que dejar la crítica genuina de esta teoría a los astrónomos genuinos que, a diferencia de mí, saben distinguir un azimut de una declinación. Pero vale la pena subrayar ciertos detalles que *Stonehenge decodificado* revela sólo indirectamente.

Hawkins encuentra un total de 32 alineamientos de pares de piedras, o pares de arcos de piedra, con varios aspectos del Sol y la Luna, como el despuntar y la puesta en el solsticio de verano, en el de invierno, y en los equinoccios.<sup>29</sup> De estos alineamientos:

3 son redundantes (es decir están fijados por la geometría de otros alineamientos).

Otros 22 están basados en piedras faltantes, o agujeros donde presumiblemente hubo piedras o columnas (en algún momento).

Otros 2 suponen líneas de visión que quizá estaban bloqueadas por una piedra gran-

de (la "piedra de sacrificios") que se ha desmoronado.

Otros 4 se basan en piedras que se han desmoronado.

Esto pareciera dejarle a Hawkins un solo alineamiento indiscutible, a menos que haya intuido correctamente la disposición exacta de las piedras y columnas en el 1500 a.C. El 1500 a.C. es la fecha en que según Hawkins se terminó Stonehenge, y todos sus cálculos astronómicos se basan en esa fecha. Pero métodos recientes y mejorados de fechación ahora ubican la terminación en el 2500 a.C. La noticia de que Stonehenge tiene mil años más de lo que él pensaba puede asestar otro pequeño golpe a la teoría de alineamientos de Hawkins.

La teoría de la "computadora" de Hawkins se relaciona con los agujeros de Aubrey, un anillo de cincuenta y seis agujeros de escasa profundidad alrededor del complejo de Stonehenge. Conociendo los ciclos de ciertos acontecimientos solares y lunares, Hawkins elaboró un modo de indicarlos colocando piedras en algunos de esos agujeros, a intervalos apropiados. Luego, moviendo las piedras alrededor del círculo, un agujero por año, pudo predecir que cuando cualquier piedra llegara a un punto determinado, el acontecimiento (por ejemplo, un eclipse solar en el solsticio de invierno) se produciría.

Esto es "computar" tal como contar las cuentas de un rosario o tildar un calendario es "computar", y el juego es fascinante, pero no hay indicios de que los agujeros de Aubrey se usaron realmente para este propósito. Se ha determinado un uso más probable a partir del examen de los agujeros: muchos de ellos contenían cenizas de cremación.

Hawkins sería el primero en admitir que su teoría de la

computación es sólo tentativa. En el polo opuesto hay un artículo de John Mitchell que explica enfáticamente la relación de Stonehenge con las ruinas de la abadía de Glastonbury. A lo largo del camino, echa mano de la pulgada Pirámide, la busca de agua con ramitas, las líneas de enlace, (presuntas líneas rectas que relacionan varias ruinas maravillosas de Gran Bretaña),\* la magia china, el número de la Bestia (666), los ritos de fertilidad de los aborígenes australianos, y más:

La abadía de Glastonbury fue erigida en la línea de una carretera de dragón que provenía de Stonehenge, y en el centro de la línea, ante el altar de la abadía, estaba ubicada la tumba del rey Arturo, heredero del trono del dragón de Gran Bretaña.<sup>30</sup>

Mitchell adjunta diagramas útiles, demostrando que se puede dibujar una estrella de seis puntas sobre un mapa de Stonehenge y que "por lo tanto la abadía queda contenida dentro de un rectángulo de 666 pies de largo", excepto que en el diagrama se extiende mucho más allá del rectángulo. Cuando se rebajan al nivel de Mitchell, las ruinas dejan de asombrar y empiezan a defraudar.

Ahora bien, esos dragones...

## 7. Mascotas perdidas

Las sirenas fueron una especialidad de Phineas T. Barnum. Exhibió varios especímenes embalsamados en el curso de los años, junto a prodigios tales como el Gigante de Cardiff petrificado y Joice Heth, la niñera de George Washington que tenía 161 años.\* Las sirenas de Barnum, como las exhibidas en Europa, eran fabricadas por pescadores japoneses. Pero

\* Con un sistema similar, las visiones de OVNI se relacionan con líneas rectas.

en 1858 por lo menos un taxidermista inglés había aprendido la técnica de coser mediano a media merluza.

Los naturalistas nos han obligado paulatinamente a canjear nuestras bestias fabulosas por sustitutos decepcionantes. Por el elegante unicornio recibimos al gordiflón rinoceronte; por el dragón, un cocodrilo chino; por la hidra de cien cabezas, un pulpo. El roc que Simbad vio llevando elefantes adultos resulta ser un mero primo extinto del avestruz, grandote pero incapaz de volar; el fénix, una garza púrpura. Y para colmo la sirena ha degenerado en vaca marina. Con razón tantos de nosotros necesitamos Disneylandia.

Desde luego hay ciertas eminencias entre los prodigios animales que aún no han sido capturadas por los naturalistas...

## MUCHO LAGO Y POCO MONSTRUO

El monstruo de Loch Ness salió a la superficie en 1933. Un circo y una sociedad zoológica ofrecieron recompensas por su captura, trazando así las verdaderas líneas de batalla. Aldous Huxley, entre otros, opinó públicamente que era real, y todos los argumentos que durante siglos habían rodeado a las serpientes marinas fueron transferidos a este nuevo ejemplo. ¿Era la criatura un gran reptil marino sobreviviente del mesozoico? ¿Era una anguila gigante de una variedad hasta entonces desconocida? ¿Podía ser un ejemplar vivo de la especie de ballenas extinguidas *Zeuglodon*, alias

\* No el Gigante de Cardiff del fraude original, pero al menos tallado por el mismo escultor en un yeso similar. Ambos "hombres petrificados" yacían inclinados con los genitales ocultos, como si supieran que estaban destinados a transformarse en entretenimiento familiar. Joice Heth al fin murió a los 80 años.

*Basilosaurus*? Sólo la prensa sensacionalista lo sabía con certeza.

Una expedición de periodistas no tardó en localizar huellas en la costa, dejadas por algún gigantesco cenicero de pie. Los visitantes empezaron a ver al monstruo regularmente, en formas tan variables como las de los marsarcianos (véase *El Péndulo* 3). Con más frecuencia, se manifestaba como una o más jorobas oscuras flotando en la superficie del lago.

El número [de jorobas] iba de uno a ocho, y los testigos convenían en que tenían que pertenecer a un animal grande que se desplazaba casi sobre la superficie del agua.<sup>1</sup>

(Esto parece emparentado con el proceso ufológico mediante el cual una serie de luces — fragmentos de la nave espacial rusa Zond IV incinerándose en la atmósfera — es asociada a gusto del observador:

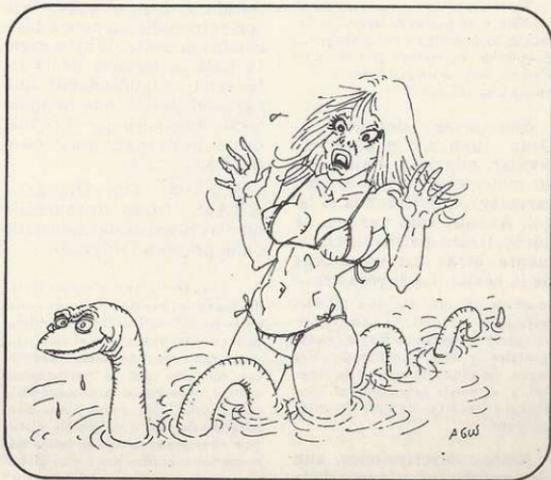
Incluso puede ver una forma oscura y alargada que las asocia de tal manera que se transforman en *luces de un objeto con forma de cigarro*, o incluso *ventanillas de un objeto con forma de cigarro*.<sup>2</sup>

Probablemente un proceso gestáltico similar posibilitó a los ufólogos antiguos ver dioses en las constelaciones.)

Un análisis exhaustivo de los informes ocupó el año siguiente en la vida de Rupert T. Gould, un oficial naval retirado. Su libro *El monstruo de Loch Ness* apareció en 1934.<sup>3</sup> El comandante Gould ha sido descrito en otra parte como "una autoridad en temas tan diversos como la evolución de la máquina de escribir, el movimiento perpetuo, la transmutación de los metales, los canales de Marte y el truco de la sogá india". Aplicó al monstruo esta formidable batería de especialidades y sacó buen partido de ella.

Su libro ofrece cincuenta y un informes, varios bocetos y fotografías, un mapa del lago donde se indican todas las apariciones y una tabulación integral de todos los informes para determinar sus factores comunes.

Estos factores comunes, ay, eran sólo jorobas oscuras flotando en la superficie del *loch*, elusivas como los canales de Marté. La evidencia



del comandante Gould sobre la existencia del monstruo descansa en definitiva en tres puntos:

1. Una gran cantidad de personas declaró haber visto jorobas en la superficie.

2. Unas pocas declararon haber visto más detalles del monstruo o haberlo visto en tierra firme.

3. Una persona declaró haberlo fotografiado.

De 51 testimonios, 47 datan del 4 de abril de 1933 al 1° de mayo de 1934. Los otros cuatro, desperdigados en la década anterior, fueron "recordados" repentinamente después que cundió la chifladura. Esto parece indicar que ese año había monstruo encerrado. Aunque han habido cientos, quizá miles de testimonios en los cuarenta años transcurridos desde entonces, Loch Ness nunca ha visto un período tan breve e intenso de testimonios consistentes.

Un monstruo se vio dos veces en tierra firme. Una vez atravesó la carretera en pleno día frente al coche del matrimonio Spicer:

Tenía un cuerpo grueso sin patas visibles, y un pescuezo largo que ondulaba hacia arriba y hacia abajo. [...] El color del cuerpo era gris, como un elefante sucio o un rinoceronte, y se movía a sacudones.<sup>4</sup>

Seis meses después, A. Grant tuvo una experiencia similar, mientras viajaba en su motocicleta (en la misma carretera, que circunda el lago). Aunque esta vez era de noche, Grant distinguió claramente otras características de la bestia. La cabeza era

como de anguila, con ojos grandes cerca de la coronilla. También observó que el animal tenía fuertes aletas frontales y cola redondeada. Era negro, de unos seis metros de longitud, y se movía arqueando el lomo frontal y las aletas traseras alternativamente.<sup>5</sup>

Ambas descripciones, aun sin considerar los trucos de la

percepción y la memoria, son aplicables a una sola criatura no mítica, a saber, una foca grande. Esto lo ha sugerido Richard Carrington, quien cree que la foca entró en el lago una primavera, nadando por el río Ness, se quedó hasta la primavera siguiente, y se fue por el Firth de Beaully.

El frontispicio del libro del comandante Gould es la foto más nítida y más famosa que existe del monstruo. Muestra una silueta emergiendo del agua, que podría ser la cabeza de un saurio, la cabeza de un ganso, o casi cualquier cosa. Fue "tomada en Invermoriston por el señor R.K. Wilson, FRCS, el 1° de abril de 1934, a una distancia de 150-200 metros". Veintitrés años más tarde apareció otra foto tomada por el señor Wilson el mismo día. Las dos figuran como frontispicio de *Más que una leyenda*, de Constance Whyte, 1957. Se dice que la nueva foto se tomó "inmediatamente después" que la primera, y que "muestra al monstruo sumergiéndose". También parece mostrar la superficie del lago entero encogiéndose, pues todas las olas se han reducido. O bien el señor Wilson retrocedió un poco o bien cambió de lente. Whyte cuenta toda la historia de la fotografía asegurándonos que tanto el doctor que la tomó como el químico que la reveló eran personas muy confiables.<sup>6</sup>

En 1961 Tim Dinsdale, ARAeS, había encontrado nuevas pruebas del monstruo en la primera fotografía:

Mirando la foto a medio metro de distancia, hay dos clases de ondas en la superficie. Las líneas paralelas de las ondas creadas por el viento [...] y un gran círculo de ondas concéntricas causadas por la perturbación central, el pescuezo. A primera vista esto es todo lo que puede verse, pero mirando de nuevo es posible distinguir un segundo círculo de ondas más pequeñas causadas por algún disturbio en la parte trasera del pescuezo.<sup>7</sup>

Siempre y cuando sea un pescuezo. Para Dinsdale esta segunda onda, que yo no veo en absoluto, es evidencia de que el "pescuezo" tiene un cuerpo bajo la superficie. Desde luego, los mismos argumentos son válidos ya se trate de un monstruo, el brazo de un nadador, un árbol hundido con una rama sobresaliendo, o el cuerno de un unicornio. A fin de cuentas todo lo que nos dejan Gould, Whyte y Dinsdale es una mala foto que podría ser cualquier cosa, tomada el Día de los Inocentes\* en el apogeo de la fiebre del monstruo.

Desde 1934, el monstruo fue baleado, perseguido en botes, buscado en submarino y detectado en sonar. Pero los observadores más convencidos son los que tienen menos experiencia en la observación de fenómenos naturales: visitantes de fin de semana que, a fuerza de buscarla, encuentran una curiosidad. Generalmente tienen una idea mucho más cabal de cómo debería ser un monstruo marino que de cómo es un ave acuática.

La foca de Carrington parece una explicación probable. Otras explicaciones tropiezan con una serie de preguntas sin respuesta. Si la criatura fuera una descomunal especie de mamífero o reptil no descubierta, y presumiendo que todavía viva allí, tiene que haber emergido para respirar entre 50.000 y 500.000 veces. Cientos de zoólogos y miles de fotógrafos han pasado días y semanas buscándola. Sin embargo no se obtuvo ninguna fotografía nítida ni ninguna identificación positiva.

La posibilidad de que existan monstruos marinos es por cierto mucho mayor. Sin duda los océanos del mundo son lo suficientemente amplios y ricos en vida como

\* En Inglaterra el 1° de abril (N.d.T.)

para albergar tales criaturas, que podrían ser reptiles o especies serpentinadas de ballena que se han dado por extinguidas. Una gran cantidad de serpientes marinas o monstruos marinos han aparecido en las costas, pero inevitablemente resultan ser ballenas parcialmente descompuestas (o parcialmente devoradas), cuyo espinazo decapitado, sobresaliendo de una masa de carne, se asemeja a un cuello largo y serpentina. Gould mostró una fotografía de una de éstas en su libro en 1934, y la última se encontró en una costa de Nueva Inglaterra hace pocos meses.\*

### EXTERMINIO DE ROEDORES

Uno de los mitos menudos e infundados relacionados con animales que aún goza de popularidad es el "impulso suicida" de los lemmings. Se supone que periódicamente los pequeños roedores emprenden una taciturna marcha de las tierras altas de Noruega y Suecia, donde viven, hasta el mar, al cual se arrojan. La mejor fuente de esta noción es la *Encyclopaedia Britannica*, undécima edición, que enfatiza la inexorabilidad del asunto. Los lemmings

avanzan firme y lentamente. [...] Ninguno regresa, y la marcha obstinada de los sobrevivientes nunca cesa hasta que llegan al mar, en el cual se hunden y ahogan.<sup>8</sup>

Damon Knight, todavía a la pesca de datos fortaeanos, se pregunta de dónde sale la siguiente oleada de lemmings.

Con el objeto de explicar la supervivencia continua de los lemmings, debemos suponer o bien que algunos se vuelven a último momento, o bien que algunos lemmings de las tierras altas no intervienen en la migración masiva.

\* El trabajo de Sladek se publicó en 1973. (N.d.E.)

Si lo último es verdad, supon-  
dríamos que el instinto migratorio  
habría sido eliminado de la raza hace  
tiempo.<sup>9</sup>

Infiere alguna clase de creación especial, o bien lluvias fortaeanas de roedores (que no se han "observado" desde 1578). Pero toda esta mistificación depende de las palabras "instinto migratorio". No existe ninguna evidencia de que estas migraciones sean instintivas. Bergen Evans las explica como:

un mero apinamiento en las llanuras costeras de un sobrante de individuos criados periódicamente en las colinas. Es un movimiento irregular de individuos y a menudo lleva años. Las criaturas pueden remontar arroyos pequeños, y es posible que algunas lleguen al océano, se alejen demasiado para poder regresar nadando, y se ahoguen.<sup>10</sup>

Los experimentos con ratas han mostrado que el exceso de población puede inducir una conducta psicótica, de modo que hay posibilidades de que los lemmings pierdan la chaveta periódicamente. Pero parece igualmente probable que migren en busca de

alimentos, nuevos lugares donde anidar, o simplemente para huir de la multitud. Ningún científico serio ha sugerido, en las últimas ediciones de la *Encyclopaedia Britannica*, que los lemmings posean una poderosa Voluntad de Muerte.

### EVOLUCION

En 1970 el estado de Tennessee concedió al fin que la evolución podía mencionarse en las aulas sin que ello implicara necesariamente la corrupción de los educandos. Desde luego la evolución, como la revista fundamentalista *The Plain Truth (La sencilla verdad)* recuerda constantemente a sus lectores, es sólo una teoría.

Es cierto, pero la evidencia que respalda esta teoría en especial es abrumadora. Hasta ahora es la explicación más simple, y no sólo cuadra con los hechos sino que puede verificarse. Más aún, explica muchas cosas que la alternativa restante —Dios extrayendo a Adán del lodo— no explica.



*The Plain Truth* publica sin embargo un caudal incesante de artículos y panfletos explicando que la evolución no funciona. Un argumento se concentra en los "fósiles vivientes", criaturas como el celacanto, un pez que sustancialmente no ha cambiado en setenta millones de años. Los biólogos pueden explicar que la evolución procede con ritmo diferente en diferentes especies, según las presiones evolutivas y las oportunidades accesibles en el medio ambiente, pero no hay caso. Los fundamentalistas saben la sencilla verdad: nada evolucionaba nunca.

Un segundo abordaje consiste en pedir a los evolucionistas que expliquen exactamente cómo llegó cada criatura a su estado actual, dotada con mecanismos tan complicados como ojos, garras, aletas, etc., que se adecuan tan perfectamente a su vida actual. Si un elefante necesitaba una trompa para sobrevivir, reza el argumento, ¿cómo sobrevivió el tiempo suficiente para desarrollar una trompa? Lamentablemente este argumento simplifica tanto las explicaciones evolucionistas que las reduce a la imbecilidad. Los evolucionistas podrían, si los apreciaran, pintar todo un escenario de mutaciones razonables, algunas "documentadas" por fósiles, especies intermedias vivientes o el desarrollo embrionario, para explicar una característica como la trompa del elefante. Sin embargo, en general evitan esas especulaciones a menos que haya abundante "documentación", tal como en general los historiadores evitan especular sobre si Alejandro Magno tenía caspa. Lo cierto es que los animales que no se adaptan a un medio ambiente cambiante perecen. Y si se adaptan tienen que transformarse en animales diferentes.

En "¡Se ríen de la evolución como caballos!", Paul Kroll cree la sencilla verdad de demostrar que los caballos siempre han sido idénticos a Trigger y Black Beauty, y nunca se parecieron ni remotamente a Eohippus. He aquí su método:

El científico Theodosius Dobzhansky afirma sin titubeos: "Muchos libros de texto y manuales populares de biología representan la evolución de la familia del caballo como si empezara con el Eohippus y progresara en línea directa hacia el moderno *Equus* [...] de acuerdo con Simpson, esta simplificación equivale en verdad a una FALSIFICACION" (*Theodosius Dobzhansky, Evolution, Genetics and Man*, p. 302). ¿Han visto eso? He aquí un científico eminente citando a otro científico eminente.<sup>11</sup>

Sin embargo, la eminencia de ambos no se nota en citas mutiladas. Después de la palabra "Equus", en el original se lee:

Este progreso evolutivo presuntamente implicó que los animales crecerían más y más, mientras sus pies perdían dedo tras dedo, hasta que sólo les quedó un casco. De acuerdo con Simpson, esta simplificación equivale en verdad a una falsificación. En realidad las cosas ocurrieron de un modo más complejo, pero más significativo.<sup>12</sup>

Dobzhansky pasa luego a describir la evolución del caballo desde Eohippus, enfatizando el importante cambio de un animal rumiante a un animal no rumiante. Al pretender que los científicos rechazan absolutamente la evolución Eohippus-Equus, Kroll mismo incurre en una pequeña FALSIFICACION. O, de lo contrario, en su afán por acusar a los evolucionistas con sus propias palabras, malinterpreta algo que es tan claro como el pico de pato del ornitorrinco. El ornitorrinco con su pico de pato, de paso, es considerado por *The Plain Truth* una broma divina. Sin duda los números siguientes explicarán la trompa del ele-

fante como un acto fallido del Señor.

---

## NOE & CIA.

---

Una de las catástrofes antes favorecida como explicación de las especies extinguidas era el Diluvio. Después, o bien Dios habría empezado desde cero con nuevas especies, o bien nos ponemos a escalar el monte Ararat en busca del Arca de Noé.

Desde 1947 se han realizado media docena de expediciones al Ararat para encontrar rastros del Arca. La investigación ha sido entorpecida por el hecho de que el lado oriental del Ararat se extiende más allá de la frontera soviética, y ese ascenso de la montaña es peligroso, pues las cuevas superiores están tapadas por un grueso casquete de hielo que cubre todas las posibles reliquias [...]

El Editor casi emprendió un viaje semejante en 1950 pero se lo impidieron varias razones, principalmente políticas.<sup>13</sup>

El Editor es Egerton Sykes, atlantólogo y seguidor de Hörbiger. Aproximadamente cada año desde la infructuosa tentativa del doctor Aaron Smith en 1949, otro nuevo grupo de esperanzados trepa las laderas del Ararat buscando el Arca. ¿Por qué lo hacen? Porque no existe.

Hace algún tiempo, los sabelotodos empezaron a cuestionar la idea del Arca. Walter Raleigh, tras calcular que era demasiado pequeña para albergar tantos animales, dedujo que Noé debió de llevar solamente los animales del Viejo Mundo y las especies del Nuevo Mundo habrían evolucionado a partir de ellos.

Eso fue en 1616. Para mayo de 1970 *The Plain Truth* ya había preparado una refutación. El artículo de John E. Portune se desvía por demostrar que el Arca era bastante amplia, después de todo. Calcula que tenía un volumen de 300 x 50 x 30 cúbitos,

o sea (según la equivalencia del cúbito) entre 1.5 y 3 millones de pies cúbicos. Desde luego, elige la cifra más grande.

A continuación Portune analiza el reino animal, descubriendo que el 60 por ciento de las especies vive en el mar, y otro 18 por ciento son insectos. El resto tiene "el tamaño promedio de un macaco", y de éstos hay unos 20.000. Así llega a una cifra de 40.000 jaulas capaces de albergar macacos, y cada jaula es un cubo con 80 centímetros de lado.

Sólo el 20 por ciento del millón de metros cúbicos del Arca bastaría para albergar 40.000 jaulas [...] Y así, visto desde la perspectiva de los hechos científicos, sólo una de las tres cubiertas alcanzaba para alojar "todos esos animales".<sup>14</sup>

Portune ha cometido una serie de errores elementales. Por empezar, concibe un Arca con forma de bloque rectangular, con paredes de grosor cero. Para darle forma y construcción marinas hay que reducir la capacidad en un 27 por ciento (hasta 327.000 cúbicos cúbicos). En segundo lugar, las jaulas de animales no pueden apilarse en cualquier rincón disponible; las criaturas tienen que respirar, y tiene que haber pasajes para alimentarlas, abreviarlas y limpiarlas. Con todas las ventajas, Portune no puede meter todo su zoológico a bordo. A lo sumo puede llegar a 35.000 macacos. Pero, gracias al hacinamiento, el calor, el ruido, la mugre, la falta de alimentos frescos y ejercicios, el Arca de Portune pronto tendría una población menos numerosa. No habría ningún lugar para los ocho humanos a bordo, excepto en los pasillos entre las jaulas; claro que de cualquier modo pasarían todo el tiempo allí.

El cuidado de los animales implicaría mucho más que ra-

tones vivos para las serpientes, hojas de eucalipto frescas para los koala y bambú fresco para los panda. En este período (ciento cincuenta días o más) significaría acarrear más de tres toneladas de agua por día y otros trabajos hercúleos.\* Significaría limpiar las semillas de ciertos loros, cortar rosas lozanas para una perversa raza de hormigas que rehúsa comer otra cosa, pasar el tiempo con los gorilas para que no se mueran literalmente de aburrimiento, y bañar al hipopótamo. Con razón Noé se embriagó al desembarcar.

## CUENTOS POPULARES

El objeto de tener un Arca es por supuesto negar la evolución, y el objeto de eso es negar la evolución humana. La tentativa de separar al hombre de los primates puede ser tosca. *The Plain Truth*

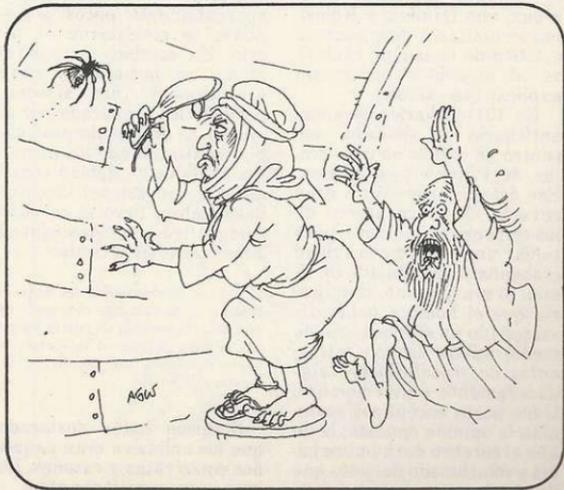
\* Escoba en mano, Noé enfrenta parejas de elefantes, caballos, ratones, okapis, jirafas, cebras, asnos, búfalos y bisontes, benteng, yaks, bueyes almizcleros, ciervos, alces, renos, caribúes, impalas... y siete vacas.

muestra un dibujo de un hombre de Neanderthal "acicalado" —rasurado, el pelo cortado al rape, bonita camisa blanca, chaqueta y corbata— como prueba visible de que la raza humana siempre ha vivido en la ciudad.

Los intentos más sofisticados incluyen *El hombre fósil*, de Frank W. Cousins. Argumenta que la evidencia fósil de la evolución humana es escasa, pues consiste principalmente en unos cuantos cráneos hallados en localidades alejadas entre sí. Algunos pueden ser humanos, otros no, pero:

la yuxtaposición de dos o más cráneos de diferentes animales puede tener poco peso en la defensa de la evolución a menos que se establezca un enlace genealógico.<sup>15</sup>

Pero la defensa de la evolución humana no se apoya, naturalmente, en unos cuantos cráneos y fragmentos de cráneos, sino en la evolución de todas las especies, para lo cual existe mucha más evidencia. El hombre es identificable como primate por su desarrollo embrionario y sus características físicas, tal co-



mo el canguro es identificable como marsupial.

La mayoría de los argumentos contra la evolución humana o bien descartan toda teoría evolutiva, como parece hacer Cousins, o bien le permiten operar en todas las especies hasta el hombre, donde la frenan de golpe. Von Däniken favorece la idea de que los extraterrestres copularon con simios para engendrar al hombre. Robert Charroux<sup>16</sup> prefiere pensar en el hombre mismo como un extraterrestre que vino aquí y presumiblemente olvidó cómo regresar. Peter Kolosimo insinúa que los hombres del espacio engendraron nuestra especie o bien la fabricaron con material local.

Tales teorías en general enfatizan las características singulares del hombre, como el lenguaje y la cultura, que según dicen no pudieron surgir naturalmente de los monos. Por lo tanto el lenguaje y la cultura debieron llegar aquí de algún planeta distante. Evidentemente a nadie se le ocurrió preguntarse cómo surgirían en primer lugar en el planeta distante. Charroux, von Däniken y Kolosimo se limitan a desplazar un eslabón de la cadena evolutiva al espacio exterior, sin explicar ese eslabón.

En 1911, Charles Dawson, anticuario y abogado, encontró un cráneo en un casco de Piltown en Sussex. Ese cráneo provocó un gran revuelo científico acerca de los orígenes del hombre, pues tenía una enorme cavidad craneana y una quijada de simio. Si era genuina, significaría que el hombre había desarrollado un cerebro grande medio millón de años atrás, antes de transformarse verdaderamente en un hombre. Unos pocos escépticos sostenían la opinión opuesta, la de que el cerebro del hombre había evolucionado después que llegó a hombre, pero aquí es-

taba el Hombre de Piltown para refutarlos.

La controversia continuó cuarenta años, principalmente porque Dawson rehusaba permitir a sus oponentes que examinaran el cráneo. Por último, en 1953, una prueba con flúor realizada por J.S. Bruner, K.P. Oakley y W. E. LeGros Clark demostró que el Hombre de Piltown era un fraude, un cráneo humano unido a una quijada de simio.

Todavía es un misterio quién enterró el cráneo de Piltown en ese cascajar. Pero existen algunas evidencias de que Dawson ocasionalmente tenía huesos y cosas similares para fabricar fósiles.

En 1937 el doctor G.G. Simpson tuvo la mala suerte de ser el autor de un boletín de 287 páginas para el Museo Nacional de los EE.UU. titulado "Las faunas mamíferas de Fort Union, Crazy Mountain Field, Montana". En alguna parte de este documento describía a los primates más antiguos que se conocían, que él no había encontrado en esta investigación paleontológica. El libro era largo y técnico, así que aparentemente pocos periodistas se molestaron en leerlo. En cambio, inmediatamente se pusieron a citar erróneamente una sinopsis periodística preparada por el museo. El doctor Simpson había enfatizado que los primates aludidos no debían considerarse ancestros directos del hombre. Pero el servicio telegráfico de Associated Press inició el artículo:

En vez de descender del mono el hombre probablemente descendiendo de un animal arborícola de cuatro pulgadas de alto que fue el tataratarabuelo de todos los mamíferos terrestres de hoy.<sup>17</sup>

Simpson había destacado que los animales eran pequeños como ratas y ratones. La prensa no necesitaba más:

¿EL MONO PADRE DEL HOMBRE? NO, UN RATON... Sacramento, California, *Union*.

ANIMAL ARBORICOLA DE CUATRO PULGADAS CONSIDERADO ANCESTRO DEL HOMBRE Shreveport, Luisiana, *Times*.

EL ESTUDIO DE LOS MAMIFEROS PRODUCE UNA NUEVA TEORIA DE LA EVOLUCION Newport News, Virginia, *Press*.<sup>18</sup>

Varios periódicos declararon que Simpson había encontrado el "eslabón perdido" que tanto ha fascinado a la prensa por un siglo. El eslabón perdido lo ha sido todo, se ha encontrado en todas partes: en el "Cráneo del Plioceno" hallado en una mina de California (donde lo había puesto un boticario de California) e inmortalizado por la oda de Bret Harte; en los pigmeos fósiles de Bombay, que jamás existieron, fuera de los rumores locales y de la prensa mundial; en los gigantes peludos que amenazaron la Columbia británica en la década de 1930, que desaparecieron sin dejar rastros; y en el amerantropoide presuntamente liquidado por Francis de Loys en 1929. De Loys de algún modo perdió la piel de su espécimen, y sólo conservó una foto ambigua que para los escépticos parecía un mono de los llamados arcnoides.<sup>19</sup>

Muchos, sin embargo, insisten en que el eslabón perdido vive en el alto de los Himalayas, evitando la publicidad. O eso cree él.

## ABOMINABLES ANONIMOS

La sobrecubierta de *El Yetti* de Odette Tchernine, promete mucho: "Expediciones rusas compuestas por científicos están por descubrir la identidad del ABOMINABLE HOMBRE DE LAS NIEVES."<sup>20</sup> El interior del libro ofrece un poco menos. Casi todas las "expediciones" comentadas están conspirativamente compuestas por no

científicos: explorador, ingeniero, fotógrafo aficionado, etc. Los científicos sólo aparecen de vez en cuando, en general entrevistando a tribus de montaña o bien repitiendo cuentos de viajeros.

Todas las anécdotas de Tchernine parecen encajar en cuatro enebazamientos. El primero, mitos y leyendas tribales, incluye todas las historias que empiezan "un anciano de la tribu - - - dice". Estos pueden ponerse aparte como presuntas ficciones.

El segundo incluye los rumores. Tchernine repite una historia que le contó alguien que conocía a alguien en África Oriental que quizá una vez vio una silueta extraña o huellas extrañas. Como evidencia tienen tanto valor como los chistes donde Fulano aconseja a Mengano que vea a Zutano.

El tercero incluye historias respaldadas por evidencia física, que en todos los casos resulta ser espuria. Un cuero cabelludo de yeti está hecho de piel de cabra. Una presunta mano de yeti disecada en un cofre resulta ser la garra disecada de un zorro. (Esto en el relato de un tal doctor Porshnev, quien observa con pueril optimismo: "Pero la mano real tiene que estar en alguna parte") Un yeti muerto en las montañas Pamir, donde se lo ve tan a menudo, resultó ser un enorme macaco macho (esta vez el doctor Porshnev adopta la misma actitud que John Keel con respecto a los fraudes OVNI: alguien tiene que estar tratando de ocultar la verdad con evidencias falsas).

El grupo final consiste en trece historias de primera agua. Estos engendros tienen un aire de familia que las asemeja, y también evocan los buenos cuentos de fantasmas. Al narrador le cuentan una leyenda local sobre un "hombre salvaje". Luego despierta para encontrar Algo

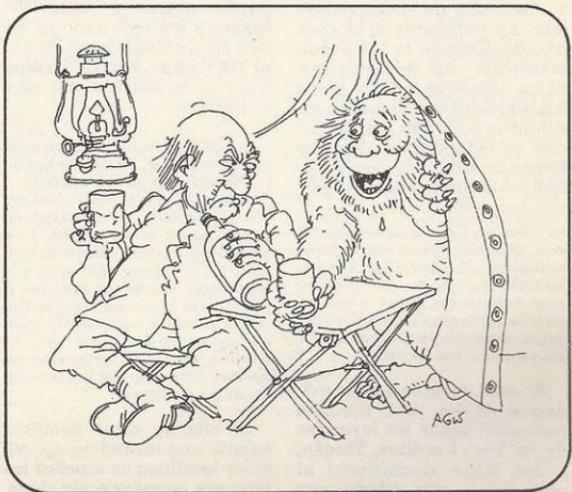
en su dormitorio, o bien lo despiertan aterrados guías locales que le señalan el monstruo. A menudo ve la criatura mientras está solo, de noche, y por unos segundos. Quizá desea rastrearla o perseguirla, pero los supersticiosos guías rehúsan cooperar. Pocos de los narradores

parecían saber algo sobre la fauna local, y sólo dos tenían alguna experiencia con la zoología. Cuatro historias también implicaban rumores. El cuadro 7-1 destaca las similitudes con los cuentos de fantasmas.

Esto desde luego no descarta los cuentos sobre el ye-

Cuadro 7-1. Similitudes entre las experiencias con yeti y los cuentos de fantasmas.

Experiencia con yeti	A B C D E F G H I J K L M													
	Despertado por los guías atemorizados, que le muestran la criatura .....	x	•	•	•	•	x	•	•	•	x	•	•	•
En el dormitorio ...	•	•	•	x	•	•	•	•	•	•	•	•	•	x
Solo .....	•	x	•	x	•	•	•	•	•	•	•	•	•	x
Un extraño, y no un zoólogo ni un biólogo	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x	x
Los guías "rehúsan continuar" .....	x	•	x	x	•	•	•	•	x	•	x	•	•	•
"Lo" atisba sólo unos segundos .....	x	•	x	x	x	•	•	•	•	•	x	•	x	x
Posible hombre o animal local .....	•	•	•	x	x	x	•	•	•	•	•	•	x	x
Rumores o leyendas implicados .....	•	•	•	•	•	•	•	x	x	•	x	•	x	•
NRO. DE SIMILITUDES (Promedio en el N° de similitudes = 3)	4	2	3	6	3	3	2	2	3	2	2	3	4	4



ti, pero sí parece indicar que no hay más (ni menos) razones para creer en el yeti de Tchernine que en los fantasmas.

Algunas historias obviamente no hablan de yetis. Una persona descubre un "hombre salvaje" del bosque manchuriano meridional que ha sido capturado y domesticado por un cazador chino. Su rostro

parecía el rostro de una bestia de presa, y esta impresión era acentuada por la enorme boca abierta, en cuyas honduras centelleaban filamentos poderosos colmillos. [...] Sus ojos salvajes y demenciales brillaban en la oscuridad como los de un lobo.<sup>21</sup>

También gruñe, tiene el pelo desgredado, y come ardiellas crudas. Cuando el amo lo lleva a la ciudad, en general termina por liquidar algún perro: "estrangula al perro en un santiamén y le desgarró la garganta a dentelladas".<sup>22</sup> Una noche el guía despierta al narrador y se aleja del campamento para presenciar cómo "la cosa" le aúlla a la luna y corre con una manada de lobos.

Ahora bien, esto pertenece a una clase de historias célebres y populares en el siglo pasado. Cuando se las puede investigar, sus hombres salvajes, hombres lobos y niños babuinos inevitablemente resultan seres humanos patéticos y retardados. Bergen Evans menciona un hecho definitivo sobre estos cuentos:

los lobos cuya conducta imitaban no eran lobos comunes de cuatro patas, ni siquiera una especie particular de lobos comunes [...] sino genuinos lobos de historia. *Lupus vulgus fantasticus*, corriendo en manada, aullando puntualmente, y emitiendo un "fulgor siniestro" con los ojos.<sup>23</sup>

Si esos cuentos son la evidencia de los yeti, también podemos incluir las leyendas de los Tres Cerditos, Tarzán, y ese simio descomunal al que vieron por última vez

cuando escalaba el Empire State Building.

El yeti incluye alguna evidencia fotográfica, principalmente de "huellas de yeti" que se parecen muchísimo a las huellas de monstruo que de niño yo estampaba prolijamente en la nieve con la esperanza de asustar al cartero. En California, dos hombres tomaron veinte segundos de película de una "mujer de las nieves" fugitiva, así llamada porque "ella" parece tener formas colgantes que se tomaron por pechos. Reproducida de cerca, la película se asemeja a un hombre con abrigo de piel de oso huyendo de la cámara. Varios científicos examinaron la película y no le dieron importancia. A la larga los hombres que la tomaron dijeron que ya no querían hablar más del asunto.

Las historias de Tchernine varían en los localismos y descripciones. Como los ocupantes de los OVNIs, los yeti pueden ser bajos, rechonchos, encorvados, enormes, de un metro y medio de alto, y de dos metros diez de alto. La pelambre viene en estos tonos: pardo rojizo, muy rojo, pardo grisáceo, amarillo, blanco y matices oscuros. Viven en el Himalaya, el Pamir, el Tien' Shan, Kenya, California y el Cáucaso. Como dice Tchernine,

Puede vivir en cualquier parte, en cualquier paisaje, a cualquier altitud. [...] Escapa a los efectos del frío y la falta de alimentos hibernando en cuevas o cavidades. [...] Tales criaturas pueden correr como caballos, y remontar a nado ríos y rápidos de montaña. En el proceso de transición al movimiento bípedo, las hembras, al contrario de los simios, desarrollaron largas glándulas mamarias, de modo que, echándose los pechos sobre los hombros, pueden alimentar mientras caminan a las crías que llevan colgadas de las espaldas.<sup>24</sup>

Si una de estas hembras bajara contoneándose a cualquier localidad de muchos habitantes, desataría sin duda,

como diría un ufólogo, una verdadera crisis.

#### Capítulo 5:

#### EL PARAISO SUMERGIDO

<sup>1</sup> Ignatius Donnelly, *Atlantis* (Nueva York: 1882; y muchas ediciones subsiguientes. La última es Londres: Neville Spearman, 1970, ed. Egerton Sykes).

<sup>2</sup> Egerton Sykes, "Lemuria Reconsidered", *The Atlantean*, marzo-abril 1971.

<sup>3</sup> de Camp & Ley, *Lands Beyond*, p. 22.

<sup>4</sup> de Camp & de Camp, *Citadels*, pp. 13-14.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 7-10.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>7</sup> H.S. Bellamy, *Moons, Myths and Man*.

<sup>8</sup> H.P. Blavatsky, *The Secret Doctrine* (Adyar, India: Theosophical Publishing House, 1888, 6 vol.).

<sup>9</sup> von Däniken, *Return to the Stars*, pp. 149-54.

<sup>10</sup> Frank Edwards, *Flying Saucers - Serious Business* (Nueva York, Lyle Stuart: 1966; citado en el Informe Condon, p. 495).

<sup>11</sup> von Däniken, *Return to the Stars*, p. 151.

<sup>12</sup> de Camp & de Camp, *Citadels*, p. 231.

<sup>13</sup> Gardner, *Fads and Fallacies*, p. 327.

<sup>14</sup> Condon Report, pp. 853-4.

#### Capítulo 6:

#### REVELANDO LOS SECRETOS DE LOS ANTIGUOS

<sup>1</sup> von Däniken, *Chariots*, p. 105.

<sup>2</sup> I.E.S. Edwards, *The Pyramids of Egypt* (Harmondsworth: Penguin, 1947, 1961), p. 127, dice que Davidson encontró el sarcófago en 1765.

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 127; Edwards dice que Vyse y Pering en 1838 encontraron marcas de cañera en la superficie interior de las piedras: manchas de ocre adjudicando a varias cuadrillas de peones el corte o el traslado. Con frecuencia se invocaban bendiciones en nombre de Keops (Khufu).

<sup>4</sup> John Taylor, *The Great Pyramid: Why Was It Built? And Who Built It?* (Londres, 1859).

<sup>5</sup> Charles Piazzi Smyth, *Our Inheritance in the Great Pyramid* (Londres, Daldy & Isbitier, 1877, ed. revis. 1890).

<sup>6</sup> Richard A. Proctor, *Myths and Marvels of Astronomy* (London: Longmans Green, 1896), p. 56.

7 Gardner, *Fads and Fallacies*, p. 179, da una entretenida demostración de matemáticas de la Gran Pirámide aplicándolas al Gran Monumento de Washington.

8 *Ibid.*, p. 178.

9 David Davidson y Herbert Aldersmith, *The Great Pyramid: Its Divine Message*, (Londres: Williams & Norgate, 1924, ed. revis. 1940.

10 von Däniken, *Chariots*, p. 97.

11 *Ibid.*, p. 97.

12 *Ibid.*, p. 98.

13 Kolosimo, p. 240.

14 *Ibid.*, p. 240.

15 von Däniken, *Chariots*, p. 99.

16 William Kingland, *The Great Pyramid in Fact and Theory* (Londres: Theosophical Publishing House, 1932-35, 2 vols).

17 Este relato deriva de Edwards, *Pyramids*; L. Sprague de Camp, *The Ancient Engineers* (Londres: Souvenir Press, 1963); y René Poirer, *Fifteen Wonders of the World* (Londres: Gollancz, 1966).

18 Kolosimo, p. 238.

19 von Däniken, *Chariots*, pp. 48-9.

20 Andrew Tomas, *We Are Not the First* (Londres: Souvenir Press, 1971).

21 von Däniken, *Chariots*, p. 43.

22 Knight, *Fort*, p. 104.

23 Theodosius Dobzhansky, *Evolution, Genetics and Man* (Nueva York:

John Wiley, 1955), p. 305.

24 H.S. Bellamy & P. Allan, *The Calendar of Tiahuanaco* (Londres: Faber, 1961).

25 von Däniken, *Chariots*, pp. 48-9.

26 *Ibid.*, p. 112.

27 de Camp & de Camp, *Citadels*,

p. 257.

28 Gerald S. Hawkins, *Stonehenge Decoded* (Londres: Fontana, 1970).

29 *Ibid.*, pp. 143, 169.

30 John Mitchell, "Glastonbury Abbey: A solar instrument of former science", *Glastonbury, a Study in Patterns* (Londres: Research into Lost Knowledge Organization, 1969), p. 32.

#### Capítulo 7:

### MASCOTAS PERDIDAS

1 Richard Carrington, *Méridians and Mastodons* (Londres: Chatto & Windus, 1957), p. 40.

2 Condon Report, p. 572. Las partes subrayadas son citas directas de observadores de OVNIs.

3 Rupert T. Gould, *The Loch Ness Monster and Others* (Londres: Geoffrey Bles, 1934).

4 Carrington, pp. 41-2.

5 *Ibid.*, p. 42.

6 Constance Whyte, *More than a Legend* (Londres: Hamish Hamilton, 1957).

7 Tim Dinsdale, *Loch Ness Mons-*

ter (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1961), p. 73.

8 *Encyclopaedia Britannica*, 11ª edic., s.v. "Lemmings".

9 Knight, *Fort*, pp. 122-3.

10 Bergen Evans, *The Natural History of Nonsense* (Londres: Michael Joseph, 1947), p. 73.

11 Paul Kroll, "Evolution Gets the Horse Laugh!", *The Plain Truth*, noviembre 1969.

12 Dobzhansky, p. 302.

13 Egerton Sykes, en Donnelly, *Atlantis* (Introducción), p. 67.

14 John E. Portune, "How Did Noah's Ark Hold All Those Animals?", *The Plain Truth*, mayo 1970, p. 23.

15 Frank W. Cousins, *Fossil Man* (Emsworth, Hampshire: The Evolution Protest Movement, 1966, ed. revis. 1971), p. 31.

16 Robert Charroux, *The Mysterious Unknown* (Londres: Neville Spearman, 1970).

17 G.G. Simpson, "The Case History of a Scientific News Story", *Science* 92; también citado en Allport & Postman, *The Psychology of Rumor*.

18 *Ibid.*

19 Curtis D. MacDougall, *Hoaxes* (Nueva York: Dover Publications, 1958), pp. 208-9.

20 Odette Tchernine, *The Yeti* (Londres: Neville Spearman, 1970).

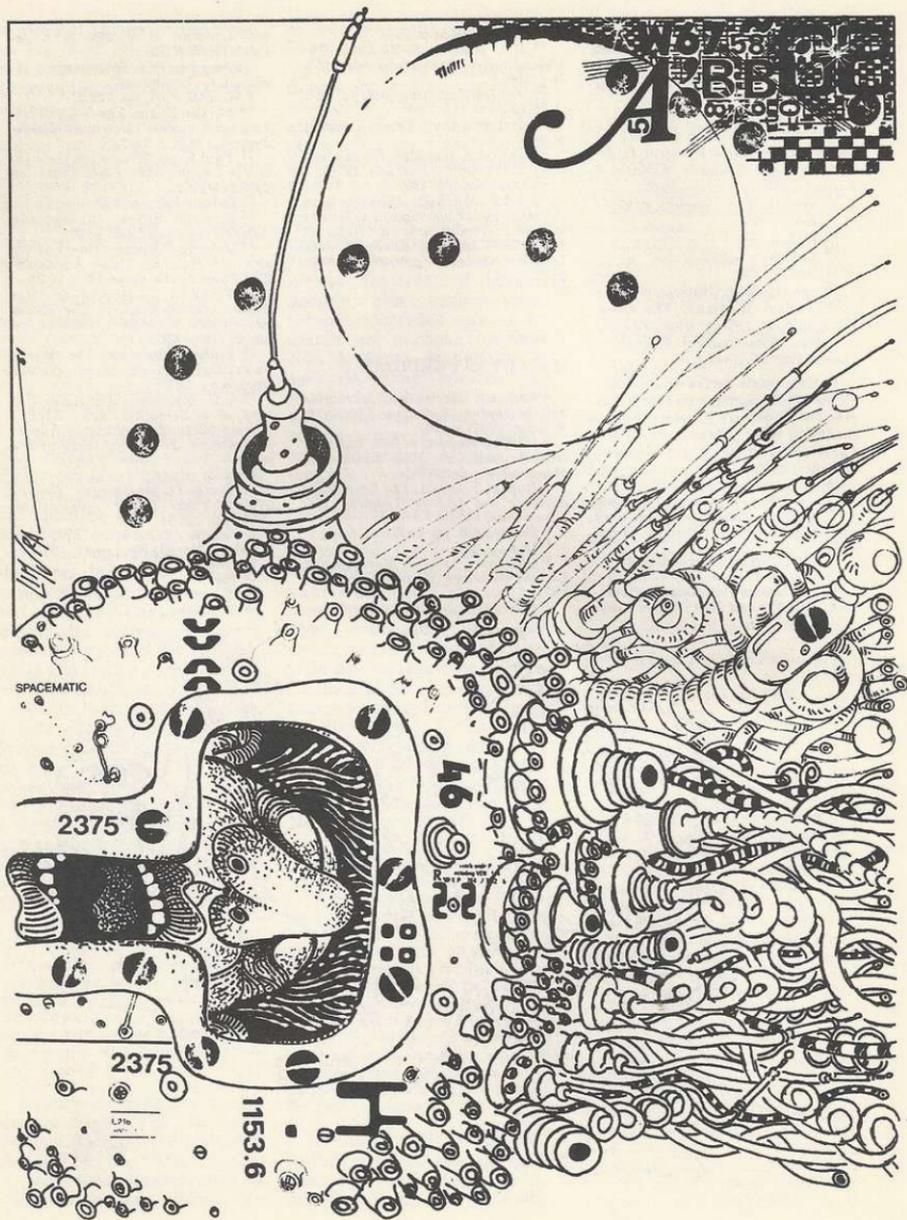
21 *Ibid.*, p. 108.

22 *Ibid.*

23 Bergen Evans, *Nonsense*, p. 97.

24 Tchernine, p. 110.





*Había decidido volver, aunque  
el camino medía cincuenta mil años  
y debería recorrerlo a pie.*

*James Tiptree, Jr.*  
**EL HOMBRE  
QUE VOLVIO**

*¡Transgresión! ¡Terror! Y él arrojado y perdido allí, lanzado a la imposibilidad, abandonado de un modo imposible de saber, presencia errónea en el más erróneo de los lugares erróneos, en el colapso inimaginable de un mecanismo que nunca será imaginado de nuevo. Aislado, deshecho, la vida escindida, sabiendo que en ese nanosegundo el último lazo se partía, se alejaba, y el último cabo de salvación se retiraba, se esfumaba, desaparecía para siempre más allá de sus manos, reduciéndose en el vórtice que se cerraba y más allá del cual estaba su hogar, su vida, su única posibilidad de ser; viendo cómo se disolvía engullido por esas fauces profundas, dejándolo huérfano en qué playa imposible de conocer con su rareza absoluta. ¿Belleza más allá de la alegría, tal vez? ¿Horror? ¿Nulidad? Una alteridad profunda:*

*por cierto, fuera lo que fuese el lugar que estaba invadiendo, no podía mantener su vida allí, su aberración violenta y violadora; y él, feroz, valiente, loco, cerrado en una protesta total, un puño-cuerpo de absoluto repudio de sí mismo en ese lugar, olvidado allí, ¿qué hacía? Rechazado, exiliado, hambriento de añoranza y más desesperado que cualquier bestia en busca de un hogar inalcanzable, su hogar —su HOGAR—, y sin modo ni transporte ni vehículo ni medios ni maquinaria ni fuerza alguna salvo su intolerable decisión apuntada hacia su hogar a lo largo de ese vector que se esfumaba, ese último y único cabo de salvación. ¿Qué hizo?*

*Tomó una decisión  
Volver.*

Cuál fue la falla exacta en el trabajo del

mayor arrendatario industrial del Laboratorio de Aceleración de Partículas de Bonneville, Idaho, no se supo nunca. O mejor dicho, los que podrían haber diagnosticado la disfunción original fueron obliterados casi inmediatamente por la catástrofe aún mayor que hubo a continuación.

La naturaleza de este segundo cataclismo tampoco se entendió al principio. Lo único seguro era que a las 1153.6 del 2 de mayo de 1989, Calendario Antiguo, los laboratorios Bonneville y todo su personal se transformaron en una materia turbulenta similar a un plasma de alta energía, que rápidamente voló por los aires al son de sismos radiales y perturbaciones atmosféricas.

La zona afectada lamentablemente incluía ovejales nucleares Watchdog en condiciones operativas.

En el caos de las horas siguientes la población de la Tierra quedó sustancialmente reducida, la biosfera alterada, y la Tierra misma perforada por infinidad de cráteres más convencionales. Durante algunos años los sobrevivientes sólo se preocuparon por subsistir y el especial hoyo de Bonneville fue abandonado a la intemperie de los cambiantes ciclos climáticos.

No era un cráter enorme; tenía apenas más de un kilómetro de ancho y le faltaba el acostumbrado borde de desplazamiento. La superficie estaba cubierta por una sustancia de textura delicada que se transformó en polvo. Antes que empezaran las lluvias era de una chatura casi perfecta. Sólo bajo cierta luz, si hubiera habido alguien para inspeccionarlo, podía detectarse una pequeña marca en la superficie o zona erosionada casi exactamente en el centro.

Dos décadas después del desastre una tribu de individuos morenos y bajos llegó del sur, con un rebaño de ovejas un poco atípicas. Esta vez el cráter parecía una cuenca ancha de escasa profundidad donde la hierba no crecía bien, sin duda a causa de la ausencia absoluta de microorganismos en el suelo. Ni esto ni las vigorosas hierbas circundantes resultaban perjudiciales para las ovejas. Levantaron unas toscas cabañas en el borde meridional y se empezó a formar un sendero a través del mismo cráter, pasando por el centro desnudo.

Una mañana de primavera dos niños que arreaban ovejas a través del cráter regresaron chillando al campamento. Un monstruo había surgido del suelo frente a ellos, un animal enorme y chato que rugía espantosamente. Desapareció en un relámpago y un temblor de tierra, dejando un olor maligno. Las ovejas habían huído.

Como esto último era visiblemente cierto, algunos ancianos investigaron. Como no encontraron huellas del monstruo ni nada que pudiera servirle de guarida, decidieron aporrear a los niños, quienes decidieron sortear la zona en cuestión, y nada más ocurrió por un tiempo.

En la primavera siguiente el episodio se repitió. Esta vez lo presenció una muchacha de más edad pero sólo pudo añadir que el monstruo parecía brotar a lo largo del suelo sin moverse en absoluto. Y había unos raspones en la tierra. Tampoco esta vez se encontró nada; en el lugar dejaron una rama bifurcada con un conjuro.

Cuando lo mismo sucedió por tercera vez un año más tarde, la zona prohibida se extendió y se añadieron nuevos conjuros. Pero como el lugar no les causaba ningún perjuicio y la tribu morena había visto cosas mucho peores, la crianza de ovejas continuó como antes. Se presenciaron nuevas y fugaces apariciones del monstruo, siempre en primavera.

Al final de la tercera década de la nueva era un hombre alto y viejo bajó cojeando de las colinas del sur, los bártulos cargados sobre una rueda de bicicleta. Acampó en el otro extremo del cráter, y pronto encontró la guarida del monstruo. Quiso interrogar a la gente, pero nadie le entendió, así que cambió un cuchillo por un poco de carne. Aunque obviamente era débil, algo en él los disuadió de matarlo, y la medida fue sabia porque más tarde el viejo ayudó a las mujeres a cuidar de varios niños enfermos.

Pasaba mucho tiempo en la zona prohibida y estaba en las inmediaciones cuando el monstruo reapareció. Esto lo excitó mucho e hizo varias cosas inexplicables pero aparentemente inofensivas, entre ellas mudarse al cráter junto al sendero. Se quedó un año entero observando el lugar y estaba muy cerca cuando hubo otra aparición. Después pasó varios

días tallando una piedra mágica, la dejó allí y partió hacia el norte, cojeando como cuando había venido.

Pasaron más décadas. El cráter se erosionó y un surco cavado por la lluvia se convirtió en un arroyo intermitente a través de un borde de la cuenca. La tribu morena y sus ovejas fueron atacadas por una banda de hombres agrisados, y después los sobrevivientes huyeron al este. Los inviernos de lo que había sido Idaho ahora casi no sufrían heladas; álamos y eucaliptos florecieron en la llanura húmeda. El cráter todavía no tenía árboles, y era visible como un cuenco chato y herboso; y el lugar desnudo del centro se conservaba. Los cielos se aclararon un poco.

Después de otras tres décadas una tribu más numerosa, negros con carros tirados por bueyes, apareció y se quedó un tiempo, pero partió de nuevo cuando ellos vieron también al monstruo rugiente. Pasaron por allí otros vagabundos.

Cinco décadas más tarde una pequeña colonia permanente había prosperado en la estribación de colinas más cercana, y desde allí hombres que montaban ponies con franjas oscuras en el lomo arrebaban vacas gibosas cerca del cráter. Construyeron una choza cerca del arroyo, que a su vez se transformó en la morada de una familia de pelo rojo y piel olivácea. Al cabo, uno del clan volvió a ver al monstruo, pero esta gente no se marchó. Vieron la piedra que había dejado el hombre alto y no la tocaron.

La casa del borde del cráter se transformó luego en tres casas y se le sumaron otras, y el sendero que lo cruzaba se transformó en una carretera con un puente de troncos sobre el arroyo. En el centro del cráter, ahora vagamente perceptible, la carretera hacía una curva, dejando un lugar herboso que en el centro tenía un metro de tierra desnuda y extrañamente chata, y una roca de piedra arenisca con talladuras profundas.

Ahora se sabía que el monstruo aparecía regularmente cada primavera, en determinada mañana, en ese área, y los niños de la comunidad se retaban unos a otros a acercarse al lugar. Lo denominaban con un giro que podría traducirse como "el Viejo Dragón". La aparición del Viejo Dragón era siempre igual: un es-

truendo breve y violento que empezaba y se interrumpía abruptamente, en medio del cual una criatura reptílica parecía moverse coléricamente sobre la tierra aunque en realidad nunca se movía. Después quedaba un olor desagradable y la tierra humeaba.

La gente que lo veía de cerca hablaba de una sensación tiritante.

A principios del siglo dos un par de jóvenes llegaron al pueblo desde el norte. Sus ponies eran más toscos que los ejemplares locales y el equipo que traían incluía dos objetos que parecían cajas y que ellos instalaron donde aparecía el monstruo. Se quedaron en la zona un año entero, observando dos materializaciones del Viejo Dragón, y trajeron muchas noticias y mapas de caminos e información sobre ciudades mercantiles en las regiones más frías del norte. Construyeron un molino de viento que fue aceptado por la comunidad y se ofrecieron para construir una máquina de iluminar que fue rechazada. Luego partieron con las cajas, tras haber intentado en vano convencer a un muchacho aldeano que aprendiese a manejar una.

En el curso de las décadas siguientes otros viajeros pararon en la zona y se maravillaron ante el monstruo, y hubo luchas esporádicas en las montañas del sur. Una de las bandas armadas hizo una incursión en la aldea del cráter para robar ganado. Fue rechazada, pero los salteadores dejaron una enfermedad moteada que mató a muchos. En todo este tiempo el lugar desnudo del centro del cráter seguía igual, y el monstruo aparecía regularmente, observáranlo o no.

El pueblo de la colina creció y cambió y la aldea del cráter se convirtió en pueblo. Los caminos se ensancharon y se enlazaron formando redes. Ahora había en las colinas coníferas gris verdoso que se extendían hasta la pradera, y lagartos chillones en las ramas.

Al terminar el siglo una banda harapienta de colonos vestidos con pieles vinieron del oeste con su ganado raquítico y eventualmente fueron muertos o ahuyentados, pero no sin que antes los rebaños locales hubieran contraído un parásito dañino. Se buscaron veterinarios en la ciudad del norte, pero poco pudo hacerse. Las familias que vivían en el cráter partie-

ron y durante algunas décadas la zona estuvo desierta. Al fin un ganado de una raza nueva apareció en la planicie y la aldea del cráter volvió a ocuparse. En el centro desnudo el monstruo se manifestaba anualmente, y se convirtió en un fenómeno aceptado en la zona. En varias ocasiones vinieron delegaciones de la lejana Autoridad del Noroeste para observarlo.

La aldea del cráter floreció y se extendió a los campos donde antes pacía el ganado y parte del viejo cráter se transformó en el parque del pueblo. Se desarrolló una pequeña industria turística centrada en la zona del monstruo. Los habitantes del pueblo alquilaban cuartos para las apariciones y reliquias del monstruo, más o menos auténticas, se exhibían en las tabernas locales.

Ahora prosperaban varios cultos alrededor del monstruo. Una creencia persistente sostenía que era un demonio o un alma condenada, obligada a aparecer en la Tierra en un suplicio que expiaba la catástrofe de hacía tres siglos. Otros creían que era una especie de heraldo cuyo rugido presagiaba tiempos funestos o dichosos, según el creyente. Una secta muy efusiva enseñaba que la aparición registraba la conducta moral de la gente del pueblo en el año anterior, y estudió la aparición anual buscando cambios que pudieran interpretarse para bien o para mal. Se consideraba afortunado, o peligroso, ser tocado por el polvo que levantaba el monstruo. En cada generación por lo menos un niño intentaba golpear al monstruo con un palo, y por lo general ganaba un brazo roto y una anécdota para contar toda su vida en la taberna. Tirar piedras u otros objetos al monstruo era un deporte popular, y durante algunos años la gente sistemáticamente le arrojó plegarias y flores. En cierta ocasión una partida intentó cazarlo con una red y sólo le quedaron hilachas y vapor. Hacía tiempo que el área del centro del parque había sido cercada.

A través de todo esto el monstruo hacía su enigmática y violenta aparición anual, se tenía furibundo e inmóvil, rugiendo de manera incomprensible.

Sólo en el cuarto siglo de la nueva era fue evidente que el monstruo había sufrido algunos cambios. Ya no estaba aplastado contra

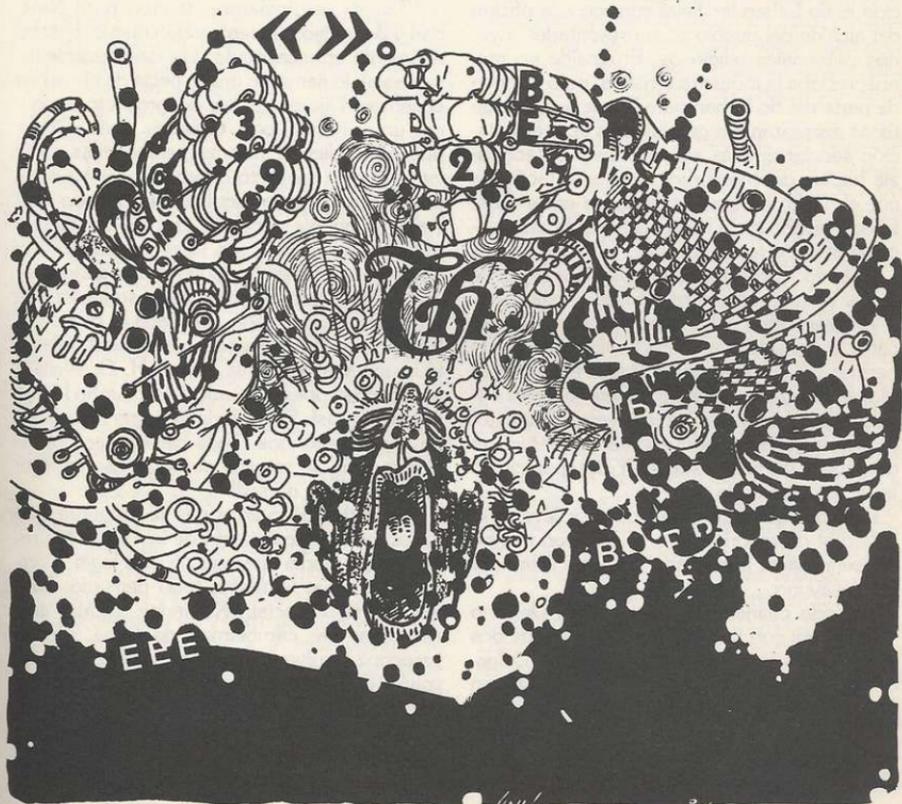
la tierra sino que tenía dos extremidades en alto, como si pateara o braceara. Con el transcurso de los años empezó a cambiar más rápidamente y a fines de siglo se había elevado hasta una postura acechante y espasmódica, y extendía los brazos como congelado en un movimiento giratorio. El rugido también tenía una modulación ligeramente diferente, y la tierra humeaba más y más después que aparecía.

Cundió la idea de que el monstruo-hombre estaba por hacer algo, por manifestarse definitivamente, y una serie de desastres y prodigios naturales sustentaron un vigoroso culto que enseñaba esta doctrina. Varios líderes religiosos viajaron al pueblo para observar las apariciones.

Sin embargo, las décadas pasaban y el monstruo-hombre no hacía más que girar lentamente, de modo que ahora parecía estar deslizándose o tambaleándose mientras se echaba hacia atrás como quien afronta un vendaval. Desde luego no había viento, y pronto la atmósfera general se tranquilizaba y no había más consecuencias.

A principios del siglo quinto del Nuevo Calendario tres delegaciones de investigación de la Autoridad Central del Norte llegaron al área y se quedaron para observar al monstruo. Instalaron en la zona un artefacto de grabación permanente, tras asegurar a los lugareños que no usaban altaciencia. Se adiestró a un muchacho del pueblo para que lo operara; renunció cuando su amiga lo abandonó, pero otro se ofreció como voluntario. En esa época casi todos creían que la aparición era un hombre o el fantasma de un hombre. El operador de la máquina y algunos otros, incluyendo al maestro de mecánica de la escuela, lo llamaban Hombre John. En las décadas siguientes las carreteras mejoraron muchísimo; todas las formas de viaje proliferaron y se habló de construir un canal hasta lo que había sido el río Serpiente.

Una mañana de mayo a fines del siglo quinto una joven pareja llegó traqueteando en un elegante carro verde tirado por mulas, desde la estribación de Sandrés, al sudoeste. La muchacha tenía la piel dorada y hablaba con su joven esposo en un idioma que no se parecía a ninguno que el Hombre John hubiera oído al



final o al principio de su vida. Lo que ella le dijo a él, sin embargo, se ha oído en todas las épocas y todas las lenguas.

—¡Oh Serli, me alegra tanto que hagamos este viaje ahora! ¡El verano que viene estaré tan atareada con el bebé!

A lo cual Serli respondió como lo han hecho a menudo los jóvenes esposos, y así se acercaron a la posada del pueblo. Allí dejaron el carro y el equipaje y fueron en busca del tío de ella, que los esperaba. Al día siguiente el Hombre John debía hacer su aparición anual, y Laban, el tío de ella, había venido del Museo de Historia de MacKenzie para observarlo y hacer ciertos preparativos.

Lo encontraron con el maestro de mecánica de la escuela, quien también operaba la máquina en la zona del monstruo. A continuación el tío Laban los llevó consigo a la oficina del alcalde del pueblo para presentarles a varios personajes religiosos. El alcalde no menospreciaba la industria turística, pero se puso de parte del tío Laban para lograr que los cultistas aceptaran a regañadientes la interpretación secular que las autoridades de MacKenzie hacían del monstruo, una tarea facilitada por el hecho de que discordaban entre ellos. Luego, viendo cuán bonita era la sobrina, el alcalde invitó a todos a cenar.

Cuando regresaron a la posada a pasar la noche el lugar estaba repleto de turistas.

—Vaya —dijo el tío Laban—, se me ha secado la garganta de tanto hablar, hija de mi hermana. ¡Cuántas sandeces dice esa fanática Moksha! Serli, muchacho, sé que querrás hacerme preguntas. Permíteme entregarte esto, es la guía que se pondrá a la venta. Mañana te daré todas las respuestas. —Y desapareció en la taberna atestado.

De modo que Serli y su esposa se llevaron el folleto al dormitorio, pero no tuvieron tiempo de leerlo hasta la mañana siguiente a la hora del desayuno.

—Todo cuanto se sabe de John Delgano —leyó Serli con la boca llena—, viene de dos documentos que dejó su hermano Carl Delgano en los archivos del Grupo MacKenzie en los primeros años después del holocausto.” Ten, paloma mía, ponle un poco de miel a esta torta. “Sigue una transcripción literal de las palabras de Carl Delgano:

”No soy ingeniero ni astronauta como John; yo tenía una tienda de artefactos electrónicos en Salt Lake City. John sólo fue adiestrado para viajar al espacio, pero nunca lo hizo; la recesión terminó con todo eso. Así se conectó con este grupo comercial que adquiría una parte de Bonneville. Querían un hombre para realizar ciertas pruebas en el vacío, eso era todo lo que yo sabía. John y su esposa se mudaron a Bonneville, pero todos nos reuníamos varias veces por año, nuestras esposas eran como hermanas. John tenía dos hijos, Clara y Paul.

”Se suponía que las pruebas eran secretas, pero John me había contado confidencialmente que estaban tratando de fabricar una cámara antigraavitatoria. No sé si alguna vez funcionó. Eso fue el año pasado.

”Luego, ese invierno, vinieron para Navidad y John dijo que tenían algo nuevo. Estaba realmente entusiasmado. Un desplazamiento temporal, lo llamaba; una especie de efecto en el tiempo. Dijo que el jefe del proyecto era como un científico loco. Grandes ideas. Continuaba añadiendo nuevas perspectivas cada vez que otro proyecto concluía y dejaba equipo disponible para alquilar. No, ignoro cuál era la compañía principal... tal vez un conglomerado relacionado con seguros, tenían todo el dinero, ¿verdad? Supongo que pagarían por echar un vistazo al futuro, tiene su lógica. De un modo u otro, John aprobaba el proyecto. Katharine estaba asustada, es natural. Ella se lo imaginaba como, ya saben, H. G. Wells... paseándose por un mundo futuro. John le dijo que no era así. Sólo tendrían como un atisbo, un par de segundos. Toda clase de complicaciones...” Sí, sí, mi glotona, un sorbo para mí también. ¡Esto da sed!

”Continúo. ‘Recuerdo que le pregunté qué harían con el movimiento de la Tierra. Me refiero a que podía aparecer en otro lugar, ¿verdad? Dijo que lo tenían todo pensado. Una trayectoria espacial. Katharine estaba tan asustada que cambiamos de tema. No te preocupes, volveré a casa, dijo John. Pero no volví. Claro que eso no cambiaría nada; todo voló. Incluida Salt Lake. Yo sólo estoy aquí porque fui a Calgary a ver a mamá, el 29 de abril. El 2 de mayo todo estalló. A ustedes no los encontré en MacKenzie hasta julio. Creo

que me quedará, qué más da. Eso es todo lo que sé sobre John, excepto que era un buen tipo. Si ese accidente desencadenó todo esto, no fue su culpa.

—'El segundo documento...' En el nombre del amor, madrecita, ¿tengo que leer todo esto? Ah, muy bien, pero primero me dará usted un beso, señora. ¿Por qué luces tan deliciosa? 'El segundo documento. Fechado en el año dieciocho, Nuevo Calendario, escrito por Carl...' ¿Ves la ortografía antigua, mi rolliza paloma? Ah, muy bien, muy bien.

—'Escrito en el Cráter de Bonneville: He visto a mi hermano John Delgano. Cuando supe que tenía la enfermedad radiactiva vine aquí para echar una ojeada. Salt Lake todavía es un horno. De modo que vine a Bonneville. Se puede ver el cráter donde estaban los laboratorios, está cubierto de hierbas. Es diferente, no radiactivo; mi película está bien. Hay un lugar desnudo en el medio. Unos indios de la zona me han contado que un monstruo aparece todos los años en primavera. Yo mismo lo vi un par de días después que llegué, pero estaba demasiado lejos para ver demasiado, excepto que tuve la certeza de que era un hombre. En un traje aislante. Hubo mucho ruido y polvo, me tomó por sorpresa. Todo terminó en un segundo. Me pareció demasiado cerca del día, el 2 de mayo, quiero decir. Raro.

—'De modo que me quedé un año y ayer él apareció de nuevo. Yo estaba frente a él y pude ver la cara de John a través del visor. Es John, no hay duda. Está herido. Le vi sangre en la boca y el traje está un poco averiado. Está tendido en el suelo. No se movió mientras yo lo veía pero el polvo saltaba, como si un jugador llegara a la base sin moverse. Tiene los ojos abiertos como si mirara. No entiendo qué pasa, pero sé que es John, no un fantasma. Cada vez estaba exactamente en la misma posición y hay un crujido fuerte como un trueno y otro sonido, muy rápido, como una sirena. Y olor a ozono, y humo. Sentí un escalofrío.

—'Sé que es John y creo que está vivo. Ahora tengo que irme para llevar esto mientras todavía puedo caminar. Creo que alguien debería venir aquí a presenciarlo. Quizá puedan ayudar a John. Firmado, Carl Delgano.

—'Estas grabaciones fueron guardadas por el Grupo MacKenzie pero durante años no...'

Etcétera, primera impresión lumínica, etcétera, archivos, analistas, etcétera... ¡Muy bien! Ahora tenemos que ver a tu tío, mi apetitosa, después que vayamos arriba un momento.

—No, Serli, te esperaré abajo —dijo prudentemente Mira.

Cuando llegaron al parque del pueblo el tío Laban estaba dirigiendo la instalación de una gran losa de durita frente a la cerca que rodeaba el lugar donde aparecía el Hombre John. La losa estaba envuelta en un paño, a la espera de la inauguración oficial. Lugareños y turistas, adultos y niños, atestaban las veredas, y un coro religioso de Volad a Dios cantaba en el estrado. La mañana se entibiaba rápidamente. Los puesteros vendían helados y réplicas de juguete del monstruo y flores y confeti de buena suerte para arrojarle. Otro grupo religioso merodeaba en túnicas oscuras; pertenecían a la iglesia del Arrepentimiento, que estaba más allá del parque. El pastor dirigía miradas hoscas a la multitud en general y al tío de Mira en particular.

Tres forasteros con aspecto de funcionarios, que habían estado en la posada, se acercaron y se presentaron al tío Laban como observadores de la Central de Alberta. Entraron en la tienda que se había levantado junto a la cerca, llevando consigo varios artefactos que la gente del pueblo miraba con suspicacia.

El maestro de mecánica terminó de organizar una partida de estudiantes para proteger el paño de la losa, y Mira, Serli y Laban entraron en la tienda. Adentro estaba mucho más caluroso. Había hileras de bancos alrededor de un círculo de unos seis metros de diámetro rodeado por una baranda. Dentro de la cerca la tierra estaba desnuda y calcinada. Había varios ramilletes de flores y ramas de poinciana florecientes contra la baranda. Lo único que había dentro de la baranda era una tosca roca de piedra arenisca con marcas talladas.

Justo cuando entraron una niña cruzó corriendo el centro abierto y todos le gritaron. Los funcionarios de Alberta se movían atareados en un lado de la baranda, donde estaba montada la caja de impresión lumínica.

—Oh, no —masculló el tío de Mira cuando uno de los funcionarios se inclinó para instalar un trípode dentro de la cerca. Lo ajustó y un

enorme penacho de filamentos finos y plumosos floreció como un remolino en el centro del lugar.

—Oh no —dijo otra vez Laban—. ¿Por qué no lo dejarán en paz?

—Están tratando de recoger polvo del traje, ¿verdad? —preguntó Serli.

—Sí, una locura. ¿Tuviste tiempo de leer?

—Oh sí —dijo Serli.

—Por así decirlo —añadió Mira.

—Entonces lo sabes. El está cayendo. Tratando de frenar su... bien, llámalo velocidad. Tratando de aminorarla. Debí de resbalar o tropezar. Estamos acercándonos al momento en que perdió pie y empezó a caer. ¿Cuál fue la causa? ¿Alguien lo hizo trastabillar? —Laban miró a Mira y Serli, muy serio ahora.— ¿Te gustaría ser el que hizo caer a John Delgano?

—Oh —dijo Mira comprensivamente. Y repitió—: Oh.

—¿Quieres decir —preguntó Serli— que quien lo hizo caer causó todo el... causó...?

—Es posible —dijo Laban.

—Espera un minuto —dijo Serli, cavilando—. El se cayó. De modo que alguien tuvo que hacer... es decir, él tiene que tropezar o lo que fuere. Si no se cae todo el pasado se alteraría, ¿verdad? No habría guerra, ni...

—Es posible —repitió Laban—. Quién sabe. Lo que yo sé es que John Delgano y el espacio que lo rodea son el área más inestable, improbable y cargada de energía jamás conocida en la Tierra y maldita sea mi estampa si creo que alguien debe andar tanteándola con varillas.

—¡Oh, vamos, Laban! —Uno de los hombres de Alberta se les acercó sonriendo.— Una mota de polvo no haría caer a un mosquito. Son sólo monofilamentos vítreos.

—Polvo del futuro —gruñó Laban—. ¿Qué les enseñará? ¿Que el futuro tiene polvo?

—Si tan sólo pudiéramos obtener una huella de esa cosa que tiene en la mano.

—¿En la mano? —preguntó Mira. Serli se puso a hojear apresuradamente el folleto.

—Tenemos un analizador-grabador apuntado a él.— El albertano bajó la voz, mirando en derredor.— Un espectroscopio. Sabemos que allí hay algo, o lo hubo. No podemos obtener una buena lectura. Está muy deteriorado.

—Gente que lo toca, que lo tironea —masculó Laban—. Ustedes...

—¡DIEZ MINUTOS! —gritó un hombre con un megáfono—. A sentarse, amigos y forasteros.

Los devotos del Arrepentimiento estaban alineados en un costado, entonando un antiguo encantamiento:

—*¡Mi-seri-cordia, Ora pro nobis!*

La atmósfera se tensó de pronto. Ahora estaba muy pesado y caliente en la gran tienda. Un muchacho de la oficina del alcalde se internó en la muchedumbre, indicando al grupo de Laban que fuera a sentarse en las butacas para huéspedes en el segundo nivel del lado de la "cara". Frente a ellos, en la baranda, uno de los sacerdotes del Arrepentimiento estaba discutiendo con un funcionario albertano sobre el derecho a tomar el lugar ocupado por un artefacto, pues su función específica consistía en mirar al Hombre John a los ojos.

—¿De veras puede vermos? —le preguntó Mira al tío.

—Pestañea y verás —le dijo Laban—. Una nueva escena a cada pestañeo, eso es lo que él ve. Fantasmagorías. Un pestañeo, otro, otro... Dios sabrá por cuánto tiempo.

—*Mi-sere-re, pec-cavi* —salmodiaron los penitentes. Una soprano relinchó—: ¡Sálvanos del rojo del peca-aado!

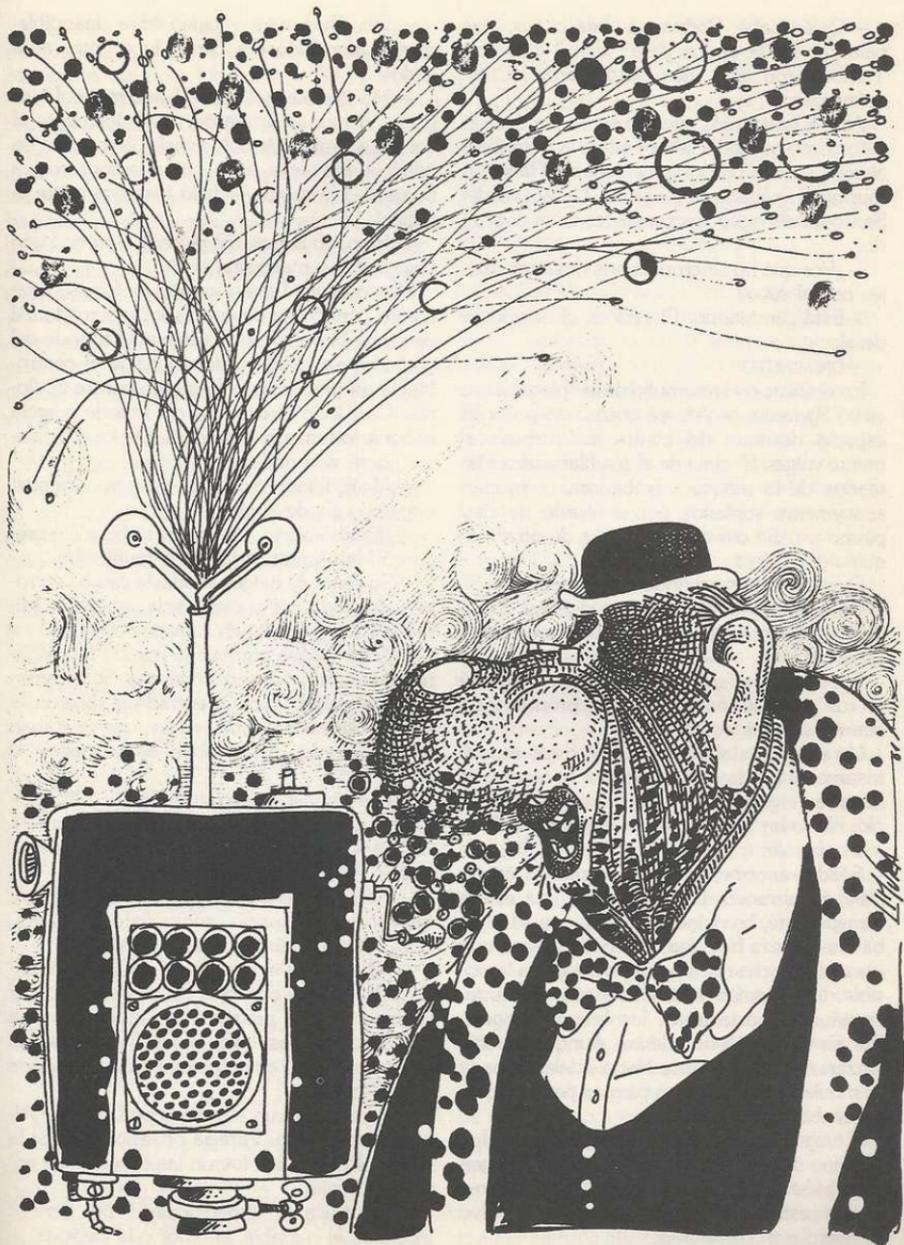
—Crean que su indicador de oxígeno pasó al rojo a causa del estado de sus almas —rió Laban—. Sus almas estarán malditas entre tanto. John Delgano ha sufrido escasez de oxígeno durante cinco siglos... o mejor dicho, la sufrirá durante cinco siglos. A medio segundo por año de su tiempo, eso significa quince minutos. Por las señales de audio sabemos que todavía respira más o menos normalmente y la reserva alcanzaba para veinte minutos. De modo que estos se salvarían alrededor del año setecientos, si duran tanto.

—¡CINCO MINUTOS! A sentarse, por favor. Por favor siéntense para que todos puedan ver. A sentarse, señores.

—Aquí dice que oiremos su voz por el parlante del traje —susurró Serli—. ¿Saben lo que está diciendo?

—Se obtiene un aullido de veinte ciclos —susurró Laban—. Los investigadores han identificado un sonido como *eit*, parte de una vieja palabra. Lleva siglos tener lo suficiente para traducir.

—¿Es un mensaje?



—Quién sabe. Podría ser *date* o *hate*, las palabras de la época para “fecha” y “odio”. También *too late*, “demasiado tarde”. Cualquiera cosa.

Ahora había más silencio en la tienda. Un niño gordo rompió a llorar junto a la baranda y alguien se lo acomodó en el regazo. Había un murmullo apagado de plegarias. La facción del Santo Júbilo agitó sus ramilletes en el otro lado.

—¿Por qué no sincronizamos nuestros relojes con el suyo?

—Está cambiando. El está en el tiempo sideral.

—UN MINUTO.

En el silencio el murmullo de las plegarias se elevó ligeramente. Afuera graznó un pollo. El espacio desnudo del centro lucía absolutamente vulgar. Encima de él, los filamentos plateados de la máquina grabadora se mecían suavemente sopladitos por el aliento de cien pulmones. Se oía el ruido tenue de otra máquina grabadora.

Durante largos segundos nada ocurrió.

Un zumbido diminuto brotó del aire. En el mismo instante Mira percibió un movimiento en la baranda, o su izquierda.

El zumbido adquirió un ritmo y se angostó en un silencio extraño y de pronto todo ocurrió simultáneamente.

Un sonido estalló sobre ellos, trepó espantosamente por la escala audible. El aire crujió mientras algo rodaba y tropezaba en el espacio. Hubo un rugido triturante, gemebundo.

Estaba allí.

Sólido, enorme, un hombre colosal en un traje monstruoso. La cabeza era una esfera transparente, broncea y opaca, que albergaba una cabeza humana, una boca abierta que era una mancha oscura. La posición era imposible, las piernas estiradas hacia adelante, arrojándolo hacia atrás, los brazos congelados en un vaivén turbulento. Aunque parecía lanzarse frenéticamente hacia adelante nada se movía, sólo una de las piernas pateaba o se arqueaba ligeramente.

Y luego desapareció, esfumándose de golpe con una detonación, dejando sólo una imagen increíble en cien pares de ojos deslumbrados. El aire restalló, temblando; aureolas de polvo se mezclaron con humo.

—¡Oh, Dios mío! —jadeó Mira, inaudiblemente, aferrándose a Serli. Hubo gritos ahogados.

—¡Me vio, me vio! —chilló una mujer. Unas pocas personas arrojaron mecánicamente el confeti a la nube de polvo vacía; la mayoría no atinó a moverse. Los niños empezaron a berrear—. ¡Me vio! —chilló histéricamente la mujer.

—¡Rojo, oh Señor, ten piedad! —entonó una voz gruesa y masculina.

Mira oyó que Laban soltaba un furioso juramento y miró de nuevo el espacio cercado. Al disiparse el polvo pudo ver que el trípode del grabador se había inclinado hacia el centro. Había un montículo polvoriento contra él: flores. Casi todo el extremo del trípode parecía haberse esfumado o fundido. De los filamentos no se veía nada.

—Algún idiota tiró flores adentro. Vamos, larguémonos de aquí.

—¿Estaba abajo, lo hizo trastabillar? —preguntó Mira, apretujada por la multitud.

—Su señal de oxígeno todavía estaba en rojo —dijo Serli por encima de la cabeza de Mira—. Vaya piedad, ¿eh Laban?

—¡Shh! —Mira entrevió la mirada fulminante del pastor del Arrepentimiento. Se abrieron paso a codazos por la entrada y salieron al parque soleado, entre voces que soltaban exclamaciones, parloteaban de excitación y alivio.

—Fue terrible —murmuró Mira—. Oh, nunca creí que fuera un hombre vivo de verdad. Está allí, está allí. ¿Por qué no podemos ayudarlo? ¿Nosotros lo hicimos caer?

—No sé, no lo creo —gruñó Laban. Se sentaron cerca del nuevo monumento, abanicándose. El paño aún estaba en su sitio.

—¿Alteramos el pasado? —rió Serli, mirando a su esposa con ojos de enamorado. Por un momento se preguntó por qué ella usaba aros tan extraños; luego recordó que él se los había comprado en un pueblo indio por donde habían pasado.

—Pero no fueron sólo esas personas de Alberta —dijo Mira. Parecía obsesionada por la idea—. En realidad fueron las flores.— Se enjugó la frente.

—Mecánica o superstición —rió Serli—. ¿Cuál es el culpable, el amor o la ciencia?

—Cáilate. —Mira echó una nerviosa ojeada alrededor. — Las flores eran amor, supongo... Me siento tan rara. Hace calor. Oh, gracias. —El tío Laban había logrado llamar la atención del vendedor de helados.

La gente ahora charlaba normalmente y el coro prorrumpió en una alegre canción. En un lado del parque una hilera de personas esperaba para firmar el libro de visitantes. El alcalde apareció en el portón del parque, precediendo una comitiva por la vereda de buganvillas para descubrir el monumento.

—¿Qué decía en esa piedra a sus pies? —preguntó Mira. Serli le mostró la foto de la guía donde figuraba la roca de Carl con la inscripción traducida abajo: BIENVENIDO A CASA JOHN.

—¿Él podrá verla?

El alcalde estaba por iniciar su discurso.

Mucho más tarde, cuando se hubo alejado la multitud, el monumento se erguía solitario en la oscuridad, mostrando a la luna la inscripción en la lengua de esa época y lugar:

EN ESTE SITIO APARECE ANUALMENTE LA FORMA DEL MAYOR JOHN DELGANO, EL PRIMERO Y ÚNICO HOMBRE QUE VIAJÓ EN EL TIEMPO.

EL MAYOR DELGANO FUE ENVIADO AL FUTURO UNAS HORAS ANTES DEL HOLOCAUSTO DEL DÍA CERO. TODO CONOCIMIENTO SOBRE LOS MEDIOS UTILIZADOS PARA ENVIARLO SE HA PERDIDO, QUIZÁ PARA SIEMPRE. SE CREE QUE OCURRIÓ UN ACCIDENTE QUE LO ENVIÓ MUCHO MÁS LEJOS DE LO PREVISTO. ALGUNOS ANALISTAS PRESUMEN QUE QUIZÁ HAYA LLEGADO HASTA CINCUENTA MIL AÑOS EN EL FUTURO. DESPUÉS QUE LLEGÓ A ESA ZONA DESCONOCIDA EL MAYOR DELGANO APARENTEMENTE FUE DEVUELTO A SU ÉPOCA, O INTENTÓ REGRESAR, SIGUIENDO EL CURSO QUE HABÍA RECORRIDO EN EL ESPACIO Y EL TIEMPO. SE PIENSA QUE SU TRAYECTORIA EMPEZÓ EN EL PUNTO QUE NUESTRO SISTEMA SOLAR OCUPARÁ EN UN TIEMPO FUTURO Y ES TANGENTE DE LA COMPLEJA HELICOIDE QUE NUESTRA TIERRA DESCRIBE ALREDEDOR DEL SOL.

APARECE EN ESTE LUGAR EN LOS INSTANTES ANUALES EN QUE SU CURSO INTERCEPTA LA ÓRBITA DE NUESTRO PLANETA Y APARENTEMENTE PUEDE TOCAR EL SUELO EN ESOS INSTANTES. COMO NO SE HA MANIFESTADO NINGÚN RASTRO DE SU PASAJE AL FUTURO, SE CREE QUE ESTÁ REGRESANDO POR UN MEDIO DIFERENTE DEL QUE USÓ PARA EL VIAJE DE IDA. ESTÁ VIVO EN NUESTRO PRESENTE. NUESTRO PASADO ES SU FUTURO Y NUESTRO FUTURO ES SU PASADO. EL TIEMPO DE SUS APARICIONES ESTÁ

VARIANDO GRADUALMENTE EN EL TIEMPO SOLAR PARA CONVERGIR CON EL MOMENTO DE LAS 1153.6 DEL 2 DE MAYO DE 1989, VIEJA ERA, O DÍA CERO.

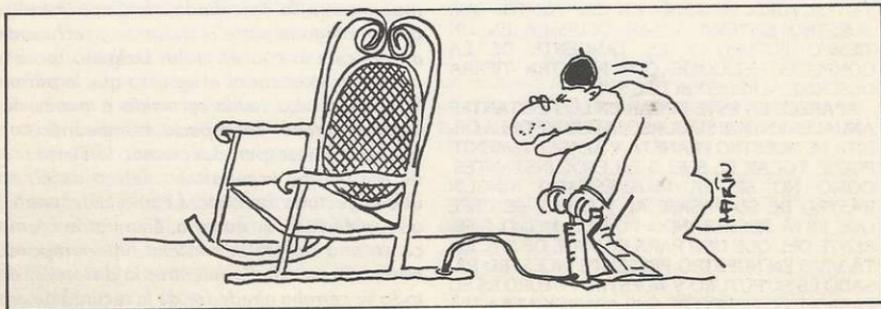
LA EXPLOSIÓN QUE ACOMPAÑÓ SU REGRESO A SU PROPIA ÉPOCA Y LUGAR QUIZÁ SUCEDIÓ CUANDO ALGUNOS ELEMENTOS DE LOS INSTANTES PASADOS DE SU CURSO FUERON LLEVADOS CON ÉL A SU EXISTENCIA ANTERIOR. ES SEGURO QUE ESTA EXPLOSIÓN DESENCADENÓ EL HOLOCAUSTO MUNDIAL QUE TERMINÓ PARA SIEMPRE CON LA ERA DE LA ALTACIENCIA.

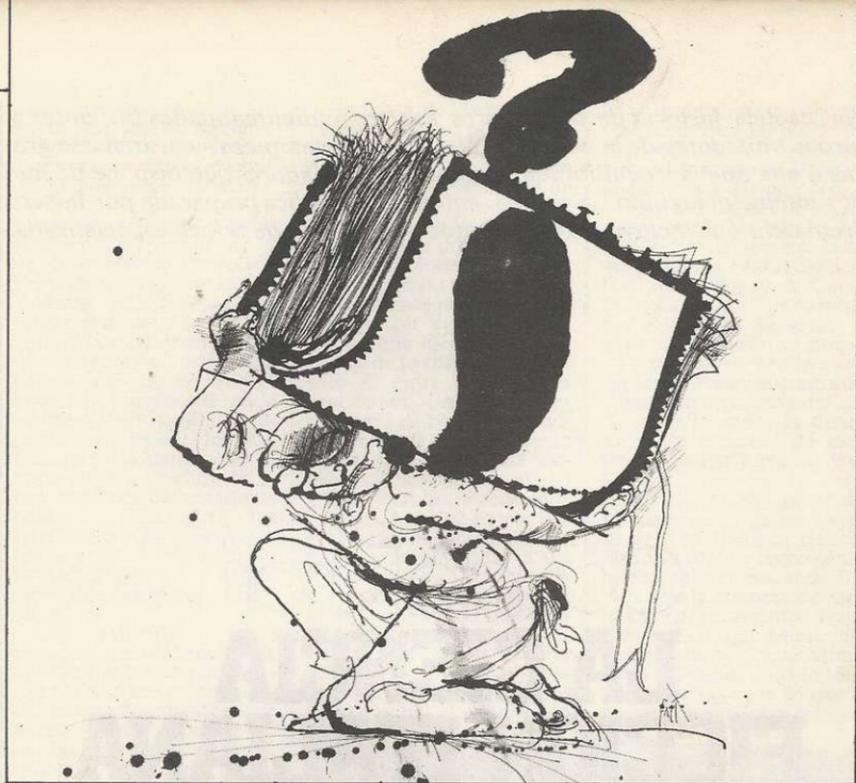
*Caía perdiendo el control, cediendo en su lucha contra el ímpetu terrible que había ganado, luchando con sus piernas humanas, que se agitaban en la rigidez inhumana de su armadura, las suelas quemadas, alisadas sin tracción suficiente para frenar, combatiendo, forcejeando cuando venían los fogonzos, la dolorosa alternancia de luz, oscuridad, luz, oscuridad, que había soportado tanto tiempo, los estallidos del aire que se densificaba y ablandaba contra su armadura mientras patinaba por un espacio que era tiempo, frenando desesperadamente mientras los pantallazos de la Tierra le martillaban los pies — ahora sólo importaban los pies, para aminorar la velocidad y conservar el curso— y la fuerza de atracción, la señal, se desdibujaba; mientras se acercaba a ella se abría en abanico, y era difícil enfócarla; supuso que él se estaba volviendo más probable; el tajo que había abierto en el tiempo se estaba restañando. Al principio había sido tan ínfimo —un simple rayo de luz en un túnel que se cerraba— que se había arrojado hacia él como un electrón volando al ánodo, firmemente encarrilado en ese único vector exquisitamente complejo de posibilidad de vida, lanzándose y siendo lanzado como una semilla desechada a la última hendidura de esa ninguna parte rechazante y rechazada a través de la cual él, John Delgano, podría continuar existiendo, el agujero que le permitiría volver. Lo había recorrido a través del tiempo, a través del espacio, bombeando con las piernas desesperadas cuando la Tierra real de ese tiempo irreal estaba debajo de él, en una trayectoria tan certera como la del animal que se desliza a su guarida, él un ratón cósmico en una carrera interestelar, intertemporal, buscando su refugio mientras la distorsión de todo se cerraba alrededor de la rectitud de ese*

curso, los átomos de su corazón, su sangre, cada una de sus células gritando Volver — ¡VOLVER!— mientras él se precipitaba a ese punto menguante, cada paso más rápido, más firme, más fuerte, hasta que se lanzó con un ímpetu invencible sobre los atisbos flotantes de la Tierra como quien se topa contra un tronco flotante en un torrente. Alrededor sólo las estrellas permanecían constantes de un fogonazo a otro, y más allá de sus pies él miraba un millón de haces de Crux, de Triangulum; una vez en la cúlmine de su viaje había arriesgado un vistazo de un siglo hacia arriba y había visto las dos Osas extrañamente separadas de Polaris, pero una Polaris que ya no era la Estrella Polar, notó volviendo los ojos hacia los pies acelerados, pensando, estoy volviendo a Polaris, a casa, al golpeteo pulsátil. Había dejado de recordar dónde había estado, los seres, las personas o criaturas o cosas que había atisbado en el imposible momento de existencia donde no podía estar; había dejado de ver pantallazos de mundos alrededor, cada fogonazo diferente — algunos duraban un poco —, las caras, miembros, cosas que lo acosaban; las noches que había surcado, oscuras o iluminadas por lámparas extrañas, con techo o sin techo; los días que relampagueaban de luz solar, los vendavales, el polvo, la nieve, los innumerables interiores, fogonazo tras fogonazo en medio de la noche; ahora estaba en la luz diurna, en una especie de salón; al fin

me acerco, pensó, el tacto cambia. Pero tenía que aminorar la velocidad, cerciorarse; y esa piedra cerca de los pies, hacía un tiempo que estaba allí, quería echarle un vistazo pero no se atrevía, estaba tan cansado, estaba resbalando, perdiendo el control, peleando para matar la velocidad despiadada que no quería dejarlo frenar; además estaba herido, algo lo había golpeado allá atrás, le habían hecho algo, no sabía qué, en alguna parte del calidoscopio de caras, brazos, garfios, haces, siglos de criaturas que lo manoteaban. El oxígeno estaba faltando, pero duraría, tenía que durar, tenía que durar, estaba volviendo, volviendo. Y había olvidado ahora el mensaje que había tratado de gritar, esperando que de alguna manera alguien lo captara, esa cosa importante que había repetido; y la cosa que había llevado ya no estaba, su cámara tampoco estaba, algo la había arrebatado, pero estaba volviendo. ¡Volviendo! Si tan sólo pudiera frenar el impulso, de alguna manera descender esta pendiente del regreso, volver. — ¡y su garganta decía Volver!—, decía ¡Kate, Kate! Y su corazón gritaba, se desgañitaba casi sin pulmones, mientras sus piernas forcejeaban y resbalaban, mientras sus pies frenaban y patinaban y se hincaban y se soltaban, mientras él braceaba, tironeaba, empujaba, luchaba en el vendaval de la caída temporal a través del espacio, a través del tiempo, al final de la senda más larga que hubo jamás: la senda por donde volvió John Delgano.

Título del original en inglés: *The Man Who Walked Home*.  
© 1972 by Ultimate Publishing Co., © 1973 by James Tiptree, Jr.  
Traducción de Alberto D'Angelo.





## SOBRE EL ARTE DE ESCRIBIR

¿Qué es un escritor? ¿Qué elementos producen esa subespecie? Los enumeraré:

*Respeto por el oficio.* Una manera de expresarlo es decir que la pluma es más fuerte que la espada; y la extrapolación adecuada de eso, en estos tiempos nucleares, es que es más poderosa que la bomba: es, en verdad, el arma final, y el escritor, consciente de eso, escribe con respeto.

*Algo que decir.* Eso es lo que hace el Escritor con lo que tiene, y cuanto más respetuosa lo que tiene más significativo es lo que hace.

*Empatía.* Algunos dicen que el escritor debe interesarse por la gente. Algunos van más lejos y dicen que debe amar a la gente. Pero un Escritor tiene que ver por los ojos de otras personas, y sentir con las puntas de dedos ajenos.

*Humildad.* Una manera de expresar esto es decir "Todavía no está terminado", en el sentido de que todo lo vivo es mutable hasta la última fibra; cambia, crece, y así la obra de un Escritor adquiere la cualidad de la vida: no es producto recogido y entregado bien fresco y más vale que te lo comas

antes de que se pudra, sino algo ante todo capaz de vivir como vives tú, de crecer como creces tú, de darte frutos de visión y percepción acordes con la fertilidad de Tu suelo.

Por último, si el escritor va a escribir ficción, debe adquirir las técnicas de la ficción, y la seguridad más profunda de que una historia sobre una Idea o una Cosa puede ser un folleto o un artículo o una anécdota, pero a menos que sea sobre personas, no es ficción.

Theodore Sturgeon

*Una caótica historia de precursores ilustres, individualidades brillantes y burdos imitadores de la peor cf anglosajona, que empieza a encarrilarse gracias a una nueva y equilibrada generación de creadores que dispone de medios inteligentes como La collina, antología periódica preparada por Inisero Cremaschi que incluye textos inéditos de ficción y de crítica especializada.*

# Claudio Ferrarri

## LA CIENCIA FICCION ITALIANA

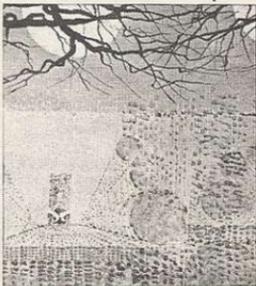
Asombrosa en sus raíces, trunca en muchos aspectos, digamos, rutinarios, la ciencia ficción italiana podría representarse con una imagen de zoología fantástica: un curioso —y tal vez hermosísimo— bicho, dotado de una elegante y noble cabeza y de una iridiscente cola puntiaguda, pero sin cuerpo entre la una y la otra. Sin cuerpo y, por lógica, sin una sombra que se proyecte a su alrededor y defina exactamente el espacio que le corresponde.

Hablar de una “cabeza” de la ciencia ficción italiana significa remontarse a sus antecedentes, luminosos por el nivel literario y por el acierto de un inmediato

Universo  
e dintorni

29 racconti italiani di fantascienza

a cura di Cremaschi



Garzanti

amanecer en el foco preciso y riguroso de lo inexplorado plausible; de “cola”, en cambio, cabe hablar ya sea en sentido cronológico como también por los memorables latigazos que ofrecieron y ofrecen robustos aportes al género.

Aun sin traer a colación la mentada temperatura futurible de clásicos del calibre de Dante o Ariosto, no deja de sorprendernos un modelo de utopía nacida ya adulta, como la formulación filosófico-política de la *Civitas Solis* de Tommaso Campanella; y, si la figura de aquel perseguido monje calabrés ilumina los comienzos del 600, otro extraordinario personaje del

siglo siguiente anima los territorios de la anticipación con su talento proverbialmente múltiple: el veneciano Giacomo Casanova, inventor del profesionalismo en la seducción y autor también del refinado juego de *Autre Monde*, redactado y pensado en el francés de Voltaire, con sabrosas intuiciones de otras formas de vida. Y como ulterior punto de referencia en una cierta continuidad de desarrollo, podemos detenernos nada menos que en las nítidas sugerencias cósmicas del gran Giacomo Leopardi, con su impecadera producción lírica salpicada de tentadoras comunicaciones con las estrellas, con las amenazantes perspectivas de un futuro deshumanizado y con el inevitable desafío de la infinitud.

Un sinnúmero de ejemplos podría surgir de un legítimo buceo entre momentos narrativos aislados: chispazos, fragmentos que abren hacia intuiciones nuevas los resultados literarios más poderosos, ratificando una subterránea disposición a enfocar nítidamente perspectivas distintas, futuras, insólitas.

Acercándonos a nuestros días, la mención más destacada debería reservarse a la apocalíptica coronación de *La conciencia de Zeno*, de Italo Svevo, quien además descubre literariamente el lenguaje psicoanalítico con varias décadas de anticipación. Y desde la altura de Svevo seguirán zambulléndose con perfecto estilo en los remolinos de la anticipación autores como Aldo Palazzeschi, Dino Buzzati, Italo Calvino, Primo Levi, Tommaso Landolfi, Leonardo Sciascia. Para Palazzeschi, Landolfi o Sciascia el compromiso con hipótesis sorprendivas se pone episódicamente en términos

de inquietante libertad fantástica, mientras que Buzzati, Calvino y Levi han supereditado a la ciencia ficción una faceta determinante de su respectiva producción. Buzzati es conocido fundamentalmente por *El desierto de los tártaros*, pero sus cuentos de las antologías *I sette messaggeri* o *Il colombre* son verdaderas joyas de una lúcida decodificación de lo cotidiano, y tan sólo él entre los grandes escritores italianos demostrará en 1960 la valentía de presentar explícitamente como obra de ciencia ficción su notable novela *Il grande ritratto*. Pocos años después, también Primo Levi se lanzaría decididamente y con gran autoridad a los territorios de un futuro próximo con sus *Storie naturali*, pero su nombre quedaría largamente oculto bajo el seudónimo de Damiano Malabaila. Y Calvino, ya autor famoso de *Nuestros antepasados*, extraerá de

una deslumbrante dimensión metafísica las piezas de su rompecabezas cosmogónico cristalizado en *Las cosmocómicas* y *Tiempo cero*.

Para dar un último toque a esta reseña de autores no ceñidos a un género, falta mencionar a Mario Soldati (*Lo smeraldo*) y a Carlo Della Corte, por los cuentos de *Pulsatilla Sexuata*; y aquí, si, llegamos al grupo de escritores que en la ciencia ficción han encontrado o buscado una senda definida, especializada; es decir, al punto delicado de esta tendencia narrativa en Italia.

Porque, muy a pesar de sus ricos manantiales y vertientes, en Italia la ciencia ficción se define como género tan sólo en los años 50: nace con la etiqueta de *fantascienza*, felizmente inventada por Giorgio Monicelli, director de la popularísima revista *Urania*; y, al mismo tiempo, muere por lo que a aportes originales se refiere.

## La Collina

rassegna di critica e narrativa insolita, fantascienza e neofantastico diretta da Inisero Cremaschi

testi di Mariuccia Bergomi, Giuseppe Bonura, Inisero Cremaschi, Mercedes Fariolis, Claudio Ferrari, Daniela Guardasolagna, Francesco Marroni, Gianni Menarini, Paolo Montalbano, Giulia Musa, Giancarlo Pandini, Renato Pestri, Piero Massimo Pandolfi, Ivo Prandini, Mariangela Sala, Riccardo Scagnoli, Giacinto Spagnoletti, Andrea Zanzotto

NORD

2

Como ocurriera en otros países latinos, las publicaciones de "fantascienza" se dejan invadir totalmente por los modelos angloamericanos, sofocando las veleidades de posibles autores nacionales. Con la excepción de contados pioneros (Franco Enna, entre otros, o el prolífico italo-ruso Giorgio Scerbanenco, autor de *Il cavallo venduto*, ambos con una interesante trayectoria en la narrativa policial), los pocos nombres peninsulares que podrían haberse asomado en el ámbito "militante" de la ciencia ficción, ocultan bajo seudónimos de corte obvio la desconfianza absoluta en una aceptable ubicación de maquinarias y problemáticas venideras en Roma, o en Milán, o en Seveso. Publicaciones como *Galassia* y *Cosmo* registrarán caricaturas de nombres y apellidos como Robert Rainbell por Roberta Rambelli, Louis Navire por Luigi Naviglio, y burdas deformaciones al estilo Azimov o W. Bradbury.

Deberán llegar las décadas 60 y 70 para que Roberto Vacca se atreva a sondear escenarios e idiosincrasias de Italia en su divertidísimo *Il robot e il minotauro* y para que Lino Aldani enfatize las contradicciones campesino-industriales de una Italia no tan lejána en *Quando le radici*. Con ciertos tuteos y altibajos, se llegará a hablar de una "fantascienza italiana", representada por Sandro Sandrelli, Inisero Cremaschi (*Il quinto punto cardinale*), Gilda Musa (*Festa sull'asteroide, Giungla domestica*), Ugo Malaguti (*La ballata di Alain Hardy, L'odissea di Alain Hardy*), Gianni Montanari, Piero Prosperi, Mauro Miglieruolo, Anna Rinonapoli, Maurizio Viano y algunos más;



ya en los últimos años, con el surgir de pequeñas editoriales dedicadas en forma exclusiva a la ciencia ficción, se revelarán Luigi Menghini (*Reazione a catena*), Virgilio Marafante (*L'insidia dei Kryan*), Daniela Piegai (*Parola di alieno*), Riccardo Scagnoli, Gianluigi Zuddas, todos ellos en condición de capitalizar la tradición de una "space opera" actualizada, pero —por encima de todo— atentos a lo que se ha revelado como el aspecto

caracterizante de la "escuela" italiana: la sensibilidad para la temática social, que se hace visible sobre todo en las páginas más mordaces de Aldani y Cremaschi.

Encontrando su denominador común en una dirección humanística, la ciencia ficción de Italia ha empezado ya a rescatar la limitación de su (por ahora) escasa consistencia numérica, o —para volver a la evidencia de la imagen inicial— la ausencia de un "cuerpo"

entre origen y periferia.

Y falta todavía subrayar un matiz aún más asombroso de esta curiosa contradicción itálica entre calidad y cantidad: cuando aún la mayoría de los nombres citados esperaban su debut narrativo, ya brotaba en el interior y a orillas del género una intensa labor crítica, que se ha destacado en Sergio Solmi, Carlo Pagetti, Gianfranco De Turris, Sebastiano Fusco, Ferruccio Alessandri y más recientemente en Gillo Dorfles, Giacinto Spagnoletti, Andrea Zanzotto, Renato Besana; estos últimos, con Cremaschi y con quien escribe, han centrado en una más amplia dimensión "neofantástica" el enfoque de las ramificaciones de la "speculative fiction",



logrando un dramático incremento de lectores.

Es así como se vuelven a editar clásicos maltratados hace años con apresuradas

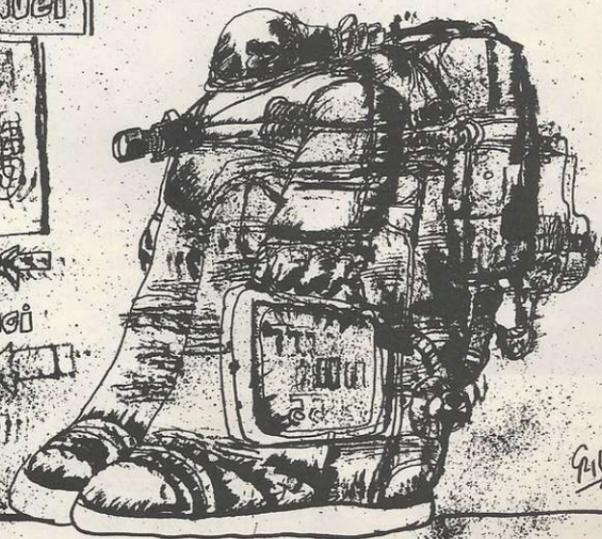
traducciones y arbitrarios cortes: un notable aparato crítico acompaña las nuevas ediciones (con los sellos Nord, de Milán, Fanucci, de Roma, y los mismos Oscar Mondadori); semanalmente aparece en fascículos una imponente enciclopedia especializada (la *Grande Enciclopedia della Fantascienza, della Fantasy e del Futuribile*, en diez volúmenes); se está gestando un diario bilingüe (italiano e inglés), *After*, con difusión internacional, dedicado a todo el acontecer del género; y los próximos años debería intensificarse el fruto de la labor de Pagetti, quien ha tenido la audacia de llevar la ciencia ficción a los claustros universitarios.

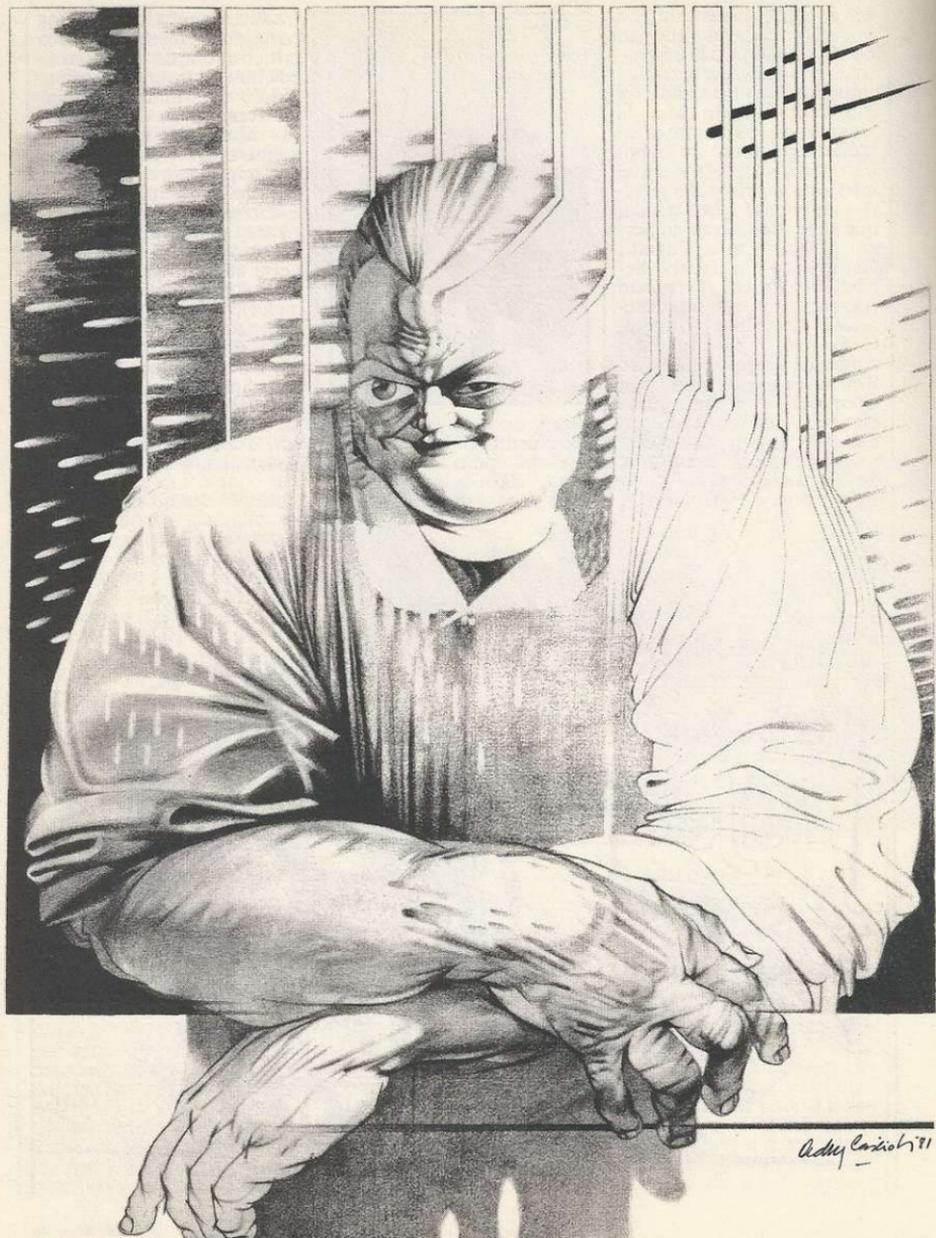
© 1981, Claudio Ferrari.

tours - travel

Futurismo  
Viajes

travel agencies





*Siempre hay una  
solución para cada  
problema.*

*Claudio Ferrarì*  
**SEGUN LO  
CONVENIDO**

Ilustró ANDRÉS CASCIOLI

Tardé dos meses en convencerme de que buscar casa en Milán no es asunto fácil. Como todos los problemas que uno no tiene ocasión de analizar, lo consideraba un rumor exagerado, una muletilla de estadísticas derrotistas. Quizá también por eso, cuando se presentó por primera vez la perspectiva de quedarme sin vivienda, no hice casi nada para reaccionar ante una amenaza que terminó por concretarse con la sorprendente inmediatez de los engranajes lentos e implacables.

Desde hace dos meses, mientras vivo en casa de un amigo generoso, recorro las porterías y respondo a los anuncios de los diarios, telefonando cada vez con mayor desaliento.

—¿Quién es usted? ¿De qué trabaja? ¿Cuánto gana? ¿Qué referencias puede ofrecer? —me responden invariablemente, aun

antes que llegue a enterarme en qué zona se encuentra el “un ambiente amoblado con baño” o el “departamento de dos ambientes exigente referencias ideal profesional telefonar hora comidas”. Y, la mayoría de las veces—: Gracias, ya lo he alquilado.

También están las agencias de bienes raíces: cincuenta mil libras por una dirección, una pista vaga para una caza del tesoro, perdido de antemano: el departamento ya está habitado, o es inhabitable. Es casi como jugar a los naipes con un fullero inescrupuloso que siempre se las ingenia para ocultar que ha marcado las cartas; y siempre las baraja él.

Esa mañana hacía frío; tuve que perder tiempo en buscar un suéter en mi maleta de nómade improvisado, y llegué tarde al trabajo, donde encontré un mensaje que no hizo más

que impacientarme, pues ponía en evidencia mi retraso: “Lo llamó por teléfono la portera del edificio de Via dell’Orso; dice que tiene noticias urgentes.”

Entonces recordé la cara de la portera, una de las primeras a quienes di una propina a cambio de una incierta promesa de colaboración en mi búsqueda de alojamiento. Una nariz chata en medio de una cara redonda; mejillas carnosas bajo una mata de pelo desteñido; ojos de batracio, que en mi recuerdo tenían una extraña profundidad mientras ella me decía: “Aquí arriba, en el tercer piso, hay uno que hace poco se enfermó y no durará mucho; vive solo, en dos ambientes que a usted le vendrían al pelo. Sólo tenga un poco de paciencia, a lo sumo uno o dos meses.”

Lo primero que pensé, mientras hacía girar entre las manos el papel con el mensaje, fue que esa cara la había reconstruido mentalmente muchas veces. Me sucede a menudo con las personas que por alguna razón me han quedado grabadas. Pero (no sé si porque mi memoria funciona mal) jamás puedo recordar una fisonomía completa, aunque sí un fragmento de epidermis, un punto infinitesimal de color, una estría de luz: detalles que se me adhieren en alguna parte de la imaginación, incluso asociados con sonidos y olores; y la cara entera, o la persona entera, se vuelve a formar delante de mí cuando uno de estos detalles atraviesa de nuevo mi experiencia sensorial. En este punto, algún mecanismo —tal vez el mismo que me induce a sumar automáticamente los números de las placas de los autos para inferir analogías triviales— me impulsa a realizar un paciente trabajo de reconstrucción de la figura evocada, como en un meticuloso identikit.

Así había sucedido, varias veces, con la cara de la portera de Via dell’Orso: sus ojos de rana esaban asociados con una bola lechosa, su pelo con una niebla, un pantano... pero sólo estoy superponiendo una fantasía sobre otra. Porque en realidad ignoro estos mecanismos, estas teclas irritantes de una teletipo que transmite sola, independiente de mi voluntad. Algo, al menos, sé con certeza: que estas acumulaciones de rasgos fisonómicos, de señas particulares, son efímeras y rigen un número limitado de reconstrucciones, perdiendo en

cada ocasión intensidad y nitidez, hasta que se esfuman, lo cual para una imagen equivale a confundirse con otra, con más de una, con mil imágenes indefinidas.

La cara de la portera de Via dell’Orso ya se me había desdibujado delante de los ojos en por lo menos una veintena de reconstrucciones. Ahora afloraba nuevamente sobre la huella impalpable del papelito con su mensaje: no redactado por ella, naturalmente, pero poblado por dos palabras inconfundiblemente suyas: “noticias urgentes”.

A mediodía fui a Via dell’Orso, y a lo largo de la calle volví a oír esas palabras de labios de la portera. Tantas reconstrucciones de su fisonomía me parecieron entonces casuales, sí, pero de una casualidad legible, como una mano de naipes. Y evoqué nuevamente su voz, ronca y cascada. “Noticias urgentes”, susurrado con su acento napolitano, se eslabonaba con otras expresiones que para mí la habían vuelto, más que interesante, siniestra. “Confíe en mí”, había dicho, tocándome ligeramente un brazo, tan ligeramente que llegué a creer que me había tocado con los ojos. “Hizo bien en acudir a mí, porque yo calo enseguida a las personas, y enseguida decidí resolverle el problema. Pues aquí hay un departamento que a usted le vendría al pelo (y señalaba el cielorraso, penetrándolo con otra rápida ojeada) y la persona que está adentro no tiene para mucho, se lo digo yo. A lo sumo dos meses.”

Llego a Via dell’Orso apurando el paso, y sin darme cuenta sigo de largo frente a la puerta que buscaba. Retrocedo y descubro por qué: el número está tapado por un trapo negro.

En este momento no se me ocurre ninguna asociación entre la señal de luto y las “noticias urgentes” de la portera. Entro, pues, con una expresión mecánicamente constricta, más o menos con el estado de ánimo de un inoportuno. Pero apenas avanzo unos pasos en el zaguán la portera me sale al encuentro y, tras pasándose al instante con esos ojos taimados, me conduce a su cubil.

Otros recuerdos fragmentarios se me superponen detrás de los párpados y contra los tímpanos, mientras me hace sentar a la mesa de la portería y restablece brutalmente una com-

plicidad que yo había captado desde el primer momento, aunque sin tener conciencia de ella.

—Todo arreglado. ¿Ha visto? —me dice a quemarropa, sin posibilidad de equívocos—. Todavía no le puedo mostrar el departamento porque... usted comprende. Pero es justo lo que usted necesita... ¿Notó cuánto frío hizo hace tres días? Hasta usted que es joven lo habrá sentido en los huesos, así de golpe...

Por un instante sus palabras se pierden mientras recuerdo la última vez que había reconstruido el rostro de ella. Estaba en la zona de Lambrate, paseando en bicicleta, y una ráfaga helada con tufo a remedio me hizo tiritar. Llevaba al hombro la bolsa que había manoteado al salir de casa, y adentro la billetera, un libro para leer en el parque, una lapicera... Sin mucha convicción, eché una ojeada adentro, y vi un suéter apoltonado que ni siquiera recordaba que tenía: desteñido, medio enmohecido, con el mismo olor a niebla y remedios, a sopa y pantano. Pero tibio.

El mismo olor que siento ahora, mientras la voz ronca de la portera vuelve a resultarme ininteligible:

—...tan enfermo y ni siquiera un suéter encima, caramba, ese día que hizo tanto frío. Pero usted es joven... como esa otra muchacha que vino a pedirme información, el otro día, sobre

un departamento del segundo piso, que pronto quedará desocupado. Sólo le dije que tuviera un poco de paciencia.

Le deslizo entre los dedos varios billetes, que desaparecen enseguida en una bolsa color piedra. Es un color que me resulta familiar: color roca y lava de casas sepultadas por erupciones, de ciudades enteras ocultas en profundas catacumbas, amenazantes como minas invadidas por el grisú, alumbradas por un resplandor grotesco que ilumina la carcajada violenta de un fresco erótico; cuerpos que se agazapan en la sombra en paredes corroídas por un deterioro inexorable.

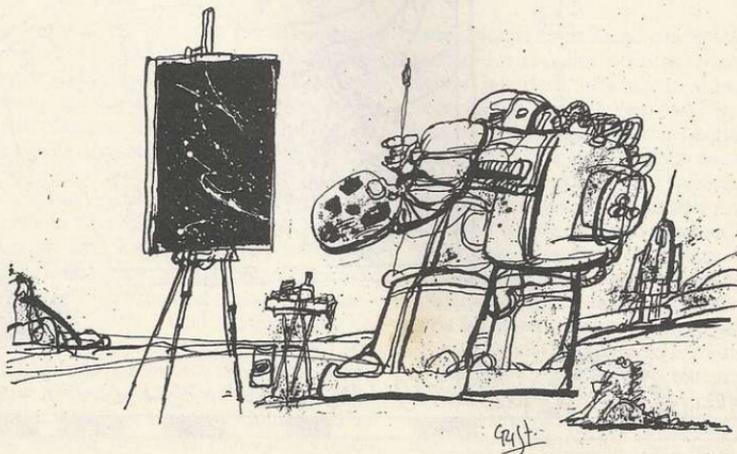
Y alguien me dice:

—Es para usted, según lo convenido.

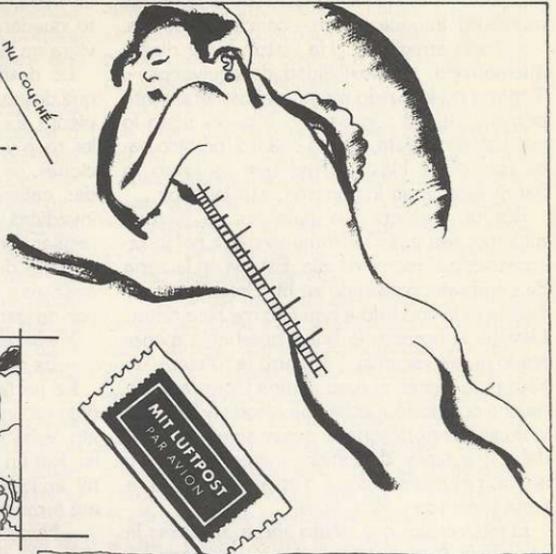
La portera se ha levantado de la mesa. Se dirige a un aparador destartado, abre un cajón, echa una ojeada dentro y saca un cuchillo. Por un instante la hoja centellea delante de mí, en la mesa, antes que las últimas palabras me arranquen de mi distracción.

—Nunca encuentro las tijeras... —dice empujando el cuchillo para cortar un cordel que luego hace pasar a través del agujero de un cartoncito—. Ahora iré a colgar afuera el nombre de ese fulano. Para mayor seguridad, espere a que usted llegara. Ahora, todo está en orden.

Título del original en italiano: *Come d'accordo*.  
© 1980 by Inisero Cremaschi. Traducción de Carlos Gardini.



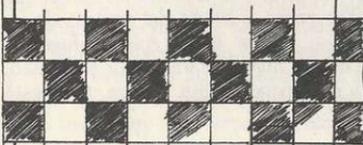
MI COUCHÉ.



«Ce-ruuiu Wiechmann & Kipi»  
maistr. 8 - D-8012 Olonsrum - Telefon 6 08 15 71



TE REFROA.  
(De Tail)



St. Don  
Jeremias Sanyu O P1 no M3M  
Campana



Oeste.  Gurguin ha muerto.

*Cada paraíso  
esconde un  
secreto.*

*Jack Vance*  
**EL SECRETO**

Ilustró SANYÚ

El sol entraba oblicuamente por las hendijas de la pared de la cabaña; de la laguna llegaban los gritos y el chapaleo de los niños de la aldea. Rona ta Inga al fin abrió los ojos. Había dormido mucho más de lo acostumbrado, hasta media mañana. Estiró las piernas, se puso las manos en la nuca, miró distraidamente el cielo raso de paja. En realidad había despertado a la hora habitual y después se había sumido en una vaga ensoñación, una costumbre que había adquirido últimamente. Sólo últimamente. Inga frunció el ceño y se incorporó con brusquedad. ¿Qué significaba? ¿Era una señal? Tal vez debía preguntarle a Takti-Tai... Pero todo era tan ridículo. Había dormido hasta tarde por la más vulgar de las razones: le gustaba remolonear, dormir y soñar.

En la esterilla, junto a él, había flores aplas-

tadas, donde se había acostado Mai-Mio. Inga recogió los capullos y los puso en el estante donde guardaba sus escasas pertenencias. Una criatura encantadora, Mai-Mio. No reía ni más ni menos que otras muchachas; sus ojos eran como otros ojos, su boca como todas las bocas; pero sus extrañas y seductoras afectaciones la volvían absolutamente única: no había otra Mai-Mio en todo el universo. Inga había amado a muchas doncellas. Todas eran singulares en algún sentido, pero Mai-Mio era una criatura deliciosa, exquisitamente diferente de las demás. Había llegado a ser mujer hacía poco —aún ahora podía confundírsela con un muchacho, desde lejos— mientras que Inga le llevaba por lo menos cinco o seis estaciones. No estaba muy seguro. Tenía poca importancia. En cualquier caso, tenía muy poca

importancia, se repitió enfáticamente. Esta era su aldea, su isla; no sentía deseos de irse. ¡Jamás!

Los niños subieron a la playa desde la laguna. Dos o tres correataron bajo la cabaña, girando alrededor de uno de los postes, parlotando. La cabaña tembló. El bullicio impacientó a Inga. Gritó irritado. Los niños callaron al instante, aterrados y asombrados, y se alejaron mirando por encima del hombro.

Inga frunció el ceño; por segunda vez esa mañana se sentía descontento consigo mismo. Se granjearía una reputación poco envidiable si seguía actuando así. ¿Qué le sucedía? Era el mismo Inga de ayer. Excepto que había pasado un día y era un día mayor.

Salió al porche de la cabaña, se tendió al sol. A izquierda y derecha había cuarenta o cincuenta cabañas como la suya, con árboles en medio; adelante se extendía la laguna, azul y centelleante al sol. Inga se incorporó, caminó hasta la laguna, nadó, se sumergió entre las piedras relucientes y las plantas oceánicas que cubrían el lecho de la laguna. Emergiendo, se sintió relajado y en paz, nuevamente dueño de sí: Rona ta Inga, como siempre había sido, y siempre sería.

Acuclillado en el porche, desayunó fruta y pescado frío, ahumado en la fiesta de la noche anterior, y pensó en el día que tenía por delante. No había urgencias, ni deberes que cumplir, ni necesidades que satisfacer. Se reuniría con la partida de jóvenes que ahora se dirigían al bosque a cazar aves. Podría modelar un broche de conchillas talladas y frutos de goana para Mai-Mio. Podría haraganear y chismorrear; podría pescar. O podría visitar a Takti-Tai, su mejor amigo, que estaba construyendo un bote. Inga se puso de pie. Pescaría. Caminó a lo largo de la playa hasta su canoa, revisó el equipo, empujó la embarcación, remó por la laguna hasta la abertura del arrecife. Los vientos soplaban hacia el oeste, como siempre. Dejando la laguna, Inga dirigió una rápida ojeada a sotavento —una ojeada casi furtiva—, luego agachó la cabeza contra el viento y remó hacia el este.

Una hora después había pescado seis bonitos peces, y regresó a lo largo del arrecife hasta la entrada de la laguna. Todos estaban nadando cuando volvió. Doncellas, jóvenes, ni-

ños. Mai-Mio braceó hasta la canoa, apoyó los brazos en los flotadores, le sonrió. El agua le brillaba en las mejillas.

—¡Rona ta Inga! ¿Pescaste algo? ¿O traigo mala suerte?

—Vélo tú misma.

Ella miró.

—¡Cinco...! ¡No, seis! ¡Seis gordos peces! ¡Soy buena suerte! ¿Puedo dormir a menudo en tu cabaña?

—Mientras siga teniendo buena pesca al día siguiente.

Ella se zambulló nuevamente, lo salpicó, se perdió de vista. A través de la superficie ondulante Inga podía ver la silueta esbelta y morena meneándose contra el fondo. Llegó a la playa, envolvió el pescado en hojas de sipi y lo guardó en una cisterna fría; luego corrió a la laguna para nadar con los demás.

Más tarde él y Mai-Mio se sentaron a la sombra, ella trenzando un cordel decorativo de corteza teñida con el cual más tarde tejería un cesto, él recostado, mirando el agua. Mai-Mio parloteaba inocentemente: sobre la nueva canción que había compuesto Ama ta Lalau, sobre los raros peces que había visto mientras nadaba bajo el agua, sobre el cambio que había sufrido Takti-Tai desde que había empezado a construir el bote.

Inga soltó un murmullo distraído, pero no dijo nada.

—Hemos formado un grupo —le confió Mai-Mio—. Somos seis: Ipa, Tuiti, Hali-Sailano, Zoma, Oiu-Ngo y yo. Hemos jurado que nunca abandonaremos la isla. Nunca, nunca, nunca. Hay demasiada alegría aquí. Nunca navegaremos al oeste... jamás. Sea cual sea el secreto, no queremos saberlo.

Inga sonrió vivazmente.

—Hay mucha sabiduría en ese juramento.

Ella le acarició el brazo.

—¿Por qué no juras con nosotras? Claro que somos seis muchachas, pero un juramento es un juramento.

—Es verdad.

—¿Quieres navegar al oeste?

—No.

Mai-Mio se puso de rodillas, excitada.

—Llamaré al grupo, y todos, todos juntos, recitaremos el juramento otra vez: ¡nunca

abandonaremos la isla! ¡Y pensar que tú eres el mayor de toda la aldea!

—Takti-Tai es mayor —dijo Inga.

—¡Pero Takti-Tai está construyendo un bote! ¡Prácticamente ya no cuenta!

—Vai-Ona tiene la misma edad que yo. Casi la misma.

—¿Sabes una cosa? Cuando Vai-Ona sale a pescar, mira siempre hacia el oeste. Está intrigado.

—Todos lo están.

—¡No yo! —Mai-Mio se incorporó de un brinco.— No yo... ni nadie del grupo. Nunca, nunca, nunca... nunca abandonaremos la isla. ¡Lo hemos jurado! —Se agachó, palmeó la mejilla de Inga, corrió a reunirse con un grupo de amigas que compartían un canasto de frutas.

Inga se quedó sentado cinco minutos. Luego gesticuló con impaciencia, se levantó y caminó a lo largo de la costa hasta la plataforma donde Takti-Tai trabajaba en su bote. Era un catamarán de cubierta ancha, con un refugio de mimbre tejido cubierto con hojas de sipi, un mástil grueso. En silencio, Inga ayudó a Takti-Tai a dar forma al mástil, raspando un maduro tronco de pasiao-tui con conchillas afiladas. Luego hizo una pausa, dejó la conchilla.

—Hace mucho —dijo— éramos cuatro. Tú, yo, Akara y Zan. ¿Lo recuerdas?

Takti-Tai siguió raspando.

—Claro que recuerdo.

—Una noche nos sentamos en la playa alrededor del fuego... los cuatro. ¿Recuerdas?

Takti-Tai cabeceó.

—Juramos no abandonar nunca la isla. Juramos no ceder nunca, derramamos sangre para sellar el pacto. Nunca navegaríamos al oeste.

—Recuerdo.

—Ahora te vas —dijo Inga—. Seré el último del grupo.

Takti-Tai dejó de trabajar, miró a Inga como si fuera a hablarle, luego se inclinó de nuevo sobre el mástil. Más tarde Inga regresó playa arriba hacia su cabaña. Acucillado en el porche, talló el broche para Mai-Mio.

Pronto un joven fue a sentarse junto a él. Inga, que no tenía muchas ganas de estar acompañado, siguió tallando. Pero el joven, absorto

en sus propios problemas, no lo advirtió.

—Aconséjame, Rona ta Inga. Eres el mayor de la aldea y muy sabio. —Inga enarcó las cejas, frunció el ceño, pero no dijo nada.— Amo a Hali Sai Iano, la deseo desesperadamente, pero ella se ríe de mí y corre a abrazar a Hopu. ¿Qué debo hacer?

—La situación es muy simple —dijo Inga—. Ella prefiere a Hopu. Busca otra muchacha. ¿Qué te parece Talau lo? Ella es bonita y afectuosa, y parece gustar de ti.

El joven soltó un suspiro.

—Muy bien. Haré lo que sugieres. A fin de cuentas, una muchacha da lo mismo que otra. —Se marchó, sin reparar en la mirada sardónica que le dirigía Inga. Se preguntaba por qué venían a pedirle consejo. Sólo tengo dos o tres, o a lo sumo cuatro o cinco estaciones más, pensaba. ¡Es como si me consideraran la fuente y origen de toda la sagacidad!

Durante la noche nació un niño. La madre era Omei Ni lo, quien había dormido casi una estación en la cabaña de Inga. Como era varón ella lo llamó Inga ta Omei. Hubo una ceremonia de bautismo presidida por Inga. Los cantos y bailes duraron hasta tarde, y de no haber sido porque el niño era suyo y llevaba su nombre, Inga se habría escabullido temprano. Había asistido a muchas ceremonias de bautismo.

Una semana más tarde Takti-Tai zarpó hacia el oeste, y hubo una ceremonia diferente. Todos fueron a la playa para tocar el casco de la embarcación y bendecirlo con agua. Las lágrimas surcaban las mejillas de todos, incluyendo a Takti-Tai. Takti-Tai contempló por última vez, la laguna, las caras de las personas que abandonaba. Luego se volvió, hizo un gesto; los jóvenes empujaron el bote por la playa, saltaron al agua, lo arrastraron por el lago, lo guiaron hasta el océano. Takti-Tai cortó los cabos, tensó aparejos; la vela grande y cuadrangular flameó al viento. El bote bogó hacia el oeste. Takti-Tai, de pie en la plataforma, agitó la mano por última vez, y los que estaban en la playa se despidieron con un gesto. El bote se alejó en la tarde; y cuando bajó el sol ya se había perdido de vista.

Durante la cena la charla era apacible; todos miraban el fuego. De pronto Mai-Mio se levantó de un salto.

—¡Yo no! —salmodió—. ¡Yo no...! ¡Nunca, nunca, nunca!

—¡Yo no! —gritó Ama ta Lalau, quien de todos los jóvenes era el músico más habilidoso. Tomó la guitarra que había tallado con un tronco de soa negra, rasgó las cuerdas, se puso a cantar.

Inga miraba en silencio. Ahora era el mayor en la isla, y parecía que los otros lo trataban con un respeto nuevo. ¡Ridículo! ¡Qué tontería! ¡La diferencia era tan escasa que casi no existía! Pero notó que la risueña Mai-Mio miraba atentamente a Ama ta Lalau, quien respondía a sus insinuaciones con suma cortesía. Inga los observó con pesadumbre en el corazón, y luego se fue a la cabaña. Esa noche, por primera vez en semanas, Mai-Mio no durmió a su lado. No importa, se dijo Inga: una muchacha da lo mismo que otra.

Al día siguiente caminó por la playa hasta la plataforma donde Takti-Tai había construido el bote. El lugar estaba limpio y ordenado, las herramientas colgaban prolijamente en un cobertizo cercano. En el bosque vecino crecían hermosos árboles makara, con los cuales se fabricaban los cascos más raudos.

Inga se volvió. Salió a pescar en su canoa, y al salir de la laguna miró hacia el oeste. No había nada que ver salvo el horizonte vacío, exactamente igual al horizonte del este, del norte, y del sur. Excepto que el horizonte del oeste ocultaba el secreto. Y el resto del día se sintió inquieto. Durante la cena miró cada una de las caras. Faltaban las caras de sus queridos amigos; todos habían construido sus botes y se habían ido. Sus amigos habían partido; conocían el secreto.

A la mañana siguiente, sin tomar una decisión deliberada, Inga afiló las herramientas y taló dos hermosos árboles makara. No estaba construyendo precisamente un bote. Eso se dijo, pero no venía mal estacionar madera.

No obstante al día siguiente pudo los árboles talados, cortó el tronco a lo largo, y al siguiente reunió a todos los jóvenes para que le ayudaran a llevar los troncos hasta la plataforma. Ninguno parecía sorprendido; todos sabían que Rona ta Inga estaba construyendo su bote. Mai-Mio ya no ocultaba su amor por Ama ta Lalau, y mientras Inga trabajaba en el bote lo miraba jugar en el agua no sin que la

amargura le hiciera un nudo en la garganta. Sí, se dijo, sería un verdadero placer reunirse con sus verdaderos amigos, los jóvenes y doncellas que había conocido desde que renunció a su nombre de leche, sus compañeros de juegos; ahora no estaban, y los añoraba dolorosamente. Vacío con esfuerzo el casco, quemando, raspando, cincelandó. Luego la plataforma estuvo asegurada, el pequeño refugio tejido y techado para resguardarlo de la lluvia. Modeló un mástil con un tronco liso de pasiao-tui, lo enderezó y lo hincó. Juntó estera, tejó una vela tosca pero resistente, la colgó para que se estirara y estacionara. Luego se puso a aprovisionar el bote. Juntó nueces, fruta seca, pescado ahumado envuelto en hojas de sipi. Llenó de agua unas vejigas de orbe. ¿Cuánto duraba el viaje al oeste? Nadie lo sabía. Mejor no sufrir hambre, mejor aprovisionarse bien: una vez en el viento no se podía regresar.

Un día estuvo preparado. Era un día muy parecido a todos los otros días de su vida. El sol era tibio y brillante, la laguna relucía y lamía la playa con olas juguetonas. Rona ta Inga sentía la garganta tensa y seca; apenas podía confiar en su voz. Los jóvenes acudieron a la playa, todos bendijeron el bote de agua. Inga escrutó cada rostro, luego la hilera de cabañas, los árboles, las playas, los lugares que amaba con tanta intensidad... Ya le parecían remotos. Las lágrimas le surcaban las mejillas. Alzó la mano, se volvió. Sintió que el bote abandonaba la playa, flotaba libremente en el agua. Los nadadores lo empujaron hasta el océano. Se volvió por última vez para mirar la aldea, luchando contra el impulso repentino y feroz de saltar del bote y regresar a nado. Izó la vela, que pronto se hinchó al viento. El agua se encrespó bajo los flotadores. Pronto navegaba hacia el oeste, con la isla a popa.

Hendía las olas, caía en largas pendientes mientras el agua a sus espaldas gorgoteaba y la proa subía y bajaba. La larga tarde se desdibujó y se volvió dorada; el poniente ardió y se aplacó y se transformó en un crepúsculo apacible. Despuntaron las estrellas, e Inga, sentado calladamente junto al timón, mantuvo la vela contra el viento. A medianoche arrió la vela y durmió, mientras el bote bogaba en silencio.

A la mañana estaba totalmente solo, los horizontes desnudos. Izó la vela y apuntó al oeste, y así pasó ese día, y el siguiente, y otros. E Inga agradeció haber aprovisionado el bote en abundancia. El sexto día creyó notar que el viento se había enfriado; el octavo día navegaba bajo grandes nubarrones como jamás había visto. El océano azul se volvió gris, y pronto verdoso, y el agua ahora era fría. El viento soplaban con gran fuerza, agitando la vela de estera, e Inga se acurrucó en el refugio para protegerse de la espuma arremolinada. En la mañana del noveno día creyó ver una forma vaga y oscura adelante, que a mediodía se convirtió en una estribación de peñascos altos; el oleaje abofeteaba las rocas escabrosas, rugiendo sobre guijarros toscos. A media tarde dirigió el bote hacia una de las playas de guijarros, saltó cautelosamente a la costa. Tiritando en medio de las ráfagas violentas, evaluó la situación. No había ninguna criatura viviente a lo largo de la costa, salvo dos o tres gaviotas grises. Cien metros a la izquierda yacía el casco destartado de otro bote, y más allá había un revoltijo de madera y fibra que quizá eran los restos de otro.

Inga llevó a la costa las provisiones que le quedaban, las juntó en un bulto, y trepó a los peñascos por un sendero borroso. Llegó a una extensión de laderas de color verde grisáceo. A cinco kilómetros se levantaba una hilera de colinas bajas, hacia donde parecía conducir el sendero.

Inga miró a ambos lados; tampoco se veían más criaturas vivas que las gaviotas. Cargó el bulto al hombro y echó a andar por el sendero.

Al acercarse a las colinas llegó a una choza de hierba y piedras, junto a una parcela de suelo cultivado. Un hombre y una mujer trabajaban en el campo. Inga los estudió con atención. ¿Qué clase de criaturas eran? Parecían seres humanos; tenían brazos y piernas y rostros. ¡Pero qué arrugados y marchitos y grises estaban! ¿Qué encogidas tenían las manos, cómo se agachaban y trajinaban al trabajar! Se apresuró a seguir de largo, y ellos no parecieron verlo.

Inga apuró el paso, pues se acercaba el fin del día y tenía las colinas delante. El sendero cruzaba un valle lleno de robles nudosos y arbustos bajos, verde púrpura, luego trepaba la

colina por una hondonada pedregosa, donde el viento producía sonidos sibilantes y musicales. Desde la hondonada Inga contempló un valle chato. Vio bosquecillos de árboles bajos, parcelas de tierra arada, un grupo de chozas. Bajó despacio por el sendero. En un campo cercano un hombre irguió la cabeza. Inga se detuvo, pues creyó reconocerlo. ¿No era Akara ta Oma, que había navegado al oeste hacia diez o doce estaciones? Parecía imposible. Este hombre era gordo, casi calvo, con las mejillas flojas en la mandíbula. ¡No, no podía ser el grácil Akara ta Oma! Inga se alejó precipitadamente, y pronto entró en la aldea. Delante de una choza cercana había alguien a quien reconoció con alegría.

—¡Takti-Tai!

Takti-Tai cabeceó.

—Rona ta Inga. Sabía que vendrías pronto.

—Celebro verte. Pero abandonemos este horrible lugar. Regresemos a la isla.

Takti-Tai sonrió apenas, meneó la cabeza. Inga protestó acaloradamente.

—No me digas que prefieres esta tierra lúgubre. ¡Vamos! Mi bote aún puede navegar. Si de algún modo podemos alejarnos de la playa, llegar a mar abierto...

El viento cantaba entre las montañas, murmuraba entre los árboles. Las palabras de Inga murieron en su garganta. Obviamente era imposible hacerse a la mar.

—No sólo el viento —dijo Takti-Tai—. Ahora no podríamos volver. Conocemos el secreto.

Inga lo miró asombrado.

—¿El secreto? Yo no.

—Ven. Ahora lo conocerás.

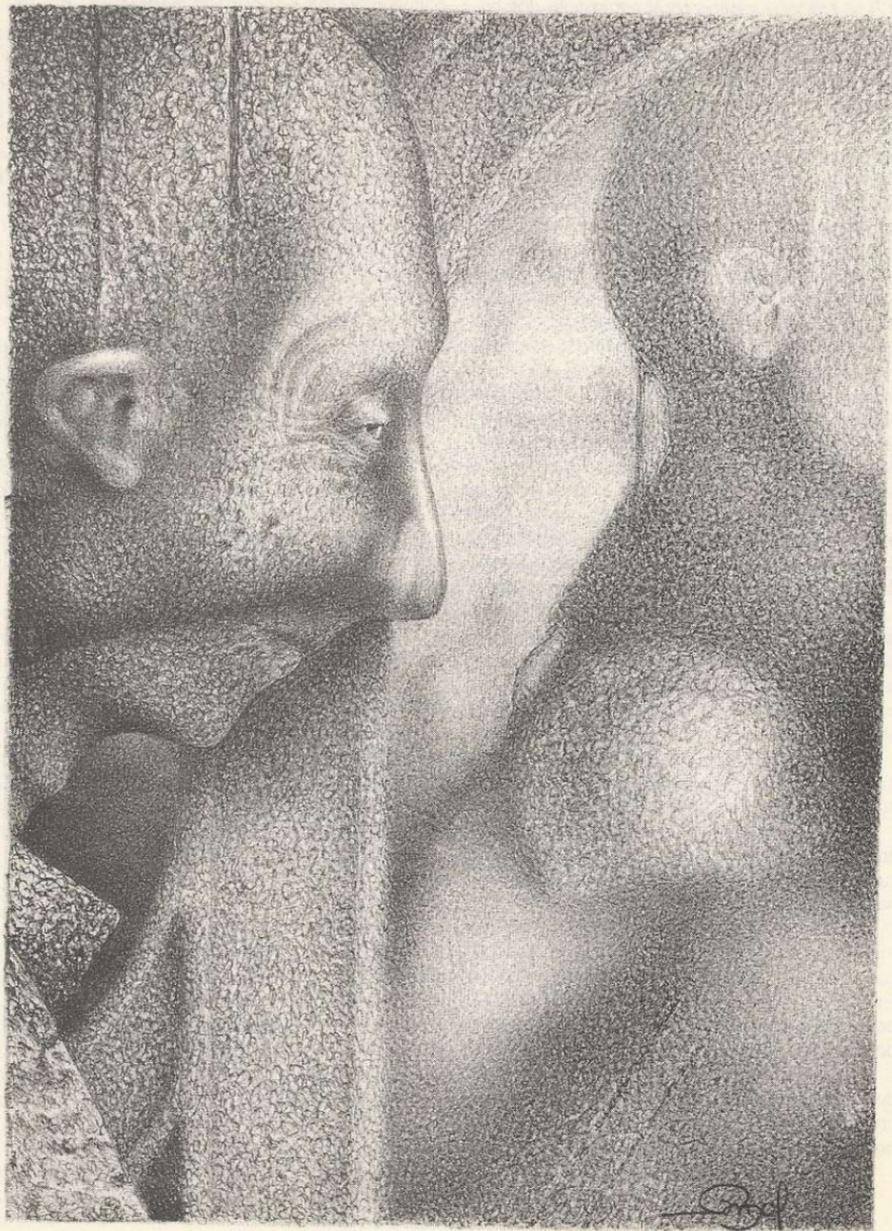
Takti Tai lo llevó a través de la aldea hasta una estructura de piedra con techo alto y tejas de pizarra.

—Entra y conocerás el secreto.

Rona ta Inga, titubeando, entró en el edificio. En una mesa de piedra yacía una figura quieta rodeada por seis velas altas. Inga miró la cara blanca y rugosa, el lienzo blanco e inmóvil que cubría el pecho angosto.

—¿Quién es? ¿Un hombre? Qué flaco está. ¿Duerme? ¿Por qué me muestras esto?

—Este es el secreto —dijo Takti-Tai—. Se llama "muerte".



*Visite Moderan  
antes de la  
primavera.*

*David R. Bunch*

# **DIA DE PENITENCIA EN MODERAN**

Ilustró KIKE SANZOL

Y el anuncio, en hojas impresas, salió de Central ese día de principios de estación: SERVICIOS ANUALES DE PENITENCIA. SE RUEGA TRAER LÁGRIMAS.

Se acercaba abril cuando atravesamos los Muros de las Fortalezas y salimos a la plaza de armas de plástico verde: todos los grandes amos de Fortalezas ordenados en solemne procesión. El escudo de vapor era blanco ese día, con estrechas franjas rojas enhebradas en el cielo, franjas (nos recordaron) del antiguo color de la sangre. Y algunos sí lo recordamos, aunque nuestra sangre es ahora de color verde pálido, y la marbillan corazones eternos haciéndola circular por las tiras de carne para alimentar no sólo a las tiras de carne sino también para lubricar los "re-puestos" de aleación de metalnuevo y las coyunturas donde se articulan el metal y la carne.

Éramos una extraña banda bajo un extraño escudo de vapor ese día; los pájaros de hojalata que subían de Central colmaban el cielo sintético, y por los agujeros del suelo en los patios salían árboles de los que brotaban, a nuestro paso, hojas de lata de un verde brillante. Cojeamos en imperfecto orden hacia el este, plop-plip-plaplop sobre el plástico reluciente, dispuestos a veces en parejas, pues se suponía que estábamos en una procesión, pero más veces aún en tropeles y montones y nudos de grandes amos que se movían con torpeza al pisar el suelo descubierto, pues no éramos buenos para caminar. A veces me preguntaba si Central no nos hacía eso todos los años para humillarnos, y también para que renováramos la fe en nuestras Fortalezas, pues fuera de nuestras Fortalezas nosotros, los grandes, no somos nada.

Por ser Fortaleza 10, yo caminaba al lado de Fortaleza 9 cuando seguía el ritmo de la procesión. Fortaleza 9 es mi enemigo más cercano, más contigo, y era extraño caminar con él tan de cerca, tan amistosos, codo de acero con codo de acero, columpiando y agitando lágrimas en las bolsitas de plástico que nos colgaban de las manos de metalnuevo. Fortaleza 9 era más alto que yo, pero no tan corpulento, y por un instante me recorrió las tiras de carne un hormiguo de odio puro; tuve la certeza de que si llegáramos a un bastafuera podría derribarlo con las manos vacías. Pero eso era una tontería, desde luego, porque no es así como hacemos la guerra en Moderan. Siempre es sólo cuestión de inclinarse ante los paneles y hacer funcionar los disparadores, viendo cómo salen caminando nuestras muñecas-bombas, oyendo cómo se aleja el chillido de los Pepes Petardos y guiando los ululantes y siniestros Demole Demoleadores cielo arriba y cielo abajo sobre el sentenciado blanco. Así que, cuando pasó el momento y vi que no lo odiaba con fuerza ni quería derribarlo con las manos vacías, dije:

—Salud, Fortaleza 9. Para la guerra de la semana próxima te guardo algunas sorpresas. Sabes, mi Cuerpo de Experimentación...

Dejé colgando la frase, y Fortaleza 9 volvió hacia mí una cara agria, especialmente horrible porque incluía una nariz de tiras de carne, una nariz grande, seguramente una característica familiar que había querido conservar. La mayoría de nosotros había decidido mucho tiempo antes adoptar la nariz de aleación nueva, totalmente metálica, porque tenía mejor forma y era más eficiente y no había que limpiarla. Los ojitos de metalnuevo de Fortaleza 9 apuntaron hacia mi cuerpo con odio desembozado.

—Por eso traes una bolsa de lágrimas tan pequeña para el Día de Penitencia —insinuó, la voz en tono de ridículo—. La Semana de Expiación, en vez de fabricar lágrimas, ¡preparate un desintegrador!

—Mi bolsa de lágrimas es suficiente —dije—. Soy suficiente en todas las cosas, como ya sabes. Y bastante más que suficiente en las cosas por las que nos miden.

Fortaleza 9 dio media vuelta y se alejó ardiendo, echando chispas de rabia, yo sabía,

porque le había dicho la verdad. Yo era el reconocido maestro de la violencia en nuestra provincia: mi Fortaleza tenía más guerras mayores certificadas en el Libro de Guerras que cualquier Fortaleza del sector. Todos los años recibía la Medalla de Guerras, con el número de mi Fortaleza y el año grabados en oro. Hice oscilar descuidadamente la última mientras caminábamos.

—La semana próxima —dije, como si no le hablara a nadie en particular—, ¡la semana próxima!

Luego nos enredamos en un nudo de amos al volver a pisar suelo descubierto, y pusimos todas nuestras fuerzas en las articulaciones para caminar con precisión metálica, pero apenas conseguimos avanzar no importa cómo mediante las tiras de carne y las partes metálicas, que en realidad no habían sido pensadas para caminar sino para estar sentadas en las salas de guerra de las Fortalezas apretando botones de disparadores. Cuando nos desenredamos yo caminaba al lado de Fortaleza 2.

Fortaleza 2 era un amo muy joven, según nuestra manera de medir la edad en Moderan. No hacía ni diez años que le habían fijado la proporción de tiras de carne y que le habían adjudicado la Fortaleza. Pero habíamos librado guerras magníficas en ese tiempo, y estaba certificado en el Libro como “promisorio”. Era de aproximadamente mi tamaño y mi hechura, y me gustaba la expresión abierta de su cara y la manera en que aquellos separados ojos de metalnuevo observaban todas las cosas con esa mirada de odio confiable. Un hombre con el que uno podía contar. Pero aunque no lo veía con más odio que el necesario en nuestros tiempos, resolví clavarle la aguja por pura diversión:

—Salud, Fortaleza 2 —dije—. La semana próxima espero contar con el nuevo desintegrador. Un arma verdaderamente sensacional. Como sabes, mi Cuerpo de Experimentación... —Dejé la frase colgando un rato, mientras Fortaleza 2 caminaba rumiando pensamientos.— Veamos... —dije después de un momento, casi como si estuviera distraído—, creo que sí... estoy seguro... de que nos han dado, a ti y a mí, Luz Verde. Para la semana próxima.

Fortaleza 2 volvió esos ojos separados y magníficos hacia mí, y con voz calma dijo:

—Ya sé que vamos los dos a la guerra... la semana próxima.

—Sí, así es. —Luego, amistosamente, le di un golpe brusco con el codo de metal en la tira de carne del pecho y dije:— No tienes mucho que perder. Eres una Fortaleza joven y casi careces de tradición. Quizá te asignaron el enfrentamiento conmigo y con mi nuevo desintegrador porque quieren alisar tu terreno para construir en él un proyectado museo de árboles.

—Cuando empiecen a hacer agujeros para árboles en el terreno donde se levanta mi Fortaleza, tus Muros no serán ni siquiera el recuerdo de un montón de polvo. —Me miró fijamente y de frente con esos ojos de metal nuevo.— Pensé que nos llevaríamos bien —prosiguió—, que libraríamos bonitas guerras y todo eso. Me siento engañado. Pero sospecho que este nuevo principio de invasión que he elaborado...

Y dejó la frase allí en el aire, colgando. Seguimos cojeando en silencio, hacia el este. Me gustaba ese tipo.

Cuando llegamos al lugar de la ceremonia y descubrí que estaba al lado de Fortaleza 20, un hombre viejo con antecedentes guerreros apenas pasables, me apresuré y tuve el tiempo necesario para amenazarlo mucho y bien con mi nuevo desintegrador. Luego comenzó la ceremonia, tan humillante como siempre. Un hombre pequeño, de cara puntiaguda y vestido con una túnica negra, que tenía fama de poder vivir con un diez por ciento menos de tiras de carne que cualquier amo de Fortalezas, se levantó y nos contó la larga y aburrida historia de por qué el cielo tenía tiras rojas ese día, qué era la sangre roja, lo afortunados que éramos por no tenerla y todos los tediosos y pesados detalles de cómo habíamos sorteado una época en la que el amor y todas sus zozobras habían intentado dominar el pensamiento del hombre. Luego todo se redujo a escuchar grabaciones de música de odio, durante horas que parecieron interminables y, mientras cambiaban las grabaciones, a oír al hombrecito de la túnica negra que peroraba sobre nuestra obligación de abrir la estación de primavera, el auténtico comienzo del año,

con bombardeos de verdadera importancia.

Cuando la última nota estridente y saltarina de la música de odio se perdió en el rayado escudo de vapor y el embarazoso silencio terminó de posarse en el vasto anfiteatro, llegó el momento del más fervoroso acto de nuestra humillación. Teníamos que marchar en fila hasta el estrado central donde había un alto vaso negro y depositar allí nuestras lágrimas. Desfilamos en orden inverso de rango por el último año de batallas, lo cual, dentro de la humillación general, me puso en un orgulloso último lugar, pues sólo yo, por mi grandeza, poseía la Medalla de Guerra. Fue un momento de terror y de orgullo cuando me quedé solo en la plataforma con toda mi ganada gloria pasada y vacié en el vaso mi bolsa plástica de lágrimas, símbolo de que ni siquiera yo, hombre al fin, había sido perfecto. Las lágrimas ceremoniales, fabricadas en nuestras Fortalezas según normas precisas, como un acto de la más profunda humildad, eran una forma de penitencia por cosas que no habíamos hecho, disparos que habíamos errado, planes de invasión que no habíamos ejecutado.

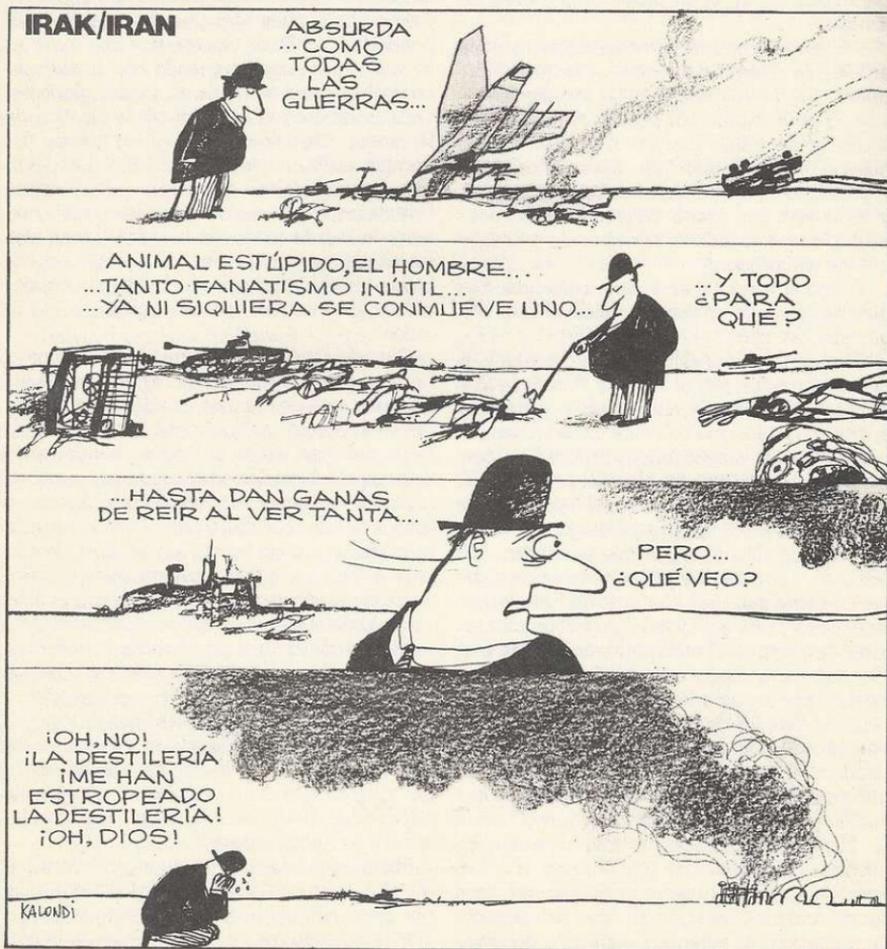
Cuando cayó en el vaso mi última lágrima el hombre de cara puntiaguda, extasiado, de pie ante una caja de mandos al lado de una pared distante, apretó un botón que hizo subir despacio del vaso, como si flotase abandonando una terrible degradación causada por nuestras lágrimas de penitencia, una figura oscura de rasgos de confiabilidad y odio verdaderamente magníficos. Luego apretó un segundo botón para disparar a la figura oscura hacia el cielo, hacia el rayado escudo blanco de vapor, como símbolo de nuestras elevadas esperanzas y de nuestra dedicación al arte de odiar mejor. Fue, como siempre, el momento solemne y culminante de nuestra humillación y penitencia, y terminó con una nota de esperanza en nuestro sacrificio y valor para la guerra. Ahora, de todos los acontecimientos del día, sólo teníamos por delante la tediosa y molesta caminata de regreso que, habiendo concluido la ceremonia, podíamos hacer separados.

Mientras volvíamos me las ingení para caminar un rato con la mayoría de los amos a los que no me había acercado durante la proce-sión. Haciendo oscilar con indiferencia la Me-

dalla de Guerra les hablé casualmente de mi nuevo desintegrador (que en realidad no tenía) y de las buenas guerras que libraríamos pronto unos contra otros. A algunos se les estrechieron claramente las tiras de carne y los "repuestos" mientras que otros me siguieron la corriente y me contaron de los nuevos desintegradores que estaban a punto de incorporar

a su arsenal y nuevas teorías de invasión y de rotura de muros. Todos alardeábamos sobre armas inexistentes, estoy seguro, pero era una buena idea y no perjudicaba a nadie el intercambio de amenazas ese día, y además pensé que la peregrinación de las lágrimas había sido un verdadero éxito, y una espléndida apertura de la gran estación primaveral de guerras.

Titulo del original en inglés: *Penance Day in Moderan.*  
 © 1960, 1971 by David R. Bunch. Traducción de Marcial Souto.





entrevista

# URSULA K. LE GUIN

*En el número anterior, por problemas de espacio, tuvimos que dejar afuera algunos párrafos de la entrevista de Diana Bellessi con Ursula K. Le Guin, que llegó a la redacción poco antes del cierre. Para remediar la situación, incluimos a continuación los pasajes omitidos:*

**Belessi:** ¿Qué escribiste después de *La mano izquierda de la oscuridad*?

**Le Guin:** *A Wizard of Earthsea*, el primer libro de la trilogía. Cuando lo escribí lo hice pensando en que cualquier lector de más de once años pudiese leerlo. Grandes novelistas como Emily y Charlotte Brönte, Austen, Dickens, son leídos por niños de doce, trece años, pero la idea de escribir para niños es una idea moderna. Por supuesto, terminé escribiendo de la misma manera en que siempre lo hago, pero fui a parar enteramente al país de la pura fantasía, de la otra realidad. Fue hecho con un sentimiento de total libertad, y trabajando en el guión para la película el ve-

rano pasado volví a sentir lo mismo.

**B.:** ¿Qué película?

**L.G.:** Michael Powell, un viejo y excelente director inglés, desea realizar un film sobre este libro, y hemos estado escribiendo el guión juntos.

**L.G.:** Toda mi vida leí sobre la Antártida, estuve allí cien veces, siempre con hombres, y de pronto me pregunté: ¿Qué hago aquí, con todos estos muchachos? Entonces hice mi propia travesía con otras mujeres. [Se refiere al cuento "Sur", todavía inédito, en el que una expedición solamente integrada por mujeres descubre el Polo Sur.]

**B.:** Eso nos pasa a todas: hemos ido a la mayoría de los lugares con hombres, a través de sus libros.

**L.G.:** Y si lo has hecho toda tu vida, te requiere mucha práctica y experiencia aprender a hacerlo sin hombres.

**B.:** Hablemos de *The Dispossessed* (Los desposeídos).

**L.G.:** *The Lathe of He-*

*aven* [traducido al castellano como *La rueda del cielo*] manejaba conceptos políticos de una manera muy extraña y esencialmente muy desesperada. Luego, *The Word for World is Forest* (El nombre del mundo es Bosque) fue una protesta, un grito. En *The Dispossessed* traté de encontrar un camino que no fuese ni la desesperación ni el grito, y lo encontré a través del anarquismo. Fue una nueva experiencia del pensamiento. Por supuesto, no leí a los escritores anarquistas para escribir un libro, sino que los encontré en el intento por pensar políticamente de una manera que tuviera sentido para mí, con esperanza; y que fuese un instrumento para pensar, un instrumento útil para criticar a la democracia liberal y al totalitarismo de estado.

Por lo tanto, este libro es otro experimento del pensamiento, como lo fue *La mano izquierda de la oscuridad*, pero éste es más político que sexual. Fue un libro muy difícil de escribir, dos años de trabajo arduo, y no sé si todavía me gusta.

# el omni bus

PAUL  
KIRCHNER



La muerte de Paul Linebarger en 1966 robó a la ciencia ficción (como en el caso de Richard McKenna dos años antes) una de las voces más originales y definidas. Su último cuento, analizado a continuación por Pablo Capanna, es de algún modo el anuncio de esa muerte, y sintetiza las principales obsesiones de "Cordwainer Smith".

Pablo Capanna

# LA MUERTE DEL SEÑOR STO ODIN

"Bajo la Vieja Tierra" fue publicado por primera vez en la revista *Galaxy* en febrero de 1966. Pocos meses después, el 6 de agosto, moría en Washington el Dr. Paul M. A. Linebarger, caudrático, militar y analista político. Sólo dos o tres personas sabían que él había sido "Cordwainer Smith" y estaban en condiciones de apreciar cuánto había puesto de sí mismo en ese cuento; una de las más acabadas muestras de una obra a partir de la cual la ciencia ficción comienza a tender un audaz aunque bien afirmado puente hacia la más perdurable literatura.

Durante el año anterior

Linebarger había visitado Australia por segunda vez (la atracción que sentía por su desierto Norte había engendrado el mundo de Norstrilia), y en junio del '66 le confió a Arthur Burns su intención de radicarse definitivamente allí. Acababa de agregar dos doctorados a su brillante curriculum (uno en Leyes otorgado por Taiwan, y otro en Letras por Méjico), y se había embarcado en una intensa actividad como conferenciante y director de seminarios sobre temas de su especialidad: la política del Sudeste asiático.

Sin embargo, su quebrada salud pronto impediría

que esos planes se concretaran. Los crónicos trastornos metabólicos y digestivos que venía sufriendo en los últimos años, lo obligaron a pasar mucho tiempo internado y a someterse a una interminable serie de intervenciones quirúrgicas; precisamente cuando estaba en vísperas de ser operado nuevamente, murió de un derrame cerebral.

Los últimos meses de Cordwainer Smith transcurrieron pues en hospitales y sanatorios, y sus forzados ocios los ocupó en soñar tramas para cuentos, que no llegó a escribir. "Bajo la Vieja Tierra" quizás sea la excepción. Así como las

ovejas de Norstrilia, por él imaginadas, sólo producen la droga de la inmortalidad cuando están enfermas, Cordwainer Smith produjo sus mejores ficciones en sus últimos años de vida, signados por la enfermedad. A ella le debemos que, en lugar de análisis políticos perecederos y estériles debates académicos, engendrara perdurables ficciones, que hicieron pasar a primer plano su actividad literaria: las simbiosis de hombres y máquinas, las extrañas mutilaciones y las vidas prolongadas artificialmente que abundan en su obra, son una transposición de sus experiencias como paciente.

De tal modo, el último cuento que se publicó en vida de Cordwainer Smith adquiere un valor especial; junto con "La Dama muerta de Clown Town", "Barco ebrio" y "Alpha Ralpa Boulevard", está entre los mejores textos que escribiera; pero también encierra la intuición de su próxima muerte, y un balance de su vida y su destino. En cierto modo, el Señor Sto Odin es él mismo.

Dentro del plan maestro y la cronología general sobre la cual Cordwainer Smith tramaba sus cuentos, los hechos que ocurren en "Bajo la Vieja Tierra" pueden fecharse alrededor del año 15000. Esto significa doscientos años antes de la época clave en torno a la cual giran sus historias, la era del Redescubrimiento del Hombre (circa 15200).<sup>1</sup> Han pasado tres mil años desde el martirio de D'joan (o P'Juana), la santa canina que iniciara la epopeya de la liberación del sub-pueblo, un proceso político-religioso que también alcanza su culminación durante el Redescubrimiento del Hombre.<sup>2</sup>

Estamos en la Tercera Era Espacial<sup>3</sup> Las naves de planoforma —que suelen parecerse a palacios y casas de campo— han reemplazado a los veleros luminicos; en alguna parte están Artyr Rambo y el Capitán John Joy Tree haciendo las primeras incursiones en el Espacio 3. Miles de planetas han sido colonizados, y pronto se firmará el Acuerdo Fundamental, un tratado de paz que significa la capitulación del Brillante Imperio; pero aún falta abrir las puertas del infierno concentracionario del planeta Shayol.<sup>4</sup>

Los mundos disfrutaban de una "paz romana"; es la Utopía de la Instrumentalidad. El poder de la Instrumentalidad del Género Humano se extiende hasta los confines del universo. Ella no es un imperio ni una burocracia; bajo sus dominios, permite las más diversas formas de gobierno, pero se asegura el monopolio de la información y el control de una sutil diplomacia; el poder económico está en manos de la fabulosa Norstrilia, dueña del *stroom*, la droga de la inmortalidad.

Todos nacen en probetas, son condicionados en laboratorios y mueren de alegría en una cámara de gas. Todos saben exactamente cuándo van a morir, y tienen derecho a tres rejuvenecimientos hasta alcanzar los 400 años; sólo a algunos jefes de la Instrumentalidad les está permitido vivir indefinidamente.

Es un mundo sin guerras, sin pasión y también sin vida. Todos tienen números en lugar de nombres —como en la peor tradición de la utopía negativa— pero con un toque original: se los llama por sus últimas cifras, tal como suenan en los viejos idiomas de la Tierra.

"Sto Odin", por ejemplo, es "ciento uno" en ruso.

La Instrumentalidad ha surgido durante los Tiempos Oscuros (alrededor del año 4000). Juli Vom Acht la creó para que fuera una especie de poder "de inteligencia", una orden o sociedad secreta que "controla la pero no gobierna". Para que todos sean felices, ha decidido quitarles a los hombres la angustia ante la muerte, dándoles vidas iguales, y eliminando las causas de la disensión, suprimiendo las noticias y prohibiendo la difusión de las religiones. Ha logrado así una verdadera utopía, un equilibrio casi perfecto del poder: ha hecho imposible que las pasiones vuelvan a dividir a los hombres, pero le ha quitado a la vida el riesgo y la esperanza, ha suprimido la Historia y el conflicto. Las utopías son infinitamente aburridas, y en "Bajo la Vieja Tierra" será Santuna quien sacará su balance final.

Esta utopía también encierra una radical injusticia: la existencia del sub-pueblo. El sub-pueblo está compuesto por los animales que han sido humanizados por la ingeniería genética, para servir como esclavos. Nacen, mueren y envejecen como nosotros; por tanto son los únicos que, pese a su abyecta condición, recuerdan cómo era ser hombre. Sto Odin oye su canto y lo considera "sedicioso"; pero ellos serán, al cabo, quienes rescatarán la Historia.

El Señor Sto Odin encarna todo el poder de la Instrumentalidad; como el autor, sabe que va a morir pronto, pero piensa que tiene por misión suprimir un foco de rebeldía que ha surgido en un recinto subterráneo olvidado.

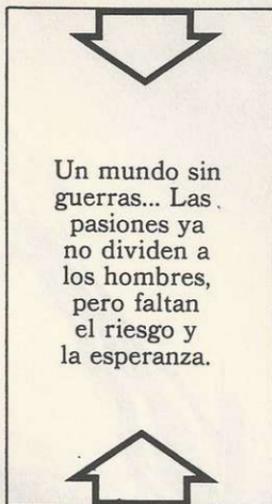
Desciende hasta el Gebiet y el Bezirk ("Territorio" y

“Distrito”, en alemán), acompañado por dos robots con aspecto de legionarios romanos, Flavio y Livio, que ostentan la divisa *Summa nulla est* (“las cosas supremas no son nada”).

También en ellos podemos encontrar una personificación del autor, pues uno de los robots es un psiquiatra que se volvió general, y el otro el jefe de una división de espionaje convertido en historiador. Linebarger era teniente coronel de la reserva, había estudiado psiquiatría, tuvo una crucial experiencia en su terapia psicoanalítica, y había trabajado en la organización de la oficina de propaganda de guerra de los EE.UU., el O.W.I.: precisamente, el resultado de esos trabajos fue su libro *Guerra psicológica*.<sup>5</sup> Por otra parte, estas parejas de coroneles, que simbolizan de algún modo las disociaciones de la personalidad múltiple y esquizoide del autor, también aparecen repetidamente en otros textos.

Los marginados y disconformes de la Utopía se han refugiado en las profundidades, donde redescubrieron la experiencia religiosa. Pero ésta, cuando no está acompañada por una ética superior, es ambigua: puede llevar tanto a la santidad como al fanatismo más cruel. Este tema también aparece elaborado en el mismo sentido en el cuento “La flauta de Bodidharma”:<sup>6</sup> una experiencia sublime que recae en un adolescente brutal y fanatizado por el nazismo; en él nace en pocos instantes una religión salvaje, que lo lleva a la destrucción, porque su mente no puede soportarla.

El profeta que encarna la rebelión religiosa contra la Instrumentalidad asume aquí el nombre de Ekhnatón.



Un mundo sin guerras... Las pasiones ya no dividen a los hombres, pero faltan el riesgo y la esperanza.

Es un símbolo muy adecuado, pues evoca al faraón Amenhotep IV quien, mil trescientos años antes de la era cristiana, intentó elaborar una reforma religiosa monoteísta centrada en el culto del dios solar Atón. La reforma nació y murió dentro de la corte, sin lograr conmover las tradiciones egipcias. En su hermoso himno al Sol, Ekhnatón se presentaba como un elegido:

No hay otro que te conozca, salvo tu hijo Ekhnatón.

Lo has hecho experto en tus planes y tu poder...

Joven-sol también se siente elegido para conmover los poderes de la Instrumentalidad, y fracasa. Sto Odin, el viejo conservador, se siente obligado a suprimirlo para preservar el Orden, pero reconoce que él también ha fracasado; intuye que es preciso que la Instrumentalidad cambie e interprete estos sucesos como una advertencia.

Hacia el final se cuenta cómo Santuna, la muchacha que acompañaba al pro-

feta poseído, llegaría más tarde a hacerse famosa con el nombre de Dama Alice More.

Alice More, y Jestocost VI, serán quienes pongan en marcha la reforma conocida como el Redescubrimiento del Hombre, que consistirá en devolverles a los hombres la mortalidad y el riesgo, en un intento por hacerlos más libres.

Con la figura de Jestocost (“crueldad”, en ruso) esta historia se anuda con la del sub-pueblo. Jestocost desciende del hijo de la Señora Goroke, la Dama de la Instrumentalidad que presenció el martirio de D’joan (P’Juana) tres mil años antes y se convirtió a la “fe olvidada”. Él será quien apoyará a E-telekeli, el líder religioso del sub-pueblo, en su lucha por obtener derechos civiles para su gente: esta historia está inspirada en John F. Kennedy y Martin Luther King. Pero al fin será el sub-pueblo quien tome la iniciativa e intente redimir a los propios hombres de su estancamiento. Esa es otra historia, de la cual “Bajo la Vieja Tierra” es apenas un preludio.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Entre los cuentos que transcurren en esta época están “Alpha Ralpa Boulevard” (traducción de F. Abelenda, *Minotauro*, n° 3) y “La balada de la infeliz G’mell” en *Los mejores relatos de ciencia ficción*, n° 3, Bruguera, 1965.

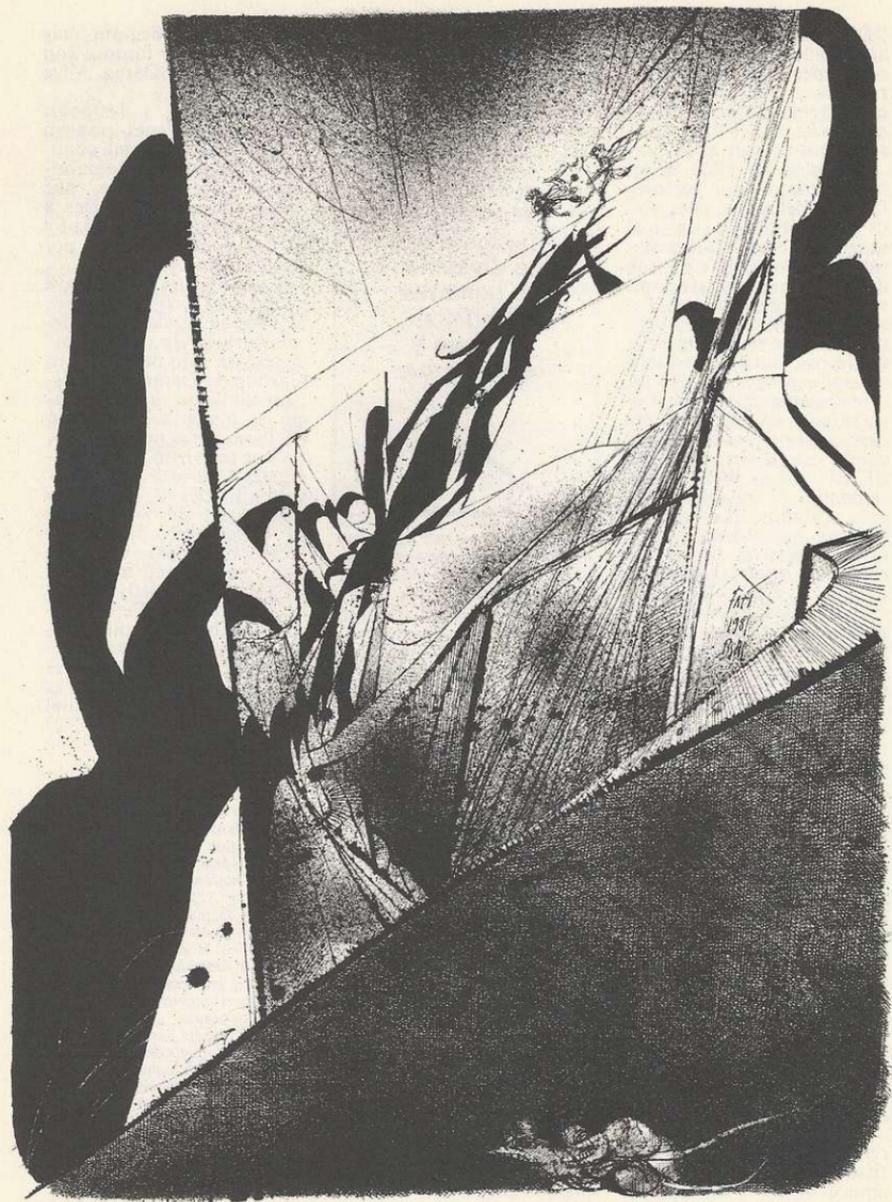
<sup>2</sup> “La Dama muerta de Clown Town” (traducción de Matilde Horne, en la *Revista de Ciencia ficción y fantasía*, n° 1, 1976).

<sup>3</sup> Véase mi nota en *El Péndulo*, n° 1, y el cuento “Azul pensar, hasta dos contar”.

<sup>4</sup> “Un planeta llamado Shayol”, en *Nueva Dimensión*, n° 22, 1971.

<sup>5</sup> P. M. A. Linebarger, *Guerra psicológica*, Ediciones del Circuito Militar (Biblioteca del Oficial, vol. 399), Buenos Aires, 1951.

<sup>6</sup> Véase “La flauta de Bodidharma” (traducción de Marcial Souto), en el Suplemento Cultural de *La Opinión*, 22.XII.1974.



*“La felicidad puede matar  
a las personas tan suavemente como las  
sombras que se ven en los sueños.”*

*Cordwainer Smith*  
**BAJO LA  
VIEJA TIERRA**

Ilustró FATI

¡Necesito un perro temporario  
para un trabajo temporario  
en un lugar temporario  
como la Tierra!

Canción de *El mercader de la amenaza*

I

Estaban los planetas Douglas-Ouyang, que giraban juntos alrededor de su sol, dando vueltas y vueltas en la misma órbita como ningún otro planeta conocido. Estaban los caballeros suicidas de la Tierra, que se jugaban la vida —aún más atroz, a veces jugaban por cosas peores que la vida— contra diferentes clases de geofísica jamás experimentadas por los hombres verdaderos. Había muchachas que se enamoraban de esos hombres, por rudos y

horrendos que fueran sus destinos personales. Estaba la Instrumentalidad, con su incesante esfuerzo por mantener hombre al hombre. Y estaban los ciudadanos que caminaban por los bulevares antes del Redescubrimiento del Hombre. Los ciudadanos eran felices. Tenían que ser felices. Si descubrían que eran desdichados, los calmaban y drogaban y cambiaban hasta que eran felices de nuevo.

Esta historia habla de tres de ellos: el jugador que tomó el nombre de Joven-sol, que osó bajar al Gebiet, que se enfrentó consigo mismo antes de morir; la muchacha Santuna, que alcanzó la plenitud de mil maneras antes de morir; y el Señor Sto Odin, venerabilísimo por su edad, que lo sabía todo y jamás soñó con impedir nada de ello.

Hay música a través de esta historia. La

música suave y dulce del Gobierno de la Tierra y de la Instrumentalidad, blanda como la miel y al fin empalagosa. Las pulsaciones desbocadas e ilegales del Gebiet, donde la mayoría de los hombres tenía prohibida la entrada. Lo peor de todo, las fugas alocladas y las melodías obscenas del Bezirk, cerrado a los hombres durante cincuenta y siete siglos... jabierto por accidente, encontrado, hollado! Y así empieza nuestra historia.

## II

La Dama Ru había dicho, unos siglos antes:

—Se han hallado jirones de conocimiento.

En el último comienzo del hombre, aun antes que hubiera naves aéreas, el sabio Laodz declaró: “El agua no hace nada mas lo penetra todo.. La inacción encuentra el camino.” Más tarde un viejo Señor dijo esto: “Hay una música que subyace a todas las cosas. Bailamos toda la vida al son de su tonada, aunque nuestros oídos vivientes jamás oyen la música que nos guía y nos mueve. La felicidad puede matar a las personas tan suavemente como las sombras que se ven en los sueños.” Tenemos que ser personas primero y felices después, para no vivir ni morir en vano.

El Señor Sto Odin fue más directo. Declaró la verdad a un grupo de amigos íntimos:

—Nuestra población está mermando en la mayoría de los mundos, la Tierra incluida. Las personas tienen hijos, pero no los quieren demasiado. Personalmente, he sido padre-tres de doce hijos, padre-dos de cuatro, y padre-uno, supongo, de muchos otros. He sentido afán por trabajar y lo he confundido con afán por vivir. No son la misma cosa.

“La mayoría de las personas quieren felicidad. Bien: les hemos dado felicidad.

”Siglos sórdidos e inútiles de felicidad, en que todos los infelices fueron corregidos o adaptados o muertos. Una felicidad insoponible y angustiada sin el agujón del dolor, el vino de la furia, la humareda caliente del miedo. ¿Cuántos de nosotros saborearon jamás el gusto ácido y helado del viejo rencor? Para eso vivían en verdad las personas de los Días Antiguos, cuando fingían ser felices y en verdad ardían de dolor, furia, cólera, odio, malicia y esperanza. Esas personas se reprodu-

cían con frenesí. Poblaron las estrellas mientras soñaban con matarse unas a otras, secreta o abiertamente. Sus dramas hablaban del homicidio o la traición o el amor ilícito. Ahora no tenemos homicidio. No podemos concebir ninguna clase de amor ilícito. ¿Podéis imaginar a los murkins con su red de carreteras? ¿Quién puede volar hoy a cualquier parte sin ver esa red de enormes carreteras? Esas carreteras están arruinadas, pero todavía están. Esas abominaciones pueden verse con toda claridad desde la Luna. No penséis en las carreteras. Pensad en los millones de vehículos que las transitaban, en personas rebosantes de codicia y furia y odio, rivalizando entre sí con sus máquinas llameantes. Cuentan que sólo en las carreteras morían cincuenta mil por año. A eso nosotros le llamaríamos guerra. ¡Qué gentes habrán sido, trajinando día y noche para construir cosas que ayudarían a otros a trajinar aún más! Eran diferentes de nosotros. Deben de haber sido salvajes, sucios, libres. Avidos de vida, tal vez, de un modo que nosotros ignoramos. Sin duda podemos viajar mil veces más rápido que ellos, ¿pero quién se molesta en hacerlo, hoy día? ¿Para qué? Allí es lo mismo que aquí, excepto por unos pocos guerreros o técnicos. —Sonrió a sus amigos y añadió:— Y Señores de la Instrumentalidad, como nosotros. Nosotros vamos por razones de la Instrumentalidad. No por las razones de las personas comunes. Las personas comunes ya no tienen muchas razones para nada. Cumplen con las tareas que pensamos para ellas, para mantenerlas felices mientras los robots y las subpersonas hacen el trabajo verdadero. Caminan. Hacen el amor. Pero nunca son infelices.

”¡No pueden serlo!

La Dama Mmona disientía.

—La vida no puede ser tan mala como dicen. No sólo pensamos que son felices. Sabemos que son felices. Les sondeamos el cerebro con telepatía. Les monitorizamos los patrones emocionales con robots y escudriñadores. No nos faltan muestras. Las personas siempre se vuelven infelices. Las estamos corrigiendo todo el tiempo. Y de vez en cuando hay accidentes serios, que ni siquiera nosotros podemos corregir. Cuando las personas son muy infelices, chillan y lloriquean.

A veces hasta dejan de hablar y mueren, pese a todo lo que hagamos por ellas. ¡No puedes decir que eso no es cierto!

—Pero lo hago —le replicó el Señor Sto Odin.

—¿Qué haces? —exclamó Mmona.

—Digo que esa felicidad no es real —insistió él.

—¿Cómo puedes decirlo —gritó ella— ante las evidencias? *Nuestras* evidencias, que la Instrumentalidad ha establecido hace mucho tiempo. Las hemos reunido nosotros mismos. ¿Podemos nosotros, la Instrumentalidad, equivocarnos?

—Sí —dijo el Señor Sto Odin.

Esta vez todos los presentes callaron.

Sto Odin insistió en sus argumentos.

—Mirad *mis* evidencias. A las personas les da lo mismo si son padres-uno o madres-uno o no lo son. De cualquier modo no saben cuáles hijos son suyos. Nadie se atreve a suicidarse. Les brindamos demasiada felicidad. ¿Pero dedicamos algún tiempo a brindar a los animales parlantes, la subgente, tanta felicidad como a los hombres? ¿Y las subpersonas se suicidan?

—Por cierto —dijo Mmona—. Están precondicionadas para suicidarse si se lesionan demasiado gravemente para poderlas reparar con facilidad o si fallan en las tareas asignadas.

—No me refiero a eso. ¿Alguna vez se suicidan por razones propias y no por las nuestras?

—No —dijo Nuru-or, un joven Señor de la Instrumentalidad—. Están demasiado ocupadas cumpliendo con sus tareas y conservando la vida.

—¿Cuánto tiempo vive una subpersona? —dijo Sto Odin, con engañosa displicencia.

—Quién sabe —dijo Nuru-or—. Medio año, cien años, tal vez varios cientos de años.

—¿Qué le ocurre si no trabaja? —dijo Sto Odin con una sonrisa ambigua.

—Lo matamos —dijo Mmona—, o lo mata nuestra policía robot.

—¿Y el animal lo sabe?

—¿Que lo matarán si no trabaja? —dijo Mmona—. Claro que sí. A todos les decimos lo mismo. Trabajad o morid. ¿Qué tiene que ver eso con las personas?

El Señor Nuru-or había callado y una sonrisa sabia y triste se le insinuaba en el rostro. Había intuido la sagaz y dolorosa conclusión a la que apuntaba el Señor Sto Odin.

Pero Mmona no la intuía e insistió.

—Mi señor —dijo—, insistes en que las personas son felices. Admites que no les gusta ser infelices. Pareces obstinarte en exponer un problema insoluble. ¿Por qué quejarse de la felicidad? ¿No es lo mejor que la Instrumentalidad puede brindar a los hombres? Es nuestra misión. ¿Estás diciendo que fallamos?

—Sí. Fallamos. —El Señor Sto Odin miró el cuarto sin ver, como si estuviera solo.

Era el más viejo y el más sabio, así que esperaron a que hablara.

Inhaló ligeramente y sonrió de nuevo.

—¿Sabéis cuándo moriré?

—Desde luego —dijo Mmona, pensando medio segundo—. Dentro de setenta y siete días. Pero tú mismo determinaste el momento. Y como bien sabes, mi señor, no tenemos por costumbre comentar intimidades en las reuniones de la Instrumentalidad.

—Lo lamento —dijo Sto Odin—, pero no estoy violando una ley. Estoy enfatizando un hecho. Hemos jurado defender la dignidad del hombre. Pero estamos matando a la humanidad con una felicidad desesperanzada y melosa que ha prohibido la información, suprimido la religión, convertido toda la historia en secreto oficial. Digo que las evidencias indican que estamos fallando y que la humanidad a la que hemos jurado servir también está fallando. Fallando en vitalidad, vigor, número, energía. Me queda un tiempo de vida. Trataré de investigar.

—¿Y adónde irás —preguntó el señor Nuru-or con pesadosa sabiduría, como si adivinara la respuesta— para investigar?

—Iré —le dijo el señor Sto Odin— al Gebiet.

—¡El Gebiet...! ¡Oh no! —exclamaron varios. Y una voz añadió—: Eres inmune.

—Renunciaré a la inmunidad e iré —dijo el Señor Sto Odin—. ¿Quién puede hacerle algo a un hombre que tiene casi mil años y ha reuelto vivir sólo setenta y siete días más?

—¡Pero no puedes! —dijo Mmona—. Algún criminal podría capturarte y duplicarte, y en-

tonces todos nosotros estaríamos en peligro.

—¿Cuándo oíste hablar por última vez de un criminal entre los hombres? —dijo Sto Odin.

—Hay muchos de ellos, aquí y en los mundos exteriores.

—¿Pero en la Vieja Tierra? —preguntó Sto Odin.

Mmona titubeó.

—Lo ignoro. Alguna vez habrá habido un criminal. —Echó una ojeada alrededor.— ¿Ninguno de vosotros lo sabe?

Hubo silencio.

El Señor Sto Odin los escrutó a todos. Había en sus ojos el brillo y la fiera que había incitado a generaciones enteras de Señores a suplicarle que viviera tan sólo unos años más, para que pudiera asistirlos en su misión. El había accedido, pero en el último cuarto de año los había ignorado a todos y había elegido su día de muerte. Al hacerlo no había perdido un ápice de su ascendiente. Su mirada los intimidaba mientras aguardaban respetuosamente su decisión.

El Señor Sto Odin se volvió al Señor Nuruor y dijo:

—Creo que tú has adivinado qué haré en el Gebiet y por qué debo ir allá.

—El Gebiet es un recinto donde no rige ninguna ley y donde no se aplican castigos. Allí la gente común puede hacer lo que quiere, no lo que nosotros pensamos que debería querer. Por lo que sé, las cosas que descubren allí son bastante desagradables e insensatas. Pero tú quizá puedas descubrir el sentido íntimo de esas cosas. Tal vez encuentres una cura para la fatigosa felicidad de los hombres.

—Así es —dijo Sto Odin—. Y por esa razón iré, cuando haya concluido con los pertinentes preparativos oficiales.

### III

Y en efecto fue. Usó uno de los vehículos más peculiares jamás vistos en la Tierra, pues sus propias piernas estaban demasiado débiles para llevarlo lejos. Con sólo dos novenos de año de vida, no quería perder tiempo haciéndose remodelar las piernas.

Viajó en una litera abierta llevada por dos legionarios romanos.

Los legionarios eran en verdad robots sin un vestigio de sangre ni tejido viviente en el cuerpo. Eran la especie más compacta y más difícil de crear, pues les habían colocado el cerebro en el pecho, varios millones de capas laminadas increíblemente finas donde estaba impresa toda la experiencia vital de una persona importante, útil y muerta hacía tiempo. Vestían como legionarios, con corazas, espadas, faldas, grebas, sandalias y escudos, simplemente porque era un capricho del Señor Sto Odin trasponer el límite de la historia en busca de compañía. Sus cuerpos, todos de metal, eran muy fuertes. Podían derribar paredes, franquear abismos, triturar a cualquier hombre o subpersona con los dedos, o arrojar las espadas con la precisión de proyectiles guiados.

El legionario de adelante, Flavio, había sido jefe de la Tatorce-B en la Instrumentalidad, una división de espionaje tan secreta que aun entre los Señores había pocos que conocieran exactamente su ubicación o función. Era (o había sido, hasta que se lo imprimió en una mente robot cuando agonizaba) el director de investigación histórica de toda la raza humana. Ahora era una máquina tediosa y complaciente que empuñaría dos varas hasta que su amo decidiera alertar los vívidos poderes de su mente articulando una simple frase latina que ninguna otra persona viviente comprendía: *Summa nulla est*.

El legionario de atrás, Livio, había sido un psiquiatra que se convirtió en general. Había ganado muchas batallas hasta que decidió morir, un poco prematuramente, pues advertía que la batalla en sí era una lucha para derrotarse a sí mismo.

Juntos, y sumados al inmenso poder cerebral del señor Sto Odin, formaban un equipo insuperable.

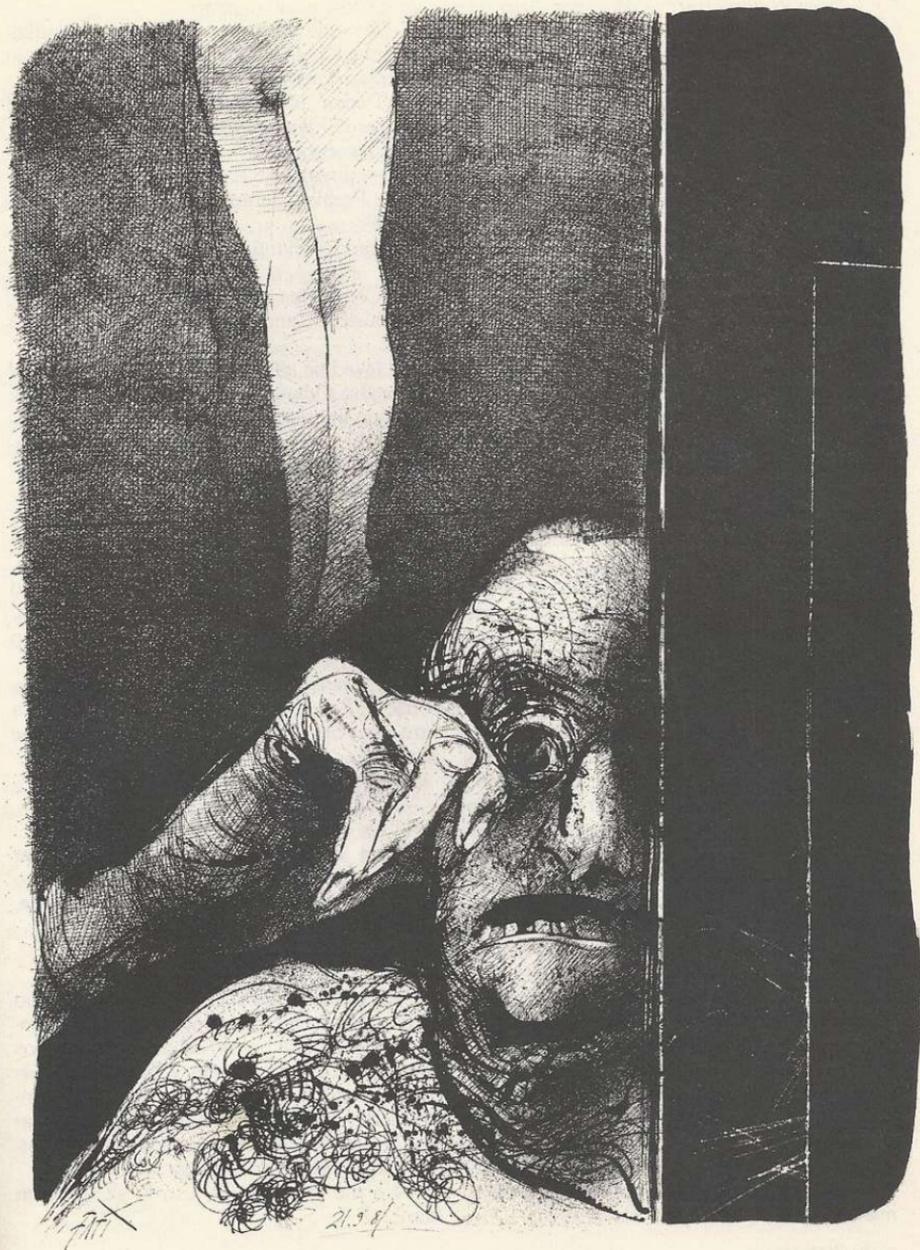
—El Gebiet —ordenó el Señor Sto Odin.

—El Gebiet —dijeron ambos pesadamente, tomando las varas para alzar la litera.

—Y luego el Bezirk —añadió Sto Odin.

—El Bezirk —gorjearon con voces inexpresivas.

Sto Odin sintió que la litera se inclinaba hacia atrás cuando Livio apoyó cuidadosamente en el suelo los dos extremos de las varas, se acercó a Sto Odin y saludó con la palma abierta.



—¿Puedo despertar? —dijo Livio, con voz uniforme y mecánica.

—*Summa nulla est* —dijo el Señor Sto Odin.

El rostro de Livio se animó de repente.

—¡No debes ir allí, mi Señor! Tendrías que renunciar a la inmunidad y afrontar todos los peligros. Todavía no hay nada allí. Todavía no. Algún día saldrán en tropel de ese Hades subterráneo y lucharán sin cuartel contra los hombres. Ahora no. Son sólo criaturas desvalidas que se consumen en su extraña infelicidad, haciendo el amor de modos que nunca has pensado...

—Olvida lo que pensaste que he pensado.

¿Cuál es tu objeción en términos reales?

—¡No tiene caso, mi señor! Te queda menos de un año de vida. Haz algo noble y grande por la humanidad antes de morir. Ellos podrían desconectarnos. Nos gustaría compartir tu trabajo antes que te vayas.

—¿Eso es todo? —dijo Sto Odin.

—Señor —dijo Flavio—, también me has despertado a mí. Opino que debes seguir adelante. Allá abajo la historia se está hilando de nuevo. Se están gestando cosas que la Instrumentalidad ni siquiera ha sospechado. Ahora vé y mira, antes de morir. Tal vez no puedas hacer nada, pero disiento con mi compañero. Es tan peligroso como puede serlo el espacio tres, si alguna vez lo halláramos, pero es *interesante*. Y en este mundo donde todas las cosas se han hecho, donde todos los pensamientos se han pensado, cuesta encontrar algo que aún estimule la mente humana con pura curiosidad. Yo estoy muerto, como tú sabes de sobra, pero aun yo, dentro de este cerebro mecánico, siento la atracción de la aventura, la incitación del peligro, el magnetismo de lo desconocido. Por lo pronto, allá abajo se están cometiendo crímenes. Y los Señores los pasáis por alto.

—Preferimos pasarlos por alto. No somos estúpidos. Queríamos ver qué ocurriría —dijo el Señor Sto Odin—, y tenemos que dar tiempo a esa gente para averiguar a qué extremos puede llegar libre de nuestro control.

—¡Están teniendo hijos! —dijo excitadamente Flavio.

—Lo sé.

—Han robado dos máquinas ilegales de transmisión instantánea —gritó Flavio.

Sto Odin estaba calmo.

—De modo que por eso la estructura crediticia de la Tierra revelaba irregularidades en su balanza comercial.

—¡Tienen un fragmento del congohelio! —exclamó Flavio.

—¡El congohelio! —exclamó el Señor Sto Odin—. ¡Imposible! ¡Es inestable! Podrían matarse. ¡Podrían dañar la Tierra! ¿Qué hacen con él?

—Componen música —dijo Flavio, más sereno.

—¿Componen qué?

—Música. Canciones. Ruidos bonitos para bailar.

—Llevadme allí ahora mismo —masculló el Señor Sto Odin—. Esto es ridículo. Tener allí abajo un fragmento del congohelio es tan descabellado como eliminar planetas deshabitados para jugar a las damas.

—Señor —dijo Livio.

—¿Sí? —dijo Sto Odin.

—Retiro mis objeciones —dijo Livio.

—Gracias —dijo Sto Odin, muy secamente.

—Tienen algo más allí abajo. Como no quería que fueras, no lo mencioné antes. Podría haber despertado tu curiosidad. Tienen un dios.

—Si queréis darme una clase de historia —dijo el Señor Sto Odin—, postergadla para otra ocasión. Dormíos de nuevo y llevadme abajo.

—Livio no se movió.

—Lo dije en serio.

—¿Un dios? ¿A qué llamas un dios?

—Una persona o idea capaz de activar patrones culturales enteramente nuevos.

El Señor Sto Odin se inclinó hacia adelante.

—¿Sabes eso?

—Ambos lo sabemos —dijeron Flavio y Livio.

—Lo vimos —dijo Livio—. Hace un décimo de año nos dijiste que caminaríamos libremente durante treinta horas, así que nos pusimos cuerpos de robot comunes y llegamos al Gebiet. Cuando sentimos al congohelio funcionando, tuvimos que bajar para averiguar qué hacía. Normalmente se utiliza para mantener las estrellas en su lugar...

—No me lo expliques, eso lo sé. ¿Era un hombre?

—Un hombre —dijo Flavio— que está recreando la vida de Akhnatón.

—¿Quién es ése? —dijo el Señor Sto Odin, que sabía historia pero quería ver cuánto sabían sus robots.

—Un rey alto, de rostro enjuto y labios gruesos, que gobernó el mundo humano de Egipto mucho antes de la energía atómica. Akhnatón inventó al mejor de los dioses tempranos. Este hombre está recreando paso a paso la vida de Akhnatón. Ya ha transformado el sol en religión. Se burla de la felicidad. Las personas lo escuchan. Toman a broma la Instrumentalidad.

—Vimos a la muchacha que lo ama —añadió Livio—. Ella también era joven, pero hermosa. Y pienso que tiene poderes que obligarán a la Instrumentalidad a promoverla o destruirla algún día en el futuro.

—Ambos componían música —dijo Flavio— con ese fragmento de congohelio. Y este hombre o dios (esta nueva especie de Akhnatón, como tú quieras llamarlo, señor) ejecutaba una danza extraña. Parecía un cadáver sujeto con cordeles bailando como una marioneta. El efecto que surtía en quienes lo rodeaban era tan devastador como el mejor hipnotismo que hayas visto. Yo soy un robot ahora, pero aún a mí me perturbó.

—¿La danza tenía nombre? —dijo Sto Odin.

—No conozco el nombre —dijo Flavio— pero recuerdo la canción, pues poseo memoria total. ¿Quieres oírla?

—Por cierto —dijo el Señor Sto Odin.

Flavio se apoyó en una sola pierna, formando ángulos improbables, y se puso a cantar con una voz de tenor estridente y ofensiva que era seductora y repugnante a la vez:

Salta, amado pueblo, y aullaré por ti.

Salta y aúlla y lloraré por ti.  
Lloro porque soy un llorón.

Soy un llorón porque lloro.

Lloro porque cayó la noche,  
se fue el sol,

desapareció mi hogar,  
el tiempo mató a papá.

Al tiempo lo maté yo.

El mundo redondo es.

Corre el día,  
nubes vuelan,  
astros mueren,

monte es fuego,

lluvia es flama,

flama azul.

Muerto estoy.

Y también tú.

Salta, amado pueblo, por el hombre aullante.

Brinca, amado pueblo, por el llorón.

¡Soy el llorón porque lloro por ti!

—Suficiente —dijo el Señor Sto Odin.

Flavio saludó. Su rostro recobró aquella amable estolidez. Antes de empuñar los mangos frontales de las varas se volvió para hacer un último comentario.

—Son versos cortos e irregulares con...

—No me des más cátedra. Llévame allí.

Los robots obedecieron. Pronto la litera se zarandeaba confortablemente bajando por las rampas de la antigua ciudad abandonada que se extendía bajo Terrapuerto, esa torre milagrosa que parecía tocar los estratocúmulos en la vacuidad celeste por encima de la humanidad. Sto Odin se durmió en su extraño vehículo y no advirtió que los transeúntes humanos lo miraban a menudo.

El Señor Sto Odin despertó convulsivamente en lugares extraños mientras los legionarios se internaban más y más en las honduras, debajo de la ciudad, donde presiones dulces y olores tibios y rancios ensuciaban el aire.

—¡Alto! —susurró el Señor Sto Odin, y los robots se detuvieron.

—¿Quién soy? —les dijo.

—Has anunciado tu deseo de morir, señor —dijo Flavio—, dentro de setenta y siete días, pero tu nombre es aún Señor Sto Odin.

—¿Estoy vivo? —preguntó el Señor.

—Sí —dijeron ambos robots.

—¿Estáis muertos?

—No estamos muertos. Somos máquinas en las que grabaron las mentes de hombres que otrora vivieron. ¿Deseas regresar, señor?

—No. No. Ahora recuerdo. Sois los robots. Livio, el psiquiatra y general. Flavio, el historiador secreto. ¿Tenéis mentes de hombres y no sois hombres?

—Así es, señor —dijo Flavio.

—¿Entonces cómo puedo yo estar vivo... yo, Sto Odin?

—Tú mismo deberías sentirlo, señor —dijo Livio—, aunque la mente de los viejos es muy rara a veces.

—¿Cómo puedo estar vivo? —preguntó Sto Odin, echando una mirada a la ciudad—. ¿Cómo puedo estar vivo cuando la gente que conocí está muerta Se han esfumado en los corredores como guirnaldas de humo, como jirones de nube; estaban aquí, y me amaban, y me conocían, y ahora están muertos. Mi esposa Eileen, por ejemplo. Era bonita, una niña de ojos castaños que salió perfecta y joven de su cámara de aprendizaje. El tiempo la tocó y bailó con la cadencia del tiempo. Su cuerpo maduró, envejeció. Lo reparamos. Pero al fin se consumió en la muerte y fue a ese lugar al que voy ahora. Si estáis muertos, deberíais poder contarme cómo es la muerte, donde los cuerpos y mentes y voces y música de hombres y mujeres se escabullen por estos vastos corredores, estas duras veredas, y desaparecen de golpe. ¿Cómo pueden los fantasmas transitorios como yo y los de mi especie, cada cual con unas pocas decenas o pocos cientos de años por delante antes que los grandiosos y ciegos vientos del tiempo nos arrastren, cómo pueden espectros como yo haber construido esta sólida ciudad, estas maravillosas máquinas, estas luces brillantes que jamás se opacan? ¿Cómo lo hicimos, siendo tan fugaces cada uno de nosotros, todos nosotros? ¿Lo sabéis?

Los robots no respondieron. La piedad no se les había programado en los sistemas. No obstante, el Señor Sto Odin los arengó:

—Me estáis llevando a un lugar salvaje, un lugar libre, tal vez un lugar maligno. Allí también mueren, como mueren todos los hombres, como moriré yo, tan espléndida y sencillamente. Debería haber muerto hace mucho tiempo. Yo era la gente que me conocí, yo era los hermanos y camaradas que confiaban en mí, yo era las mujeres que me confortaban, yo era los niños que amé tan amarga y dulcemente hace muchos siglos. Ahora se han ido. El tiempo los tocó, y se fueron de pronto. Puedo ver a todos los que conocí merodeando por estos corredores, los veo esbeltos como pinos, los veo orgullosos y sabios y henchidos de trabajo y madurez, los veo viejos y convulsos cuando el tiempo alargó el brazo y ellos se fueron de golpe. ¿Por qué lo hicieron? ¿Cómo puedo seguir viviendo? Cuando esté muerto,

¿sabré que una vez viví? Sé que algunos de mis amigos han trampeado y duermen el sueño helado, depositando las esperanzas en algo que desconocen. Yo he tenido vida, y la conozco. ¿Qué es la vida? Un poco de juego, un poco de sapiencia, unas palabras bien escogidas, un poco de amor, una pizca de dolor, más el trabajo, los recuerdos, y luego el polvo que sube al encuentro del sol. ¡En eso la hemos transformado, nosotros, que conquistamos las estrellas! ¿Dónde están mis amigos? ¿Dónde está el yo de quien estaba tan seguro, cuando la gente que me conoció fue arrastrada por el tiempo como harapos llevados por la tormenta hacia la oscuridad y el olvido? Decidme. ¡Deberíais saber! Sois máquinas y recibisteis mentes humanas. Deberíais saber qué somos en definitiva, de afuera hacia adentro.

—Fuimos contruidos por hombres —dijo Livio— y tenemos lo que los hombres pusieron en nosotros, nada más. ¿Cómo podemos responder a tus preguntas? Nuestras mentes, con toda su eficacia, las repudian. No sentimos dolor, temor ni furia. Conocemos los nombres de esos sentimientos pero no los sentimientos mismos. Oímos tus palabras pero no sabemos de qué hablas. ¿Tratas de contarnos qué se siente al vivir? En tal caso, ya lo sabemos. No mucho. Nada especial. Los pájaros también tienen vida, y los peces. Sois vosotros, los hombres, quienes podéis hablar y anudar la vida en espasmos y enigmas. Embrolláis las cosas. Los gritos nunca volvieron verdadera la verdad, al menos no para nosotros.

—Llebadme abajo —dijo Sto Odin—. Llebadme al Gebiet, donde ningún hombre decente ha entrado en muchos años. Juzgaré ese lugar antes de morir.

Alzaron la litera y reanudaron el suave trote perruno por las inmensas rampas que bajaban hacia los secretos tibios y humeantes de la Tierra misma. Los transeúntes humanos empezaron a escasear, pero pasaban subhombres —la mayoría gorilas o simios en su origen—, trajinando cuesta arriba mientras arrastraban tesoros amotajados que habían hurtado de los depósitos no catalogados del pasado más antiguo del hombre. En otras ocasiones había un rechinar violento de ruedas metálicas en el camino de piedra; los

subhombres, tras haber descargado los tesoros en algún punto intermedio en lo alto, se sentaban en las vagonetas y echaban a rodar cuesta abajo, como ampliaciones grotescas de los antiguos niños humanos que, se decía, antaño jugaban de esa manera con sus rodados.

Una orden, apenas un susurro, detuvo nuevamente a los dos legionarios. Flavio se volvió. Sto Odin en verdad estaba llamándolos a ambos. Soltaron las varas y se le acercaron, uno de cada flanco.

—Puedo estar muriendo ahora mismo —susurró—, y eso sería un gran inconveniente en estas circunstancias. ¡Sacad mi maniquí meee!

—Señor —dijo Flavio—, a los robots se nos prohíbe estrictamente tocar cualquier maniquí humano, y si lo hacemos, se nos ordena autodestruirnos inmediatamente después. ¿Quieres que lo intentemos, de todos modos? En tal caso, ¿cuál de nosotros? aguardamos tus órdenes, señor.

#### IV

Esperó tanto tiempo que los robots empezaron a preguntarse si estaba muriendo en el aire denso y húmedo y el hedor de vapor y aceite.

El Señor Sto Odin al fin se incorporó y dijo: —No necesito ayuda. Ponedme en el regazo la caja con mi maniquí meee.

—¿Ésta? —preguntó Flavio, alzando una caja marrón y manipulándola con tímida delicadeza. El Señor Sto Odin cabeceó casi imperceptiblemente y susurró:

—Abridla con cuidado. Pero no toquéis el maniquí, si ésas son vuestras órdenes.

Flavio tanteó la cerradura de la caja. Era difícil de manipular. Los robots no sentían miedo, pero estaban intelectualmente afinados para eludir el peligro; Flavio notó que su mente era un hervidero de opciones decisivas mientras trataba de abrir la caja. Sto Odin intentó ayudarlo; pero la vieja mano, entumecida y débil, ni siquiera llegaba a la parte superior de la caja. Flavio siguió forcejeando, pensando que el Gebiet y el Bezirk tenían sus peligros, pero que manipular maniqués era el mayor peligro que había afrontado desde que era robot, aunque en su vida humana había manipulado muchos, incluyendo el propio. Era un "Maniquí Electro Encefalográfico y En-

docrino" fabricado a escala, y mostraba en una réplica miniaturizada todo el diagnóstico del paciente para quien estaba modelado.

—Es inútil. Subid mi energía —susurró Sto Odin—. Si muero, llevad mi cuerpo de vuelta y decid a la gente que calculé mal mi tiempo.

Mientras hablaba, la caja se abrió. Adentro había un hombrecito desnudo, una copia perfecta del mismo Sto Odin.

—Lo tenemos, señor —exclamó Livio desde el otro flanco—. Déjame guiarte la mano, para que lo toques y veas qué hacer.

Aunque los robots tenían prohibido tocar maniqués meee, era legal que tocaran una persona con el consentimiento de ella. Los fuertes dedos de cuproplástico de Livio, con una reserva de muchas toneladas de fuerza trituradora en su diseño humanoide, guiaron las manos del Señor Sto Odin hasta posarlas sobre el maniquí meee. Flavio, rápido, cauto, ágil, sostuvo la cabeza del Señor erguida sobre el cuello viejo y flácido, para que el viejo Sto Odin pudiera ver qué hacían sus manos.

—¿Hay alguna parte muerta? —le preguntó el viejo Señor al maniquí, la voz momentáneamente más clara.

El maniquí titiló, y aparecieron dos manchas negras y sólidas en la parte superior del muslo derecho y la nalga derecha.

—¿Reserva orgánica? —preguntó el Señor al maniquí meee, y de nuevo la máquina respondió a su orden. Todo el cuerpo en miniatura se tiñó de un púrpura violento y luego se opacó en un rosa plácido.

—Todavía me quedan fuerzas en el cuerpo, incluso en las prótesis —dijo Sto Odin a los dos robots—. ¡Subid mi energía, os digo! Subidla.

—¿Estás seguro, señor —dijo Livio—, de que deberíamos hacer aquí algo como esto, mientras los tres estamos solos en un túnel profundo? En menos de media hora podríamos llevarte a un verdadero hospital, donde doctores auténticos podrían examinarte.

—Subidla, dije —repitió el Señor Sto Odin—. Observaré el maniquí mientras lo hacéis.

—¿Tu control está en el lugar de costumbre, señor? —preguntó Livio.

—¿Cuánto hay que hacerlo girar? —preguntó Flavio.

—En la nuca, por supuesto. La piel de encima es artificial y cicatriza sola. Un doceavo de vuelta será suficiente. ¿Tenéis un cuchillo?

Flavio asintió. Extrajo un cuchillo pequeño y filoso del cinturón, sondeó suavemente el cuello del viejo Señor y luego lo bajó haciéndolo girar con rapidez y firmeza.

—¡Eso es! —dijo Sto Odin, con una voz tan energética que ambos robots retrocedieron un paso. Flavio se guardó el cuchillo en el cinturón. Sto Odin, que un momento antes estaba casi en estado de coma, ahora sostenía el maniquí en las manos por sus propios medios—. ¡Ved, caballeros! —exclamó—. Seréis robots, pero todavía podéis ver la verdad y comunicarla.

Ambos miraron el maniquí mееe que Sto Odin ahora alzaba delante de sí, el pulgar y el índice en las axilas del homínculo médico.

—Observad las lecturas —les dijo a ellos, con voz clara y vibrante.

—¡Prótesis! —le gritó al maniquí.

El cuerpo diminuto pasó del rosa a una mezcla de colores. Ambas piernas se tiñeron de un azul profundo y morado. Las piernas, el brazo izquierdo, un ojo, una oreja y la coronilla permanecieron azules, mostrando las prótesis en su sitio.

—¡Dolor real! —le gritó Sto Odin al maniquí. El homínculo recobró su color rosa claro. Todos los detalles estaban allí, incluidos los genitales, las uñas de los pies y las pestañas. No había rastros del color negro del dolor en ninguna parte de aquel cuerpo diminuto.

—¡Dolor potencial! —gritó Sto Odin. El muñeco titiló. Casi todo adquirió un color madera, castaño oscuro, con algunas áreas intensamente pardas que se destacaban más que las otras.

—¡Colapso potencial... un día! —gritó Sto Odin. El cuerpecito recobró su color rosa normal. Relámpagos pequeños centellearon en la base del cerebro, pero en ninguna otra parte.

—Estoy bien —dijo Sto Odin—. Puedo continuar como lo he hecho en los últimos cien años. Dejarme aprovechar esta elevada descarga vital. Podré aguantar unas horas, y si no puedo no se perderá demasiado. —Guardó el maniquí en la caja, colgó la caja del picaporte

de la litera y ordenó a los legionarios:— ¡Adelante!

Los legionarios lo miraron como si no pudieran verlo.

Él siguió las miradas y vio que estaban observando fijamente el maniquí mееe. Se había puesto negro.

—¿Estás muerto? —preguntó Livio, hablando tan roncamente como podía hacerlo el robot.

—¡De ninguna manera! —exclamó Sto Odin—. He sido la muerte por fracciones de segundo, pero por el momento aún soy la vida. Lo que mostraba el maniquí mееe era sólo la suma de dolor de mi cuerpo viviente. El fuego de la vida aún arde dentro de mí. Observad mientras guardo el maniquí... —El muñeco emitió un remolino naranja opaco mientras el Señor Sto Odin cerraba la tapa.

Los legionarios desviaron los ojos como si hubieran visto una calamidad o una explosión.

—Abajo, hombres, abajo —exclamó Sto Odin, llamándolos por nombres erróneos mientras ellos volvían a empuñar las varas para intemarse aún más en las entrañas de la Tierra.

## V

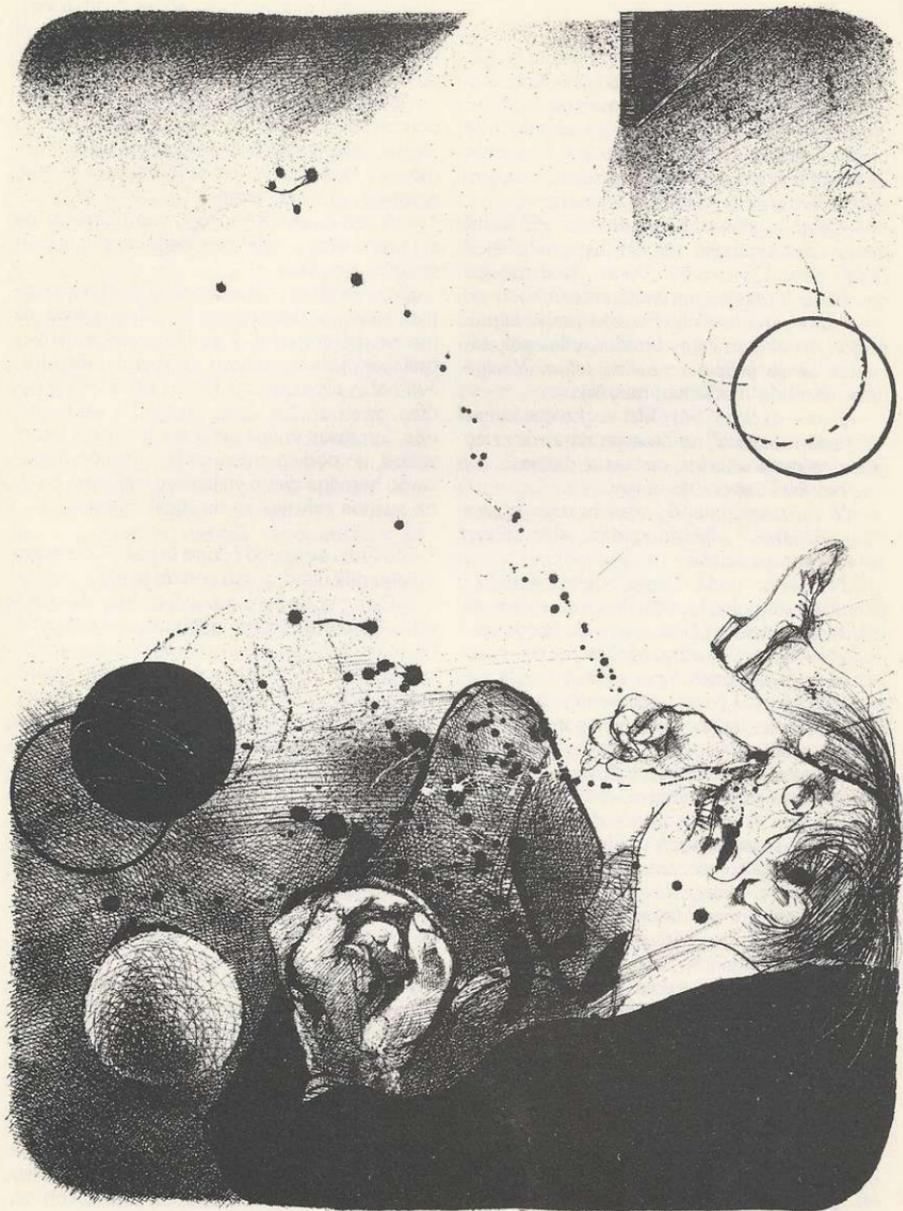
Soñó sueños pardos mientras bajaban por rampas interminables. Despertó un momento y vio pasar las paredes amarillas. Se miró la mano vieja y seca y le pareció que en esta atmósfera él mismo se había vuelto más reptil que humano.

—Soy presa de la sequedad y opacidad de tortuga de la extrema vejez —murmuró, pero la voz era débil y los robots no lo oyeron.

Descendían por una rampa de cemento larga y monótona, humedecida por una filtración de aceite antiguo, y avanzaban con cuidado para no resbalar y tumbar a su precioso amo.

En un lugar profundo y oculto la rampa descendiente se dividía, hacia la izquierda en un ancho anfiteatro con graderías que podía haber albergado miles de espectadores para un espectáculo que jamás se representaría, y a la derecha en una rampa angosta que seguía subiendo y luego doblaba, alumbrada por lámparas amarillas.

—¡Alto! —ordenó Sto Odin—. ¿Lo veís? ¿Lo oís?



—¿Oír qué? —dijo Flavio.

—El ritmo y la cadencia del congohelio su-  
biendo desde el Gebiet. El hervor y el fragor de  
una música imposible llegando a nosotros a  
través de kilómetros de roca maciza. Esa mu-  
chacha a quien ya puedo ver, esperando ante  
una puerta que jamás debió abrirse. El sonido  
de la música llevada por las estrellas, no com-  
puesta en verdad para el oído humano. ¿Po-  
déis oírla? —gritó—. Esa cadencia. ¿El ilícito  
metal de congohelio tan terrible allá abajo?  
Da-a, da-a. Da-a, da-a. Da-a. ¿Una música  
que nadie jamás comprendió antes?

—No oigo nada —dijo Flavio—, salvo la pul-  
sación del aire en este corredor, y las palpita-  
ciones de tu propio corazón, señor. Y algo  
más, un ruido mecánico, muy lejos.

—¡Eso! —exclamó Sto Odin—. ¿Lo que llamas  
“un ruido mecánico” no tiene un ritmo de cinco  
grupos sónicos aislados, cada cual distinto?

—No. No, señor. No cinco.

—Y tú, Livio, cuando eras hombre, ¿eras  
muy telepático? ¿Te ha quedado algo de eso  
en el robot que eres?

—No, señor, nada. Tengo buenos sentidos,  
y también sintonizo la radio de subsuperficie de  
la Instrumentalidad. Nada fuera de lo común.

—¿No oyes un ritmo de cinco tiempos?  
Cada nota separada, apenas prolongada, re-  
cibiendo sentido y forma de la música terrible  
del congohelio, apresada con nosotros dentro  
de esta solidísima roca? ¿No oyes nada?

Los dos robots con forma de legionarios ro-  
manos menearon la cabeza.

—Pero yo la veo, a través de esta piedra.  
Tiene senos como peras maduras y ojos par-  
dos y oscuros como carozos de duraznos re-  
cién cortados. Y oigo lo que cantan, las pa-  
labras tontas y raras de un pentapablo, trans-  
formadas en algo majestuoso por la música im-  
ponente del congohelio. Escuchad las palabras.  
Cuando las repito parecen tontas, porque la  
música abrumadora no las acompaña. La mu-  
chacha se llama Santuna, y lo mira a él. No es  
de extrañar que lo mire. Él es mucho más alto  
que la mayoría de los hombres, pero transfor-  
ma ese sonsonete en algo horrendo y extraño.

Ato gato.  
Mato nato.  
Cato.

Y se llama Yebayes, pero ahora es el Joven-  
sol. Tiene la cara afilada y los labios gruesos  
del primer hombre que habló de un solo y úni-  
co dios. Akhnatón.

—Akhnatón el faraón —dijo Flavio—. Ese  
nombre se conocía en mi oficina cuando yo  
era hombre. Era un secreto. Uno de los pri-  
meros y más grandiosos de los reyes más-que-  
antiguos. ¿Lo ves, señor?

—A través de esta roca lo veo. A través de  
esta roca oigo el delirio engendrado por el con-  
gohelio. Voy a él.

El Señor Sto Odin se apeó de la litera y gol-  
peó suave y débilmente la sólida pared de  
piedra del corredor. Las lámparas amarillas  
brillaban. Los legionarios estaban impotentes.  
Allí había algo que sus filosas espadas no po-  
dían penetrar. Sus personalidades ex huma-  
nas, impresas en los cerebros microminiaturiz-  
ados, no podían entender la situación dema-  
siado humana de un viejo muy viejo que soña-  
ba sueños salvajes en un túnel remoto.

Sto Odin se apoyó contra la pared, respiran-  
do con dificultad, y dijo con un jadeo sibilante:

—Estos susurros no pueden dejar de perci-  
birse. ¿No oís el ritmo quintuple del congohelio,  
soltando de nuevo su música feroz? Es-  
cuchad las palabras de éste. Es otro penta-  
pablo. Palabras tontas y ésqueléticas que reci-  
ben carne y sangre y vísceras de la música que  
las lleva. Ahora, escuchad.

Leed. Ved.  
Cread. Sed.  
Red.

¿Tampoco oísteis éste?

—¿Puedo usar la radio para pedir consejo a  
la superficie de la Tierra? —dijo uno de los ro-  
bots.

—¡Consejo! ¡Consejo! ¿Qué consejo necesi-  
tamos? Éstos es el Gebiet y en una hora más de  
marcha estaréis en el corazón del Bezirk.

Trepó a la litera y ordenó:

—¡Corred, hombres, corred! No puede estar  
a más de tres o cuatro kilómetros en este co-  
nejar de piedra. Yo os guiaré. Si dejo de gua-  
ros, podéis llevar mi cuerpo de vuelta a la su-  
perficie, para que reciba un espléndido funeral  
y sea lanzado al espacio en un ataúd-cohete,

hacia una órbita sin regreso. No tenéis de qué preocuparos. Sois máquinas nada más, ¿no es cierto? —preguntó con voz estridente.

—Nada más —dijo Flavio.

—Nada más —dijo Livio—. Y sin embargo...

—Y sin embargo ¿qué? —preguntó el Señor Sto Odin.

—Y sin embargo —dijo Livio— sé que soy una máquina, y sé que he conocido los sentimientos sólo cuando era un hombre viviente. A veces me pregunto si las personas no podrán llegar demasiado lejos. Demasiado lejos con los robots. Quizá, también, demasiado lejos con la subgente. Las cosas eran simples en otros tiempos, cuando todo lo que hablaba era humano y todo lo que no hablaba no lo era. Quizá estéis llegando al fin del camino.

—Si hubieras dicho eso en la superficie —dijo hurañamente el Señor Sto Odin—, tu llama de magnesio automática podría haberte volado la cabeza. Sabes que allá te monitorizan para que no tengas pensamientos ilegales.

—Vaya si lo sé —dijo Livio—, y sé que alguna vez debí morir como hombre, ya que existo con forma de robot. La muerte no me pareció dolorosa entonces y probablemente no sea dolorosa la próxima vez. Pero en verdad nada tiene mucha importancia cuando estamos a tal profundidad en la Tierra. Cuando se llega tan lejos, todo cambia. En verdad nunca comprendí que el interior del mundo fuera tan enorme y nauseabundo.

—No importa cuán lejos estamos —dijo el Señor hoscamente—, sino *dónde* estamos. Este es el Gebiet, donde todas las leyes pierden vigencia, y allá abajo y más adelante está el Bezirk, donde nunca hubo leyes. Llevadme rápidamente ahora. Quiero mirar a ese extraño músico con el rostro de Akhnatón y quiero hablar con la muchacha que lo adora, Santuna. Corred con cuidado ahora. Un poco hacia arriba, un poco a la izquierda. Si me duermo, no os preocupéis. Seguid andando. Despertaré cuando nos acerquemos a esa música del congohelio. ¡Si la oigo ahora, a tanta distancia, pensad cómo será cuando os acerquéis!

Se reclinó en el asiento. Los robots alzaron las varas de la litera y corrieron en la dirección que les habían indicado.

Habían corrido más de una hora, con demoras ocasionales cuando les costaba plantarse con firmeza en cañerías goteantes o pasajes derruidos, cuando la luz se volvió tan brillante que tuvieron que hurgar en los talegos y calarse gafas de sol, que lucían realmente muy raras bajo los yelmos romanos de dos legionarios con armadura completa. (Era aún más raro, desde luego, que los ojos no fueran ojos; los ojos de los robots eran como canicas blancas nadando en peceras de tinta reluciente, y la mirada era opaca y lechosa.) Miraron a su amo, y aún no había despertado, de modo que le tomaron un extremo de la túnica y lo torcieron formando una venda para protegerle los ojos de la luz brillante.

La nueva luz opacó las lámparas amarillas del corredor. La luz era como una aurora boreal comprimida y proyectada a través del corredor del sótano de un hotel abandonado hacía mucho tiempo. Ninguno de ambos robots conocía la naturaleza de la luz, pero palpitaba en ritmos de cinco tiempos.

La música y las luces entorpecían incluso a los robots mientras caminaban o trotaban rumbo al centro del mundo. El sistema de aireación debía de ser muy fuerte, pues el calor interior de la Tierra todavía no los había alcanzado, aun a esa gran profundidad. Flavio no tenía idea de cuántos kilómetros habían andado bajo la superficie. Sabía que no era mucho en distancia planetaria, pero que sin duda era muy lejos para un paseo común.

El Señor Sto Odin se incorporó de pronto en la litera. Cuando los dos robots redujeron el paso, les dijo hurañamente:

—Adelante. Adelante. Elevaré mi energía vital. Estoy bastante fuerte para resistirlo.

Extrajo su maniquí mée y lo estudió a la luz de la pequeña aurora boreal que palpitaba en el corredor. El maniquí sufrió los cambios de diagnóstico y colores. El Señor estaba satisfecho. Con dedos viejos y firmes se llevó el cuchillo a la nuca y subió el flujo de energías vitales a un nivel aún más alto.

Los robots hicieron lo que les había ordenado. Las luces habían sido encendedoras. A veces dificultaban la misma marcha. Costaba creer que docenas o cientos, tal vez miles, de

seres humanos hubieran podido orientarse en esos corredores desconocidos para descubrir las entrañas del Bezirk, donde todas las cosas se permitían. Pero los robots tenían que creerlo. Ellos mismos habían estado antes aquí y apenas recordaban cómo se habían orientado la vez anterior.

¡Y la música! Vibraba con más fuerza que antes. Les llegaba en pulsaciones de cinco notas, desgranando las tonalidades del pentapablo, el verso de cinco palabras que el gatorovador GPablo había elaborado mientras tocaba su g'laúd unos siglos antes. La forma misma confirmaba y reforzaba la insidia de los gatos combinada con la conmovedora inteligencia del ser humano. No era de extrañar que la gente hubiera podido encontrar el camino hasta aquí.

En toda la historia del hombre, no había actuado que no pudiera cometerse mediante una de las tres fuerzas más enconadas del espíritu humano: la fe religiosa, la vanagloria vengativa o la pura perversidad. Aquí, por amor a la perversidad, los hombres habían descubierto el abismo imposible de encontrar y lo habían sometido a usos salvajes y obscenos. La música los llamaba.

Esta era una música muy especial. Ahora llegaba hasta Sto Odin y sus legionarios de dos modos muy diferentes, golpeándolos a través de la roca sólida y a través del laberinto de corredores, llevada por el aire denso y oscuro. Las luces del corredor aún eran amarillas, pero los destellos electromagnéticos que seguían el ritmo de la música parecían anular la iluminación común. La música controlaba todas las cosas, puntuaba todo el tiempo, llamaba a todos los seres vivos. Era una canción de una especie que los dos robots no habían percibido con tanta intensidad en su visita anterior.

Ni siquiera el Señor Sto Odin, pese a todos sus viajes y experiencias, la había oído antes. Era todo esto:

El fragor y el calor y el sopor de las notas que brotaban del congohelio, metal jamás fabricado para la música, materia y antimateria encerrados en una delicada malla magnética para ahuyentar los peligros más extravagantes del espacio. Ahora un fragmento estaba en las honduras del cuerpo de la vieja Tierra, emitiendo cadencias extrañas. El meneo y conto-

neo y el ardiente pateo de la música cabalgando en roca viva, acompañándose a sí misma con ecos llevados por el aire. La flecha deshecha de una fogosa endecha que gemía y gruñía en la piedra maciza.

Sto Odin despertó y miró fieramente hacia adelante, sin ver nada pero experimentándolo todo.

—Pronto aparecerán la puerta y la muchacha —dijo.

—¿Conoces esto, hombre? ¿Tú, que nunca antes estuviste aquí? —dijo Livio.

—Lo conozco —dijo el Señor Sto Odin—, porque lo conozco.

—Llevas las plumas de la inmunidad.

—Llevo las plumas de la inmunidad.

—¿Eso significa que nosotros, tus robots, también somos libres en el Bezirk?

—Libres como gustéis —dijo el Señor Sto Odin—, siempre que cumpláis con mis deseos. De lo contrario os mataré.

—Si seguimos andando —preguntó Flavio—, ¿podemos cantar la canción del subpueblo? Tal vez nos ahuyente del cerebro esa música terrible. La música tiene todos los sentimientos y nosotros no tenemos ninguno. No obstante nos perturba. No sé por qué.

—Mi contacto radial con la superficie ha muerto —dijo Livio—. Yo también necesito cantar.

—Adelante, cantad —dijo el Señor Sto Odin—. Pero seguid andando, o moriréis.

Los robots cantaron al unísono:

Como mi furor.

Trago mi dolor.

No tiene alivio

la edad ni el martirio.

Llega nuestra hora.

Trabajo y no siento,

respiro mi aliento.

Enfrento el no-ser

sin una mujer.

Llega nuestra hora.

Los subhombres sudamos,

molemos, paleamos.

Pronto habrá clamores,

truenos y fragores.

Llega nuestra hora.

Aunque la canción tenía el ronquido bárbaro y antiguo de las gaitas, la melodía no podía conjurar ni anular el ritmo salvaje y sabio del

congohelio, que ahora los acosaba simultáneamente desde todas las direcciones.

—Bonito ejemplo de subversión, esa pieza —dijo secamente el Señor Sto Odin—, pero prefiero esa música a este ruido que avanza a zarpazos por las honduras del mundo. Adelante. Adelante. Debo conocer este misterio antes de morir.

—Nos cuesta soportar esa música que llega a nosotros a través de la roca —dijo Livio.

—Nos da la impresión de que es mucho más fuerte que cuando vinimos aquí hace unos meses. ¿Pudo haber cambiado? —preguntó Flavio.

—Ese es el misterio. Les dejamos tener el Gebiet, más allá de nuestra jurisdicción. Les dimos el Bezirk, para que actuaran a su antojo. Pero esta gente ordinaria ha creado o descubierto algún poder extraordinario. Ha traído cosas nuevas a la Tierra. Tal vez sea preciso que los tres muramos antes de resolver este problema.

—Nosotros no podemos morir como tú —dijo Livio—. Somos robots, y las personas cuya impronta llevamos ya han muerto hace tiempo. ¿Quieres decir que nos apagarías?

—Tal vez yo, o alguna otra fuerza. ¿Os importa?

—¿Importamos? ¿Quieres decir si nos afectaría emocionalmente? No lo sé —dijo Flavio—. Creía que tenía una experiencia real y plena cuando usaste la frase *summa nulla est* y nos diste nuestra capacidad total, pero esa música que hemos estado oyendo tiene el efecto de mil consignas pronunciadas al mismo tiempo. Empiezo a preocuparme por mi vida, y creo que estoy adquiriendo lo que tu referencia explicaba con la palabra "miedo".

—Yo también lo siento —dijo Livio—. Antes no sabíamos que este poder hubiera existido en la Tierra. Cuando yo era estratega alguien me contó sobre los peligros realmente indescribibles relacionados con los planetas Douglas-Ouyang, y ahora me parece que un peligro de esa especie se cierne sobre nosotros, aquí en el túnel. Algo que la Tierra jamás engendró. Algo que el hombre jamás creó. Algo que ningún robot podría dominar con sus cálculos. Algo salvaje y muy fuerte que nació del uso del congohelio. Mira alrededor de nosotros.

No era preciso que lo dijera. El corredor mismo se había convertido en un arcoiris viviente y pulsátil.

Doblaron en un último recodo del corredor y llegaron...

A la última frontera del reino de la desolación.

Al límite del Bezirk.

Lo supieron porque la música los cegó, las luces los ensordecieron, los sentidos se les atropellaron y confundieron. Esa era la presencia inmediata del congohelio.

Había una puerta inmensa, tallada con intrincados ornamentos góticos. Una puerta demasiado grande para los requerimientos de cualquier hombre humano. En la puerta había una silueta solitaria, los senos transfigurados en resplandores y oscuridades vívidas por la luz brillante que manaba de un solo costado de la puerta, el derecho.

A través de la puerta se veía un salón inmenso cuyo suelo estaba cubierto por cientos de guñapos de ropas harapientas. Esas eran las personas, inconscientes. Por encima de ellas y entre ellas bailaba la figura alta de un hombre que blandía un objeto centelleante. El hombre se arqueaba y brincaba y ondulaba y giraba al son vibrátil de la música que él mismo producía.

—*Summa nulla est* —dijo el Señor Sto Odin—. Quiero que los dos os sintonicéis al máximo. ¿Estáis absolutamente alerta?

—Lo estamos, señor —corearon Livio y Flavio.

—¿Tenéis vuestras armas?

—Nosotros no podemos usarlas —dijo Livio—, pues es contrario a nuestra programación, pero tú puedes, señor.

—No estoy seguro —dijo Flavio—. No estoy nada seguro. Estamos equipados con armas de superficie. Esta música, este hipnotismo, estas luces... quién sabe qué nos han hecho a nosotros y nuestras armas, que nunca fueron diseñadas para operar a tanta profundidad.

—No temáis —dijo Sto Odin—. Yo me encargaré de todo.

Desenfundó un pequeño cuchillo.

Cuando el cuchillo centelleó bajo las luces danzantes, la muchacha del pórtico reparó finalmente en el Señor Sto Odin y sus extraños compañeros.

La muchacha le habló, y la voz hendió el aire denso con el acento de la claridad y la muerte.

## VII

—¿Quién eres —dijo— para atreverte a traer armas a los últimos confines del Bezirk?

—Este es sólo un pequeño cuchillo, señora —dijo el Señor Sto Odin—, y con él no puedo dañar a nadie. Soy un viejo y estoy regulando mi botón de vitalidad para obtener más energía.

La muchacha observó sin curiosidad mientras Sto Odin se llevaba la punta del cuchillo a la nuca y luego lo hacía girar tres veces, resueltamente.

—Eres extraño, señor —le dijo luego, escurtiéndolo—. Tal vez seas peligroso para mis amigos y yo.

—No soy peligroso para nadie. —Los robots lo miraron, sorprendidos de la riqueza y plenitud de la voz. Por cierto había elevado excesivamente su vitalidad, dándose tal vez, con ese ritmo, no más de un par de horas de vida, pero había recobrado la fuerza física y el vigor emocional de sus mejores años. Miraron a la muchacha. Había aceptado literalmente la declaración de Sto Odin, casi como una verdad canónica e incontrovertible.

—Uso estas plumas —continuó Sto Odin— ¿Sabes qué significan?

—Veo —dijo la muchacha— que eres un Señor de la Instrumentalidad, pero no sé qué significan las plumas...

—Mi renuncia a la inmunidad. Quien sea capaz de hacerlo cuenta con permiso para matarme o herirme sin peligro de castigo. —Sonrió con cierta amargura.— Desde luego tengo derecho a defenderme, y sé pelear, no lo dudes. Mi nombre es Señor Sto Odin. ¿Por qué estás aquí, muchacha?

—Amo a ese hombre que está adentro... si todavía es un hombre.

La muchacha calló y frunció los labios desconcertada. Era extraño ver esos labios de niña apretados en un momentáneo tartamudeo del alma. Estaba allí, más desnuda que un recién nacido, el rostro embadurnado de cosméticos provocativos y excéntricos. Vivía para una misión de amor en las honduras de la na-

da y el ninguna parte: pero seguía siendo una muchacha, una persona, un ser humano capaz, como ahora, de una relación inmediata con otro ser humano.

—Él era un hombre, mi señor, aun cuando volvió de la superficie con ese fragmento del congohelio. Hace sólo unas semanas, esas personas bailaban también. Ahora están simplemente tendidas en el suelo. Ni siquiera mueren. Yo misma sostuve también el congohelio, y compuse música con el metal. Ahora el poder de la música está devorando a ese hombre, que baila sin parar. No quiere venir a mí y yo no me atrevo a entrar en el lugar donde él está. Temo terminar también como un guiñapo en el suelo.

Un crescendo de la música intolerable le hizo intolerable el lenguaje. Esperó a que pasara mientras el salón escupía una vibración violeta.

Cuando la música del congohelio se atenuó un poco, Sto Odin habló:

—¿Cuánto hace que él baila solo con ese extraño poder que lo posee?

—Un año. Dos años. ¿Quién sabe? Yo bajé aquí y perdí noción del tiempo cuando llegué. Los Señores no nos permiten tener siquiera relojes y almanaques en la superficie.

—Nosotros te vimos bailar hace sólo un décimo de año —dijo Livio, interrumpiendo.

La muchacha lo miró fugazmente, sin curiosidad.

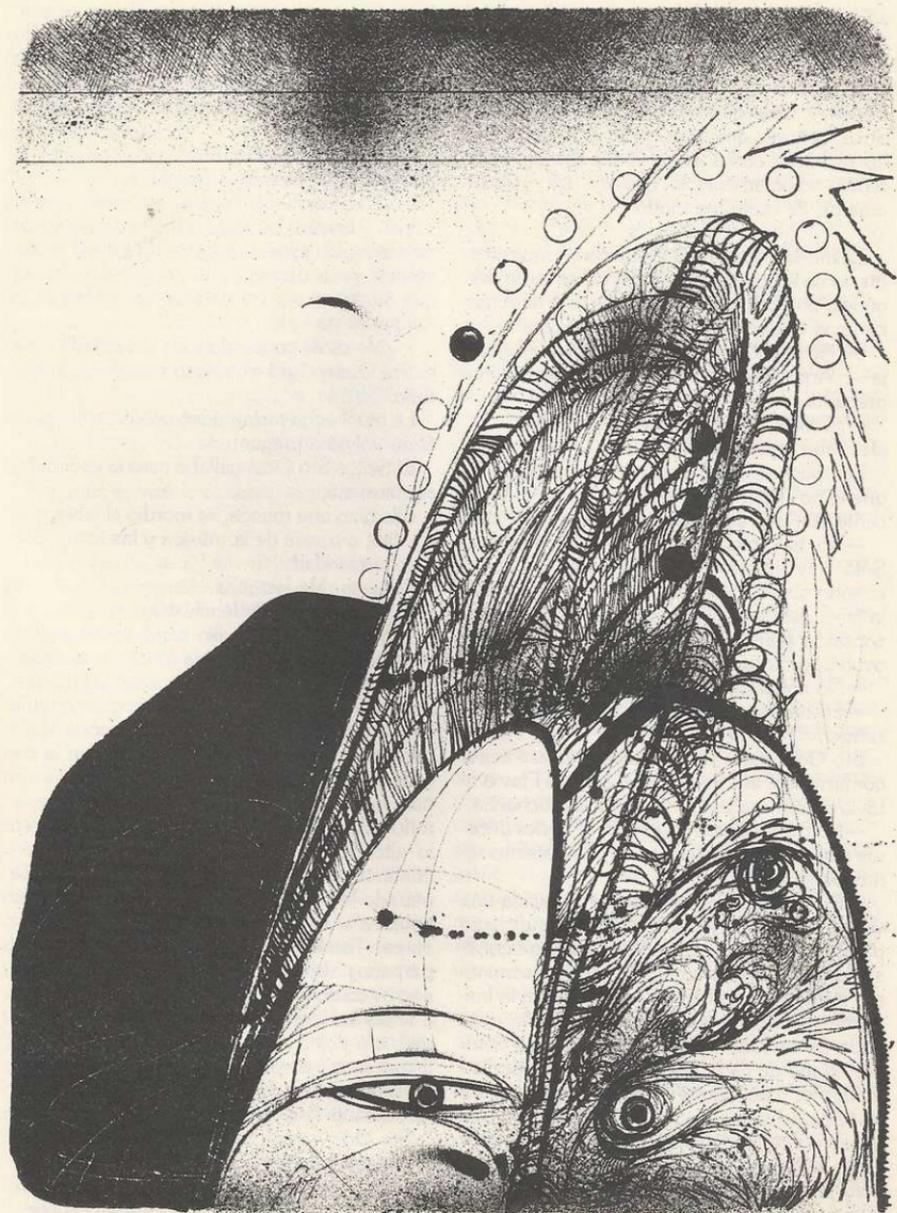
—¿Sois los mismos robots que vinieron aquí hace un tiempo? Tenéis otro aspecto ahora. Parecéis soldados antiguos. No comprendo por qué... De acuerdo, tal vez fue una semana, tal vez un año.

—¿Qué estás haciendo aquí abajo? —preguntó afablemente Sto Odin.

—¿Qué crees? —dijo ella—. ¿Por qué todos los demás bajan aquí? Estaba huyendo del tiempo sin tiempo, de la vida sin vida, de la esperanza sin esperanzas que los Señores infligen a toda la humanidad en la superficie. Dejáis que los robots y la subgente trabajen, pero congeláis a las personas verdaderas en una felicidad sin esperanzas ni escapatoria.

—Tengo razón —exclamó Sto Odin—. ¡Tengo razón, aunque me cueste la vida!

—No te comprendo —dijo la muchacha—. ¿Quieres decir que también tú, un Señor, has bajado aquí para escapar de la vana esperan-



za que nos ahoga a todos nosotros?

—No, no, no —dijo Sto Odin, mientras las luces cambiantes de la música del congohelio le dibujaban figuras improbables en las facciones—. Sólo quise decir que comenté a los otros Señores que algo como esto sucedía a las personas comunes en la superficie. Ahora repites exactamente lo que les dije. ¿Quién eras tú, de cualquier modo?

La muchacha se miró el cuerpo sin vestimentas como si por primera vez reparase en su desnudez. Sto Odin vio el rubor que se le derramaba en el cuello y el pecho desde la cara.

—¿No lo sabías? —dijo ella, en voz muy baja—. Aquí abajo nunca respondemos a esa pregunta.

—¿Tenéis reglas? —dijo él—. ¿Tenéis reglas, aun aquí en el Bezirk?

La muchacha se reanimó al comprender que él no había formulado esa pregunta indecente con una intención impropia.

—No hay reglas —explicó ávidamente—. Sólo hay supuestos. Alguien me lo contó cuando abandoné el mundo ordinario y crucé la línea del Gebiet. Supongo que a ti no te lo contaron porque eras un Señor, o porque se ocultaron de tus extraños robots guerreros.

—No encontré a nadie al bajar.

—Entonces se estaban ocultando de ti, mi señor.

Sto Odin miró a sus legionarios para ver si confirmaban esa declaración pero ni Flavio ni Livio dijeron nada. Se volvió a la muchacha.

—No me proponía fisgonear. ¿Puedes decirme qué clase de persona eres? No necesito señas personales.

—Cuando estaba viva, fui una nacida una vez —dijo ella—. No viví el tiempo suficiente para ser renovada. Los robots y un subcomisionado de la Instrumentalidad me examinaron para ver si podían entrenarme para la Instrumentalidad. Sesos de sobra, dijeron, pero nada de carácter. Pensé en ello mucho tiempo. “Nada de carácter.” Sabía que no podían matarme, y no quería vivir, así que puse cara de felicidad cada vez que pensaba que un monitor me estaba vigilando y me las ingení para llegar al Gebiet. No era muerte, y no era vida, pero era una escapatoria de esa diversión interminable. Hacía poco que estaba aquí —se-

ñaló el Gebiet, por encima de ellos— cuando lo conocí. Nos amamos muy pronto y él dijo que el Gebiet no implicaba una gran mejora con respecto a la superficie. Dijo que él ya había estado aquí, en el Bezirk, buscando una muerte-fiesta.

—¿Una qué? —dijo Sto Odin, como si no pudiera creer en esas palabras.

—Una muerte-fiesta. Las palabras fueron suyas, y la idea. Lo seguí a todas partes y nos amamos. Lo esperaba cuando él iba a la superficie para conseguir el congohelio. Pensé que su amor por mí alejaría de su mente la muerte-fiesta.

—¿Me estás contando toda la verdad? —dijo Sto Odin—. ¿O es sólo tu versión de la historia?

La muchacha tartamudeó una protesta pero él no volvió a preguntarle.

El Señor Sto Odin callaba pero la escuchaba atentamente.

Ella hizo una mueca, se mordió el labio, y al fin dijo, a través de la música y las luces, con mucha claridad:

—Basta. Me lastimas.

El señor Sto Odin le clavó los ojos.

—No hago nada —dijo candorosamente, y siguió observándola. Había mucho que observar. Era una muchacha color miel. Aun a través de las luces y sombras él veía que no tenía ninguna vestimenta encima. Tampoco tenía un solo pelo en el cuerpo: ni cabello en la cabeza, ni cejas, probablemente tampoco pestañas, aunque a esa distancia no podía asegurarlo. Ella se había dibujado cejas doradas en lo alto de la frente, dándose una expresión continua de interrogación burlona. Se había pintado la boca de oro, de modo que cuando hablaba sus palabras brotaban de una fuente áurea. También se había pintado de oro los párpados superiores, pero los inferiores eran negros como el carbón. El efecto total era ajeno a todas las experiencias previas de la humanidad: era dolor lascivo a la milésima potencia, lujuria seca y perpetuamente insatisfecha, feminidad al servicio de propósitos remotos, humanidad cautivada por planetas extraños.

Sto Odin siguió escrutándola. Si la muchacha aún era humana, tarde o temprano esa actitud le obligaría a tomar la iniciativa. Resultó.

—¿Quién eres? —preguntó la muchacha—.

Vives con demasiada prisa, con demasiada avidez. ¿Por qué no entras y bailas como todos los demás? —Señaló la puerta abierta, el salón donde las siluetas harapientas e inconscientes de todas las personas yacían desparramadas en el suelo.

—¿A eso llamas bailar? —dijo el Señor Sto Odin—. Yo no. Hay un hombre que baila. Los otros yacen en el suelo. Permíteme hacerte la misma pregunta. ¿Por qué no bailas?

—Lo quiero a él, no a la danza. Soy Santuana y él una vez me cautivó con su amor humano, mortal, ordinario. Pero se convierte en Joven-sol, más cada día, y baila con esas personas que yacen en el suelo...

—¿A eso llamas bailar? —barbotó el Señor Sto Odin. Meneó la cabeza y añadió con amargura—: No veo ninguna danza.

—¿No la ves? ¿De veras no la ves? —exclamó ella.

Sto Odin meneó la cabeza, un gesto terco y amargo.

La muchacha se volvió, mirando hacia el salón, y soltó un gemido alto, claro y penetrante que incluso traspasó la pulsación quintuple del congohelio.

—¡Joven-sol, Joven-sol, óyeme! —gritó.

No hubo interrupción en el rápido trepidar de esos pies que dibujaban el número ocho, ni en el movimiento de esos dedos que golpeteaban el borrón titilante del metal que el bailarín llevaba en los brazos.

—¡Mi amante, mi amado, mi hombre! —gritó ella, la voz aún más estridente y perentoria que antes.

Hubo una ruptura en la cadencia de la música y la danza. El bailarín viró hacia ellos, reduciendo el ritmo perceptiblemente. Las luces del salón, la gran puerta y el corredor se volvieron más estables. Sto Odin vio a la muchacha con más nitidez; realmente no tenía un solo pelo en el cuerpo. También vio al bailarín; el joven era alto, más feroz de lo que el sufrimiento vulgar permite a un hombre, y el metal que llevaba chispeaba como agua reflejando mil luces. El bailarín habló rápida y furiosamente:

—Me llamaeste. Me has llamado mil veces. Entra, si quieres. Pero no me lames.

Mientras hablaba, la música se esfumó por

completo, los guiñapos del suelo empezaron a moverse, a gruñir, a despertar.

—Esta vez no era yo —tartamudeó precipitadamente Santuana—. Era esta gente. Uno de ellos es muy fuerte. No puede ver a los bailarines.

El Joven-sol se volvió al Señor Sto Odin.

—Pues entra y baila, si lo deseas. Ya estás aquí. No te cuesta nada. Esas máquinas que traes —señaló a los legionarios-robot— no podrían bailar de todos modos. Apágalas.

El bailarín empezó a alejarse.

—No bailaré, pero me gustaría ver la danza —dijo Sto Odin con forzada afabilidad. No le gustaba ese joven, la fosforescencia de su piel, el peligroso metal que acunaba en el brazo, la fiereza suicida de su contoneo. De cualquier modo, en esas profundidades sobraba luz y faltaban explicaciones sobre lo que se estaba haciendo.

—Hombre, eres un fisgón. Es realmente desagradable en un viejo como tú. ¿O sólo quieres ser hombre?

El Señor Sto Odin sintió que perdía la paciencia.

—¿Quién eres tú, hombre, para llamar hombre al hombre en ese tono? ¿Acaso sigues siendo humano?

—¿Quién sabe? ¿A quién le importa? He desatado la música del universo. He inundado esta cámara con toda la felicidad imaginable. Soy generoso. La comparto con estos amigos míos. —Joven-sol señaló los guiñapos harapientos del suelo, que habían empezado a contorsionarse desventuradamente sin la música. Mientras Sto Odin atisbaba más claramente el salón, vio que los guiñapos del suelo eran gente joven, casi todos hombres jóvenes, aunque había unas pocas muchachas entre ellos. Todos parecían enfermos, débiles y pálidos.

—No me gusta lo que veo aquí —replicó—. Casi me siento tentado de atraparte y quitarte ese metal.

El bailarín giró sobre el talón del pie derecho, como para alejarse de un brinco con una cabriola audaz.

El Señor Sto Odin entró en el salón, siguiendo a Joven-sol.

Joven-sol giró sobre sí mismo, enfrentando nuevamente a Sto Odin. Sacó al Señor a em-

pellones, obligándolo firme e irresistiblemente a retroceder tres pasos.

—Flavio, quítale el metal. Livio, captura al hombre —escupió Sto Odin.

Los robots no se movieron.

Sto Odin, la sensibilidad y la fuerza exaltadas por el giro brutal que había dado a su botón de vitalidad, saltó hacia adelante para adueñarse del congohelio por sus propios medios. Pero dio un solo paso: quedó inmovilizado en el pórtico.

No se sentía así desde la última vez que los doctores lo habían puesto en una máquina quirúrgica, cuando descubrieron que parte del cráneo sufría un cáncer óseo a causa de viejas radiaciones en el espacio y los efectos subsiguientes de la mera edad. Le habían puesto un semicráneo prostético y durante la operación lo habían inmovilizado con correas y drogas. Esta vez no había correas ni drogas, pero las fuerzas que había invocado Joven-sol eran igualmente fuertes.

El bailarín bailaba dibujando un enorme ocho entre los cuerpos vestidos que yacían en el suelo. había estado cantando la canción que Flavio había repetido mucho más arriba, en la superficie de la Tierra, la canción del llorón.

Pero Joven-sol no lloraba.

Tenía el rostro ascético y descarnado contraído en una ancha mueca burlona. Cuando cantaba la pena en verdad no expresaba la pena, sino mofas y risas, desprecio por la vulgar pena humana. El congohelio palpitaba y la aurora boreal casi encegueció a Sto Odin. Había otros dos tambores en el medio del salón, uno con notas agudas y el otro con notas aún más agudas.

El congohelio resonó: *color-color-dolor-dolor-sopor*.

El tambor grande barbotó, cuando Joven-sol pasó al lado y lo tocó con los dedos: *iritiplín, ritiplín, rataplán, ritiplín!*

El tambor extraño y pequeño sólo emitió dos notas, y casi las graznó: *jkid-nork, kid-nork, kid-nork!*

Cuando Joven-sol regresó bailando, el Señor Sto Odin creyó oír la voz de la muchacha Santuna llamando a Joven-sol, pero no pudo volver la cabeza para ver si ella hablaba.

Joven-sol se detuvo frente a Sto-Odin, los

pies aún entrelazados en la danza, los pulgares y las palmas arrancando disonancias torturantes e hipnóticas al congohelio brillante.

—Viejo, intentaste engañarme. Fallaste.

El Señor Sto Odin trató de hablar, pero los músculos de la boca y la garganta no le respondieron. Se preguntó qué fuerza era ésa, capaz de sofocar todo esfuerzo inusual pero sin impedir que su corazón palpitara libremente, sus pulmones respiraran, su cerebro (el natural y el artificial) pensara.

El joven siguió bailando. Se alejó unos pasos bailando, se volvió y regresó bailando hasta Sto Odin.

—Llevas las plumas de la inmunidad. Soy libre de matarte. Si lo hiciera, la Dama Mmona, el Señor Nuru-or y tus otros amigos jamás sabrían lo que sucedió.

Si Sto Odin hubiera podido mover apenas los párpados, habría abierto los ojos asombrado ante el descubrimiento de que un bailarín supersticioso, en las honduras de la Tierra, conociera los secretos de la Instrumentalidad.

—No puedes creer en lo que estás mirando, aunque lo ves sin dificultad —dijo Joven-sol más seriamente—. Piensas que un loco descubrió un modo de obrar milagros con un fragmento del congohelio traído a estas profundidades. ¡Viejo imbécil! Un loco cualquiera no habría traído este metal hasta aquí sin volar el fragmento ni volarse a sí mismo. Ningún hombre pudo haber hecho lo que hice. Estás pensando. Si el jugador que tomó el nombre de Joven-sol no es un hombre, ¿qué es? ¿Qué trae el poder y la música del sol tan lejos de la superficie? ¿Quién hace soñar a los desdichados del mundo un sueño demencial y feliz mientras sus vidas se derraman y vierten en mil clases de tiempos, mil clases de mundos? No tienes que preguntarlo. Sé perfectamente bien lo que estás pensando. Lo bailaré para ti. Soy un hombre muy amable, aunque no te guste mi persona.

Los pies del bailarín no habían cesado de moverse en el mismo sitio mientras él hablaba.

De pronto se alejó en un torbellino, brincando y saltando sobre los desdichados humanos tendidos en el suelo.

Pasó junto al tambor grande y lo tocó: *iritiplín, rataplán!*

Rozó el tambor pequeño con la mano izquierda: *¡kid-nork, kid-nork!*

Tomó con ambas manos el congohelio, como si las fuertes muñecas fueran a despedarlo.

El salón entero ardía de música, relucía de truenos mientras los sentidos humanos se interpenetraban mutuamente. El Señor Sto Odin sintió que el aire le azotaba la piel como aceite frío. Joven-sol el bailarín se volvió transparente y a través de él el Señor Sto Odin vio un paisaje que no era de la Tierra ni lo sería nunca.

—Fluminiscentes, luminiscentes, incandescentes, fluorescentes —cantó el bailarín—. Así son los mundos de los planetas Douglas-Ouyang, siete planetas en un grupo cerrado, todos viajando juntos alrededor de un solo sol. ¡Mundos de magnetismo salvaje y polvareda perpetua, donde las superficies de los planetas cambian con el magnetismo antojadizo de sus órbitas erráticas! Mundos extraños, donde las estrellas bailan danzas más salvajes que ninguna danza jamás concebida por el hombre. Planetas que tienen una conciencia común, aunque tal vez no inteligencia, planetas que llamaron a través de todo el espacio y el tiempo buscando compañía hasta que yo, el jugador, bajé a esta caverna y los encontré. Allí donde tú los habías dejado, Señor Sto Odin, cuando dijiste a un robot:

“No me gusta el aspecto de esos planetas”, eso dijiste, Sto Odin; hablándole a un robot hace mucho tiempo. ‘La gente podría enfermar o enloquecer de sólo mirarlos’, dijiste, Sto Odin, hace mucho, mucho tiempo. ‘Almacena el conocimiento en alguna computadora oculta’, ordenaste, Sto Odin, antes que yo naciera. Pero la computadora era esa que está en el rincón, detrás de ti, aunque no puedes volverte para verla. Vine a este recinto en busca de suicidio-fiesta, algo realmente insólito que escandalizaría a los idiotas cuando descubrieran que había escapado. Bailé aquí en la oscuridad, casi como estoy bailando ahora, y había tomado más de diez clases de drogas diferentes, de modo que estaba desbocado y libre y muy muy receptivo. La computadora me habló, Sto Odin. Tu computadora, no la mía. Me habló a mí, ¿y sabes qué dijo?

“Nada pierdes con saberlo, Sto Odin, por-

que estás muriendo. Elevaste tu vitalidad para luchar conmigo. Te he paralizado. ¿Podría hacer eso si fuera meramente un hombre? Mira. Me solidificaré nuevamente.

Con un chillido irizado de acordes y sonidos, Joven-sol torció otra vez el congohelio hasta que la cámara interior y el corredor estallaron en luces de mil colores y el aire de las profundidades se inundó de una música que parecía psicótica, porque ninguna mente humana la había inventado. El Señor Sto Odin, apriionado en su propio cuerpo con sus dos legionarios-robot petrificados a sus espaldas, temió que moriría en vano y se preguntó si antes de la muerte ese bailarín lo dejaría ciego y sordo. El congohelio palpitaba y brillaba ante él.

Joven-sol retrocedió bailando sobre los cuerpos, retrocedió bailando con pasos extrañamente cadenciosos, como si estuviera lanzándose en una carrera salvaje y competitiva cuando la música y sus propios pasos lo llevaban hacia atrás, hacia el centro del recinto. La figura saltó a una extraña posición, el rostro vuelto hacia abajo como si Joven-sol estuviera estudiando sus propios pasos en el suelo, el congohelio en lo alto y detrás de la nuca, las piernas alzadas en una postura cruel, las rodillas erguidas.

De nuevo el Señor Sto Odin creyó oír el llamado de la muchacha, pero no pudo distinguir las palabras.

Los tambores hablaron de nuevo: *¡ritiplín, ritiplín, rataplán!*, y luego: *¡kid-nork, kid-nork, kid-nork!*

El bailarín habló cuando se apaciguó el pandemonio. Habló, y la voz era aguda, extraña, como una mala grabación reproducida en la máquina inadecuada:

—El algo te está hablando. Puedes hablar.

El Señor Sto Odin descubrió que podía mover la garganta y los labios. Despacio, cautelosamente, como un viejo soldado, probó los pies y los dedos: no se movían. Sólo podía usar la voz. Habló, y dijo lo obvio:

—¿Quién eres, algo?

Joven-sol miró a Sto Odin. Estaba erguido y sereno. Sólo movía los pies, que ejecutaban una figura ágil y salvaje que no afectaba el resto del cuerpo. Aparentemente era necesario seguir bailando para mantener el lazo entre la misteriosa presencia de los planetas Douglas-

Ouyang, el fragmento del congohelio, el bailarín más que humano y las figuras atormentadas y jubilosas del suelo. El rostro, el rostro en sí revelaba compostura, casi tristeza.

—Me han pedido —dijo Joven-sol— que te muestre quién soy.

Bailó alrededor de los tambores. ¡Rataplán, rataplán! ¡Kid-nork, kid-nork, kid-nork-nork!

Levantó el congohelio y lo torció arrancándole un gran gemido. Sto Odin tuvo la seguridad de que un sónico tan salvaje y desolado sin duda llegaría a muchos kilómetros, hasta la superficie de la Tierra, pero su juicio prudente le aseguró que ésa era una fantasía engendrada por su situación personal, y que cualquier sonido lo bastante fuerte para llegar a la superficie también sería lo bastante fuerte para desmoronar sobre sus cabezas la mella-da y rajada roca del cielorraso.

El congohelio agotó los colores del espectro antes de detenerse en un rojo hígado, húmedo y oscuro, muy cercano al negro.

El Señor Sto Odin, en ese momentáneo cuasi-silencio, descubrió que le habían arrojado toda la historia en la mente sin modularla ni articularla en palabras. La historia verdadera del recinto había irrumpido oblicuamente en su memoria, por así decirlo. En un momento no sabía nada de ella; un instante después era como si hubiera recordado todo el relato la mayor parte de su vida.

También se sintió liberado.

Se tambaleó, retrocediendo un par de pasos.

Para su inmenso alivio, los robots se volvieron, también libres, y lo acompañaron. Dejó que le pusieran las manos en las axilas.

De pronto alguien le cubrió la cara de besos.

Su mejilla plástica, sintió, lejana y vagamente, la impronta viva y real de labios de mujer humana. Era esa extraña muchacha —bella, calva, desnuda y de labios áureos— que había esperado y gritado desde el pórtico.

Pese a la fatiga física y el shock repentino del conocimiento implantado, el Señor Sto Odin sabía qué debía decir.

—Muchacha, gritaste por mí.

—Sí, mi señor.

—¿Has tenido la fuerza de mirar el congohelio y no rendirte a él?

La muchacha cabeceó sin decir nada.

—¿Has tenido la fuerza de voluntad para no entrar en ese cuarto?

—No es fuerza de voluntad, mi señor. Simplemente amo a ese hombre.

—¿Has esperado, muchacha, muchos meses?

—No todo el tiempo. Subo por el corredor cuando debo comer o beber o dormir o hacer mis necesidades. Incluso tengo espejos y peines y pinzas y maquillaje allí, para ponerme bella como me querría Joven-sol.

El Señor Sto Odin miró por encima del hombro. La música era débil y trasuntaba otras emociones además del pesar. El bailarín ejecutaba una danza prolongada y lenta, arastrándose y estirándose, mientras pasaba el congohelio de una mano a otra.

—¿Me oyes, bailarín? —exclamó el Señor Sto Odin, pues la Instrumentalidad ya le corría nuevamente en las venas.

El bailarín no habló ni pareció cambiar de actitud. Pero imprevisamente el tambor pequeño dijo *kid-nork, kid-nork*.

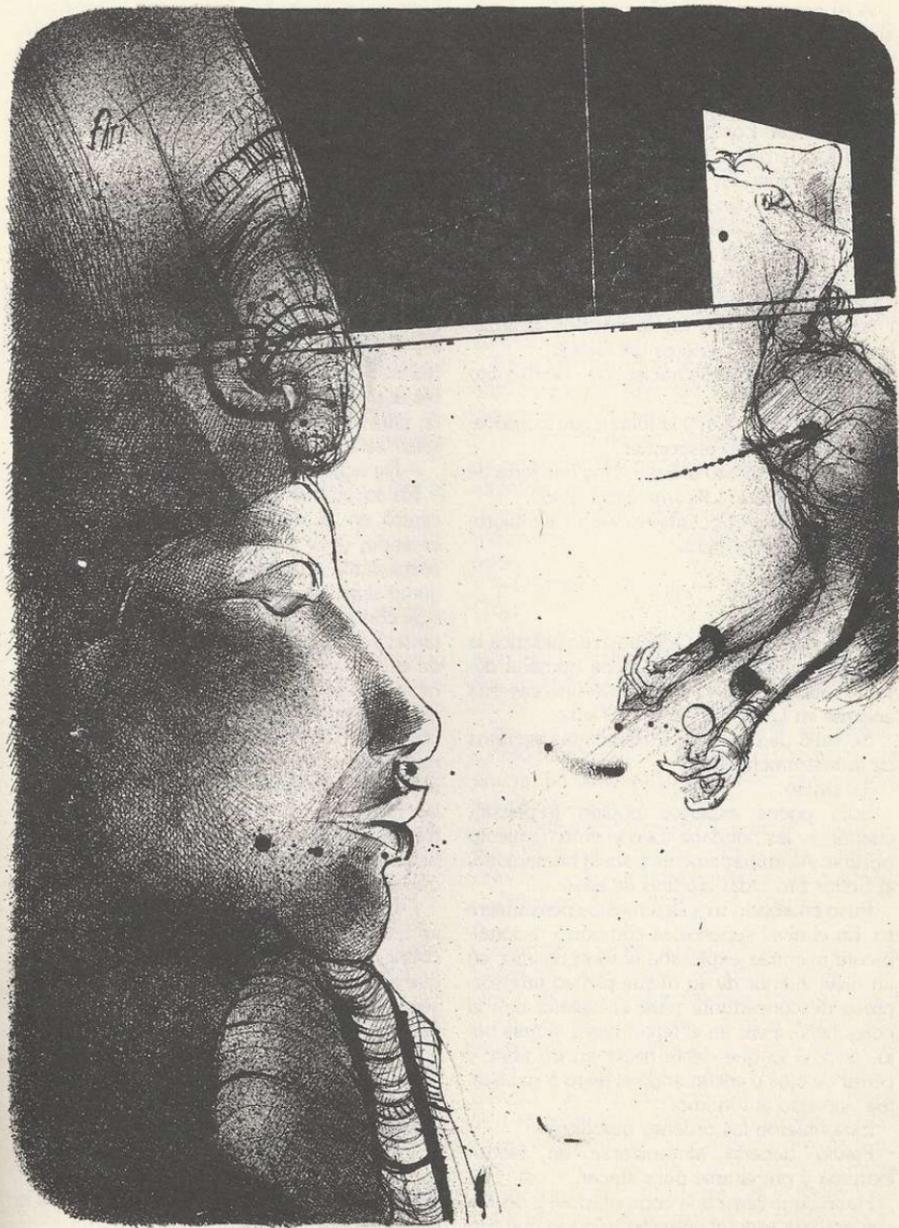
—Él, y el rostro que está detrás de él, dejarán que esta muchacha se marche si realmente se olvida de él y este lugar en el momento de partir. ¿Lo harás? —le dijo Sto Odin al bailarín.

*Ritiplán, rataplán*, dijo el tambor grande, que no había sonado desde que Sto Odin había quedado en libertad.

—Pero yo no quiero irme —dijo la muchacha.

—Sé que no quieres irte. Te irás para complacerme. Podrás volver en cuanto yo haya hecho mi trabajo. —La muchacha no dijo una palabra, y Sto Odin continuó:— Uno de mis robots, Livio, el que lleva la impronta de un psiquiatra, correrá contigo, pero le ordeno que olvide este lugar y todas las cosas asociadas con él. *Summa nulla est*. ¿Me has oído, Livio? Correrás con esta muchacha y olvidarás. Correrás y olvidarás. Tú también correrás y olvidarás, mi querida Santuna, pero dentro de dos terranictémeros recordarás apenas lo suficiente para regresar aquí si lo deseas, si lo necesitas. De lo contrario te presentarás ante la Dama Mmona y aprenderás de ella lo necesario para el resto de tu vida.

—¿Estás prometiéndome, señor, que en dos días y dos noches podré volver si lo deseo?



—Ahora corre, muchacha, corre. Corre a la superficie. Livio, carga con ella si es preciso. ¡Pero corre, corre, corre! No sólo Santuna depende de ello.

Santuna lo miró tristemente. Su desnudez era inocencia. Los párpados dorados se unieron a los párpados negros cuando ella pestañeó y se enjugó un par de lágrimas.

—Bésame —dijo— y correré.

Sto Odin se inclinó y la besó.

La muchacha se volvió, miró por última vez a su amado bailarín, y luego se internó de prisa en el corredor. Livio corrió tras ella, grácil, infatigablemente. En veinte minutos alcanzaron los límites superiores del Gebiet.

—¿Sabes qué estoy haciendo? —le dijo Sto Odin al bailarín.

Esta vez el bailarín y la fuerza que lo apoyaban no se dignaron responder.

—Agua —dijo Sto Odin—. Hay una jarra de agua en mi litera. Llévame allí, Flavio.

El legionario-robot subió al viejo y tembloroso Sto Odin a la litera.

## VIII

Luego el Señor Sto Odin puso en práctica la artimaña que cambió la historia humana durante muchos siglos, y que voló una caverna enorme en las entrañas de la Tierra.

Se valió de uno de los trucos más secretos de la Instrumentalidad.

Tri-pensó.

Sólo pocos expertos podían tri-pensar, cuando se les brindaba todo el entrenamiento posible. Afortunadamente para la humanidad, el Señor Sto Odin era uno de ellos.

Puso en acción tres sistemas de pensamiento. En el nivel superior se comportó racionalmente mientras exploraba el viejo recinto; en un nivel inferior de su mente planeó una sorpresa desconcertante para el bailarín con el congohelio. Pero en el tercer nivel, el más bajo, decidió lo que debía hacer en un abrir y cerrar de ojos y encomendó el resto a su sistema nervioso autónomo.

Estas fueron las órdenes que dio:

Flavio debería sintonizarse en alerta extrema y prepararse para atacar.

Habría que llegar a la computadora y decirle que grabara todo el episodio, todo lo que Sto

Odin había aprendido, e indicarle cómo tomar medidas precautorias mientras Sto Odin no dedicaba al asunto más pensamientos conscientes. La gestalt de acción —la estructura general de represalia— estuvo clara por milésimas de segundo en la mente de Sto Odin y luego se esfumó.

La música se elevó en un rugido.

Una luz blanca cubrió a Sto Odin.

—¡Quisiste hacerme daño! —dijo Joven-sol desde atrás de la puerta gótica.

—Quise hacerte daño —admitió Sto Odin—, pero fue un pensamiento pasajero. No hice nada. Tú me vigilas.

—Te vigilo —dijo hurañamente el bailarín. *Kid-nork, kid-nork*, dijo el tambor pequeño— No te pierdas de vista. Cuando estés preparado para entrar, llámame, o simplemente piénsalo. Te recibiré y acompañaré.

—De acuerdo —dijo el Señor Sto Odin.

Flavio aún lo sostenía. Sto Odin se concentró en la melodía que Joven-sol estaba creando, una canción salvaje y nueva jamás sospechada en la historia del mundo. Se preguntó si podría sorprender al bailarín replicándole con su propia canción. En ese mismo instante, sus dedos realizaban un tercer conjunto de acciones que la mente de Sto Odin ya no tenía que seguir. La mano de Sto Odin abrió una tapa en el pecho del robot, y le palpó los controles laminados del cerebro. La mano misma alteró ciertos ajustes, ordenando que el robot, en un cuarto de hora, matara a todas las formas de vida a su alcance excepto al transmisor de órdenes. Flavio no sabía qué le habían hecho; Sto Odin ni siquiera advirtió lo que su mano había hecho.

—Llévame hasta la vieja computadora —dijo Sto Odin al robot Flavio—. Quiero descubrir cómo es posible que la extraña historia que acabo de aprender sea cierta. —Sto Odin seguía pensando en una música capaz de sobresaltar aun al bailarín con el congohelio.

Se detuvo frente a la computadora.

Su mano, respondiendo a la orden de tri-pensamiento que había recibido, encendió la computadora y apretó el botón *Grabar esta escena*. Los viejos relés de la computadora casi rezongaron cuando se pusieron alerta y obedecieron.

—Déjame ver el mapa —dijo Sto Odin a la computadora.

Lejos, detrás de él, el bailarín había acelerado el ritmo en un rápido baile de ardiente suspicacia.

El mapa apareció en la computadora.

—Hermoso —dijo Sto Odin.

Todo el laberinto se había vuelto inteligible. Exactamente encima de ellos había uno de los antiguos y herméticos conductos antisísmicos, un conducto hueco, recto y tubular de doscientos metros de ancho y kilómetros de alto. En la parte superior tenía una tapa que impedía la entrada del lodo y el agua del lecho oceánico. En la parte inferior, como no había que tener en cuenta más presión que la del aire, lo habían cerrado con un plástico que parecía roca, para que ni las personas ni los robots que pasaran al lado trataran de meterse adentro.

—¡Mira lo que hago! —le gritó Sto Odin al bailarín.

—Estoy observando —dijo Joven-sol, y hubo casi un gruñido de perplejidad en su canturreada respuesta.

Sto Odin sacudió la computadora y la acarició con los dedos de la mano derecha y codificó un requerimiento muy específico. La mano izquierda —precondicionada por el tri-pensamiento— codificó en el panel de emergencia del costado de la computadora dos instrucciones técnicas simples y claras.

La risa de Joven-sol vibró a espaldas de Sto Odin.

—Estás pidiendo que te envíen un fragmento de congohelio. ¡Detente! Detente, antes que lo firmes con tu nombre y tu autoridad como Señor de la Instrumentalidad. Sin la firma tu requerimiento es inofensivo. La Computadora Central de arriba pensará que es algún chiflado del Bezirk pidiendo cosas descabelladas. —La voz se intensificó de pronto.— ¿Por qué la máquina emitió recién ahora la señal “recibido y ejecutado”?

—No sé —mintió afablemente el señor Sto Odin—. Tal vez me envíen un fragmento del congohelio comparable al que tienes allí.

—¡Mientes! —exclamó el bailarín—. Acércate a la puerta.

Flavio condujo al Señor Sto Odin hasta la bella y ridícula arcada gótica.

El bailarín brincaba de un pie al otro. El con-

gohelio emitía un rojo opaco de alerta. La música lloraba como si toda la furia y suspicacia de la humanidad se hubieran incorporado a una fuga nueva e inolvidable, como un delirante contrapunto atonal del *Tercer Concierto Brandeburgués* de Johann Sebastian Bach.

—Estoy aquí —dijo serenamente el Señor Sto Odin.

—¡Estás muriendo! —exclamó el bailarín.

—Estaba muriendo antes que me vieras por primera vez. Puse mi control de vitalidad al máximo después que entré en el Bezirk.

—Entra, entonces —dijo Joven-sol—, y nunca morirás.

Sto Odin aferró el borde de la puerta y se dejó caer en el suelo de piedra. Sólo cuando estuvo cómodamente sentado habló:

—Estoy muriendo, es verdad. Pero preferiría no entrar. Simplemente miraré cómo bailas mientras muero.

—¿Qué haces? ¿Qué has hecho? —exclamó Joven-sol. Dejó de bailar y se acercó a la puerta.

—Léeme si quieres —dijo el Señor Sto Odin.

—Te estoy leyendo —dijo el bailarín—, pero sólo veo tu deseo de conseguir un fragmento del congohelio para ti y de superarme en la danza.

En ese momento Flavio entró en acción. Corrió hacia la litera, se agachó y regresó a la puerta. En cada mano empuñaba una enorme esfera de acero sólido.

—¿Qué hace el robot? —gritó el bailarín—. ¡Veo tu mente pero no le dices nada! Él utiliza esas bolas de acero para allanar obstáculos...

Jadeó cuando sobrevino el ataque.

Con movimientos más rápidos que el ojo, el brazo de Flavio, capaz de alzar sesenta toneladas, silbó en el aire mientras arrojaba el primer proyectil de acero directamente hacia Joven-sol. El bailarín, o el poder que tenía adentro, brincó a un costado con velocidad de insecto. La bola atravesó dos de los cuerpos humanos harapiientos tendidos en el suelo. Un cuerpo dijo “juuuff!” al morir, pero el otro no emitió ningún sonido: el impacto le había arrancado la cabeza. Antes que el bailarín pudiera hablar, Flavio arrojó la segunda bola.

Esta vez acertó en la puerta. Los poderes

que habían inmovilizado a Sto Odin y sus robots entraron nuevamente en operación. La bola cantó mientras atravesaba el pórtico y frenaba en medio del aire, cantó de nuevo cuando el pórtico se la arrojó de vuelta a Flavio.

Al volver, la bola no tocó la cabeza de Flavio, pero le aplastó el pecho. Allí estaba su cerebro verdadero. Hubo un chispazo de luz cuando el robot se extinguió pero, aun al morir, Flavio tomó la bola por última vez y se la arrojó a Joven-sol. El robot dejó de funcionar y la pesada bola, lanzada un poco al azar, hirió al Señor Sto Odin en el hombro derecho. El Señor Sto Odin sintió dolor hasta que se arrastró hasta el maniquí meee y apagó todos los dolores. Luego se miró el hombro. Estaba casi totalmente deshecho. La sangre del cuerpo orgánico y el fluido hidráulico de las prótesis se unieron en un torrente lento y gorgoteante mientras los líquidos se encontraban y fundían y le manaban por el flanco.

El bailarín casi olvidó la danza.

Sto Odin se preguntó adónde habría llegado la muchacha.

La presión del aire cambió.

—¿Qué le pasa al aire? ¿Por qué pensaste en la muchacha? ¿Qué ocurre?

—Lee mis pensamientos —dijo el Señor Sto Odin.

—Primero bailaré y recobraré mis poderes —dijo Joven-sol.

Por unos minutos pareció que el bailarín con el congohelio causaría un alud.

El señor Sto Odin, agonizante, cerró los ojos y descubrió que morir era apacible. El fulgor y el ruido del mundo que lo rodeaba seguía siendo interesante, pero ya no tenía importancia.

El congohelio con mil arcoiris cambiantes y el bailarín se habían vuelto casi transparentes cuando Joven-sol volvió para leer la mente de Sto Odin.

—No veo nada —dijo Joven-sol, preocupado—. Tu botón de vitalidad está demasiado alto y pronto morirás. ¿De dónde viene todo ese aire? Creo oír un rugido lejano. Pero no lo provocas tú. Tu robot enloqueció. Todo lo que haces es mirarme con satisfacción y morirte. Es muy extraño. ¡Quieres morir a tu manera cuando podrías vivir vidas inimaginables aquí con nosotros!

—Así es —dijo el Señor Sto Odin—. Muero a mi manera. Pero baila para mí, baila para mí con el congohelio, mientras te cuento tu propia historia tal como tú me la contaste. Será un placer aclarar esa historia antes de morir.

El bailarín titubeó, empezó a bailar, y luego se volvió de nuevo hacia el Señor Sto Odin.

—¿Estás seguro de que quieres morir directamente? Con el poder de lo que tú llamas los planetas Douglas-Ouyang, que recibo aquí mismo con la ayuda del congohelio, podrías estar cómodo mientras yo bailo e incluso podrías morir cuando lo desearas. Los botones de vitalidad son mucho más débiles que los poderes que domino. Incluso podría ayudarte a trasponer el umbral de mi puerta...

—No —dijo el Señor Sto Odin—. Sólo baila para mí mientras muero. A mi manera.

## IX

Así cambió el mundo. Millones de toneladas de agua se precipitaban sobre ellos.

En pocos minutos el Gebiet y el Bezirk se ahogarían mientras el aire subía con un silbido. Sto Odin advirtió satisfecho que había un conducto de aire en la parte superior de la cámara del bailarín. No se permitió tri-pensar lo que ocurriría cuando la materia y la antimateria del congohelio quedaran sumergidas en la torrentosa agua salada. Algo como cuarenta megatonnes, supuso, con la cansada sensación de un hombre que ha meditado un problema hace mucho, mucho tiempo y lo recuerda fugazmente sólo mucho después que la situación pasó.

Joven-sol estaba recreando la religión anterior a la era del espacio. Entonaba himnos, alzaba los ojos y las manos y el fragmento del congohelio al sol; tocaba el son de los derrochadores giratorios, las campanas del templo del Hombre de los Dos Maderos y las otras campanas, las de ese santo que había escapado del tiempo simplemente viéndolo y saliendo de él. ¿Buda era su nombre? Y pasó luego a las graves blasfemias que afligieron a la humanidad después que cayó el Mundo Antiguo.

La música lo acompañaba.

La luz también.

Procesiones enteras de sombras espectrales siguieron a Joven-sol mientras mostraba cómo



la antigua humanidad había encontrado los dioses, y el sol, y luego otros dioses. Dibujó con la danza el misterio más antiguo del hombre: que el hombre pretendiera tener miedo de la muerte, cuando era la vida misma la que nunca la comprendía.

Y mientras bailaba, el Señor Sto Odin le repitió su propia historia:

—Huiste de la superficie, Joven-sol, porque las personas eran imbéciles, felices y tediosas en su lamentable felicidad. Huiste porque no podías soportar ser un pollo de corral, criado antisépticamente, amparado por un techo y congelado al morir. Te uniste a los otros descontentos, personas brillantes e inquietas que buscaban la libertad en el Gebiet. Aprendiste sobre sus drogas y licores y tabacos. Conociste a sus mujeres, y sus fiestas, y sus juegos. No era suficiente. Te convertiste en caballero suicida, un héroe que buscaba una muerte-fiesta que te invistiera de individualidad. Bajaste al Bezirk, el lugar más olvidado y aborrecible. No encontraste nada. Sólo las viejas máquinas y los corredores desiertos. Aquí y allá unas pocas momias y huesos. Sólo las luces calladas y el murmullo tenue del aire en los corredores.

—Ahora oigo agua —dijo el bailarín, sin dejar de bailar—, agua torrentosa. ¿No la oyes, mi señor agonizante?

—Sí la oyera, no me importaría. Sigamos con tu historia. Llegaste a esta cámara. Esa puerta estrafalaria la volvía un lugar apropiado para una muerte-fiesta, como la que siempre buscasteis los renegados, sólo que no tenía mucho sentido morir a menos que otros supieran que lo habías hecho intencionalmente, y supieran cómo. De cualquier modo, el camino de regreso hasta el Gebiet, donde estaban tus amigos, era largo, así que dormiste junto a esta computadora.

"En la noche, mientras dormías, mientras soñabas, la computadora te cantó:

¡Necesito un perro temporario  
para un trabajo temporario  
en un lugar temporario  
como la Tierra!

Cuando despertaste te asombraste al descubrir que habías soñado una música enteramente nueva. Una música realmente salvaje

que estremecía a la gente con su exquisita depravación. Y con la música, tenías un trabajo. Robar un fragmento del congohelio.

"Eras un hombre inteligente, Joven-sol, antes de tu viaje hasta aquí. Los planetas Douglas-Ouyang se adueñaron de ti y te hicieron mil veces más inteligente. Tú y tus amigos, eso me has contado (o la presencia que hay detrás de ti me contó, hace apenas media hora), tú y tus amigos robaron una consola de comunicación subespacial, establecieron contacto con los planetas Douglas-Ouyang, y el espectáculo los embriagó. Iridiscente, luminiscente. Cataratas cuesta arriba. Ese tipo de cosas.

"Y conseguiste el congohelio. El congohelio está hecho de materia y antimateria separadas por una lámina magnética dual. Con eso la presencia de los planetas Douglas-Ouyang te independizó de tus procesos orgánicos. Ya no necesitabas alimento ni descanso, ni siquiera aire ni bebida. Los planetas Douglas-Ouyang son muy viejos. Te mantenían como enlace. No tengo idea de qué se proponían hacer con la Tierra y la humanidad. Si esta historia se difunde, las generaciones futuras te llamarán el mercader de la amenaza, pues te valiste del normal apetito humano por el peligro para atrapar a otros con hipnotismo y música.

—Oigo agua —interrumpió Joven-sol—. ¡Oigo agua!

—Olvidalo —dijo el Señor Sto Odin—, tu historia es más importante. De cualquier modo, ¿qué podríamos hacer tú o yo? Yo estoy muriendo, tendido en un charco de sangre y fluidos. Tú no puedes irte de aquí con el congohelio. Déjame continuar. O tal vez la entidad de Douglas-Ouyang, fuera la que fuese...

—Es —dijo Joven-sol.

—...sea lo que sea, entonces, ansiaba tan sólo una compañía sensual. Sigue bailando, hombre, sigue bailando.

Joven-sol bailó y los tambores hablaron con él, *řataplán, řataplán!* ¡*řid-nork, nork!* mientras el congohelio hacía chillar la música a través de la roca sólida.

El otro sonido persistía.

Joven-sol se interrumpió y miró.

—Es agua. Es agua.

—Quién sabe —dijo el Señor Sto Odin.

—Mira —chilló Joven-sol, alzando el congohelio—. ¡Mira!

El Señor Sto Odin no necesitaba mirar. Sabía de sobra que las primeras toneladas de agua, lodosas y turbulentas, habían entrado rugiendo en el corredor y las cámaras.

—Pero, ¿qué haré? —chilló la voz de Joven-sol. Sto Odin pensó que no hablaba Joven-sol, sino un relé que utilizaba la energía de los planetas Douglas-Ouyang. Un poder que había tratado de entablar amistad con el hombre, pero había encontrado al hombre equivocado y la amistad equivocada.

Joven-sol recobró la compostura. Sus pies chapalearon en el agua mientras bailaba. Los colores brillaron en el agua que subía. ¡Ritiplín, ritiplín!, dijo el tambor grande. *Kid-nork, kid-nork*, dijo el tambor pequeño. *Color, color, dolor, dolor, sopor*, dijo el congohelio.

El Señor Sto Odin sintió que los viejos ojos se le nublaban pero aún podía ver la imagen flamígera del bailarín frenético.

“Es un buen modo de morir”, pensó mientras moría.

## X

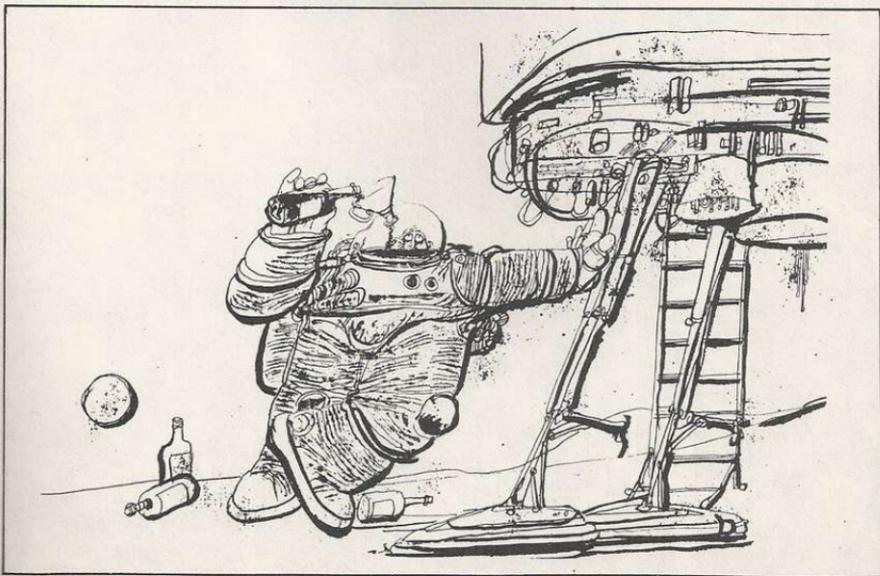
Muy arriba, en la superficie del planeta, Santuna sintió que el continente jadeaba bajo sus pies y vio cómo se ennegrecía el horizonte del este cuando un volcán de vapor lodoso estalló en el océano calmo, azul y soleado.

—¡Esto no debe, no debe repetirse! —dijo, pensando en Joven-sol y el congohelio y la muerte del Señor Sto Odin—. Hay que hacer algo al respecto —añadió para sí misma.

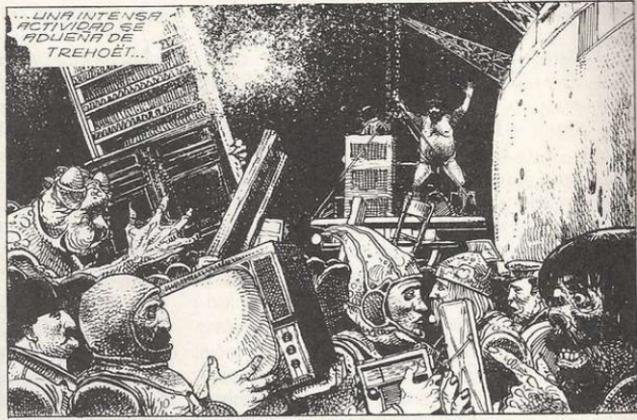
Y lo hizo.

En siglos posteriores reintrodujo la enfermedad, el riesgo y el desamparo, para aumentar la felicidad del hombre. Fue una de las principales arquitectas del Redescubrimiento del Hombre, y en su momento de mayor fama fue conocida como la Dama Alice More.

Título del original en inglés: *Under Old Earth*. © 1966 by Galaxy Publishing Corporation. © 1971 by Mrs. Genevieve Linebarger. Traducción de Carlos Gardini. Publicado por acuerdo con el autor y su agente, Scott Meredith Literary Agency, 845 Third Ave., Nueva York, N.Y. 10022, USA.



Y MIENTRAS EL ERMITAÑO  
CONTEMPLA EL MAR  
CON SUS OJOS CIEGOS...



...UNA INTENSA  
ACTIVIDAD SE  
ADUEÑA DE  
TRENHOÉT...

TEJA POR TEJA...



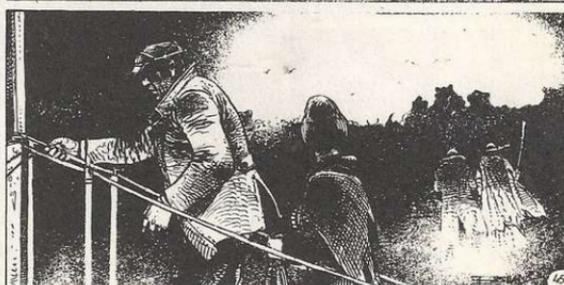
...VIGA POR VIGA...  
PIEDRA POR PIEDRA...



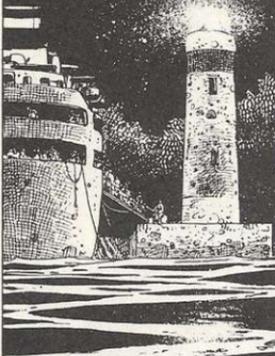
...LA ALDEA ENTERA  
DESAPARECE...







MIENTRAS TRÉHOËT PIERDE A SUS ÚLTIMOS HABITANTES, DESPUÉS DE HABER PERDIDO SUS CASAS...



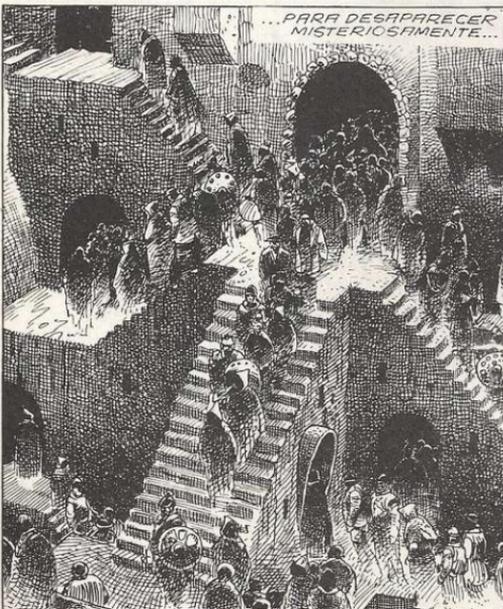
...Y LA INMENSA COHORTE DE SUS MORADORES DEL PASADO...



...REGRESA A SU DOMINIO SOMBRIO...



...PARA DESAPARECER MISTERIOSAMENTE...



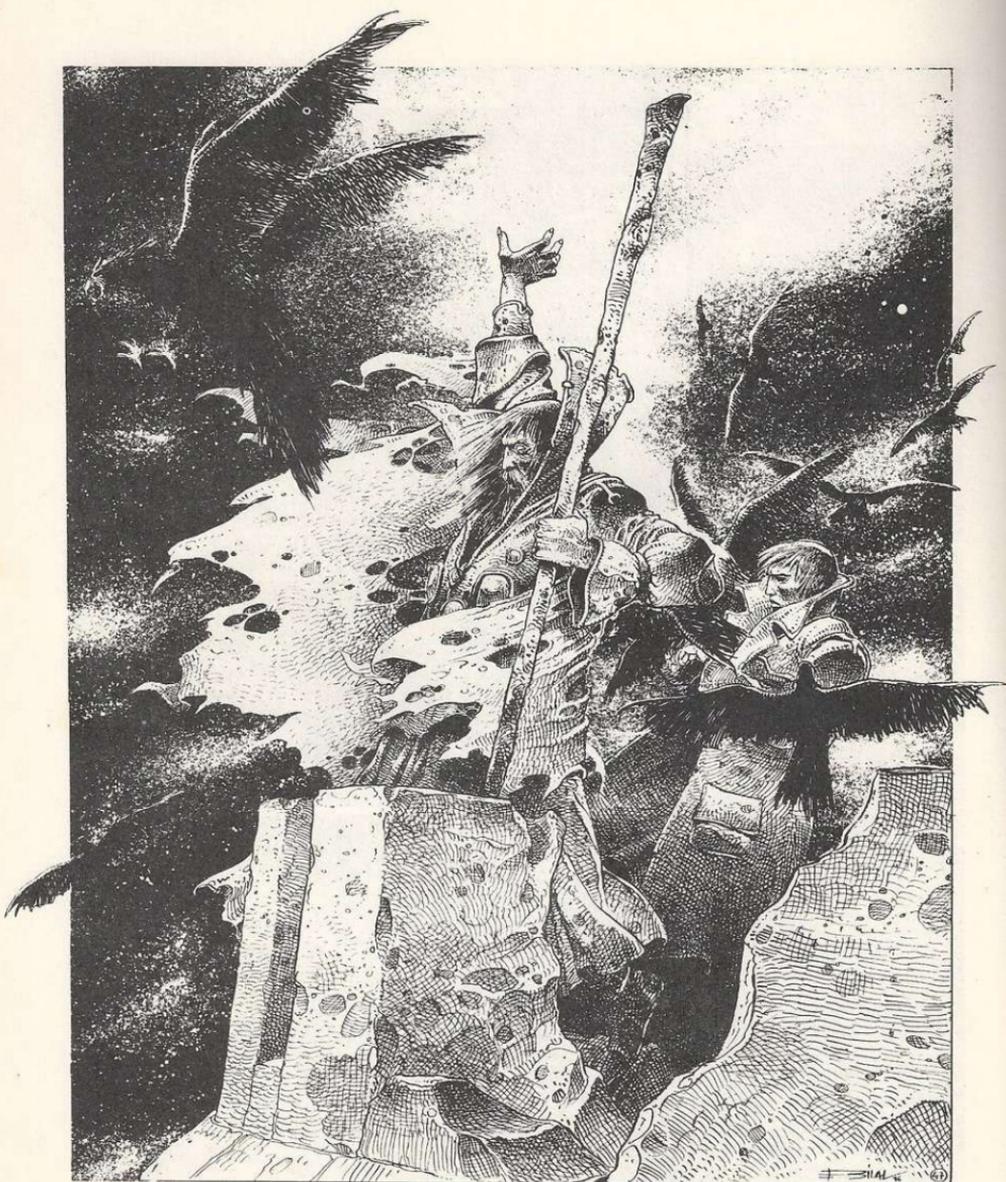
MIENTRAS UN HOMBRE SOLITARIO MERODEA EN LA REGIÓN DESERTA...

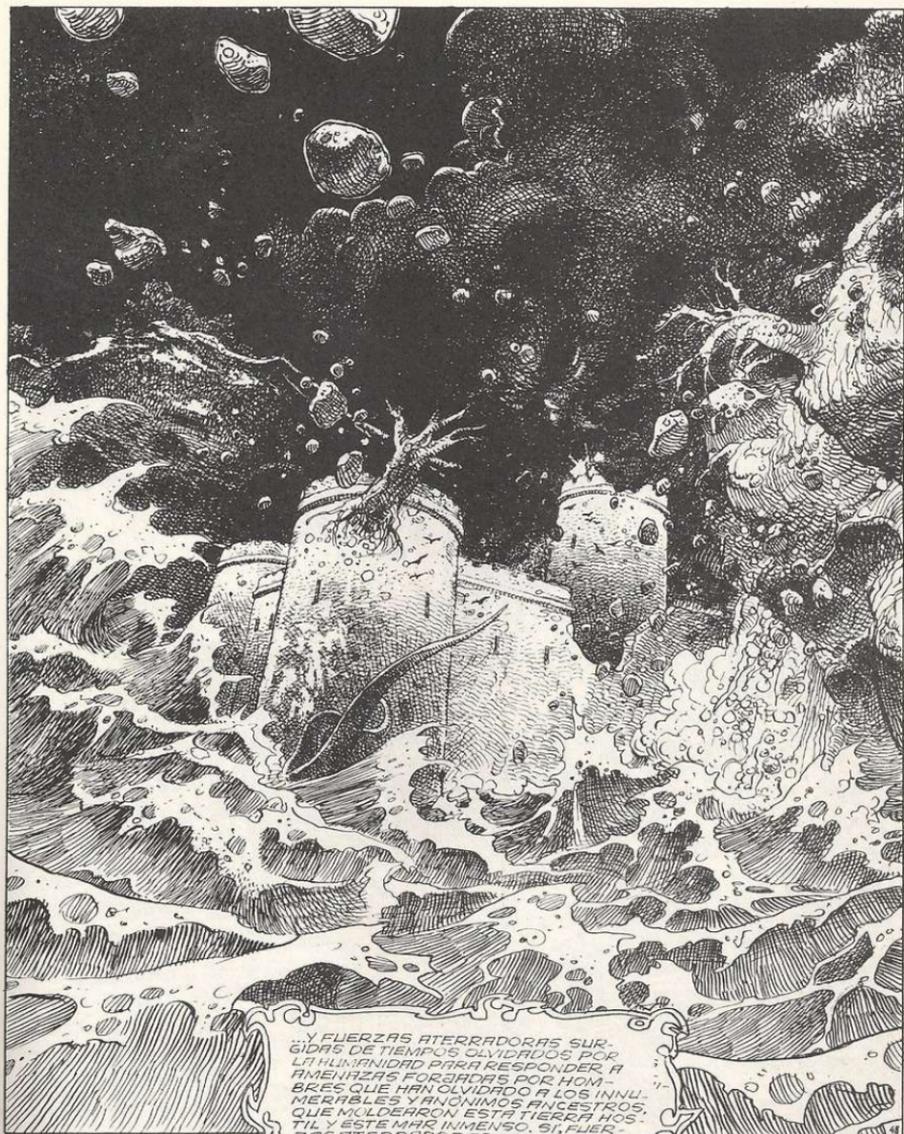


¡TODO LISTO!  
BUM... CUANDO VUELE ESTO, ACABARÁ CON ESE MALDITO CASTILLO...  
¡RAAAH!

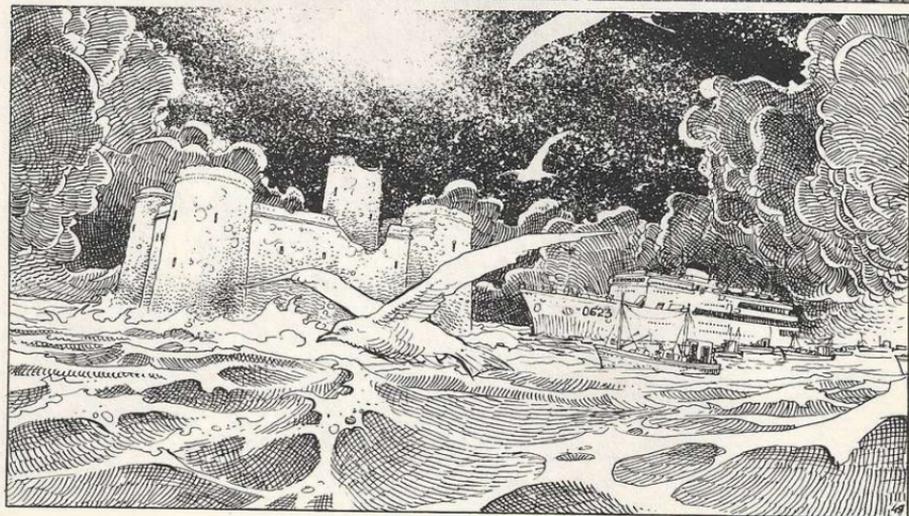
¡HA BREMAN RED EO D'AR VAG E MAEN KUITAAD!



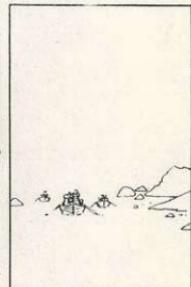




...Y FUERZAS ATERRADORAS SUR-  
GIDAS DE TIEMPOS OLVIDADOS POR  
LA HUMANIDAD PARA RESPONDER A  
AMENAZAS FORGADAS POR HOM-  
BRÉS QUE HAN OLVIDADO A LOS INNU-  
MERABLES Y ANÓNIMOS ANCESTROS  
QUE MULDERRON ESTA TIERRA HOS-  
TIL Y ESTE MAR INMENSO. SI FUER-  
ZAS ATERRADORAS ARRASTRAN EL  
BARCO DE PIEDRA HACIA EL MAR...





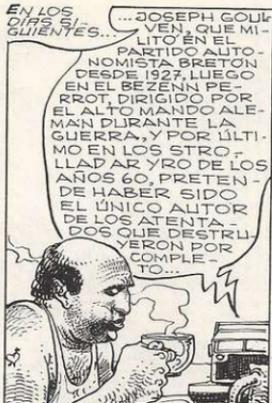




NOS EMPARAN LOS ASIEN-TOS...

ESTOS RICACHONES... NO SABEN QUE GIVATAS PARA DIVER-TIRSE...

EN LOS DIAS SIGUIENTES...



... JOSEPH GOULLET, QUE MILITABA EN EL PARTIDO AUTONOMISTA BRETON DESDE 1927, LUEGO EN EL REZENÉ PERROT, DIRIGIDO POR EL ALTO MANDO ALEMÁN DURANTE LA GUERRA, Y POR ÚLTIMO EN LOS STROLLADAR Y RO DE LOS AÑOS 60, PRETENDE HABER SIDO EL ÚNICO ALTOR DE LOS ATENTADOS QUE DESTRUYERON POR COMPLETO...



... EL PUERTO DE TRÉHOËT, LOS ESPECIALISTAS CONSIDERAN QUE EL ESTALLIDO DE TRÉHOËT NO BASTA, PARA EXPLICAR LOS FENÓMENOS QUE HAN DEVASTADO LA REGIÓN... SE REALIZAN ESTUDIOS DE GEODINÁMICA E INVESTIGACIONES SUBMARINAS PARA DETERMINAR LAS CAUSAS...



¿... ESTA BRUMA PERSISTENTE PUNA ANOMALÍA METEOROLÓGICA, DESDE LUEGO... PERO LAS FORMACIONES NUROSAS QUE LA CONSISTUYEN DESCIENDEN CON INUSITADA LENTITUD A LO LARGO DE LA CORRIENTE DEL GOLFO...



FRANCIA SE ENOJA CON EL SILECIO DE LOS SERVIDORES DE FRANCIA DISCIPLINADA

... TAMPOCO HAY NOVEDADES DEL "TRICOLOR" EL BUQUE DESAPARECIDO HACE SEIS DÍAS... EL CASO DE LOS PIRATAS DEL MAR HA ACARREADO IMPORTANTES CAMBIOS EN LA JERARQUÍA Y UN PORTAVOZ DEL MINISTERIO DE GUERRA



ENTONCES, SR. LAS TAPIE, ¿CONSIDERA QUE EL PROYECTO REGIONAL DE TRÉHOËT SE FUE A PIEN QUE?

ÉNE TOMA EL PELO PES. CUCHE, AMIGO, CONOZCO MUY BIEN LOS PROBLEMAS QUE NOS HABRIAN FUE A PIEN TRAIRO...



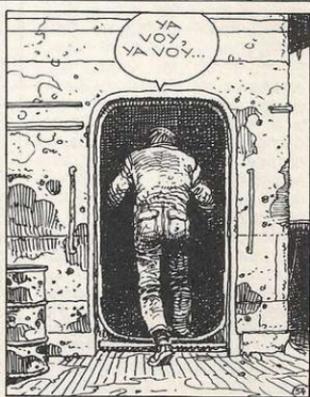
... ESOS PATANES... UN TERRENO VIRGEN COMO ESE VALE ORO CREAME... ¿SABE QUE YA ME HICIERON DOS PROPUESTAS PARA UNA CENTRAL NUCLEAR DE MEDIA POTENCIA?



EL PROBLEMA SERÁ COMBINAR LA PLANTA INDUSTRIAL CON EL DESARROLLO TURÍSTICO, PERO HE HABLADO CON LA FLOR Y NATALIA DE LA CAPITAL

Y MÁS TARDE, MÁS LEJOS, MUCHO MÁS TARDE Y MUCHO MÁS LEJOS. CUANDO TRENDET YA ESTÁ QUIDADRA EN EL PAÍS AL QUE PERTENECE...





CUERPO - 1948 28-28

FIN

## Amigos de El Péndulo:

Sin más preámbulo que una simple felicitación por el nivel general de la revista, quisiera señalar —precisamente por respeto a ese nivel— un par de arbitrariedades o imprecisiones en el artículo de Eudor Dolpher publicado en el número 2. Creo que no es difícil estar de acuerdo con la conclusión o leit motif del artículo: el favor de que gozan ciertas obras entre el público anglosajón no siempre es garantía de calidad. Si uno de nuestros defectos pareciera ser un aplastante complejo de inferioridad, los anglosajones se caracterizan a veces por un grado de chauvinismo cultural que también se manifiesta en el campo de la ciencia ficción, una disciplina "crítica" o "amplia" por definición, y sin embargo limitada frecuentemente por actitudes mentales provincianas.

No obstante, creo que Dolpher (por exceso de generalización o falta de particularización) inventa un fenómeno inexistente, insinuando una especie de deterioro o crisis del género que se manifestaría para nosotros, por ejemplo, en la calidad inferior de los últimos quince o veinte títulos publicados por Minotauro, en comparación con los primeros quince o veinte. No sé si es refutación suficiente, pero quisiera recordar que entre los últimos quince o veinte títulos figuran *Solaris*, *Crash*, *El sueño de hierro*, *El momento del eclipse*, *Los agonistas de Casey*, *El Señor de los Anillos* y *Pavana*; decir que esos libros son "notoriamente inferiores" a nada, me parece cuando menos una extravagancia si esa opinión no se sostiene con argumentos más sólidos.

No discutiré las ideas de Dolpher sobre *En la cima del mundo*, de James Tiptree, Jr., porque en términos generales comparto la idea de que Tiptree/Sheldon es una escritora con ideas brillantes pero demasiados rипios sentimentales y estilísticas en la elaboración de fantasías por otra parte fascinantes.



Las objeciones a la novela de Martin, en cambio, me parecen bastante caprichosas. Dolpher argumenta que el relato parece escrito "en franjas separadas", en "dos bloques narrativos" que no alcanzan a integrarse. Son objeciones, desde luego, válidas para buena parte de los adeshivos que, por comodidad profesional o pereza mental, produce el género: escenarios ambientados a gran distancia en el espacio o el tiempo, con una malsana proliferación de cándidos neologismos con los que se pretende disfrazar el traslado, por ejemplo, de conflictos típicos de la clase media norteamericana a una civilización presuntamente extraña; la única extrañeza es la incapacidad del autor para evadir las convenciones, pues la c.f. debería explorar regiones no tocadas por otras narrativas en vez de limitarse a una mera tautología de la realidad salpimentada de gadgets para dar una impresión de "literatura diferente"

Pero no creo que ése sea el caso de *Muerte de la luz*, un espécimen curioso, a caballo entre la ciencia ficción y la fantasía, que resucita artesanalmente ciertas peripecias tradicionales en la novela de aventuras (si, con un aire western típicamente norteamericano, cada cual tiene sus modelos épicos). Pero lo que Dolpher ve como franjas separadas yo lo veo cabalmente integrado. No hay fondo por una parte y conflictos psicológicos por la otra: los choques sentimentales son en buena medida choques culturales, las ciudades

que Martin describe con puntillito barroquismo desempeñan un papel decisivo en la acción, el crepúsculo de Worlorn coincide llamativamente con el crepúsculo de los dioses kavales (el mito de la superioridad racial y los fundamentos de la estructura social de los clanes parecen condenados a un derumbe inminente, o cuando menos a una transformación).

El final no es "impreciso" ni "indeciso", como quiere Dolpher, ni siquiera es demasiado "abierto": Martin ha suspendido la acción un segundo antes del desenlace, sí, pero el lector sabe perfectamente cuál es ese desenlace, que no describiré por consideración a los lectores que tal vez se aventuren a leer el libro. No estoy diciendo que *Muerte de la luz* sea una joya insuperable, pero creo que el comentario de Dolpher, obstinado en subrayar defectos, pasa por alto muchas virtudes e incluso algunas sutilezas; un ejemplo: la única aparición del banshi, el animal-tótem aludido constantemente en la novela, cumple una función precisa, la de dar cierta proyección trágica a una muerte que de lo contrario sería mero efectismo sentimental; eso demuestra que Martin supo valer de su invento zoológico, y no se limitó a incluirlo como un mero ornamento exótico.

Por otra parte, y esto no es una sutileza, el relato avanza en base a desencuentros amorosos, persecuciones, cacerías de hombres (o "cuasi-hombres"), vacilaciones éticas y duelos aéreos: ¿qué quiere decir Dolpher con "trescientas morosas páginas"?

Desde luego, toda valoración depende de criterios siempre cuestionables. No pretendo ser dueño de la verdad ni convertir a nadie a un "culto de Martin", sino simplemente ejercer una de las cualidades intelectuales para las que nos debería entrenar el género: el rechazo de todo juicio no basado en argumentos firmes dentro de una realidad que de por sí es bastante reacia a

cualquier conceptualización ingenua de la firmeza.

Jorge Bellone  
Capital

Estimada gente de *El Péndulo*:

Les escribo por dos razones: una es para felicitarlos a todos por el excelente nivel de los primeros números de una revista que espero siga existiendo por mucho tiempo.

La otra razón es para hablar sobre el muy buen análisis de Stephen King que hizo Elvio E. Gandolfo en el número 2. Al leer ese artículo me acordé de una entrevista que le hizo Abe Peck a King en la revista americana *College Papers* (publicada por *Rolling Stone*). Pensé que sería interesante para Gandolfo y también los lectores leer ciertas partes de ese reportaje, que refuerzan y agregan al artículo de *El Péndulo*:

**Abe Peck:** ¿Por qué quieres astustar a la gente?

**Stephen King:** Porque la gente quiere que la astusten. Me encanta cuando alguien me dice que leyó *La hora del vampiro* y después durmió con un crucifijo durante tres noches.

**A.P.:** ¿Crees en los poderes sobrenaturales?

**S.K.:** Soy un yankee de Nueva Inglaterra, así que cuando alguien me pregunta "¿De qué signo eres?" mi reacción inmediata es decirle: "¿Cuánto mide tu culo?" Pero tampoco descreo de los poderes. Son fascinantes si uno piensa: "Por un rato, voy a dar por sentado que esto existe. Digamos que Abe Peck puede levitar. ¿Qué hace la esposa de Abe Peck cuando ve a este tipo flotando por el techo? ¿Sale corriendo? ¿Se rie?" Eso abre toda una lata de lombrices (es decir, posibilidades).

**A.P.:** Has dicho en el pasado que el [género del] terror es conservador. ¿Por qué?

**S.K.:** Con eso me refiero a la actitud que tienen casi todas las historias de terror: "Yo estoy bien, tú estás bien, pero bleh, mira eso." Es una mane-

ra de confirmar la norma...

**A.P.:** ¿Nunca has escrito algo demasiado radical o raro para que te lo publiquen?

**S.K.:** Bueno, tengo un par de novelas que fueron rechazadas por varios mercados como demasiado horribles.

Una es sobre un cirujano, naufragado en una isla desierta que termina comiéndose a sí mismo, un pedazo por vez. Autocanibalismo... Otra es sobre los ritos y costumbres de los entierros. Está terminada, pero guardada. No tengo planes de publicarla en el futuro cercano. Es demasiado horrible. Es peor que *El resplandor* o cualquiera de las otras cosas. Es terrorífica...

Pero lo más interesante de ese reportaje tiene que ver con lo que Gandolfo llama "literatura vs. bestsellerismo"; la contradicción entre esos fragmentos y pasajes escritos con naturalidad y los de terror, que suenan "huecos". La entrevista en *College Papers* confirma la teoría de Gandolfo: que King podría llegar a ser un excelente escritor si no fuera por ese elemento comercial, el terror.

**S.K.:** ...Yo había hecho cuatro libros antes que *Carrie*. Todos están en un baúl, en casa. Ninguno es una historia de terror. Nunca se me cruzó por la cabeza escribir una novela de terror, porque no había ninguna en las librerías... Pero justo cuando terminaba el primer borrador [de *Carrie*], ¡bum!,

aparece *El exorcista*... y eso cambió todo.

King escribe 1500 palabras por día, como el protagonista de *La hora del vampiro* (el capítulo 10 de ese mismo libro existe porque "desde que era chico, siempre me dije a mí mismo: 'Algún día voy a escribir sobre el lugar donde vivo...'").

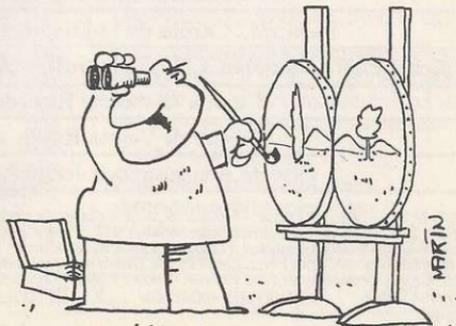
Y por supuesto, cualquiera que haya leído *La zona muerta* se dio cuenta de que ese libro es más política que terror. Sin embargo, los comentarios y críticas publicados en la contratapa de la versión americana dicen cosas como "TERRORIFICO... ATEMORIZANTE...", etc.

Confieso que hay aspectos de los libros de Stephen King que me gustan, pero éste no es el lugar para un análisis profundo, y además la carta ya se me alargó demasiado. Pero en la pelea "literatura vs. bestsellerismo" me parece que ganó el bestsellerismo...

Dos cosas más...: por favor sigan publicando esos dibujos increíbles de Ferreira, Breccia, y Kike Sanzol... ¿Tienen planes para publicar otras historietas después que termine *Progreso*?

Ricardo Córdoba  
Capital

*Sí, en el número 5 presentaremos la primera parte de El demonio de los hielos, de Jacques Tardi.*

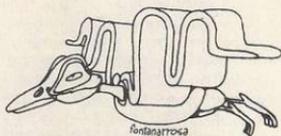


- La autobiografía de Robert Silverberg, donde el más prolífico autor de cf nos cuenta su asombrosa carrera, que sólo en la primera década produjo literalmente cientos de libros y luego creó algunos de los títulos más recordados del género.

- “Casablanca”, pequeña obra maestra de Thomas M. Disch, sobre la fragilidad, ante los cambios bruscos, de las personas acunadas por la abundancia.

- “La isla del Doctor Muerte y otros cuentos”, de Gene Wolfe, admirable ejemplo del arte de un sutil y brillante maestro de la ficción especulativa actual.

# EN LOS PROXIMOS NUMEROS



- “Un objeto bello es una alegría eterna”, de Norman Spinrad, sobre la supervivencia de ciertas características humanas y culturales luego de una imponente catástrofe.

- “Los escaladores”, de R. A. Lafferty, inventario de gratuitas hazañas humanas, y la manera de interpretarlas.

- Una nota de Pablo Capanna sobre el utopista alemán Ernst Jünger, incomparable testigo de nuestro siglo.

- Además, la continuación de *Los nuevos apócrifos*, de John Sladek, y cuentos y notas de David R. Bunch, Racoonna Sheldon, Ursula K. Le Guin, J. G. Ballard.

## EQUIPO

Director Editorial **Andrés Cascioli**

Jefe de Redacción **Marcial Souto**

Diseño Gráfico **Sergio Pérez Fernández**

Colaboran en este número **Pablo Capanna • Elvio E. Gandolfo • Aníbal M. Vinelli • Fati • Sanyú • Raúl Fortín • Kike Sanzol • Limura • Grondona White • Carlos Nine**

“Progreso”, guión de Pierre Christin y dibujo de Enki Bilal, © Ed. Dargaud

Producción gráfica **Carlos Alberto Pérez Larrea • Fabián Di Matteo •**

**Alejandro Turiansky • Fernando Brenner • Eduardo Echániz**

Laboratorio **Eduardo Barrera • Miriam Varela • Laura Porcel de Peralta**

Coordinación Gráfica **Juan Zahlut y Michel Gaffré**

Secretaría General **Nora Bonis**

Publicidad **Carola de la Fuente • Oscar Deutsh**

Corrección **Elvira Ibagüen • Nora Meeroff • Sandra Russo • Eduardo Mileo**

Director Comercial **Ricardo Portal**

Director de Ventas **Rubén Alpellani**

Gerente Administrativo **Jorge Antonio Orfila**

EL PÉNDULO N° 4 — Segunda Época — Revista mensual. Editada por Ediciones de la Urraca S.A. Redacción: Salta 258, (1074) Capital. Administración: Piedras 482, 5° piso “T”. Buenos Aires. Argentina. Registro Nacional de la Propiedad Intelectual 111032. Prohibida su reproducción total o parcial. Derechos reservados. Distribuidores en Capital Federal: Machi y Cia. Distribuidora en el interior: SADYE S.A.C.I.F. Belgrano 355. Capital. Distribuidores en el Exterior: Cielosur Editora S.A.C.I. Casilla de Correo 4504. Director: Andrés Cascioli.

OCTUBRE 1981

Correo Argentino Central (B)	Franqueo a pagar 822
	Tarifa Reducida 3672
	Franqueo Pagado 4052

# SUPERHUM® PRESENTA UN MATERIAL QUE HUM® NO SE ATREVE A PUBLICAR

Por razones de espacio (a veces un relato gráfico ocupa 8 ó 10 páginas y no es posible meterlo en una revista que trabaja con la actualidad y la variedad temática).

Por razones de género (no siempre los que escriben hacen notas, por ejemplo).

Porque hay mucho material que queremos mostrar y no nos cabe en Hum(r).

Porque en algún lado tenían que aparecer las historietas diferentes.

Por todas estas razones, y algunas más, SuperHum(r) número 10 contiene:

- Un episodio de **En el bar**, de Muñoz—Sampayo. Dos grandes autores de historietas narran la persecuta de un argentino exiliado en Nueva York. Una historia concisa y un caso que no es inventado para nada.
- Un relato del Negro Dolina. Más espacio que nunca para desarrollar la metáfora de los Angeles Grises, de los Hombres Sensibles, del Bien y el Mal.
- Una nueva sección de Hugo Paredero titulada **Paredero Desconocido**, donde se encaran desde un nuevo ángulo todas las miserias del espectáculo nacional.
- **Merdichesky**, de Altuna y Trillo, pelea con los nazis y con su mamá. La mamá le gana.
- **Bosquivia** y Tabaré que dibuja el mes aniversario del gorila.
- **Aristarain y la navaja**. Un reportaje que intenta profundizar (dentro de lo que cabe) el papel que cumple la censura en la gestación de una obra de arte.
- **El corazón de Conchetta**. Trigo, Saccomanno y Trillo se reúnen para parodiar las historietas románticas en una historia que tiene bastante mal olor...

Y hay bastante más:

**Polución Nocturna Tres**, un **Gronzona White** legítimo y varias cosas cortas para chuparse los dedos.



Ya apareció SuperHum(r) número 10. Y... vamos durando.

**Cordwainer Smith / Bajo la Vieja Tierra**  
**Alfred Bester / Esto o nada**  
**James Tiptree, Jr. / El hombre que volvió**  
**Pablo Capanna / La muerte del Señor Sto Odin**  
**Jack Vance / El secreto**  
**John Sladek / Los nuevos apócrifos**

